

**S. Iora**

# VENCER AL ATRASO Y AL HAMBRE

(PROBLEMAS DE LA REVOLUCION BOLIVIANA)

*Ediciones "La Colmena"*



**g. l o r a**

**VENCER AL ATRASO Y AL HAMBRE**

**(Problemas de la revolución boliviana)**

**1988**

*Este volumen se edita con el  
apoyo de los suscriptores a  
quienes se les agradece.*

*Los editores*

*HOMENAJE AL PROLETARIADO, C. LORA,  
I. CAMACHO Y A TODOS LOS PORISTAS  
QUE OFRENDARON SU VIDA EN LA LUCHA  
POR LA LIBERACION DE BOLIVIA Y DE LOS  
EXPLOTADOS.*

# I

## Introduccion

Resumen	9
Desterrar a la politiquería	11
Apoliticismo y frentismo	14
Trascendental importancia de la política revolucionaria	16
El liderazgo necesario del POR sobre la nación oprimida	20
La teoría de la revolución Boliviana	23
Diferencias del POR con el nacionalismo y con los partidos llamados de izquierda	26

# II

## Un pais maduro para la revolucion

Resumen	36
La contradicción fundamental	38
Bolivia y la crisis capitalista estructural	43

La revolución boliviana integrante de la revolución socialista mundial	50
---	----

### III

## Las fuerzas motrices de la revolución

Resumen	60
---------	----

La protagonista: la nación oprimida por el imperialismo	63
---	----

La burguesía nativa	68
---------------------	----

La clase obrera	73
-----------------	----

El campesinado	80
----------------	----

La vieja y la nueva clase media	85
---------------------------------	----

### IV

## Los métodos de lucha

Resumen	87
---------	----

Los métodos propios de la clase obrera	89
--	----

La huelga general y la lucha armada	94
-------------------------------------	----

La insurrección, la violencia 97

Los métodos de las otras clases sociales, ¿cómo se determina su uso? 105

## V

### La alianza obrero-campesina política frentista

Resumen 108

¿Qué es la "Alianza obrero-campesina"? 110

El Frente Anti-imperialista: la unidad de la nación oprimida 115

Política frentista de la izquierda reformista; frente y partido 123

## VI

### Vencer al atraso y al hambre

El objetivo: desarrollo global de la economía y superar el precapitalismo

Resumen 127

Reactivación y desarrollo movi-imperialísta	129
¿Qué debe entenderse por desarrollo económico global?	137
Superar el precapitalismo	144
Por el pan, el trabajo, el techo la educación, la salud	149
Acabar con la inmoralidad	152
Las direcciones sindicales	157
El futuro de Bolivia	159

## I

## Introducción

## Resumen

*Resumen. Desterrar a la politiquería. Apoliticismo y frentismo. Trascendental importancia de la política revolucionaria. El necesario liderazgo del Partido Obrero Revolucionario sobre la nación oprimida. La teoría de la revolución boliviana. Diferencias del POR con el nacionalismo y con los llamados partidos de izquierda.*

## Resumen

El Partido Obrero Revolucionario desarrolla una política revolucionaria, que es la expresión de la estrategia de la clase obrera, la estructuración de la dictadura del proletariado, esto en oposición a la politiquería en la que se agotan y descomponen los diferentes sectores de la clase dominante, los grupos de la "izquierda" derechizada y la propia burocracia sindical corrompida e incapaz.

Los politiqueros buscan llegar al poder, no importando por qué medios, para poder satisfacer lo más rápidamente posible sus subalternas ambiciones. La inmoralidad y la maniobra, junto al transfugio, el cohecho, caracterizan a la politiquería, de la que con razón está asqueado todo el pueblo.

La burguesía ha logrado poner en vigencia el fetichismo del apoliticismo, partiendo del supuesto de que la política -en realidad, la politiquería- es algo sucio. Por todas partes se escucha decir que es necesario renunciar a los principios, a los programas y hasta a la pertenencia a determinado partido, en aras del bienestar general, de la defensa de los intereses nacionales, etc. Corresponde reivindicar la trascendencia de la política revolucionaria, porque solamente ésta puede orientar a los explotados hacia su liberación y hacia la conquista del poder. El apoliticismo es utilizado para imponer hipócritamente la política de la clase dominante, de la burguesía, que supone remachar las cadenas de esclavitud de la mayoría nacional.

Los problemas nacionales y los de la revolución, se resumen en el fortalecimiento del partido revolucionario del proletariado, del Partido Obrero Revolucionario. Este partido, como dirección de los explotados, no puede ser reemplazado por el frente

de izquierdas, que en Bolivia engloba a las expresiones políticas de varias clases sociales con intereses materiales diferentes y hasta opuestos. Estamos interesados en la unión de la nación oprimida contra el imperialismo bajo la dirección política y estrategia del proletariado, es decir, para materializar la revolución y dictadura proletarias. La clase dominante también busca esa unidad, la unidad nacional, pero para colocarla al servicio de sus intereses y para cerrarles a los explotados el camino hacia el poder. La política frentista debe fortalecer al partido del proletariado, así se sirve a la revolución; hay que desahuciar los frentes que lo debiliten.

No todos los partidos que se autocalifican como izquierdistas son revolucionarios y capaces de asegurar la victoria de la lucha de las masas. Un partido es revolucionario si propone la destrucción de la gran propiedad burguesa de las máquinas, de la tierra, de los bancos, etc. (medios de producción), y la instauración de la dictadura del proletariado, del gobierno obrero y campesino. Los otros partidos de izquierda se limitan a colocarle parches a la gran propiedad privada de los explotadores y del imperialismo.

Los partidos políticos que tienen militancia obrera, pero que se niegan a realizar una lucha encaminada a materializar la revolución social, tienen un contenido de clase burgués porque desarrollan -o son canales de difusión- de la política de la clase dominante, son partidos obrero-burgueses. Nuestra misión consiste en desenmascararlos y en luchar contra ellos. Sin embargo, en determinadas condiciones política podemos conformar frentes con ellos.

Planteamiento del Partido Obrero Revolucionario acerca de lo que será la revolución boliviana: la dictadura del proletariado resolverá a fondo el problema de la tierra, entregándola a quiénes la trabajan, a los campesinos; permitirá a las nacionalidades aborígenes organizarse políticamente como Estados soberanos; industrializará el país; eliminará el analfabetismo, la mugre y el hambre; creará la unidad nacional y el Estado obrero soberano. Estas tareas democráticas se transformarán en socialistas. El Estado obrero estatizará toda la gran propiedad, los medios de producción de las grandes empresas y de los imperialistas; planificará la economía -así eliminará la desocupación- e impondrá el monopolio estatal del comercio internacional, a fin de defender a Bolivia del capitalismo que le circunda. Al mismo tiempo proyectará la revolución boliviana al escenario internacional, porque únicamente así puede consolidar su victoria, resolver sus problemas y derrotar definitivamente al imperialismo, que es un monstruo mundial.

En la historia política boliviana hay una impresionante cantidad de partidos, casi todos ellos han pasado sin dejar huella y ya nadie se acuerda de ellos. Solamente quedan cuatro tendencias ideológicas fundamentales que han calado hondo en el proceso boliviano, esto porque en su momento han atinado a dar respuesta a la cuestión de cómo salir del atraso, modernizar a Bolivia, lograr el desarrollo de las fuerzas productivas, etc.

Entre esas tendencias se encuentra el belcismo, que puso en pie a indios y artesanos y los volcó contra la aristocracia terrateniente, contra el gamonalismo, buscando

integrarlos en la política nacional. No resolvió radicalmente la cuestión de la tierra y luchó contra la introducción del capitalismo, que amenazadoramente se parapetó en las fronteras nacionales.

El liberalismo (se consolidará como feudal-burgués) buscó industrializar limitadamente a Bolivia, construir ferrovías y caminos, transformar la escuela, el ejército, etc, todo dentro del marco capitalista, con apoyo de las metrópolis imperialistas. Fracasó en su intento de hacer florecer la democracia formal o burguesa, basada en el sufragio libre de una minoría y entregó el país al imperialismo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario planteó la superación del régimen feudal-burgués y dictó decretos sobre la cuestión de la tierra y dijo que la nacionalización de las minas significaba la liberación nacional del imperialismo (de Estados Unidos). Empujado por el proletariado puesto en pie, que amenazaba con acabar con el régimen de la gran propiedad privada, se desplazó hacia las trincheras imperialistas, se alió con el enemigo foráneo contra las masas bolivianas. Traicionó a los bolivianos y actualmente se debate en medio de una completa caducidad, es un partido del empresariado poderoso.

En la izquierda, únicamente el Partido Obrero Revolucionario (marxleninista-trotskyista) señala el camino de la revolución y es la dirección que puede asegurar la victoria de la nación oprimida por el imperialismo y su total liberación. Organización, tradición y programa, eso es el POR. Ha probado en la lucha diaria junto a las masas -con una desigual popularidad- la validez de su política, su acrisolada honestidad y su coraje. Si en Bolivia existe una clara referencia revolucionaria en todas las variantes de su historia de la última época, es gracias a la presencia del POR en el escenario político, otra prueba de su enorme vitalidad, de su vigencia.

El país al llegar a un alto grado de madurez, consecuencia de la agudeza de la lucha de clases, del agotamiento del nacionalismo y del stalinismo -revolución por etapas y preeminencia de la revolución burguesa o democrática-, de la gran politización de las masas, obra del trotskismo, plantea acuciantemente interrogantes acerca de cómo concretizar la conquista del poder por la nación oprimida. El Partido Obrero Revolucionario, si desea afirmarse en su posición de dirección revolucionaria, tiene la obligación de responder a esos planteamientos; el texto que sigue pretende ser eso. Todos los problemas nacionales, el destino del país, se resumen en el dilema de si se consuma o no la revolución proletaria.

## Desterrar a la politiquería

¿Qué es el Partido Obrero Revolucionario? Para el hombre de la calle esta organización revolucionaria es su última esperanza, su reserva invaluable, cuando se trata del porvenir de Bolivia y de la liberación del país y de los explotados, mira con cariño y respeto lo que dice y hace: es su verdadero capital y, por esto mismo, debe ser celosamente cuidado y no despilfarrado.

Los bolivianos tienen una experiencia por demás amarga de la politiquería, que acertadamente la identifican con la demagogia y la inmoralidad, con la traición constante, con el engaño, con la infamia, con el carrerismo social y económico, etc. La politiquería solamente les ha traído derrotas, frustraciones, entrega de las riquezas nacionales al imperialismo, a las transnacionales, subordinación del gobierno nacional a los dictados de las metrópolis opresoras, fácil enriquecimiento de los explotadores mientras la mayoría nacional no ha cesado de ser empujada a la miseria extrema más negra.

La politiquería tiene su ámbito natural en las revoluciones políticas que se limitan a la sustitución de una capa social por otra de la misma clase (en nuestro caso de la burguesía) en el poder, toda vez que se obstruyen los canales democráticos o pseudodemocráticos. Entonces el caudillismo campea a sus anchas y como casi siempre el señuelo consiste en buscar el poder por cualquier medio, se encarnan en él el golpismo, el abandono y la mescolanza de principios, el exitismo y el exhibicionismo cuidadosamente estudiados. El objetivo que guía a los politiqueros es ingresar al Palacio Quemado no importándoles por dónde, por la puerta trasera o la ventana. La camarilla formada alrededor del caudillo, no precisamente de los programas partidistas, utiliza el poder político para potenciarse económicamente y, a veces, para llevarse la bolsa del presupuesto. No tiene que olvidarse que la burguesía nativa -intermediaria o comercial y no nacional cimentada en la industria pesada-parasitaria y que vegeta pegada al tegumento del imperialismo, nutriéndose de las limosnas que éste le arroja, el poder le sirve para tener la oportunidad de servir mejor a la metrópoli y ganar de paso algunas ventajillas.

La chatura de la politiquería de todos los días y del caudillismo -civil o militar-está determinada por el hecho de que Bolivia ya no tiene posibilidades de un pleno desarrollo económico, es decir, de un mayor desarrollo de sus fuerzas productivas, dentro del estrecho marco del capitalismo. La insignificancia de los politiqueros es el fiel reflejo de la miseria de la burguesía criolla.

Algunas empresas pueden prosperar gracias al manejo del aparato estatal en su favor, pero no lo hacen para fortalecer su independencia como burguesía boliviana frente a la metrópoli, lo que les obligaría a enfrentarse con el imperialismo, sino como tentáculos de éste. Al respecto, nada más ilustrativo que la historia de la Empresa Patiño, que de boliviana y nacional no tenía más que el nombre, pues acabó convertido en engranaje del capital financiero internacional.

Patiño se convirtió en el empresario más importante del país y concentró en sus manos gran parte de la propiedad minera, con ayuda del poder estatal; sus abogados y servidores eran políticos que llegaron al gobierno y logró subordinar a los tribunales de justicia a los intereses particulares del amo poderoso. En cierto momento aparece como el árbitro de la política boliviana y de la vida económica del país. Durante el gobierno de Bautista Saavedra, Simón I. Patiño realizó una serie de gestiones de pacificación política, tan importante para su rápido crecimiento. Uno de sus biógrafos, Manuel Carrasco en su libro titulado "Un prócer industrial", describe una entrevista habida en el Palacio de Gobierno: "Se extendió (el señor presidente Saavedra) en

una larga diatriba contra la oposición y terminó deteniéndose frente a Patiño para decirle: 'Esos señores nunca se pondrán de acuerdo; pero también puedo yo tener mi candidato. Ese candidato es usted y si acepta, tendrá todo mi apoyo y simpatía'. 'Señor presidente, repuso Patiño, veo que usted olvida la condición indeclinable que he puesto para intervenir en este intento de conciliación, que es la de eliminar mi nombre y el de toda otra persona vinculada a mí. Por nada del mundo faltaría a mi palabra'.

Patiño se colocó virtualmente por encima de los partidos políticos de la clase dominante, adoptó la postura de árbitro de los destinos del país y ostensiblemente pregonó que sus intereses particulares se indentificaban con los nacionales. Durante la guerra del Chaco el gobierno agachó la cabeza ante el poderío del "Rey del Estaño", para poder lograr ayuda económica. Busch, que ha ingresado a la historia como jurado enemigo de la rosca minera, le envió una curiosa carta en la que le decía:

"Lo sé a usted distinguido amigo, profundamente identificado con Bolivia; conozco sus inquietudes patrióticas y sé que usted, como yo, libre de todo compromiso partidista, sólo anhela un porvenir venturoso para el país...

"No le habría escrito esta carta confidencial si no supiera que usted mantiene muy vivo el fuego de su bolivianidad y es por ello que, en esta hora que gravitará fuertemente en el destino nacional, me dirijo a usted para pedirle su valiosa colaboración para esta tarea histórica que me he impuesto".

Los caudillos para triunfar buscaban la protección de la empresa Patiño, es decir, del capital financiero extranjero, a cambio de su obsecuencia; aquí se encuentra uno de los veneros en los que se nutría la politiquería entreguista. El movimientismo dijo que se levantaba contra esta vergüenza, pero ha concluido atrapado y destruido por ella, prueba de su impotencia de clase para poder consumir la liberación nacional.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario -en 1952 su dirección era inconfundiblemente un grupo pequeño-burgués enarbolando un programa propio de la burguesía nacional inexistente-, ingresa a la historia como la fuerza política que arranca una parte de las minas de manos de la gran minería, aunque la nacionalización decretada el 31 de octubre de ese año contrarió la voluntad y la misma tradición del movimiento obrero y popular, pero ha concluido como una organización timoneada por grandes empresarios mineros, que utilizan el aparato estatal para potenciarse rápidamente a costa de la ruina de Corporación Minera de Bolivia, y lo hacen como cabeza de puente del capital financiero.

Como en el pasado, algunos politiqueros que se han encaramado en el aparato estatal vienen utilizando a éste para concentrar en sus manos un enorme poder económico y empresarial. Es el caso de los hermanos Sánchez de Lozada y otros. ¿Nuevos Patiños en ciernes? Ni duda cabe que es así. Hemos vuelto a los mejores tiempos de la feudal-burguesía. El Movimiento Nacionalista Revolucionario como partido antioligárquico ha fracasado.

Se palpa un asco generalizado frente a la politiquería sucia. Los bolivianos del llano dicen que prefieren cualquier cosa a esa actividad repugnante en las graderías del Palacio Quemado. Esta legítima reacción popular tiene, sin embargo, un aspecto negativo: permite que los politiqueros de la clase dominante y sus seguidores izquierdistas derechizados en extremo, tengan las manos libres para que hagan lo que les place desde el poder.

La miseria de la politiquería ha llegado a la podredumbre en el caso de las últimas elecciones municipales. Las cúpulas partidistas, los aventureros y tráfugas de toda laya, los sirvientes del gorilismo, han protagonizado las componendas más asquerosas y sorprendentes. En La Paz, se ha adoptado la salida más inesperada: los capos contendientes se turnan a la cabeza del aparato municipal, con miras a utilizarlo en las elecciones generales de 1989. Todo esto de espaldas al "pueblo soberano". ¿Todavía se puede seguir discursando acerca de la existencia en Bolivia de la democracia burguesa y de respeto al voto popular? Aymaras, quechuas, etc., dieron su voto por tal o cual candidato para concejal, los victoriosos se esmeran en poner todos los recursos municipales para relevar la visita del Papa, del representante de la religión opresora de las naciones nativas oprimidas. En los hechos se demuestra que los supuestos representantes del pueblo nada tienen que ver con éste.

## Apoliticismo y frentismo

Los seguidistas y capituladores frente a la burguesía, buscan lograr alguna popularidad adoptando posturas de falso apoliticismo y con mucha frecuencia se les escucha exclamar que renuncian a sus principios y a las consignas partidistas, para servir mejor a los altos intereses nacionales, lo que no es más que una torpe maniobra destinada a engatusar a los tontos. No puede olvidarse que el programa constituye una norma para la acción diaria de los militantes, que es el campo de la lucha en el que se demostrará su validez o no. Es positiva la filiación partidista tratándose de quienes dicen representar los intereses de vastos sectores de la población o que se mueven y hablan a nombre del país, de los sindicatos u organizaciones populares, pues permite saber que actitud adoptarán frente a tal o cual problema y se puede descontar que su conducta diaria será controlada por el partido al que pertenecen. El apolítico y el "sin partido" no tienen más control que sus propios intereses personales y con seguridad acabarán cometiendo bellaquerías. Debe reivindicarse la gran significación que tiene la militancia política, como garantía, precisamente, de lo que puedan hacer los dirigentes y activistas en los diferentes planos de la vida social. Las masas deben tener la seguridad de no seguir siendo engañados por los oportunistas, aventureros y negociantes apolíticos".

Otra manifestación demagógica y de la extrema debilidad organizativa e ideológica de los llamados "partidos de izquierda"; que se autotitulan "revolucionarios" nos dicen que abandonan sus principios ideológicos y sus programas partidistas para hacer posible la constitución de amplios y poderosos frentes izquierdistas, populares y se presentan como campeones de la gimnasia frentista, del frente por el frente. Aquí todo es engaño y maniobra. No hay frentes políticos en los que todos cedan sus posiciones generosamente, en el que todos pierdan, nadie hegemonice a las nuevas

direcciones, es decir, nadie gane, en aras de la salvación de alguna abstracción o de pretendidos objetivos generales. Semejante frente no existe ni puede existir.

Con todo, los frentes se constituyen para servir a la política de una determinada clase social o a una capa de ésta. No puede darse un frente que no sirva a nadie, esto significaría que no va a desarrollar política alguna. Cuando los "izquierdistas" dicen que dejan en las puertas del frente sus ideas, su programa, su estrategia e inclusive a su organización partidista, demuestran su decisión de colocarse al servicio del enemigo de clase. Es esto lo que ocurre con los varios frentes "democráticos" y "patrióticos" que deambulan por el escenario político, de manera invariable actúan como instrumentos de la burguesía.

Limitándonos al caso de Bolivia, los partidos de izquierda representan no solamente a determinados sectores de una clase social, de la obrera, sino a diferentes clases, inclusive a sectores de la burguesía, tienen diferentes y hasta contrapuestos intereses materiales. Si se parte de esta realidad se tiene que concluir que no todos pueden dirigir, se manera igualitaria y colectiva un frente político, necesariamente tienen que imponerse los intereses de una determinada clase en desmedro de las expresiones políticas de las otras clases sociales. Si tomamos en cuenta a los dos polos extremos de la sociedad, a la burguesía y al proletariado -polos extremos pese a la opresión nacional ejercitada por el imperialismo-, el hecho de que la primera es la dueña de la economía, de la cultura y del poder político, y el asalariado que es clase oprimida y desposeída de la propiedad de los medios de producción, se tiene que llegar a la conclusión de que en los amplios frentes democráticos o nacionales, de manera natural se impone como dirección política la burguesía, que es ya clase dominante, por encima de la consideración de que en cierto momento monopolice el gobierno un determinado sector de ella.

El proletariado solo puede llegar a convertirse en dirección de dicho frente si es capaz de expresar sus intereses y los nacionales de manera política general, si ha conquistado su independencia de clase frente a la burguesía, vale decir, si se ha organizado en partido político diferente y opuesto a las expresiones políticas de los explotadores y de las otras clases sociales.

El frente de izquierdas, por muy amplio, poderoso, puro y desinteresado que sea, no puede sustituir al partido político, como dirección de la clase y de las masas. La fuerza del Partido arranca de la homogeneidad y coherencia de su ideología y de su programa, que necesariamente se pierden en el frente político, que quiere decir frente de diferentes partidos y tendencias, inclusive cuando intervienen los independientes. La clave radica en establecer qué partido es el que lo dirige, extremo que se presenta confuso porque deliberadamente se lo calla: la burguesía es especialista en esta maniobra distraccionista. Ya veremos más adelante que, en último término, burguesía y proletariado se empeñan por arrastrar detrás de sí, de sus objetivos, a la nación oprimida, a las masas, su logro definirá el destino de las clases sociales extremas.

Los que callan esta cuestión fundamental -cosa que hacen los "izquierdistas" que desarrollan una política burguesa- favorecen abiertamente a la clase dominante

para que pueda convertirse en la dirección de los frentes nacionales, democráticos o populares, como la Unión Democrática y Popular, por ejemplo.

En la conformación de un frente político es una determinada fuerza la que impone sus objetivos estratégicos -se sintetizan en una determinada forma de gobierno-, vale decir, la que vence y se fortalece a costa de sus ocasionales aliados. El frente de izquierda -y cualquier otro de naturaleza política- sirve para que los que se imponen se potencien más a costa del debilitamiento de sus ocasionales aliados. Hay que recordar que el frente popular -presentado por el stalinismo como la máxima expresión de la táctica revolucionaria- constituye el recurso que usa la burguesía en su decadencia para impedir que el proletariado se convierta en clase gobernante. La dramática experiencia udepista enseña a los explotados bolivianos lo que para ellos significa la política frentepopulista.

Todo lo anterior demuestra que el frente de izquierdas no puede sustituir al partido revolucionario como dirección política de los explotados. Algo más, para la estructuración de este frente es necesario que exista un vigoroso partido, que será el que saque la mayor ventaja y el que imponga sus ideas a los aliados que formen filas detrás de él.

El problema fundamental de la revolución boliviana, para que pueda superar el atraso y consumir la liberación nacional, radica en el fortalecimiento del Partido de la clase obrera (del POR) y no simplemente en la estructuración de un amplio frente democrático de izquierdas. El primer aspecto tiene relación con la estrategia y el segundo con la táctica. La fijación de una clara línea política revolucionaria permitirá la adopción de medidas tácticas adecuadas. Decimos fortalecimiento del Partido del proletariado, porque como programa ya existe y necesariamente hay que partir de esa valiosísima conquista.

## Trascendental importancia de la política revolucionaria

El Partido Obrero Revolucionario está orgulloso -y tiene razones para ello- de realizar su política, de su programa, de su actuación diaria, de la lección de verticalidad y dureza que ha dado a toda Bolivia, a propios y extraños. Es una de sus tareas reivindicar la vital trascendencia de la política revolucionaria, de la política de la clase obrera, en oposición, precisamente, a la politiquería de corte burgués, que ha dejado escaldados a los bolivianos.

La conciencia de clase del proletariado se traduce en política. Para que los explotados puedan emanciparse tienen que ser partido político, lo que supone que enarboles su propia ideología -en oposición franca a las ideas burguesas dominantes-, una particular estrategia que se traduce en la demanda de la dictadura del proletariado, métodos de lucha propios y diferentes a los de las otras clases sociales.

Cuando se desencadenó la polémica sobre la posición adoptada por el Partido Obrero Revolucionario acerca de la religión referida a las naciones nativas -con motivo de la

llegada del Papa a Bolivia-, los trotskystas subrayaron que sus ideas y su acción eran heréticas frente a la ideología y la religión de la clase dominante, al ordenamiento jurídico vigente y a la autoridad estatal. El Partido Obrero Revolucionario es la expresión político-teórica, consciente, de la poderosa insurgencia de los explotados desde el nivel tan bajo en el que se encuentran actualmente. La insurgencia se agiganta porque tiene que ganar a la nación oprimida, a amplias clases sojuzgadas y arrasar con todo lo caduco y reaccionario.

Precisemos, cuando se dice la clase obrera consciente -que sabe cómo es explotada, por tanto, cómo puede emanciparse y siguiendo qué caminos-, es decir, organizada en partido, se indica que éste no es otra cosa que la expresión programática de la vanguardia obrera estructurada políticamente.

No puede concebirse la evolución de la independencia política de la clase al margen del partido. El proletariado -clase revolucionaria por excelencia, también en la atrasada Bolivia- al emanciparse, emancipará a toda la sociedad, pero antes tiene que afirmar enérgicamente sus contornos, tiene que emanciparse ideológica y organizativamente de las otras clases, de la sociedad. La conciencia de clase se plasma, precisamente, en el partido político que deviene en palanca imprescindible para que aquella pueda avanzar hacia niveles más elevados. La clase, la masa, tendencialmente revolucionaria, al transformar su instinto en conciencia, efectiviza su capacidad transformadora y se convierte en dirección política de la nación oprimida, de las clases sociales mayoritarias.

La política revolucionaria -a ella se refiere el POR y al mismo tiempo la práctica- no debe confundirse con la búsqueda de puestos públicos, con ventajas económicas, con canonjías, o con el ingreso al Palacio Quemado por la ventana o gracias a sucias componendas; está referida básicamente a la respuesta que debe darse, de manera inexcusable, a la necesidad histórica de la transformación radical -de raíz- de la base económica de nuestra sociedad. La comprensión del fenómeno es fundamental. La política revolucionaria, al plantear como su suprema meta superar la contradicción fundamental que se da en la base económica estructural de la sociedad, da expresión política a las leyes de la historia. Los revolucionarios -por tanto, el POR- son los instrumentos conscientes de esas leyes. De aquí arranca la grandiosidad de la política revolucionaria, que emerge del actual drama de la humanidad y señala la perspectiva de su superación a través de la lucha de las masas. No en vano el marxismo, instrumento ideológico de la clase revolucionaria, es socialismo científico.

La contradicción fundamental en la estructura económica, que se da entre las fuerzas productivas enormemente desarrolladas y las relaciones de producción, que se han tornado muy estrechas, se proyecta socialmente en la lucha de clases entre la burguesía que encarna la gran propiedad privada y el proletariado que constituye el elemento fundamental de las fuerzas productivas. La clase obrera es, por su propia naturaleza, fuerza renovadora y progresista, encarna el porvenir y las leyes de la historia, no por obra del mesianismo, sino por ser fuerza de trabajo y parte vital de las fuerzas productivas. Las leyes de la historia son fuerzas ciegas, objetivas, que encuentran su expresión consciente en la política revolucionaria.

La burguesía, la gran propietaria de los medios de producción de hoy, concluye encadenando a la máquina -que resume la transformación de la tecnología y la promesa de liberación del hombre- y a la clase obrera, con su angurria de ganancia. Encarna la reacción y el afán de perpetuar el actual ordenamiento social. Por todo esto es la clase reaccionaria. La transformación revolucionaria se proyectará a sustituir la gran propiedad privada por la propiedad social de los medios de producción.

Lo anterior explica por qué la clase obrera es revolucionaria y por qué debe organizarse en partido político independiente -tanto en el plano ideológico como organizativo-, esto por encima de las consideraciones acerca de su mayor o menor número, de su grado de incultura y de explotación. Los factores decisivos son otros, emergentes del lugar que ocupa el proletariado en el proceso de la producción y de ser una clase desposeída de la propiedad de los medios de producción, la antítesis de la clase que monopoliza la gran propiedad convertida en capital que permite la explotación de los trabajadores, a través de la apropiación de la plusvalía. El partido de la clase obrera, la organización de su vanguardia, el estado mayor de las masas mayoritarias, explotadas y oprimidas, concretizan la política revolucionaria en su programa, cuyo punto cardinal es la forma de gobierno que proponen. La finalidad estrategia revolucionaria no puede ser otra que la instauración de la dictadura del proletariado, verdadero gobierno obrero-campesino. La necesidad de materializar esta estrategia a través de la lucha de clases, de la acción directa, de la vía insurreccional y no del parlamentarismo burgués, impone la tarea insoslayable de la estructuración del partido revolucionario.

La nación oprimida boliviana y los explotados se liberarán, el país superará su atraso e impulsará el desarrollo de las fuerzas productivas, del conjunto de la economía, al mismo tiempo que podrá consumir la liberación nacional, la ruptura de las cadenas que la unen al carro imperialista, todo esto si logran modificar radicalmente las relaciones de producción, inconcebible al margen de la política revolucionaria y de la acción cotidiana del partido revolucionario en el seno de las masas. Es fácil comprender que para el Partido Obrero Revolucionario la política del proletariado no tiene nada de subalterno, sucio o de pretexto para satisfacer menguados intereses, sino que se trata de una actividad noble, vital, necesaria para la salvación del país, que en ningún caso debe ser relegada a segundo plano. Las tareas que tiene que cumplir el partido obrero, personificación de la política revolucionaria, son las de organizar, educar y movilizar a las masas hacia la revolución, hacia el poder. Por esto mismo tiene que ser una organización de revolucionarios profesionales, de elementos debidamente preparados y entrenados en su oficio, capaces de crear teoría y de cumplir con eficacia las tareas de agitación, propaganda, etc. El partido marxleninista-trotskyista es el estado mayor del ejército revolucionario.

Por ahí se escucha decir que la lucha política -y mucho más la revolucionaria- constituyen un sacrificio y un martirio y algunos demagogos exigen recompensas por los sufrimientos que dicen soportaron para que se beneficien los demás. Los politiqueros negociantes mienten casi siempre y eso de su martirologio no pasa de ser una impostura. Contrariamente, los poristas conspiran de manera consciente contra el orden social imperante, se empeñan porque las masas se pongan en pie

de combate y organicen sus propios órganos de poder, lo que importa violentar el ordenamiento jurídico y la voluntad gubernamental, en fin, todo lo que hacen y dicen está encaminado a consumir la revolución de la nación oprimida bajo la dirección política de la clase obrera, por eso la represión que soportan -persecución, apresamientos, destierros, la misma muerte- son gajes del oficio y no hay por qué extrañarse que el látigo del Estado burgués y del imperialismo caiga sobre las espaldas de los revolucionarios, de los que ponen en peligro a la gran propiedad privada burguesa y a los privilegios que engendra. No por esto son mártires que ganarán el cielo a cambio de sus sufrimientos, son elementos llenos de vida, de alegría, de satisfacciones, todo esto porque tienen la posibilidad de realizarse plenamente como individuos, porque saben que su actuación permitirá el desarrollo y transformación de la sociedad.

La politiquería es inmoralidad, es sinónimo de bellaquería. La política revolucionaria, por buscar la radical transformación de la sociedad, por ser la expresión de la tensa lucha de las clases explotadas, se basa en una severa moral, que se resume en el programa partidista y que se sintetiza de la siguiente manera: está permitido realizar únicamente lo que aproxima a la nación oprimida (a las masas) a la conquista del poder estatal y debe rechazarse todo lo que las aparta de tal finalidad.

La política revolucionaria engloba todos los aspectos de la vida social, premisa que no debe olvidarse en ningún momento. Las actividades sindicales, económicas, educacionales, culturales, etc., encuentran su expresión y la respuesta a sus problemas fundamentales en la enunciación política. Los fenómenos sociales se dan en el marco de la lucha de clases, cuya expresión más elevada es la política revolucionaria, que coloca en el centro de la polémica -la revolución es la polémica exacerbada- el destino del Estado.

Los problemas nacionales, los intereses generales que preocupan a toda la nación, únicamente pueden plantearse y resolverse con legitimidad en el marco de la política, para nosotros de la política revolucionaria que elabora y desarrolla el Partido Obrero Revolucionario en el seno de las masas. La burguesía utiliza el aparato estatal en toda su amplitud para lograr que sus objetivos sean impuestos como nacionales.

Los explotados se movilizan y luchan para imponer al gobierno la solución, conforme a sus intereses, de los problemas nacionales y por este camino se proyectan a conquistar el poder.

Es sospechosa la postura que sostiene que para defender mejor los intereses nacionales, sindicales, regionales, etc., debe renunciarse al punto de vista partidista y tomar en cuenta únicamente aquellos, pese a que se trata de una disputa entablada por determinados sectores sociales con el gobierno. Tiene un marcado tinte demagógico, que busca permitir que se imponga la política burguesa. Los revolucionarios están obligados a hablar con propiedad y precisión: únicamente la política revolucionaria puede permitir una adecuada respuesta a los problemas generales y su solución.

El Partido Obrero Revolucionario, como siempre lo ha hecho, reivindica la gran trascendencia de la política revolucionaria y se opone terminantemente a que se la oculte o encubra como si fuera algo vergonzoso o perjudicial. ¿De dónde proviene la sistemática y sostenida campaña contra la actividad política, contra el partidismo? La urdimbre de la democracia formal está constituida por la lucha partidista en el proceso electoral, sin embargo, se denigra con persistencia a los partidos y a su acción frente a la ciudadanía. El origen de esta actitud aparentemente paradójica se encuentra en la burguesía, que está interesada en despolitizar a las clases mayoritarias, a fin de controlarlas políticamente con gran facilidad. La destrucción física del partido revolucionario constituiría una gran victoria para los explotadores.

La educación de las masas y su organización tienen que partir de la neutralización y eliminación de los prejuicios antipartidista y anti-político que tan persistentemente ha difundido la clase dominante.

La dirección revolucionaria resuelve los mayores problemas de la sociedad.

## El liderazgo necesario del Partido Obrero Revolucionario sobre la nación oprimida

La incansable lucha del Partido Obrero Revolucionario junto a los explotados, la confirmación de su programa por el desarrollo de los acontecimientos políticos, su tradición límpida, han despertado la admiración de propios y extraños. Sin embargo, la sistemática propaganda de la reacción, del imperialismo y de los propios partidos de izquierda alineados junto a la burguesía o que carecen de una clara ideología, ha forjado la leyenda de que las propuestas estratégicas del Partido Obrero Revolucionario, la estatización de los medios de producción y la dictadura del proletariado, no serían más que sueños utópicos, irrealizables por ahora porque -se dice- aún las fuerzas productivas no han madurado lo suficiente para semejante revolución. Así se ha ido levantando un muro que separa a ese incomparable luchador que es el POR de la dirección física y diaria de las masas. El trotskismo, pese a la bestial represión descargada contra él, ha demostrado ser indestructible. Desde el momento en que elevó hasta las cumbres más altas del país y desde el seno de las masas la famosísima "Tesis de Pulacayo", como prueba de la transformación profunda de su conciencia clasista, permanece plantado en el escenario de la lucha política señalando a los explotados el camino hacia la victoria.

Los reformistas y los nacionalistas argumentan que la utilización de los métodos de lucha que entroncan en la acción directa de masas, en el repudio del parlamentarismo y del legalismo, en fin, en la defensa intransigente de la independencia de clase y en la repulsa al cogobierno y a la cogestión como formas del colaboracionismo clasista; la obligada subordinación de la táctica diaria a la estrategia de la revolución proletaria, conforman un largo camino, y, por tanto, la transformación revolucionaria es algo que debe relegarse para las calendas griegas y que en la actualidad corresponde preocuparse única y pragmáticamente de mejorar el capitalismo, de colocarle algunos parches, de ayudar al gobierno de la clase dominante a ejecutar sus planes.

Esta política reformista y colaboracionista es la que combate firmemente y sin tregua el Partido Obrero Revolucionario y lo hace desde el llano, pugnando por romper el grueso muro silenciador que constituye el descomunal aparato publicitario que ha puesto en pie la reacción en general. La insurgencia de las masas -acentuación de la lucha de clases y de su politización, de la ola revolucionaria- concluirá derribando los muros levantados por la reacción para aplastarla, echando por tierra el descomunal aparato publicitario que utiliza la burguesía para imponer sus ideas a la sociedad; en ese momento las ideas revolucionarias acabarán imponiéndose, apoderándose de la mayoría nacional, camino por el que se transformaran en fuerza material.

La experiencia demuestra que los extraviados y pretendidamente cortos senderos por los que recorre el reformismo concluyen alejando a los explotados del cumplimiento de su misión histórica, los conducen indefectiblemente a la derrota y contribuyen a remachar sus cadenas.

La prédica y lucha poristas se han concretizado en algo que nunca pudieron soñar los sirvientes de la burguesía nativa y del imperialismo: han ayudado positivamente al desarrollo de la conciencia de clase. La gran politización de las masas bolivianas, particularmente de la clase obrera, que tanto subrayan y elogian todos, es la obra del POR, no ha caído del cielo y se ha impuesto pese a las traiciones y labor obstruccionista de los reformistas de toda laya. Con todo, no se trata de un proceso acabado y nunca se llegará a ese extremo, se impone seguir politizando y organizando a los explotados, a fin de impulsar la evolución de su conciencia de clase, que también no puede detenerse como si hubiera alcanzado un elevado e insuperable nivel. Las masas se transforman de manera incesante, lo que debe traducirse en un mayor fortalecimiento partidista.

Todos los días se palpa la posibilidad de la revolución. La agudeza de la lucha de clases, transformada políticamente con el fermento de las ideas del trotskismo, plantea de manera acuciante la expulsión del poder de la burguesía, del gobierno de las diferentes gamas de ésta, desde la Unión Democrática y Popular hasta la alianza adeno-movimientista, desde la ficción democratizante hasta las dictaduras gorilas. Los grupos políticos burgueses o la alianza de éstos con la izquierda derechizada, con los partidos obreros-burgueses, pueden ganar elecciones gracias al cohecho o a la descomunal propaganda embrutecedora, pero al día siguiente tienen que enfrentarse con las masas enfurecidas que los repudian y los odian. La gran transformación llegará cuando la nación oprimida aplaste a la burguesía y a su Estado. La clave para que esto suceda está en la actividad del Partido Obrero Revolucionario.

Hay que derribar el obstáculo levantado por la burguesía y sus sirvientes frente al trotskismo, con la finalidad de que no acceda a la dirección de las organizaciones de masas. La lucha revolucionaria, para que no se frustre ni concluya en la derrota, tiene que estar dirigida por el POR marxleninistatroskysta y no por ninguna otra organización política presuntamente de izquierda u obrerista. A esta altura hay que decir de manera categórica que únicamente el POR es el partido revolucionario, porque solamente él enarbola los objetivos estratégicos, finales, de la clase obrera y de las masas en lucha. Si se quiere vencer a la burguesía hay que desarrollar una política -

concretizada en la batalla cotidiana- que busque ese objetivo y no salvarla de la ruina a costa del agravamiento de la miseria y explotación de los sectores mayoritarios de la nación oprimida por el imperialismo, como proponen criminalmente el stalinismo, la burocracia sindical corrupta y reaccionaria, el reformismo y el colaboracionismo clasista.

Tenemos que felicitarnos porque el panorama político de la actualidad muestra la cuestión de manera nítida. Las masas, partiendo de su propia experiencia lograda bajo las traiciones y bellaquerías de los "izquierdistas" que sirven a la burguesía, del nacionalismo traidor y vendepatria, agente directo y cínico del imperialismo, particularmente del norteamericano, se diferencian y se oponen a los partidos burgueses, sobre todo a los que en su momento parecieron encarnar la liberación nacional, pero no desembocan de manera directa e inmediata en su partido, siguen sendas tortuosas antes de soldarse con su vanguardia que concentra su conciencia.

Militantes y simpatizantes poristas tienen que lanzarse a ganar las calles y enarbolar en alto la bandera revolucionaria, a fin de que se convierta en polo aglutinante de las masas desorientadas. El incansable y sistemático trabajo que se realice en este sentido permitirá que los explotados encuentren a su dirección que puede conducirles a la victoria. No más frustraciones ni traiciones y para que esto se traduzca en realidad, la nación oprimida debe marchar orientada por su verdadera dirección política, repetimos una vez más, por el Partido Obrero Revolucionario.

No todo se reduce a gritar "¡Aquí está la dirección!", sino que debe y tiene que explicarse a todos incansablemente y de manera metódica, la respuesta que da el Partido Obrero Revolucionario a los problemas nacionales y clasistas. Así se contribuirá a educar políticamente a las masas. El texto que tiene el lector en sus manos ha sido elaborado para que le sirva de guía en este trabajo que es imprescindible para lograr una buena orientación de los sectores mayoritarios de Bolivia. En las conversaciones y discusiones hay que ligar la solución a todas las cuestiones diarias que se plantean con la política revolucionaria y, por tanto, con la urgencia de fortalecer al Partido Obrero Revolucionario. El libro de referencia toma-para el análisis los aspectos fundamentales de la vida nacional, por esto puede permitir que los que apoyan la línea revolucionaria apliquen esas orientaciones maestras a todos los cuestionamientos concretos. Repetimos: la política revolucionaria debe responder a todas las interrogantes que surgen de la vida cotidiana.

Los planteamientos y propaganda poristas tienen necesariamente que romper todos los obstáculos levantados por la reacción, cuestionar los tabúes y los prejuicios presentados hasta hoy como sagrados, en fin, desmoronar la ideología imperante. No pocas veces la prédica revolucionaria aparece rodeada con ribetes de escándalo, prueba de que se está desmoronando el edificio de la burguesía, Todo esto está bien y cuando más se ataque la prédica revolucionaria y se provoquen alborotos alrededor de ella, serán prueba de que se va por buen camino.

El día de la victoria será aquel en el que el grueso de las masas ganen las calles bajo la dirección del proletariado, es decir, del Partido Obrero Revolucionario. Esto no será

un milagro ni se dará por obra de magia, sino como resultado del trabajo paciente que se realice ahora mismo. El secreto de la política revolucionaria consiste en que la lucha de hoy prepara la conquista del poder a través de la insurrección. ¿En qué momento? En aquel en el que la mayoría de las masas oprimidas se vea colocada, si no quiere ser aplastada y empujada hacia la barbarie, ante la urgencia de tomar físicamente el poder político. De manera sintética, diremos que se conquistará el poder cuando lleguen a esa conclusión los explotados, como voluntad de ellos y no como una decisión providencial de algunos politiqueros o golpistas pletóricos de paternalismo.

Hay que romper los falsos ídolos creados por la burguesía. Nada tenemos que ocultar ante el país y proclamamos clara y abiertamente que trabajamos de manera incansable para hacer posible la revolución, la expulsión del poder de Víctor Paz y, en su momento, de Banzer o Paz Zamora. Nada ni nadie impedirán que cumplamos esta tarea trascendental de salvación del país y de liberación de los explotados, ni la represión, ni la campaña malévola de la clase dominante, ni el golpismo al servicio de la antipatria imperialista. No existe poder suficientemente descomunal para aplastar la voluntad de lucha y la decisión de vencer de toda la nación oprimida, de los bolivianos, de los indios, de los obreros y de la mayoría de la clase media. Todo el trabajo que se realice diariamente debe proyectarse indefectiblemente hacia la revolución social. A los oportunistas aventureros, a los sirvientes de la reacción, es esto lo que les parece -y con razón- lo más peligroso de nuestra actividad. Recurren a todos los medios posibles para aislarnos de las masas, para evitar que lleguemos hasta ellas. Cuando logremos hacernos escuchar con todo el país habremos recorrido gran parte del camino revolucionario.

No podemos esperar que la burguesía o la "izquierda" que tan obsecuentemente la sirve, nos ayuden en nuestra actividad revolucionaria, tenemos que vencer e imponernos recurriendo a nuestros propios medios, aprovechando todas las fisuras que deja abiertas la clase dominante en su actuación sojuzgadora, opresiva. Por eso el Partido Obrero Revolucionario se organiza de manera, férrea y ahora corresponde ensanchar considerablemente esa organización, sin aflojar su estructura ideológica y organizativa, conservando su carácter de vanguardia debidamente entrenada y probada para cumplir su misión de dirección de los explotados en todos los campos.

## La teoría de la revolución boliviana

Por ahí se escucha decir que si todos los partidos y sectores discuten, se entienden entre sí y se fusionan, se contribuirá a la maduración veloz del factor subjetivo de la revolución, a la conciencia de clase y -seguramente- a la formación del partido revolucionario. Añaden que el factor objetivo -el basamento económico- está maduro para la revolución, pero no aclaran a qué revolución se están refiriendo. La falsa izquierda se agota en sus promesas de que en cualquier momento parirá "la alternativa popular" y se esfuerza por ignorar que la dirección revolucionaria está ya presente en el escenario boliviano.

Debe comenzarse por establecer que no se trata de formar a la hora nona y en el instante al partido revolucionario. No es nuestro caso el que tengamos que consumir operaciones previas que nos aproximen al partido revolucionario -entrismo, partido de los trabajadores, de varias clases sociales, etc.-; en esta materia Bolivia ya ha dado importantes pasos hacia adelante, en estrecha relación con la gran politización de las masas. El partido revolucionario está ahí, actuando como programa, como organización, como experiencia, como tradición. El trabajo del momento que debe cumplirse es otro, ese partido probado debe arrastrar a la lucha y a la victoria al grueso de la nación oprimida; concretamente, es esto lo que tiene que hacerse o sea una actividad que materialice la política revolucionaria, que señale con precisión el destino del país.

El POR rechaza toda improvisación y al estructurarse ha seguido esta norma; ha combatido la "teoría" de ser posible poner en pie una organización revolucionaria en veinticuatro horas. Sostiene que constituye un grave error la especie de que la acción ejemplarizadora y los disparos de fusil podrían superar la poltronería del stalinismo, consecuencia de su política contrarrevolucionaria-revisionista, y contribuir al surgimiento de la dirección revolucionaria de manera inmediata. Primero la acción y luego brotará naturalmente la teoría política, razonan así los foquistas, afirmación que lleva implícito el planteamiento de que esta última tiene solamente un valor secundario.

Toda esta palabrería apenas si encubre la desesperación pequeño-burguesa, tan apegada, en sus momentos de radicalización, al ultrismo y a la aventura, y que indefectiblemente retorna al democratismo, al legalismo, a la colaboración con la clase dominante, como demuestran la experiencia foquista y la del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, para citar solamente dos casos. Esa "izquierda", sin decirlo, ha repudiado la conclusión de Lenin de que sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria, que para nosotros es fundamental.

Hay que subrayar que el Partido Obrero Revolucionario se ha formado alrededor de la elaboración programática -expresión de la finalidad estratégica de la clase obrera-, ha ido estructurando a sus cuadros como encarnación de ese programa que ha sido llevado al seno de las masas. El desarrollo histórico ha ratificado la línea fundamental del programa purista. El resultado de dicho trabajo, trascendental para la liberación de los explotados, está a la vista: un partido de dimensión nacional que reciamente batalla en todos los niveles sociales de la vida boliviana, señalando de manera infaltable la perspectiva revolucionaria.

El marxleninismo-trotskyista actúa sobre la realidad boliviana para conocerla y transformarla, proceso en el que a su vez, se transforma, así podría sintetizarse lo que hace el Partido Obrero Revolucionario todos los días. El tremendo atraso (capitalismo rezagado) del país se traduce en el primitivismo cultural, en la incipiente ideológica y teórica de cierta "izquierda". En todos los niveles de los movimientos populares se repiten mecánicamente las consignas y órdenes recibidas desde el exterior, esta propaganda estéril carece de capacidad para impulsar el desarrollo de la conciencia de clase. Se trata de un problema concreto, señalar el camino de la revolución boliviana

y no recitar clisés copiados de otras latitudes.

Contrariamente, el trotskismo ha estudiado cuidadosamente a Bolivia, ha interpretado su historia, su economía, la mecánica de clases imperante, en fin, su cultura, etc., no con finalidades puramente intelectuales o como muestra de eruditismo, sino porque esos análisis son indispensables para señalar la política que busca la transformación radical del país. Son las masas las que hacen la historia -y sus grandes protagonistas son ignorados por los historiadores e ideólogos de la burguesía-, cuando el partido de aquellas asimila e interpreta críticamente lo que con sus manos han creado, elabora ideas, teoría, permite el reverdecimiento del tronco reseco de las doctrinas. La labor cumplida por el POR en la historia, en la cultura bolivianas, es trascendental y no puede ser ignorada, pues ha forjado la teoría de la revolución boliviana, que se sintetiza en la nítida enunciación, por primera vez, del objetivo estratégico del proletariado, a través de las particularidades nacionales.

Su presencia constituye hito inmovible en la historia y cultura nacionales, se ha convertido en obligada referencia para conocer el país, para discutir acerca de las perspectivas que se le presentan para salir de su actual estado de atraso y de sometimiento al imperialismo. La teoría de la revolución boliviana está lejos de limitarse a ser una proclama panfletaria. La realidad nacional arranca de la contradicción fundamental que se da en la estructura económica, lo que permite resolver el problema decisivo de saber si se trata de un país capitalista (con qué particularidades) o precapitalista, caracterización que ya contiene el tipo de revolución a realizarse.

Repetimos que el Partido Obrero Revolucionario es marxleninista-trotskyista, que en la elaboración de sus ideas programáticas y en su acción en el seno de las masas aplica, como método, el marxismo de nuestra época dominada por los movimientos de liberación de las cadenas imperialistas, de decadencia del capitalismo mundial, de la revolución proletaria mundial y socialista.

Cuando decimos que el Partido Obrero Revolucionario crea teoría nos estamos refiriendo al hecho de que traduce políticamente la experiencia que acumula en el seno de las masas, de la lucha del pueblo boliviano contra la opresión foránea. En este plano ha interpretado debidamente parte de la herencia dejada por los clásicos del marxismo y por las revoluciones de otras latitudes; esta actividad es la que más molesta a los pseudo izquierdistas criollos y a los marxólogos -y hasta presuntos trotskystas- del exterior, causa de la gran polémica que se libra alrededor de lo que ha hecho o dicho el Partido Obrero Revolucionario boliviano. Seguramente ninguna otra organización política es tan combatida desde todos los flancos, desde el imperialista, del de la reacción boliviana, hasta del izquierdista, pasando -repetimos- por el que se autocalifica trotskyista. Mucha tinta y mucho papel se gasta en combatir al POR, pero éste permanece cada vez más consolidado, más seguro de que es la única dirección revolucionaria en Bolivia. La crítica y la autocrítica muestran las facetas de la teoría y contribuyen a fortalecer la organización.

Para los politiqueros y aventureros de toda laya, el buen partido es aquel que conquista el poder rápidamente, importando poco por qué medios, si es posible de la noche a la mañana. La explicación de postura tan insólita y oportunista radica en que los protagonistas de las luchas políticas quisieran ver saciadas sus bajas pasiones lo más rápidamente posible, no quieren morir sin paladear los goces que proporciona el poder; para ellos la medida para juzgar el éxito o el fracaso es su propia chatura. Seguramente mueven la cabeza ante vida de Carlos Marx, que luchaba, estudiaba, escribía y polemizaba sin cesar, pese a que comprendía perfectamente que no se perfilaban ante él posibilidades de conquistar el poder. Para su limitada mentalidad se trataba de un fracasado, de un iluso.

Algunos se limitan a decir que el Partido Obrero Revolucionario tiene medio siglo de vida y como aún no ha conquistado el poder, se les antoja que por alguna razón -no dicen con precisión cuál- no es garantía de victoria y, por tanto, no ofrece recompensas palpables y al alcance de la mano por lo que se dice y hace. Lo admirable es que durante ese tiempo, que ciertamente es muy breve, hubiese mantenido incólumes sus principios, la verticalidad de su conducta, que hubiese rechazado ir del brazo de la burguesía y de sus gobiernos. Los oportunistas despectivamente llaman a esto sectarismo. Ya está dicho que el Partido Obrero Revolucionario no ha llegado aún al poder porque las masas, junto con ellas su partido, no han madurado lo suficiente para cumplir esa trascendental tarea.

Es claro que el POR va a conquistar el poder, con seguridad más pronto de lo que se imaginan sus adversarios más diversos. Su lucha -si se quiere, larga- le ha permitido penetrar, de manera definitiva, en el seno de los explotados y convertirse en importantísima corriente política e ideológica de éstos. No hay más que abrir los ojos y los oídos para convencerse que sus ideas, sus consignas y sus respuestas a los problemas, son enarboladas por los más diversos sectores: así fructifica de manera indiscutible su propaganda y su lucha.

Cincuenta años es para una persona casi una vida y esto es lo único que cuenta para los logreros, pero es un instante en la historia de las clases y de los pueblos, es esta última la referencia para el POR. No se piensa en los individuos sino en las clases.

## Diferencias del P.O.R. con el nacionalismo y con los partidos llamados de izquierda

El Partido Obrero Revolucionario es conocido como intransigente porque coloca sus principios -su finalidad estratégica- por sobre todas las cosas, por esto se lo llama sectario. Esa intransigencia es impuesta por un programa probado como correcto en la lucha diaria. Aquí radica el timbre de orgullo para el trotskismo, que ha permanecido fiel a su programa a través del tiempo. Toma la lucha revolucionaria como una unidad en la que la estrategia -polo preeminente- y la táctica se encuentran en inter-relación y se condicionan mutuamente. En política no todos los caminos conducen a Roma. Su ductilidad en el campo de la táctica contrasta con su extremada firmeza en el plano de la estrategia. Tal la razón por la que no es oportunista ni aventurero. Será

de provecho la explicación de este extremo.

La estrategia -objetivo final de la lucha- es la forma de gobierno que se propone, fórmula en la que se concretizan los intereses generales de la clase, no únicamente de ciertos sectores de ella. Así se expresan los objetivos históricos y no puramente salarialistas o inmediatos; se trata de la política revolucionaria y no del economicismo. Es la estrategia la que define el contenido de clase de los partidos, es decir, los intereses generales de qué clase social representa. A esta altura se puede comprender por qué el Partido Obrero Revolucionario trotskysta boliviano proclama con tanta insistencia ser el único partido revolucionario de la clase obrera. Pugna por ser el caudillo nacional partiendo, precisamente, de esta característica. De manera más breve, el POR es el único partido que propugna en Bolivia la instauración de la dictadura del proletariado, el gobierno obrero-campesino, la revolución que destruirá la gran propiedad privada y el aparato estatal burgués, a consumarse a través de la vía insurreccional, todo como parte de la revolución socialista mundial, punto culminante del internacionalismo proletario, consecuencia del carácter mundial de la economía capitalista.

La importancia del POR puede también medirse porque ha dejado indeleble su impronta en todo el proceso boliviano y también en las agrupaciones políticas. El nacionalismo, los grupos de izquierda y el propio stalinismo, no cesan de repetir -cierto que deformadamente- algunas ideas y consignas trotskystas. Citemos un ejemplo: las agrupaciones de izquierda reproducen, sin citar la fuente; la caracterización que hace el Partido Obrero Revolucionario de Bolivia como país capitalista atrasado. La cuestión no se reduce a calcar algunas ideas y a repetirlas mecánicamente y torcidamente, sino en señalar de qué manera los partidos reflejan y proponen resolver la contradicción fundamental de la estructura económica de la sociedad, es decir, qué actitud asumen, en último término, frente a la gran propiedad privada burguesa. Únicamente el POR plantea la necesidad de destruir la gran propiedad privada para sustituirla por la social. Nacionalistas e izquierdistas en general se pronuncian en favor del mantenimiento de la propiedad privada, los más radicales proponen reformas y limitaciones a las formas de propiedad vigentes y a su herencia. La constitución de 1938 -en la constituyente hubo un fuerte bloque obrero e izquierdista- ha establecido la "función social" de la propiedad, como requisito para que pueda ser protegida por el ordenamiento jurídico y el Estado.

La dirección política del proceso revolucionario por el proletariado quiere decir que la nación oprimida se aglutina alrededor de la estrategia de esta clase minoritaria, por ser el único camino que permite el desarrollo global de la economía y, por tanto, la solución de los problemas nacionales y sociales. La dictadura del proletariado cumplirá a plenitud las tareas burguesas pendientes -expresión del atraso del país- y las transformará en socialistas, al mismo tiempo que proyectará la revolución, iniciada necesariamente como fenómeno nacional, a la palestra internacional, todo como un proceso único. Los avances y retrocesos de la transformación interna, de la superación de las dificultades creadas por la revolución, así como el tiempo en que se cumplan, dependen del ritmo de desenvolvimiento de las economías nacional y mundial, pues el país de la dictadura del proletariado seguirá formando parte

de esta última, seguirá subordinado a ella. Una etapa será negada por la superior, que inexcusablemente se apoyará en aquella y será el resultado del desarrollo de las AMI, tendencias progresistas que contenga. El factor fundamental para que sea posible esta evolución radica en la revolución internacional, pues aislada largamente la transformación nacional concluiría degenerándose, como enseñan las experiencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de la China. En esto consiste -y no en otra cosa- la revolución permanente, expresión de las leyes de la transformación radical, del cambio cualitativo, de la revolución de nuestra época.

Los otros partidos de "izquierda", incluidos algunos nacionalistas, hablan también de socialismo -otra concesión al trotskismo y que vuelve a probar su importancia en el escenario político-, pero lo relegan a un futuro indeterminado y muy lejano. Sostienen que las fuerzas productivas han madurado únicamente para hacer posible la revolución burguesa, que durante todo un período histórico se encargaría de industrializar el país, convertir al proletariado en clase numéricamente mayoritaria y educado en la escuela de la democracia formal, para que después recién pueda plantearse la revolución socialista. Esta contrarrevolucionaria teoría etapista constituye el planteamiento común de stalinistas, socialistas, miristas, nacionalistas, burócratas sindicales, etc, entre otras cosas, parte del supuesto de que el proletariado aún no ha madurado para cumplir su misión histórica, ahora le correspondería únicamente apuntalar, con su coraje en la lucha, a los frentes democráticos y antiimperialistas.

La consecuencia práctica de semejante teoría antimarxista y antileninista, debe ser cuidadosamente puesta al desnudo. Se separa totalmente la táctica, a veces menuda maniobra, de la finalidad estratégica, con el argumento de que las masas tienen capacidad únicamente para las reformas, para las pequeñas conquistas, y que la lucha por la revolución recién podrá darse en el futuro, etc. Semejante argumentación es utilizada para desarmar ideológica y políticamente a las masas, que son empujadas a agachar la cabeza ante los dictados de la burguesía.

Toda actividad política, toda maniobra siempre buscan una determinada finalidad estratégica, aunque no sea explicitada por tal o cual razón. La separación entre táctica y estrategia, convierte a la primera en la finalidad de la lucha: aquí se encuentra la esencia del reformismo, que consiste en remendar el envejecido traje capitalista. En este plano la oposición entre el POR y los otros partidos es total.

Para el trotskismo hay una indiscutible unidad entre táctica y la finalidad estratégica, de manera que es ahora, en la lucha diaria, donde se trabaja para la conquista del poder político. Para el reformismo las masas se preparan en algún lugar -no se sabe dónde- para hacer posible la revolución y ésta misma llegaría debidamente empaquetada, tal vez del exterior. Según el Partido Obrero Revolucionario, las masas maduran, juntamente con su partido, en la lucha diaria y es aquí donde se decide el destino de la revolución.

Se dice que entre los fundamentos principistas del trotskismo se encuentra el Programa de Transición. Corresponde explicar el alcance de esta afirmación. Polémicamente se ha subrayado que el Partido Obrero Revolucionario toma el método de transición y

que no se limita a repetir las consignas que aparecen en el documento redactado por Trotsky, algunas de las cuales pueden haber caducado. Nos interesan las reivindicaciones transitorias en la medida en que permiten a las masas partiendo de su lucha y situación actuales -inclusive de su atraso político- proyectarse, luchando por lograr mejores condiciones de vida y de trabajo, hacia la conquista del poder. Aquí se da en toda su amplitud la unidad entre táctica y estrategia. En este marco tiene lugar la lucha cotidiana porista. Las reivindicaciones transitorias permiten a las masas comprender el papel que juegan el Estado, el ordenamiento jurídico y la propia burguesía en la explotación de la clase obrera, en la extrema miseria que azota a las masas, etc., esto les permitirá unir su lucha por la solución de los problemas del día con la urgencia de la conquista del poder.

Más adelante se verá con alguna amplitud una de las mayores divergencias políticas entre los partidos y que se refiere a la actitud que adoptan frente al gobierno del movimientista Víctor Paz Estenssoro, representante de la burguesía nativa y sirviente del imperialismo. Es en este plano que aparece con nitidez el contenido de clase de las diferentes posturas políticas, que actúan de manera inconfundible como fuerzas reformistas que creen que es posible todavía esperar que el régimen adeno-movimientista adopte una política al servicio del país y de las mayorías, por tanto, antiimperialista. En oposición, el marxleninismo-trotskyista (el Partido Obrero Revolucionario) parten de la evidencia del total agotamiento de la burguesía nativa en su conjunto, para poder lograr la solución de los problemas nacionales e inclusive para satisfacer las exigencias de las clases oprimidas y explotadas, siendo de segunda importancia que monopolice ocasionalmente el control gubernamental.

Ante nosotros tenemos el siguiente panorama: la dictadura policiaco-militar ejercitada por el MNR-ADN cada vez se hunde más, la crisis en los partidos oficialistas tiende a agravarse. Lo que cuenta para el análisis político es la constatación de que el adeno-movimientismo (la burguesía intermediaria) ya no puede alimentar a los esclavos modernos y menos proporcionarles educación, vivienda y salud, vale decir, lo más elemental para la vida humana. ¿Cómo entonces puede esperarse que el régimen encabezado por Víctor Paz -tipificado por el hombre de la calle como un inconfundible vendepatria- liberte al país de la opresión imperialista, al mismo tiempo que supere la crisis capitalista estructural a través del desarrollo de las fuerzas productivas y gobierne al servicio de los explotados? El repudio popular -parte de la experiencia diaria y es prueba del avance de la politización de las masas- precipita la ruina del nacionalismo de contenido burgués.

A la exigencia de nacionalistas, izquierdistas proburgueses y burócratas sindicales, de que la miseria y la crisis económicas (sus consecuencias) se repartan equitativamente entre todos, al mismo tiempo de lograr la simple moratoria de la deuda externa, el POR es el único partido -identificado del todo con el grueso de las masas- que opone la política en sentido de que únicamente la revolución y la conquista del poder por los explotados pueden acabar con el hambre. Al mismo tiempo, añade que corresponde el desconocimiento de una enorme deuda externa contraída y malversada a espaldas del país. Los capituladores ante la burguesía han quedado, paralogizados por la "recompra" de parte de la deuda por el gobierno.

El fetichismo creado alrededor de la democracia burguesa formal, enturbia la mente de los "izquierdistas" del más diverso tinte. Todos ellos dicen ser demócratas y se someten a la burguesía con el propósito de poner a salvo "la expresión de la voluntad popular" a través del voto universal limpio y otras supercherías. A la crítica porista retrucan con el dislate de que su propósito es el de convertir la democracia formal en popular y cosas por el estilo. ¿Es posible esto dentro del capitalismo? Hace tiempo que el POR ha señalado que en Bolivia no puede florecer la democracia burguesa por la excesiva pobreza del país, por el poco desarrollo del capitalismo, hechos que determinan la extrema agudeza de la lucha de clases.

Los problemas grandes y pequeños se resuelven en las calles con ayuda de la acción directa de masas y no en el marco parlamentario; el Legislativo carece de importancia decisiva, es apenas un adorno y un altavoz de lo que dice y hace el Ejecutivo, único verdadero poder estatal. La democracia burguesa más perfecta es siempre una dictadura de la clase dominante, porque ésta monopoliza en sus manos los medios de producción. Es esto lo que tiene que enseñarse a los bolivianos que están hastiados de las periódicas farsas electorales. El prejuicio democrático domina la mente de los supuestos izquierdistas y es extremadamente débil en el seno de las masas.

Los revolucionarios propugnamos una auténtica democracia, basada en la posibilidad de que la mayoría de la población utilice los medios de producción y en el predominio de las organizaciones de masas en todos los niveles, bajo la dictadura del proletariado, que destruirá económicamente a la burguesía y a sus expresiones políticas y permitirá el pluripartidismo asentado en las clases actualmente sojuzgadas y explotadas. Estamos hablando de la democracia proletaria, que nada tiene que ver con la burguesa. Para hablar de democracia popular primero hay que hacer la revolución y conquistar el poder.

El nacionalismo y la izquierda proburguesa no quieren ir más allá de la democracia formal, ese es su sueño más atrevido, por eso rechazan los métodos de lucha que arrancan de la acción directa de masas, que son utilizados y desarrollados por los explotados y por el POR.

Ciertamente que deben superarse las ilusiones democráticas de las masas -cuando éstas las tienen y que son débiles en las bolivianas-, pero esto no supone quedarse en los límites de la democracia burguesa o del cumplimiento de las tareas democráticas de la revolución, sino que deben ser planteadas en la perspectiva de la conquista del poder político por la clase obrera, que supone la destrucción de la democracia, o mejor ficción democrática, actuales.

Para nuestro propósito es por demás aleccionadora la historia de la impresionante cantidad de partidos que han pasado por el escenario político boliviano. Hay que subrayar que unos pocos -muy pocos- tuvieron larga existencia, los más desaparecieron pulverizados al chocar con la realidad y sin dejar rastro alguno, sin que se acuerden de ellos ni siquiera sus progenitores. Entre las organizaciones políticas excepcionales sorprende el POR por su granítica estructura ideológica y organizativa. Con sólo observarlo se puede concluir que constituye el partido del porvenir, pese a su profundo

enraizamiento con el pasado.

No hay que olvidar que todo programa partidista, incluido el mejor elaborado, es siempre un pronóstico acerca de las grandes líneas del desarrollo de un país y, en su caso, de las clases sociales, que para demostrar su validez todavía tiene que ser sometido a la prueba de los acontecimientos. Esta consideración vale para todas las organizaciones políticas. Por que ser sometido a la prueba de los acontecimientos. Esta consideración vale para todas las organizaciones políticas. Por esto mismo, no existen programas perfectos, definitivos, dados de una vez por todas: la experiencia recogida y la evolución política de las masas obligan a revisar y a perfeccionar los objetivos partidistas. Este proceso -como enseña la historia boliviana e internacional- pasa a través de las escisiones y fusiones: que son también expresiones organizativas, pueden contribuir a la afirmación programática y en definitiva; al fortalecimiento orgánico.

En la intrincadísima maraña de la historia política de Bolivia se distinguen, por sus características propias y por su importancia las siguientes corrientes ideológicas, que es lo que cuenta en última instancia:

El belcismo multitudinario dio un paso trascendental, incorporó a las masas artesanales y campesinas a la actividad política -el caudillo Belzu dijo a la "democracia"- y aquellas estaban seguras que el belcismo era su instrumento más eficaz y el legítimo portavoz de sus intereses, la reconquista de la tierra, usurpada por el gamonalismo y la defensa del proteccionismo del modo de producción precapitalista. De aquí arranca la tremenda contradicción interna del belcismo. De tarde en tarde, las nacionalidades oprimidas y los explotados han irrumpido en el escenario político buscando materializar tal o cual reivindicación y en el fondo, marchando en pos de su liberación, objetivo expresado de manera consciente o instintiva. Entonces nuevamente han vuelto a aflorar los rasgos diferenciales del belcismo.

La lucha apasionada y a veces feroz, contra la aristocracia terrateniente, de la época de Isidoro Belzu, no tardará en encarnarse en el combate librado contra la feudal burguesía y, un poco más tarde, contra la incapaz burguesía nativa sirviente del imperialismo, contra aquella y la metrópoli opresora, tomadas como una unidad.

El programa de Belzu no condujo a la transformación de la sociedad, porque no tuvo capacidad para resolver radicalmente el problema de la tierra, de la industrialización y de la creación del mercado interno -consecuencias del desarrollo capitalista-, pero el surco que abrió como movimiento de masas no pudo ser borrado por ningún exceso represivo y ni siquiera por el correr del tiempo. Hay que subrayar que no estaba presente el proletariado, como tampoco el capitalismo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario tuvo el acierto de aferrarse demagógicamente a Belzu como a su antecedente. Sin embargo, todos los que luchamos desde el seno de las masas para conducir las a la victoria, también en alguna forma reproducimos y perpetuamos ciertos rasgos del belcismo.

Las masas idealizaron y forjaron por necesidad a un Belzu, que, según ellas, iba a liberarlas y nunca pensaron que murió, abrigaban la esperanza de que estaba en algún lugar, presto para volar a encabezarlas en su terca lucha. Lo que fue historia se trocó en leyenda, por la necesidad de los oprimidos de tener una bandera que poder enarbolar en su lucha. Este fenómeno volverá a repetirse, una y otra vez, en nuestra historia. El vacío político dejado por las direcciones revolucionarias es llenado por cualquier otro movimiento o caudillo, fenómeno que obedece a la necesidad que tienen los explotados y oprimidos de contar con canales de expresión y de actuación. El trotskismo debe tomar debida nota de esta enseñanza de la historia.

Correspondió al Partido Liberal de 1883, que capitalizó el librecambismo planteado en el seno del Partido Rojo, formular la posibilidad del desarrollo global del país -de la superación del atraso, del precapitalismo, del caudillismo localista dentro del marco capitalista en franca cooperación con los países que ya habían logrado un alto nivel de desenvolvimiento, vale decir con el imperialismo. El liberalismo supo colocarse a la cabeza de las masas bolivianas cansadas de las tendencias conservadoras y llegó al poder a través de la guerra civil -de la revolución federal- en la que jugaron un papel decisivo las masas campesinas y artesanales.

La larga permanencia del liberalismo en el escenario político se debió a que supo dar respuesta, ciertamente que parcial, al problema más punzante del país, a su atraso y a la necesidad del desarrollo económico, que permite, de manera paralela, la transformación superestructural. En la medida en que da la respuesta al cuestionamiento de la realidad -otras tendencias volverán tardíamente a reiterar la respuesta- el liberalismo se torna movimiento masivo y permanente por mucho tiempo.

Traicionó a todos los que lo apoyaron y concluyó traicionándose a sí mismo. No pudo forjar la democracia formal y menos el gran Estado Nacional soberano, acabó entregando el país a la voracidad del imperialismo. El Partido liberal frustrado en el empeño de materializar su programa se pulverizó en numerosas fracciones: todas se empeñaron en salvar del descomunal descalabro el programa del primer momento y unos se colocaron más a la derecha que los otros.

El liberalismo gobernó, a través de los varios grupos que se desprendieron del tronco principal, cerca de medio siglo y nadie puede poner en duda su gran significación en nuestra historia política.

Bajo la experiencia del liberalismo se perfiló nítida la opresión imperialista y entonces apareció inconfundiblemente diferenciada la nación opresora -metrópoli del capital financiero- y la nación oprimida o semicolonial.

La guerra del Chaco constituyó la prueba sangrienta de la bancarrota de la feudal-burguesía y en el horizonte se perfiló la necesidad de plantear las alternativas para el desarrollo de las fuerzas productivas y para la consumación de la liberación nacional. Bolivia debía dejar de ser colonia de los Estados Unidos de Norte América y abrir la perspectiva de su acelerada industrialización, que solamente podía partir

de la solución radical del problema de la tierra, que supone la liberación del indio secularmente oprimido.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario, desde una posición nacionalista burguesa, al margen del marxismo y en actitud equívoca frente al fascismo y al comunismo, lanzó temerariamente un atrevido programa buscando materializar esa transformación dentro del capitalismo. Como quiera que se trató de la respuesta a la acuciante pregunta que se hacía la mayoría nacional e inclusive la clase obrera minoritaria, inhumanamente explotada por las empresas dependientes del capital financiero, el MNR aceleradamente se colocó a la cabeza de la nación oprimida que pugnaba por liberarse de las cadenas imperialistas norteamericanas. El nacionalismo -en el momento de su mayor vitalidad- dijo ocupar una posición intermedia entre el comunismo y el capitalismo -la tercera posición-, partiendo de la tesis de que la contradicción fundamental en los países atrasados se da entre el imperialismo y la nación. En la práctica, el nacionalismo burgués ha respondido que la dirección política de la nación oprimida le corresponde a la burguesía nativa, a la "burguesía progresista", como dice el stalinismo contrarrevolucionario. Aquí radica su diferenciación y oposición a la política revolucionaria del proletariado. En último término se niega la lucha de clases.

La situación política -determinada por las modificaciones de la conciencia de la revolucionaria, aunque minoritaria, clase obrera- se trastrocó profundamente cuando el stalinista Partido de la Izquierda Revolucionaria, selló su contubernio con la rosca minera y con la "democracia" imperialista. El PIR es la madre del PCB, que con su conducta ratifica la sentencia popular que dice "de tal tronco tal astilla". Las masas quedaron sin dirección política, y el vacío fue llenado por el MNR radicalizado. Se mantuvo en esa posición inclusive después de que fracasó a medias en el gobierno de 1943-1946 como dirección ante-imperialista, porque el trotskismo no logró superar rápidamente las limitaciones su programa inicial, para así poder conducir a los explotados, a la nación oprimida, al poder.

Durante el sexenio rosquero -1946-1952- las masas inmersas en la descomunal lucha contra la feudal-burguesía inventaron un Movimiento Nacionalista Revolucionario, radicalizado en extremo, antiimperialista, encarnación de la "Tesis de Pulacayo", es decir, de su propio programa. El tegumento de este fantasma fue conformado por la intelectualidad nacionalista, una capa de la empobrecida clase media y que se vio obligada a tolerar el radicalismo de las masas que con su acción le daban importancia política. El movimientismo llegó al poder con traje prestado.

Observando la experiencia del gobierno Razón de Patria-MNR, fue posible enunciar -como lo hizo oportunamente el POR trotskista- la ley que rige el papel que cumple el nacionalismo burgués en el proceso revolucionario de nuestra época. Partiendo de posiciones pretendidamente antiimperialistas -furiosamente antiimperialistas-, en cierto momento, cuándo la clase obrera comienza a marchar con sus propios pies y le pisa los talones, amenazando acabar con la gran propiedad privada burguesa, es decir, con el fundamento mismo del movimientismo, el nacionalismo gira acentuada y rápidamente hacia las posiciones imperialistas. Se alía con el enemigo foráneo para

aplastar al que fue hasta ayer su sostén social; se torna abiertamente instrumento de la metrópoli y acaba como encarnación de la antipatria. Sin querer nos hemos referido a la historia del doctor Víctor Paz Estenssoro y del propio Movimiento Nacionalista Revolucionario.

En abril de 1952, las masas -fabriles, mineros, vastas capas de la clase media- convirtieron, gracias a su participación, un golpe de Estado planeado por la dirección movimientista, en una revolución que aplastó a la feudal burguesía y destruyó su aparato estatal, incluyendo a las fuerzas armadas, pero no tomaron el poder político, sino que se apresuraron en entregarlo al Movimiento Nacionalista Revolucionario, a un partido que no era de ellas, pese a las apariencias que le daba el traje prestado.

El movimientismo logró que obreros y campesinos, además de la clase media, girasen alrededor suyo. Este enorme capital social fue gastándose gradualmente, en la misma medida en que la nación oprimida maduró en la escuela de traiciones del MNR. Las frustraciones se tradujeron en crisis ideológicas y organizativas que concluyeron como sucesivos desgajamientos del tronco principal. El movimientismo de contenido burgués se encuentra hoy en total desintegración, pero sigue ganando elecciones y no concluye de encarnarse en otras organizaciones partidistas inclusive en las llamadas nuevas, como el MIR, por ejemplo.

No ha esperado que el stalinista Partido Comunista de Bolivia -la sombra del nacionalismo- desarrolle pacientemente su teoría de la revolución por etapas, de la vigencia de la revolución democrática, de la inevitabilidad de la presencia en el terreno nacional de burguesías progresistas y hasta revolucionarias, del obligado cogobierno y colaboracionismo clasista, etc., sino que el movimientismo desde la palestra teórica y gubernamental le ha dictado estas grandes líneas políticas contrarrevolucionarias.

Lo fundamental en este plano es la madurez política de las masas frente a las limitaciones del nacionalismo de contenido burgués, proceso que constituye en Bolivia uno de los elementos que asegura la victoria de la revolución proletaria. Con todo, seguirán habiendo brotes políticos nacionalistas, porque el nacionalismo es la respuesta obligada de la burguesía a los problemas fundamentales del país.

La madurez política de las masas hace que éstas ocupen posiciones mucho más avanzadas que las tomadas por el conjunto del nacionalismo, incluyendo a sus expresiones más radicalizadas y obreristas.

De esta manera llegan al convencimiento de que deben constituir su propio partido político, conquistar la liberación nacional frente a la opresión imperialista, emancipa la sociedad al mismo tiempo que se emancipan a sí mismas y poner en pie la dictadura del proletariado.

En el campo de la izquierda, el trotskismo constituye la corriente más importante y permanentemente, por encima de que tenga en cierto momento más o menos militancia, detente o no las direcciones sindicales. Lo trascendental radica en su programa, en su ideología, que son únicos porque expresan los objetivos históricos

del proletariado y porque lucha por convertir a éste en la dirección política de la nación oprimida, de la mayoría del país.

La lucha diaria de los explotados y de toda la nación oprimida tiende a trocarse en política y así actualiza el programa, las consignas y la prédica trotskystas. La evolución de la conciencia de clase de los explotados fortalece al Partido Obrero Revolucionario y le permite seguir actuando como la fuerza impulsora de esa evolución, sin la cual no puede darse la transformación revolucionaria de Bolivia.

## Nota

Este libro ha sido confeccionado de manera particular, con miras a facilitar su manejo por parte de los propagandistas.

Cada capítulo lleva un índice y un resumen, cuyo contenido se desarrolla después. Seguramente muchos se limitarán a leer únicamente los resúmenes y así pueden tener una idea general de los temas. Al final de los capítulos se incluye una bibliografía que puede ayudar a profundizar el conocimiento de los problemas tratados.

Sería bien que los propagandistas confeccionen sus propios resúmenes, de acuerdo con los niveles políticos, culturales, de la gente en cuyo seno se trabaje y también de las particularidades de las diferentes regiones del país.

## II

## Un país maduro para la revolución

*Resumen. La contradicción fundamental. Bolivia y la crisis capitalista estructural. La revolución boliviana integrante de la revolución socialista mundial.*

### Resumen

Bolivia es un país capitalista atrasado. La producción con máquinas movidas por el proletariado es la más importante, frente a la producción primitiva en las pequeñas parcelas campesinas, en la que se ocupa gran parte de la población. Se dan expresiones del comunismo primitivo, del esclavismo, de la época feudal, del capitalismo, se trata de herencias del pasado precapitalista, opacadas por la producción maquinizada, que, sin embargo, tienen importancia porque abarcan varios sectores de la economía y marcan su huella sobre todo en el proceso cultural. A esto se llama capitalismo de economía combinada. Si se quiere que el país dé un gran salto hacia adelante, supere su atraso, logre el desarrollo global de su economía, se tiene que sobremontar el precapitalismo, un aspecto del programa de la revolución proletaria. La falsa "izquierda", el nacionalismo, el PCB, dicen equivocadamente que Bolivia se encuentra en la etapa precapitalista (semifeudal), lo que les permite sostener la vigencia de la revolución burguesa y la existencia de una burguesía progresista con la que la clase obrera debe obligadamente cooperar. No se trata de una especulación teórica, sino de señalar el basamento de la revolución a realizarse.

La economía combinada arranca del cimiento económico, de la contradicción fundamental: la gran propiedad burguesa -el factor más importante- y la pequeña parcela campesina, impiden el desarrollo global de la economía, salir al país del atraso secular. El imperialismo actúa a través de la gran propiedad burguesa nacional y en algunos sectores llega a absorberla totalmente, La contradicción fundamental (la que se da entre proletariado y burguesía) no es anulada ni desvirtuada por la opresión imperialista sobre toda la nación boliviana, que es posible al apoyarse la metrópoli opresora en la gran propiedad burguesa y en la clase dominante nativas. Desde este momento debe tenerse cuidado en diferenciar a la nación opresora de la oprimida.

La economía combinada es consecuencia de la manera cómo Bolivia se incorporó a la economía mundial, para llegar a convertirse en parte integrante de ésta y no una simple dependiente unilateral, lo que importaría que permanezca al margen

de aquella, como sostienen nacionalistas y stalinistas. La economía capitalista mundial impone sus leyes a todos los países y una de ellas se refiere al carácter internacional de los fenómenos y particularmente de los económicos. Las fuerzas productivas son internacionales por excelencia y han madurado para la revolución proletaria globalmente, factor que ha impuesto a Bolivia la economía mundial. Esta madurez para la revolución social está demostrada objetivamente por la tremenda y catastrófica crisis capitalista estructural que azota al país.

La descomunal crisis que soportamos es capitalista y mundial, nos ha sido impuesta desde afuera y no es estrictamente nacional o el resultado exclusivo de las malas acciones de los gobiernos del pasado. La crisis económica estructural es desocupación masiva, paralización de parte del aparato productivo, es destrucción de las fuerzas productivas al chocar con la gran propiedad privada (transnacionales), se ve agravada por el hambre canina de los empresarios, que utilizan la propiedad sobre las máquinas para lograr descomunales ganancias y no tienen en cuenta para nada las necesidades de la sociedad, así concluyen produciendo y acumulando tal cantidad de mercancías que el mercado no puede consumir debido a la limitada capacidad de compra de la población, a los bajos salarios.

La burguesía, a través del gobierno adeno-movimientista, busca superar la crisis paralizando parte de la producción, enviando a la desocupación -"relocalización"- a una gran masa de obreros, etc., es decir, aumentando la miseria de los sectores mayoritarios. La pobreza de Bolivia, el poco desarrollo capitalista, determinan que la crisis en nuestro país se presente con contornos de drama nacional y social.

El sometimiento del MNR-ADN al imperialismo, a la banca internacional, ha dado lugar a que los planes económicos del gobierno hubiesen sido vaciados en los moldes de la gran política norteamericana de superar su crisis agravando la miseria de los países atrasados, no otra cosa significan las medidas de puertas abiertas en favor de las mercancías extranjeras y del capital financiero, el pago de la deuda externa utilizando un tercio del presupuesto nacional, etc.

Los explotados deben orientarse a superar la crisis destruyendo la propiedad de los burgueses sobre las máquinas, a fin de permitir el desarrollo global de toda la economía del país. Para que esto sea posible hay que fortalecer al Partido Obrero Revolucionario. La crisis capitalista demuestra que la revolución de la nación oprimida, bajo la dirección proletaria, es posible, como consecuencia de nuestra propia actuación diaria. Las masas tienen que madurar políticamente y lo harán a través de la lucha diaria. La izquierda proburguesa y la burocracia sindical colaboran con la burguesía para administrar la miseria (diálogo COB-gobierno) y no se dan el objetivo de destruirla, aunque hoy es el problema central.

El internacionalismo proletario es la expresión social del carácter mundial de la economía capitalista. La burguesía lo combate, con prejuicios y argumentos demagógicos, para debilitar al movimiento revolucionario, para parcelarlo dentro de las fronteras nacionales, pese a que tiene que enfrentarse con un enemigo -el imperialismo- de dimensiones mundiales.

La clase obrera -nacional por su forma e internacional por su contenido- tiene que traducir los avances de su conciencia de clase en la formación del Partido Mundial de la Revolución Socialista, la Cuarta Internacional. Se trata de resolver los problemas de la humanidad por la vía revolucionaria.

La Cuarta Internacional no puede ser el resultado de maniobras cupulares o de imposiciones arbitrarias de algunos grupúsculos que abusivamente se autoproclaman como trotskistas, sino que tiene que partir del programa elaborado por Trotsky y de la rica, ejemplar y única experiencia del POR boliviano. Corresponde rechazar la aventura de organizar Internacionales presuntamente obreras, pero no revolucionarias aún, porque tales organizaciones no pueden dirigir la revolución en escala internacional y perjudicarían seriamente a los partidos nacionales que ocupan ya su lugar en el seno de las masas.

## La contradicción fundamental

No se trata simplemente de repetir el concepto general de que la contradicción fundamental de la sociedad es aquella que se da en su estructura económica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sino de concretizar cuáles son las formas de propiedad que obstaculizan el desarrollo de las primeras. Ha correspondido al Partido Obrero Revolucionario llenar el vacío dejado al respecto por la izquierda a lo largo de la historia del país. La cuestión está íntimamente ligada a saber cuáles son los modos de producción imperantes y cómo se da la interrelación entre ellos: ¿Bolivia es un país capitalista o precapitalista? También en este plano las agrupaciones de izquierda se limitaban a repetir mecánicamente la especie difundida desde el Kremlin durante el "tercer período", en sentido de que los países latinoamericanos eran semif feudales o campesinos, de todas maneras precapitalistas. Aquí se recitaba la consigna, pero la burocracia moscovita tenía razones de peso para lanzar a la circulación su discurso: servía para justificar el retorno a la vigencia de la revolución democrática, de la revolución por etapas, de la cooperación con la burguesía "progresista" en los países atrasados, todo en la época del predominio del capital financiero. La presencia de un proletariado, tipificado como incipiente, no era considerada decisiva en el desarrollo latinoamericano y se sostenía que su destino no era el de dirigir a las masas en la revolución proletaria, sino de apuntalar -y a veces criticar- desde la izquierda a la burguesía progresista, que cuando no se la encontraba en el escenario había que inventarla, como señaló León Trotsky. La argumentación era extremadamente forzada porque esa revolución burguesa estaba llamada a realizarse nada menos que en el punto más elevado del desarrollo y comienzo de la caída de la economía capitalista mundial, es decir cuando ya no hay tiempo para que se efectivice. Dicho de otra manera, los países rezagados tenían que seguir aplicadamente el camino, con todos sus recodos, por el que transitaban las viejas metrópolis. Se olvidó que la economía mundial transformó de raíz a los países rezagados con los que se topó, los incorporó a su seno y generó en ellos particularidades inéditas. Este proceso dialéctico fue ignorado por el stalinismo, que prestó sus argumentos centrales al nacionalismo de contenido burgués para justificar la perspectiva del pleno y libre desarrollo capitalista de los países americanos. No

estaba mal recitar seguidamente acerca de las maravillas del paraíso socialista, tan lejano e inaccesible como el paraíso de los cristianos.

Esta argumentación daría a entender que el imperialismo se conforma con ayuda del comercio con los países atrasados, sin absorberlos y sin dejar su marca sobre ellos, lo que demuestra un total desconocimiento de lo que es la economía mundial, que es una unidad mundial superior, cuyas leyes generales actúan por encima de las fronteras nacionales, transformando a las economías de los diversos países. ¿La burguesía no ha creado la economía mundial? ¿Se puede sostener que Bolivia -que vive a merced de lo que hace y dice la metrópoli opresora y explotadora- nada tiene que ver con esa economía? La verdad es que ha sido integrada desde afuera al sistema capitalista mundial y que depende de él. La misma revolución se desarrollará en relación con la economía mundial y de ninguna manera al margen de ella.

El nacionalismo, el stalinismo, la izquierda proburguesa y la burocracia sindical, etc., se limitan a describir, a enumerar -casi siempre de una manera arbitraria e imperfecta- las características nacionales, como algo diferente de la economía mundial, extraño a ella. Esas características -cómo se dan el atraso y la economía combinada, algo inédito, por cierto- son de enorme importancia y adquieren una particular significación cuando los países atrasados se integran -no se limitan a comerciar ocasionalmente en el mercado mundial- a la economía capitalista, desde ese momento modifican profundamente su fisonomía y sus perspectivas.

La tardía incorporación de Bolivia a la economía mundial (se trata de un fenómeno finisecular), que autoritariamente le impuso un lugar en la división mundial del trabajo y la manera en que deba tener lugar su desarrollo, le obligó a moverse bajo el imperio de sus leyes generales, que al refractarse en su peculiar contexto económico-social generaron las particularidades nacionales, siendo la más importante la economía combinada (coexistencia de diversos modos de producción, se podría decir de las etapas diversas del desarrollo de la humanidad), que se traduce inexcusablemente en la superestructura, incluyendo la revolución y la cultura en general. Constatamos que en Bolivia coexisten desde los resabios del comunismo primitivo, el salvajismo, etc, hasta el capitalismo, pero hay que subrayar la importancia decisiva, la preeminencia de éste sobre toda la herencia del pasado, cuyo peso cualitativo define la suerte del país.

El cultivo en el agro, dentro del marco de la producción individual, de las pequeñas parcelas y de las tierras comunales, con una primitivísima tecnología y una productividad sumamente baja, ocupa, sin embargo, a un volumen aplastante de la población. La producción del agro del altiplano y los valles participa en la conformación del PIB, del presupuesto nacional, etc, en proporción inversa a su dilatada extensión; casi no interviene en la balanza comercial. Todo esto se resume en la agricultura meramente extensiva. Este planteamiento no se refiere a la limitada actividad agropecuaria de tipo capitalista que tiene lugar en la región oriental del país. El campo languidece en medio de una economía autosuficiente y sólo excepcional y secundariamente lanza mercancías al mercado que, básicamente, le es extraño.

El hecho de que gran parte de la población esté asentada en el agro ha llevado por caminos errados a los ideólogos, inclusive a los que fungen de marxistas, les ha obligado a considerar a Bolivia como país precapitalista. Se han quedado en la primera operación aritmética y no han logrado ver la mecánica particular que se da -en el marco de la economía mundial- entre la producción de minerales, de algunas fábricas, y la que tiene lugar en el campo, la agropecuaria primitivísima. Lo que define la realidad nacional -esto hay que repetir- es el modo de producción y no la suma de los índices demográficos.

Si tomamos en cuenta que para Bolivia -como para todos los países- lo fundamental para su existencia como integrante de la economía mundial, de la que depende y a la que está subordinada, es la producción de mercancías y el nivel que alcanza en los índices de productividad, factores que se ponen en evidencia en el plano internacional, es claro que Bolivia no es país campesino, es decir, precapitalista, pese a que no ha conocido una revolución burguesa suficientemente capaz de imponer en toda su plenitud el modo de producción capitalista, desterrando así toda la herencia del pasado, tan importante ahora, pues imprime su huella en todo el proceso nacional y es pesada carga que retrasa el desarrollo capitalista acelerado.

Las diferencias ideológicas y políticas en el campo de la izquierda, tanto hoy como ayer, giran alrededor de saber si Bolivia es capitalista o no; de la respuesta que se dé depende el porvenir de las fuerzas políticas. Para la -comprensión dialéctica del problema es necesario partir del análisis marxista de la economía mundial -unidad superior con vida y leyes propias- y de la concepción de la economía combinada. Los stalinistas se limitan a referirse a la ley universal del desarrollo desigual y se detienen en el planteamiento de que los países y los continentes se desenvuelven con ritmo diferente al de los otros países y continentes. En los países atrasados y en esta época, esa ley universal se concretiza en una ley particular que es la del desarrollo combinado, determinada por la manera como aquellos se han incorporado a la economía mundial capitalista. Cuando públicamente y por escrito explicamos el carácter de las particularidades nacionales -repetimos no las ignoramos, reconocemos la importancia que tienen, particularmente para la revolución- los pretendidos marxólogos criollos no lo refutaron, pero demostraron que en los hechos no lo aceptan. ¿Será preciso recordar que el alfabeto sirve para dejar impresas en el papel las divergencias y la discusión alrededor de los principios ideológicos? Nos parece que los marxistas no pueden adoptar otra actitud, aceptada la realidad de la economía combinada es preciso sacar todas sus consecuencias, sobre todo en lo que se refiere al carácter de la revolución en un país capitalista atrasado, de economía combinada, como es Bolivia.

El Partido Obrero Revolucionario ha señalado con toda claridad -este es uno de sus méritos, entre otros muchos- que Bolivia ya vive su experiencia capitalista bajo la forma de economía combinada, como corresponde en esta época a un país rezagado. En esta etapa de decadencia del imperialismo y cuando la burguesía nativa en su integridad ha llegado a un completo agotamiento, ya no puede esperarse el pleno y libre desarrollo del país en el marco capitalista, como en su momento planteó el Movimiento Nacionalista Revolucionario. La revolución timoneada por el proletariado

aparece como una necesidad histórica insoslayable.

Esta concepción permite explicar y justificar el planteamiento de que la revolución hecha por la nación oprimida permitirá estructurar la dictadura del proletariado. Hay que repetir que la revolución boliviana, con todas sus particularidades, forma parte de la revolución socialista mundial.

De aquí parte la profunda diferencia programática del POR con el resto de la izquierda proburguesa, con el stalinismo y con el nacionalismo. La dirección política proletaria de la nación oprimida solamente es concebible en un país capitalista, aunque sea atrasado. El proletariado es la clase revolucionaria en la sociedad capitalista, bajo el feudalismo ese lugar fue ocupado por la burguesía, los primeros anticipos proletarios se diluyeron en su seno. Es partiendo de estos planteamientos que emerge con nitidez el contenido proletario de la política porista y la alineación detrás de los planteamientos burgueses fundamentales del resto de la izquierda, que con algunos cambios de matices sostiene el carácter precapitalista de Bolivia y la urgencia de cumplir plenamente la revolución burguesa, de manera previa antes de pensar en el socialismo.

El trotskismo ha sido el primero en caracterizar al país como capitalista atrasado, de economía combinada. Así se ha superado la confusión que imperó al respecto y por algún tiempo en el seno del movimiento marxista. Las otras agrupaciones izquierdistas han copiado y deformado demagógicamente esta conclusión, añadiéndole el término "dependiente". ¿Por qué se vieron obligados a introducir este añadido? Para subrayar que no conforma esa unidad mundial superior que es la economía capitalista, cuyos componentes mantienen una interrelación mutua y no la dependencia unilateral. Por otra parte, la simple dependencia del indefenso y asustadizo ratoncillo -en este caso Bolivia- frente al descomunal monstruo que es imperialismo, determinaría que el primero está condenado a permanecer rezagado para siempre y que no puede soñar con superar a los países más avanzados.

Para la "izquierda" que se ha desplazado al campo de la burguesía y el nacionalismo, constituye tarea de primerísima importancia el imponer el esquema de una Bolivia precapitalista, porque así puede justificar la vigencia de la revolución democrática y su propia existencia política. Deformando lo que se dice por escrito en los documentos programáticos y teóricos del Partido Obrero Revolucionario, los defensores del orden social imperante sostienen que aquel Partido identifica a la Bolivia semicolonial con los países imperialistas y que, por esto mismo, plantea la revolución puramente socialista. Ya hemos indicado que esto no es así.

El concepto de capitalismo atrasado y de economía combinada se refiere, precisamente, a la estructura económica del país y no debe ser olvidado -para no incurrir en gruesos equívocos- cuando se plantea la contradicción fundamental. Son la gran propiedad privada burguesa, cabeza de puente de la penetración imperialista y la pequeña parcela en el agro las que no permiten el desarrollo pleno de las fuerzas productivas, del conjunto de la economía. El nivel alcanzado por las fuerzas productivas se refiere al grado de dominio del hombre sobre la naturaleza. No se trata de equiparar o

confundir a la gran propiedad burguesa con la pequeña parcela campesina, pero ésta debe ser superada -a través de formas cooperativas proyectadas hacia la granja colectiva- para hacer posible una profunda transformación del agro, a fin de lograr un gran impulso de la industrialización, la superación del atraso. La propiedad burguesa tiene una indiscutible preeminencia.

La dictadura del propietario debe indefectiblemente superar la propiedad miniparcelaria campesina, para así permitir la industrialización acelerada en escala nacional. No se trata simplemente de destruirla, sino también de desarrollar y potenciar la herencia de formas de cooperación que lleva en su seno, heredadas del pasado.

La gran propiedad burguesa y la clase social dominante a la que le sirve de basamento, constituyen los canales por los cuales penetra, actúa y explota al país el imperialismo. Tiene que subrayarse que una de las particularidades del país consiste en la ausencia de una burguesía nacional cimentada en la industria pesada (máquina que producen máquinas), que puede verse obligada a enfrentarse con la metrópoli en la disputa por el mercado internacional; está presente solamente la burguesía intermediaria o comercial, que es parasitaria y vive de las migajas que le arrojan del banquete imperialista. En algunos sectores de la economía aparentemente una cosa es el capital nacional y otra diferente el capital financiero, en verdad, este último se traga fácilmente a los capitales nacionales, como se observa en algunas empresas de la minería mediana, que como acertadamente señalan algunos ya es grande; aquellas apenas si encubren el predominio de las transnacionales bajo el ropaje de algunos elementos bolivianos.

El capital financiero -torrente sanguíneo del imperialismo- no es la misma cosa que el capital nacional, aunque lo domine totalmente y lo alimente, pues en gran medida lo sustituye y lo estrangula. Un hecho de importancia los diferencia: la metrópoli del capital financiero oprime a toda la nación rezagada, incluyendo a la burguesía, no le permite a ésta desarrollarse y enriquecerse en toda su amplitud. Desde este momento el movimiento revolucionario tiene que tener presente la diferencia y contradicción entre nación oprimida y nación opresora, deviene la expresión política de los intereses de ésta.

Lo anterior no significa que la contradicción fundamental en la estructura económica sea sustituida o disminuida por la que se da entre nación oprimida y nación opresora, esta última actúa a través de la gran propiedad privada, basamento de la burguesía nativa. La nación oprimida ve expresados sus intereses en la lucha del proletariado, importantísimo componente de las fuerzas productivas. La clase obrera, por el lugar que ocupa en el proceso de la producción, tiene como objetivo la destrucción de la gran propiedad privada tanto de la burguesía imperialista como de la nativa.

No es posible encontrar físicamente a la burguesía boliviana antiimperialista o revolucionaria, pues toda burguesía nacional se proyecta a trocarse en imperialista. La forma en que se ha dado el poco desarrollo capitalista, la historia de la formación de la clase dominante, han determinado que ésta no tenga la capacidad ni las

posibilidades para consumir la liberación nacional, que es la liberación de la nación oprimida de las cadenas imperialistas, es decir, de desarrollarse plenamente.

Por todo lo indicado, la burguesía comercial, la propiedad privada capitalista nativa, no tiene ya posibilidades -por algo vivimos la época de la ruina del imperialismo- de derrotar a la burguesía metropolitana y de desarrollarse hasta llegar a ser capital financiero que invada todos los rincones del mundo. La transformación de la sociedad no tiende a potenciar al capitalismo, sino a superar a éste y sustituirlo por el comunismo.

La economía mundial ha determinado la internacionalización de todos los fenómenos y particularmente de los económicos. Las fuerzas productivas son mundiales por excelencia, fenómeno que es impuesto al país desde afuera, tratándose sobre todo de su madurez o inmadurez.

Si se toma a Bolivia como un país aislado, al margen de la economía mundial -lo que es incorrecto, anticientífico- es claro que sus fuerzas productivas no han madurado lo suficiente para hacer posible la revolución acaudillada por el proletariado. Aquí se encuentra el meollo de la argumentación del stalinismo, del nacionalismo y de los partidos de izquierda proburgueses, que es totalmente erróneo, tan erróneo que constituye una amenaza para la clase obrera, pues puede hacerle perder su independencia política y someterla a los designios de la burguesía.

Porque Bolivia es parte de la economía mundial, la madurez de la estructura económica -factor objetivo- para la revolución ha sido determinada desde afuera. La decadencia del sistema capitalista, cuyas consecuencias sufre el país, demuestra que la gran propiedad burguesa de los medios de producción impide el desarrollo de las fuerzas productivas. La prueba de todo esto es proporcionada por la descomunal crisis capitalista estructural que soportamos.

## **Bolivia y la crisis capitalista estructural**

A los que se aferran en caracterizar a Bolivia como país precapitalista o campesina, habría que preguntarles cómo se explican que soporte una descomunal crisis económica capitalista estructural que no la ha generado internamente y que es consecuencia de las contradicciones internas de este sistema internacional, al que ciertamente le imprime la huella de su gran atraso. La respuesta está implícita en la afirmación de que se trataría de un fenómeno típico y limitadamente criollo. Un correcto análisis del fenómeno debe llevarnos a formular soluciones que estén de acuerdo con los intereses y la política del proletariado y de la misma nación oprimida, claro que dentro de la mecánica de la economía mundial imperante.

Los revisionistas, la corriente socialdemócrata que plantea el retorno a Bernstein, esto porque el desarrollo de la economía capitalista contemporánea y los éxitos electorales del "socialismo democrático", habrían confirmado las ideas de aquel y desvirtuado los planteamientos fundamentales de Carlos Marx y de Federico Engels,

sentenciaron que eso de las crisis económicas catastróficas eran cosa de un pasado superado del todo. El superimperialismo se ha desmoronado con la crisis que tan despiadadamente nos azota. El marxismo ha vuelto a salir fortalecido de la prueba de fuego de los acontecimientos.

La crisis económica, sus emergencias y posibles soluciones vuelven, a plantear - y esto en un primer plano- las diferencias abismales y las contradicciones entre el partido revolucionario del proletariado, el POR, y la amplísima gama de grupos izquierdistas proburgueses, alineados junto al nacionalismo y al PCB. La cuestión que se plantea, de manera imperiosa es cómo salir de esta difícil situación. ¿Acabamos con el capitalismo que en sus entrañas genera las crisis económicas o bien éstas nos empujan a la barbarie dominada, sobre todo, por la destrucción física de los trabajadores?

La crisis económica estructural del capitalismo (desocupación masiva, bajos salarios y hambre, recesión industrial, contracción del mercado interno, caída de las exportaciones, etc.) demuestra que las fuerzas productivas se destrozan al chocar con la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción, actualmente encarnada en las transnacionales. Más que nunca aparece evidente que la pequeña parcela en el agro se traduce en la miseria, postergación, primitivismo de la masa campesina. La guerra por el reparto de mercados y zonas de influencia, merece igual consideración.

La cuestión central: el desarrollo global de la economía -desarrollo de las fuerzas productivas-, que no se plantean ya los gobiernos y partidos políticos que responden a los intereses de la clase dominante, no puede darse en el marco del capitalismo, cuya decrepitud, declinación, exceso de madurez, demuestra la actual crisis económica que soportamos.

Hay que rechazar la especie de que la crisis económica es limitadamente nacional o el resultado de la incondijeta de gobiernos del pasado -militares o civiles-, es mundial y la extrema pobreza del país determina que se traduzca con rasgos dramáticos.

El mercado mundial, no solamente los nacionales, rechazan las mercancías, la población las adquiere en menor cantidad. Parte del aparato productivo permanece paralizado, es la recesión, que determina la caída vertical de los precios, principalmente de las materias primas y de los salarios, las conquistas y beneficios sociales son desconocidos por el Estado y los empleadores. En Bolivia este panorama adquiere tintes sombríos: virtualmente la gente muere de hambre, no pocos se suicidan por no contar con trabajo o con medios de subsistencia; algunas capas de la clase obrera desembocan en el lumpen, aumenta la delincuencia, la prostitución y, paralelamente, el alcoholismo y la religiosidad. Cuando el partido revolucionario no da oportuna y comprensiblemente la verdadera respuesta a esta situación dantesca, las gentes desesperadas concluyen agarrándose de cualquier postura política que la consideran salvadora. A veces las actitudes políticas aparecen disfrazadas, encubiertas tras falsos rótulos. Se trata de momentos sumamente graves y en los que puede definirse el porvenir de la clase, de la nación oprimida, en fin de la sociedad. El tema central, el

gran desafío para los que se consideran izquierdistas es el de cómo salir de la crisis.

La crisis es precedida por un período bonancible en la producción y en los negocios, que choca con las limitaciones del mercado, con la relativa poca capacidad de compra, a los salarios, lo que acentúa la competencia entre los productores.

La crisis de sobreproducción es, en último término, válvula de seguridad del régimen capitalista. Consiste en la destrucción masiva de las fuerzas productivas, incluida la fuerza de trabajo, a fin de permitir la reactivación de los negocios; este breve período de bonanza se encarga de preparar una próxima y más aguda crisis. La contradicción estructural entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción -propiedad privada burguesa- se traduce en la sobreproducción en un mundo de hambrientos, contradicción que subraya la evidencia de que la prolongada agonía del régimen capitalista empuja a la sociedad hacia su desintegración.

La forma tradicional de superación de la crisis, que sigue el camino del desastre, consiste en la destrucción masiva de las fuerzas productivas -equivale a decir que el peso de la crisis económica se descarga sobre las debilitadas espaldas de la mayoría nacional-, en la actualidad es la política global que viene imponiendo dictatorialmente al país el régimen gubernamental adeno-movimientista. La izquierda proburguesa y la burocracia sindical, se suman a esta política de superación de la crisis de sobreproducción y se agotan en el esfuerzo encaminado a lograr que este proceso conservador y contrarrevolucionario, sea lo menos doloroso posible. Es esta despiadada sangría de las fuerzas productivas y, particularmente, de la fuerza de trabajo, la que equivale al hambre. Salta a la vista que la finalidad que se busca es la preservación de la gran propiedad privada burguesa y, por tanto, de todo el edificio superestructural que se levanta sobre ella.

El colaboracionismo clasista -viga maestra de la política reformista, stalinista y nacionalista- se traduce en los períodos de crisis económica estructural del capitalismo en el esfuerzo que hace por coadministrar con la burguesía el hambre. Aunque aparece agigantada la tarea de acabar con la miseria, ésta no existe para los capituladores ante la clase explotadora y dueña del poder político.

Los efectos políticos de la crisis en el seno de las masas dependen del estado de ánimo de éstas. Si la catástrofe cae cuando han sido derrotadas y se encuentran en desbande, el golpe feroz a los salarios y al derecho al trabajo acentuará la postración de los explotados; si, por el contrario, el desastre económico estalla cuando la mayoría nacional atraviesa una etapa de lucha se verá potenciada en su actitud de insurgencia. La última variante ayuda a explicar la terca resistencia de los bolivianos a la tormenta de desastres desencadenada sobre el país.

La crisis económica agudiza la lucha de clases por la sencilla razón de que agrava la miseria y arroja a la desocupación a gran parte de la fuerza de trabajo. Así, de manera gráfica, se plantea la evidencia de que la clase dominante, la burguesía, ya no puede alimentar a esos esclavos modernos que son los proletarios. Los partidos que se autotitulan revolucionarios deben ajustar su conducta a esta realidad, si no lo

hacen se convierten en servidores de una burguesía que está demostrando que ha perdido la capacidad para seguir gobernando la sociedad y la producción. La crisis es una dura prueba para los políticos y la experiencia boliviana -marcada a fuego por la gran capacidad de lucha de los explotados- demuestra cómo zozobran casi todos los que se han colocado en las posiciones del enemigo de clase. La política revolucionaria está llamada a tomar en cuenta este hecho.

La crisis económica estructural del capitalismo -tiene lugar en el país y no es un fenómeno que se da únicamente en otras latitudes- plantea la posibilidad del cumplimiento de la revolución proletaria; sin embargo, los "izquierdistas" y la burocracia sindical se dedican a cooperar a la burguesía en la administración de la miseria, de la desocupación, de la recesión, etc., que equivale a decir en el mantenimiento del capitalismo. Esta es una manera de exigir que la crisis capitalista sea pagada por los explotados y que la miseria se reparta entre todos, entre los que se embolsillan la plusvalía y entre los que siempre han soportado la explotación y la miseria. "izquierdistas" y burócratas sindicales invocan cada instante a la justicia para encubrir mejor su flagrante traición a los trabajadores.

La posición del proletariado frente a la crisis es muy diferente y forma parte de la política revolucionaria. Plantea que el desarrollo de las fuerzas productivas puede darse a través de la destrucción de la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción y no de aquellas. Los punzantes problemas que plantea la bancarrota del capitalismo coloca ante nuestros ojos la perspectiva de la respuesta revolucionaria a la crisis.

La propia crisis -expresión del descomunal choque entre las fuerzas productivas y la forma de propiedad imperante- demuestra que esta solución es posible; el que se materialice depende de que la clase social revolucionaria se estructure como partido. En Bolivia, únicamente el Partido Obrero Revolucionario ha señalado esta perspectiva.

Dicho de otra manera, se trata de elevar políticamente a las masas -factor subjetivo- hasta el nivel al que ha llegado la madurez de la estructura económica, un nivel muy elevado, como prueba la crisis económica capitalista actual. El capitalismo se desmorona por estar ya podrido.

Como se ve, no planteamos que de la aguda crisis económica del capitalismo se tenga que pasar inmediata, mecánica e inevitablemente a la revolución y al socialismo. A este equívoco condujo el ultraizquierdismo del tercer período de la ya stalinizada Internacional Comunista, que concluyó en una serie de fracasos, que culminaron con la llegada del fascismo al poder y la derrota de la revolución española.

Estamos indicando que la crisis económica capitalista, aquí, en Bolivia, precisamente por su dramática gravedad, plantea la necesidad de eliminar sus raíces, la gran propiedad privada burguesa. La política revolucionaria no puede caer en el error de limitarse a recitar la lección en sentido de que las fuerzas productivas no pueden ya ser contenidas en el marco de la propiedad privada burguesa, corresponde sacar

las consecuencias políticas de dicho planteamiento. Los bolivianos van acumulando los antecedentes que les lleva al convencimiento de que la perpetuación en el poder de la actual clase dominante significa para ellos la acentuación de todos los males que padecen, la crisis mundial impulsó este proceso. Esta experiencia que se acumula y que es un material invaluable, entronca en las actitudes instintivas de los explotados y pueden permanecer así -situación de la que pueden sacar mucha ventaja la burguesía y sus lacayos-, si el partido revolucionario no se orienta a contribuir activamente para que se truequen en conscientes, en protagonistas de la lucha política. En síntesis: únicamente el Partido Obrero Revolucionario, a la cabeza de las masas, puede permitir que la crisis sea solucionada revolucionariamente.

La clase dominante -que en este propósito usa con esmero a la izquierda proburguesa y a la burocracia sindical- busca imponer la especie de que todos los bolivianos deben unirse, por encima de sus intereses de clase y políticos, para soportar por igual las consecuencias de la crisis y realizar los esfuerzos para superar la catástrofe. Cuando se habla de una tregua social que permita la ejecución del plan de reactivación de la economía se está reiterando esa tesis.

Tales planteamientos pretenden legitimizar lo que hace todos los días el gobierno: descargar sobre los sectores sociales más vastos y empobrecidos los efectos destructores de la crisis. Este es un aspecto crucial de la política, concretiza todos los problemas emergentes de la bancarrota económica y se convierte en la piedra de toque para las agrupaciones que se reclaman de la izquierda.

La crisis económica -hay que reiterar- es miseria, así ve y siente el grueso de la población el problema del momento. Tan espantosa miseria ha sido generada por la burguesía, por los empresarios guiados por la sed de ganancia. ¿Por qué, entonces, tienen que pagarla los explotados, los desposeídos, los pobres? Ellos no participaron, en la misma proporción que los explotadores, de las descomunales ganancias que la burguesía acumuló en el período de bonanza de los negocios y que precedió a la actual situación. Tampoco se puede ignorar que en plena bancarrota los empresarios más poderosos obtienen descomunales utilidades, inclusive a costa de sus hermanos menores y más débiles. La crisis les sirve a ciertos capitalistas para concentrar en sus manos la propiedad y los capitales. Un revolucionario tiene la obligación de proclamar que las consecuencias de la crisis capitalista deben ser pagadas por los capitalistas y no por los obreros o los pobres en general, La "izquierda" derechizada, los nacionalistas y la incapaz burocracia sindical olvidan esta primera letra del alfabeto revolucionario.

¿La burocracia sindical y la izquierda derechizada lograrán imponer su programa de reparto igualitario de la miseria entre todos? No se necesita mucho esfuerzo para darse cuenta que casi no molestará a los poderosos empresarios la parte que les corresponda en la redistribución de la miseria, apenas si les hará cosquillas, pero, contrariamente, acelerará la destrucción física de los explotados. Esta coadministración de la miseria es nada menos que la colaboración política y en cierta medida gubernamental, de los burócratas e izquierdistas con la burguesía. Aquí tenemos una prueba flagrante de que esa izquierda y los mismos burócratas sindicales siguen la política burguesa

y han dado las espaldas a los intereses obreros, en fin, que el contenido de clase de su política es burgués y no obrero. Estas conclusiones se aplican perfectamente a las últimas conversaciones distraccionistas, tendenciosas, de la burocracia cobista con el gobierno burgués derechista, alrededor de la mejor forma de repartir entre todos los sectores la miseria expresada en el esmirriado presupuesto nacional.

Los que consideran la crisis económica que soportamos como un fenómeno puramente nacional e inclusive como coyuntural, plantean de manera implícita la tesis de que Bolivia nada tiene que ver tanto con la economía mundial como con el mismo capitalismo, que aquella sigue un camino propio y que necesariamente pasará por todas las etapas y recodos que constituyen la historia de la viejas metrópolis imperialistas. El ritmo del desarrollo de la economía boliviana es considerado peculiar y se sostiene que no corresponde analizarlo en relación con las pautas fijadas para los países viejos. Los que razonan de esta manera parten del supuesto de una Bolivia precapitalista, condenada definitivamente a permanecer rezagada frente al avance arrollador de otros países. Les obliga a distorsionar la realidad la urgencia de justificar ideológicamente la vigencia de la revolución democrático-burguesa. En este aspecto importa poco que copien defectuosamente la caracterización que hace el POR del país.

Reiteramos que la crisis económica capitalista internacional y estructural, que tan despiadadamente nos azota, prueba -por su desmesurado crecimiento con relación a la estrechez de las relaciones de producción (forma de propiedad) imperantes- la necesidad histórica de la revolución social acaudillada por el proletariado, consecuencia de la supermadurez de la condición objetiva o económica. No hablamos de la revolución social como de una abstracción que no nos atañe, sino como una posibilidad cierta que se plantea ahora para Bolivia.

Esta necesidad histórica será satisfecha si se logra el fortalecimiento del partido revolucionario, del Partido Obrero Revolucionario. Aquí se sintetizan y resuelven todos los problemas del desarrollo social, de la crisis y de sus catastróficas consecuencias. Se trata de la tarea número uno y prioritaria que se presenta a los explotados, a la mayoría nacional y a los revolucionarios.

Como se ve, formulamos el problema y su superación en el marco de la lucha de clases, de clase contra clase, es decir, de la política revolucionaria. Lo dicho significa que nuestro trabajo diario se proyecta hacia la conquista del poder por la nación oprimida y la instauración de la dictadura del proletariado (gobierno obrero-campesino). La "izquierda" proburguesa -que sospechosamente ignora a la clase obrera y se bautiza como "patriota"- sostiene que las enormes dimensiones de la crisis le obliga a olvidarse de los principios programáticos de los partidos y de los intereses de clase, todo para facilitar la estructuración de un frente nacional contra la quiebra económica.

También en el plano de la respuesta a la crisis económica y a sus emergencias, el POR queda aislado, junto a la clase obrera, frente a la santa alianza conformada por el nacionalismo, el gobierno burgués, la burocracia sindical y toda la gama izquierdizante, soportando presiones negativas desde todos los flancos, tanto

internacional como nacionalmente. Esto no está mal: únicamente el POR desarrolla la política revolucionaria del proletariado en todos los aspectos de la vida nacional y, en este caso, de la crisis estructural capitalista. La lucha política tiende a acentuar más la polarización ya producida, tanto en la polémica ideológica, principista, como en la lucha alrededor de las reivindicaciones inmediatas. No hay que olvidar la evidente inter-relación dialéctica entre estrategia y táctica. Ni duda cabe que el POR constituye el polo revolucionario y la izquierda proburguesa, juntamente con la burocracia sindical, están ubicados en la trinchera conservadora, defendiendo la gran propiedad privada y el orden social imperante. Esto debe plantearse audazmente y explicarlo con toda nitidez, como una forma de armar ideológica y políticamente a las masas y al proletariado para que puedan cumplir su misión histórica. Desbrozar el camino de la revolución en el presente momento quiere decir que la nación oprimida se emancipe de la influencia política que sobre ella ejerce la burguesía a través de la "izquierda" derechizada y la burocracia sindical que es su apéndice. La respuesta obrera a la crisis es diametralmente opuesta a la dada por la burguesía. Tal proceso debe desembocar en el fortalecimiento del partido revolucionario.

Hay que reiterar que la crisis económica acentúa la lucha de clases, lejos de atenuarla. Si se empuja al proletariado a diluirse en un amplio frente democrático -eso busca la burguesía y eso ejecuta la "izquierda" derechizada- se está trabajando para evitar que aquella clase sea dirección de las masas, para convertir en imposible la revolución y así defender la gran propiedad privada.

Generalmente se critican los planes económicos del gobierno adeno-movimientista como ideados exclusivamente por éste y desvinculados de la política imperialista. El régimen timoneado por Víctor Paz Estenssoro es un instrumento del imperialismo - particularmente del norteamericano- y su servidor incondicional. El gobierno burgués derechista existe en la medida en que se lo permite y protege el imperialismo. Se tiene que tener presente que la extrema debilidad económica, que se traduce en debilidad política, determinan que la burguesía nativa intermediaria o comercial, se conforme a vivir de las limosnas que le arroja el imperialismo y esté segura que su programa de gobierno y la solución inclusive de sus dificultades cotidianas, tienen que materializarse y darse con el soporte metropolitano.

Los decretos adeno-movimientistas de superación de la hiperinflación y de la llamada reactivación económica se subordinan al gran proyecto norteamericano y de la banca internacional de sobremontar la crisis a costa del empobrecimiento de los países atrasados y del agravamiento de su sujeción a las cadenas imperialistas.

La política de puertas abiertas para permitir el ingreso irrestricto de mercancías extranjeras -una de las causas de la recesión de parte de la industria nacional- y del capital financiero, se complementa con la libre contratación, con la privatización de las empresas que estaban en manos del gobierno, con el debilitamiento extremo del estatismo, con la utilización de parte considerable del ahorro en el gasto público y de los impuestos, en el pago de la deuda externa.

La burguesía, la "izquierda" derechizada y la burocracia sindical, buscan que de la crisis capitalista salga Bolivia destrozada y más sometida que nunca al imperialismo. Únicamente el POR, dando expresión política a la ansiedad de las masas, está empeñado en que la lucha contra la miseria desemboque en la destrucción de la gran propiedad privada burguesa, que permitirá el acelerado desarrollo de las fuerzas productivas, la superación del atraso. Esta política revolucionaria tiene que ser subrayada por su enorme trascendencia, que para verse materializada debe ganar y movilizar a la nación oprimida.

Partimos de la evidencia de que las masas bolivianas -no únicamente obreros y campesinos- luchan heroica e incansablemente contra la miseria, por el respeto al derecho al trabajo, por la defensa de las conquistas sociales, etc.; también los explotados de otras latitudes han asumido igual actitud. El partido revolucionario tiene que actuar como la levadura que potencie políticamente esa lucha, desde el seno mismo de los sectores mayoritarios, proyectándolos hacia la conquista del poder.

Si la revolución proletaria no se produce -las condiciones objetivas y, sobre todo, la necesidad de desarrollo del país exigen su realización- y la burguesía chata y pedigüeña vuelve a levantar la cabeza, será sobre las ruinas de Bolivia, totalmente sometida a los designios imperialistas, una clase obrera con bajos salarios y despojada de sus conquistas sociales. La clase dominante, alentada por la frustración de la nación oprimida, buscará obligarla a trabajar sacrificadamente. Para el cumplimiento de este programa antipopular y antinacional precisará un fortalecido equipo burocrático que maneje los sindicatos y las organizaciones populares. La perspectiva de la revolución se habrá alejado y no sabemos hasta cuando.

## La revolución boliviana integrante de la revolución socialista mundial

La burguesía nativa -apuntalada por el imperialismo mundial- ha tenido mucho éxito en su sistemático empeño por dividir al proletariado, nacional por su forma e internacional por su esencia, como en su momento señalaron los clásicos, con su campaña en favor de que los obreros deben desarrollar su lucha únicamente dentro de las fronteras del país, dando las espaldas a las ideas internacionales, es decir, al marxismo. Los "izquierdistas" derechizados y también el stalinismo-PCB han capitulado en toda la línea ante esta campaña, confirmando así su oportunismo y el contenido burgués de su política. Ninguno de ellos habla del internacionalismo proletario, punto de partida de la política revolucionaria, dan las espaldas a la clase obrera y subrayan, en todos los tonos, que son patriotas y nada más. El proletariado y la nación oprimida, defienden las fronteras nacionales y la soberanía del Estado frente a la explotación y amenazas del imperialismo, pero proyectan esta lucha al campo internacional e invocan el apoyo del proletariado del mundo, particularmente de la metrópoli opresora. El "patriotismo" de los otros "izquierdistas" se refiere a la cooperación con la burguesía, es prueba de su vocación de esclavos.

La experiencia enseña que esto constituye la mejor manera de combatir contra la revolución. La "teoría" reaccionaria y antimarxista del socialismo en un solo país, que guía tanto a la burocracia del Kremlin como a los partidos comunistas de todos los rincones, incluido el PCB, completa, a su modo, la negación del internacionalismo proletario. La revolución victoriosa en determinado país para consolidarse y proyectarse hacia la nueva sociedad, para resolver los problemas que genera, no puede menos que proyectarse al campo internacional. La bandera del internacionalismo proletario forma parte de la independencia política de la clase obrera. Frente a la campaña burguesa corresponde levantar en alto el internacionalismo, y denunciar el carácter reaccionario del nacionalismo chovinista de la "izquierda" derechizada.

Las múltiples gamas del nacionalismo de contenido burgués y también el stalinismo, no consideran a la economía mundial como una unidad superior, que autoritariamente modifica profundamente a las economías nacionales y les impone sus leyes, sino como una yuxtaposición de las economías nacionales. La atrasada Bolivia se limitaría a vincularse ocasionalmente con la economía capitalista. El capitalismo ha penetrado a todos los rincones del mundo, los ha unido y les ha privado de la posibilidad de un desenvolvimiento autónomo, esto como parte del desarrollo de las fuerzas productivas, de su tarea revolucionaria.

La Ley de la economía combinada permite comprender que los países atrasados ya viven, de una manera particular, su experiencia capitalista y cómo, en determinadas condiciones, de la revolución, precisamente, el atraso se convierte en ventaja, que puede trocarse en el punto de arranque del desarrollo acelerado. Hay que recalcar que el país que ingresa a la economía mundial, pasa a conformar esa unidad dialéctica y a moverse conforme a las leyes generales de aquella.

En la política boliviana tiene una importancia de primer orden la constatación de que el país forma parte de la economía mundial, pues, así se zanja la discusión acerca de si es o no capitalista. Ya hemos indicado que es la economía mundial la que nos ha impuesto la crisis del capitalismo; si viviéramos una etapa previa no tendríamos por qué soportarla.

De una manera general, el capitalismo supera las fronteras nacionales y las modifica, constante y brutalmente conforme a las necesidades creadas por sus contradicciones internas. Ha internacionalizado, universalizado, la cultura y, ni duda cabe, los fenómenos económicos. Los empresarios y gobernantes burgueses, se someten a esta realidad -empíricamente o no-, utilizan a la banca internacional y saben por experiencia que sus mercancías tienen que probar su calidad con otras en el mercado mundial.

Sin embargo, se resisten a aplicar las mismas consideraciones al campo de la política, porque aquí son, sobre todas las cosas, conservadores: existen en la medida en que pueden preservar la gran propiedad privada de los medios de producción en sus manos.

El stalinismo –PCB-, bajo la inspiración de la perestroika, se desliza, cada vez más acentuadamente, hacia el pacifismo pequeño-burgués. Sueña con la coexistencia pacífica del socialismo con el imperialismo para siempre, coexistencia que sería algo más que la competencia económica y adquiriría la forma de cooperación franca y desinteresada. Se sueña con un capitalismo que prescindiera de los fusiles y eche por la borda la industria de la guerra, su industria más próspera. Lenin habló de la necesidad de entablar relaciones comerciales y diplomáticas con el imperialismo, a fin de permitir el desarrollo acelerado de los países que logran la victoria revolucionaria, dentro de la perspectiva de la revolución mundial, único camino que puede acabar con la gran propiedad burguesa, para salvar a la humanidad de la barbarie a la que, cada día más acentuadamente, empuja el imperialismo. El país socialista sigue sometido a la economía mundial y depende de él.

Engels enseñó cómo se transforman las armas y el arte de la guerra, en relación con el desarrollo de las fuerzas productivas. La historia del armamentismo puede resumirse como la respuesta que busca anular las innovaciones tecnológicas que tienen lugar en el campo de la guerra. Si las armas mortíferas no hubieran sido neutralizadas por otras hace tiempo que habría desaparecido la humanidad o una parte considerable de ella. Esta consideración vale también para las armas nucleares. No buscamos y alentamos la guerra -salvo que se trate de la guerra revolucionaria-, sino que buscamos eliminar al capitalismo para acabar con las guerras.

Desde Moscú se alienta al PCB para que más franca y largamente coopere con la burguesía, para que saque las castañas del fuego en todas las dificultades que encuentre en su empeño de perpetuarse como clase explotadora de la mayoría nacional y como servidora incondicional del imperialismo. La tarea primordial del stalinismo -y de la perestroika, su expresión más acabada- es la de desarmar ideológicamente al proletariado.

La clase obrera de cada país muestra rasgos particulares como resultado del peculiar desarrollo económico y de su propia formación. Sin embargo, el proletariado de todos los rincones de la tierra tiene también rasgos comunes: ha sido privado de la propiedad de los medios de producción, el capitalista se apropia la plusvalía que produce; si quiere libertarse -dejar de ser proletariado- tiene que acabar con la gran propiedad privada burguesa y para ello tiene que utilizar sus propios métodos de lucha, que se resumen en la vía insurreccional. El capitalismo es una fuerza mundial y en este terreno será definitivamente sepultado. Es el propio régimen social opresivo, la naturaleza de la economía capitalista, los que determinan el carácter internacional de la clase obrera.

El proletariado tiene los mismos objetivos históricos en todos los rincones del mundo y su explotación muestra los mismos rasgos generales.

La teoría de la revolución permanente -las leyes generales de la revolución de nuestra época dominada por los movimientos de liberación nacional- nos ha permitido comprender que la revolución boliviana, expresión superestructural del capitalismo atrasado de economía combinada, será realizada por la nación oprimida

bajo la dirección política del proletariado y que reemplazará al viejo aparato estatal con la dictadura del proletariado, proyección gubernamental de la alianza obrero-campesina.

La revolución permanente, enunciada por Marx y Trotsky como respuesta al problema creado en nuestra época por las tareas burguesas pendientes de cumplimiento en los países rezagados, bien pronto ha adquirido proyección universal, pues engloba también aspectos fundamentales de la revolución en los países altamente desarrollados.

El internacionalismo proletario es la proyección social de la economía mundial, que impera sobre todos los países. La lucha de clases y la revolución comienzan dándose dentro de las fronteras nacionales y muestran un indiscutible ritmo desigual en su desarrollo, pero necesariamente se proyectan a la palestra internacional, donde pueden consolidarse y vencer. Ya dijimos que la revolución y la clase obrera son nacionales por su forma e internacionales por su contenido. Nos limitamos a utilizar lo que al respecto escribieron los clásicos.

Sería absurdo que una revolución victoriosa confíe única o preferentemente en la diplomacia o en las maniobras en las cumbres gubernamentales y se abandone a ellas, su sostén fundamental se encuentra en la lucha del proletariado y de las masas explotadas del mundo. La política reaccionaria del capitalismo monopolista es también mundial.

La socialdemocracia -la llamada Internacional Socialista- realiza un trabajo con proyección mundial, generosamente lubricado con los ingentes recursos pecuniarios de que dispone, para evitar la revolución obrera y de la nación oprimida, para preservar a la gran propiedad privada burguesa. El stalinismo boicotea, allí donde puede, la lucha revolucionaria anticapitalista y antiimperialista, suficiente enterarse de la incansable prédica de Gorbachov en este sentido.

Hay diferencias -diferencias importantes- entre las revoluciones de liberación nacional, las que tienen lugar en los países de gran desarrollo capitalista y las políticas que se plantean en los Estados obreros degenerados, pero todas ellas conforman la revolución mundial llamada a acabar con el capitalismo, por esto mismo socialista. Por la naturaleza estructural de la sociedad de hoy, la revolución es necesariamente mundial. La revolución en nuestro país comenzará cumpliendo las tareas democrático-burguesas pendientes, y las transformará en socialistas, pero para superar los problemas que genere no podrá menos que entroncar en el proceso de la revolución mundial.

Si la revolución boliviana es parte integrante de la revolución socialista mundial, significa que su destino es el de encaminarse, como esta última, hacia el comunismo, lo que quiere decir que la dirección política del proletariado de este proceso de transformación constituye una necesidad histórica. La clase obrera de los países atrasados se agiganta al tomar en sus manos sus propias tareas y también las ajenas, las nacionales o democráticas, se proyecta como libertadora de toda la nación oprimida. Es evidente que el proletariado en nuestra época es la clase revolucionaria

por excelencia por el lugar que ocupa en el proceso de producción.

Si nuestro movimiento y el proceso político del país, forman parte de la revolución socialista mundial, es claro que nos corresponde fijar nuestra posición en el plano internacional, así permanecemos fieles al internacionalismo proletario. A no pocos se les ocurre que debemos encogernos de hombros ante lo que sucede fuera de las fronteras del país, esperando que las soluciones se den también en otras latitudes, esta es la mejor forma de debilitar al movimiento revolucionario boliviano. El fortalecimiento ideológico y político radica también en la fijación de nuestra posición frente a los más importantes acontecimientos internacionales.

Bolivia es un país insular y tradicionalmente se ha limitado a copiar, deformar con mucho retraso, las ideas y corrientes ideológicas del exterior. La deformación ha sido impuesta, no pocas veces, por las presiones e insurgencia de los rasgos culturales indios. El hecho trascendental y que ha derribado muchos mitos en este plano, ha sido la contribución boliviana, gracias a la activa intervención del Partido Obrero Revolucionario -esto hay que recalcar-, de la clase obrera boliviana, no de los universitarios e intelectuales, al reverdecimiento del marxismo. La contribución, volcada en letras de molde, está ahí, pero hasta ahora no se ha traducido en la correspondiente organización internacional, trabajo que debe cumplir inexcusablemente el trotskismo boliviano. La superación de esa insularidad forma parte de la evolución de la conciencia de la clase, del fortalecimiento de la teoría de la revolución en Bolivia, indisolublemente ligada a la revolución internacional.

Las clases sociales, los partidos políticos y las corrientes ideológicas, forman parte de la lucha de clases, se conforman y desarrollan en este caldero. Hay una interrelación entre el proletariado y la burguesía, y ésta actúa en el seno de la clase revolucionaria utilizando a los sectores más rezagados de esta última y a los partidos obrero burgueses. El stalinismo -PCB- desarrolla y transmite, en último término, la política burguesa. El socialismo en un solo país no solamente importa la negación del marxismo, sino que representa el polo opuesto del internacionalismo proletario, se confunde con las ideas nacionalistas de la burguesía, inclusive cuando, en su momento, fue enarbolado por la prostituida Internacional Comunista. La lucha contra los dislates que difunde la burocracia termidoriana no es una especulación doctrinal, sino que forma parte indisoluble de la lucha por el desarrollo de la política revolucionaria del proletariado en todas las latitudes.

No se trata de discursar acerca del internacionalismo proletario, sino de materializarlo en nuestra lucha cotidiana y concretizarlo en una organización partidista. Ha llegado el momento de superar la debilidad del POR en este plano.

El imperialismo y la burguesía nativa están empeñados en parcelar al proletariado con ayuda de las fronteras nacionales, porque de esta manera debilitan los objetivos y la acción de su sepulturero. No se tiene que olvidar que la verdadera fuerza del movimiento revolucionario radica en el internacionalismo. La lucha contra la burguesía y la consolidación de la victoria revolucionaria, tienen la posibilidad de potenciarse si se apoyan y nutren en la lucha internacional de la clase obrera, más que en

el problemático apoyo de determinados gobiernos. Algunos malos izquierdistas - secundados por el nacionalismo- se aferran a sus ideas y organizaciones presuntamente nacionales, aunque no dudan en recibir dineros del exterior, de fuentes generalmente inconfesables; se trata de una cobarde capitulación frente a las ideas y prejuicios que difunde la clase dominante.

El nacionalismo más furioso y las ideas religiosas, son internacionales. La burguesía las utiliza en su provecho, y sin embargo, pretende que la clase obrera repudie al marxismo por ser también internacional. La lucha diaria enseña que el movimiento revolucionario se nutre y fortalece con ayuda de la experiencia y de las ideas de todos los rincones del mundo. No es cuestión de repetir mecánicamente las consignas venidas de otros países, sino de utilizar el marxismo como método para conocer y transformar la realidad nacional, lo que, a su vez permitirá el fortalecimiento doctrinal del movimiento obrero mundial.

La lucha revolucionaria internacional y esa clase social mundial que es el proletariado, para realizarse precisa que este último adquiera conciencia de su misión histórica, es decir, que se organice en partido político, que no puede menos que ser internacional. No es cuestión únicamente de rendir tributo al sentimiento de solidaridad de los explotados de todos los confines -tema de los discursos de los reformistas y vividores de diverso jaez-, sino de forjar el partido marxista internacional, como partido mundial de la revolución socialista. Se trata del partido centralizado, único, no de una organización federalista como propugna la socialdemocracia. Constituye una necesidad histórica inaplazable la estructuración y fortalecimiento de la Cuarta Internacional, como heredera y continuadora del marxleninismo-trotskyista, como partido mundial único capaz -a través del centralismo democrático, no burocrático como el puesto en práctica por el stalinismo y de la permanente autocrítica- de forjar la línea política que permita conducir a los explotados de las diferentes regiones a la victoria.

La Internacional revolucionaria, partido mundial y del cual los partidos nacionales son sus secciones, considerada como dirección mundial, cumple la tarea trascendental de elaborar colectivamente la línea política a aplicarse internacional y nacionalmente, que importa la asimilación crítica y la generalización de la experiencia de las masas en las diferentes regiones. Esta tarea sería imposible al margen de una amplia democracia interna, que permite la preparación de la acción unitaria ante los explotados, y del derecho de los opositores a formar fracciones, siempre dentro del marco de los principios programáticos.

La experiencia del Partido Obrero Revolucionario al respecto merece ser tomada en cuenta. Ha militado dentro de una Cuarta Internacional unificada, durante los últimos años de vida de Trotsky y después, ha seguido las numerosas escisiones de que ha sido víctima y, finalmente, ha ensayado la línea independiente con miras a reestructurar la Cuarta Internacional.

Su militancia en la IV Internacional ha sido suigéneris -no una verdadera militancia-, pues no ha tenido oportunidad de internacionalizar y superar su propia experiencia.

Lo que hizo el POR -en los primeros momentos no se atrevió a convertirlo en teoría- estaba a un nivel inaccesible para la organización internacional que se había estancado y que ya ingresaba a un período de aguda crisis interna. Esta vez las escisiones no sirvieron para estructurar y fortalecer a la Internacional, sino para debilitarla de manera extrema, lo que demuestra que no se encontraron las respuestas revolucionarias a una crisis ideológica, crisis que se prolonga hasta hoy: es en este plano que tienen que sentarse las premisas para la construcción de la Cuarta Internacional trotskysta. Esta crisis fue ocasionada por el asesinato de León Trotsky, el gigante no ha podido ser reemplazado hasta ahora.

Lo sucedido con el Partido Obrero Revolucionario puede ayudar a comprender el problema. Algunas de las grandes victorias que obtuvo este partido, que no sólo han abierto un ancho camino revolucionario, sino que han dejado su impronta en todo el desarrollo y cultura bolivianos, tuvieron lugar virtualmente al margen de la organización cuartista. Llegaron a Bolivia cuartistas -hicieron igual cosa simpatizantes y disidentes de la Cuarta Internacional- a contemplar el inesperado milagro y se refirieron a él, en obligado tono encomiástico, con fines simplemente propagandísticos, para demostrar que el trotskismo existía como organización.

En esa época se citaba a Ceilán junto al país altiplánico. Pero, la Cuarta no asimiló críticamente la experiencia boliviana, no le sirvió para fortalecerse ideológicamente y menos para derrotar a sus adversarios. Otro tanto sucedió con la frustrada experiencia del foquismo. El POR boliviano señaló excepcionalmente sus rasgos no revolucionarios y demostró tener la firmeza, tanto ideológica como organizativa, que se precisaba en la lucha contra su poderosa influencia en el campo de la izquierda. Las corrientes foquistas fueron derrotadas, sin embargo, la Cuarta no supo sacar las lecciones del caso y permitió que la desesperación pequeñoburguesa dispersara a sus efectivos. Una parte de ella se tornó castrista.

Se puede decir que la Cuarta Internacional no existía, tanto organizativa como teóricamente con capacidad para aprovechar la experiencia boliviana y para potenciarla. No puede negarse que este hecho debilitó al Partido Obrero Revolucionario y se convirtió en el freno que impidió su óptimo desarrollo.

Si observamos la evolución internacional del trotskismo, aparecen como picachos aislados la "Tesis de Pulacayo" y la Asamblea Popular, expresiones de poderosos y avanzados movimientos masivos, que ciertamente no han encontrado a los críticos marxistas del calibre que merecen y menos a la organización capaz de incorporarlas a su seno. ¡Arenca atrevida y vital en medio de un desierto!

Ni duda cabe que el "Programa de Transición", junto al "Manifiesto Comunista" y a las Tesis y Resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, constituyen el basamento de la Internacional revolucionaria, pero tampoco puede ignorarse que la riquísima y excepcional experiencia del POR boliviano -sus invaluable aportes- conforman el material con el que se reconstruirá la Cuarta Internacional.

Hay que hacer saber que en la primera etapa el POR -nació como sección de la Oposición de la Izquierda Internacional, que se orientaba a ser dirección mundial- se aproximó a la Internacional en busca de una dirección, que le ayudase a educarse para poder cumplir a cabalidad su misión trascendental. Más tarde, cuando se lanzó aisladamente a defender el verdadero sentido de lo que había hecho y aprendido en el ámbito de la teoría de la revolución permanente y en la práctica diaria, chocó violentamente con las pequeñas capillas foráneas incapaces de romper algunos esquemas. Desde ese momento se vio aislado y combatido sañudamente desde todos los flancos.

Hemos dicho que la clase revolucionaria -el proletariado- al incorporarse y al traducir en ideología, en política, el avance de su conciencia, tiene que diferenciarse con nitidez del resto de la sociedad, de las otras clases sociales, lo que supone que tenga sus propias ideas, su propia organización, sus propias metas y su estrategia. La insurgencia proletaria importa su sistemática lucha subversiva contra las ideas -incluyendo el ordenamiento jurídico- de la clase dominante. Esta actividad indispensable para hacer posible la revolución, tiene también que sobreponerse y vencer al prejuicio de que únicamente debe lucharse por un partido nacional y de que el internacionalismo comienza y acaba en las subvenciones monetarias que se reciben de las organizaciones políticas o empresariales foráneas. Esta convicción guía la conducta del Partido Obrero Revolucionario.

No puede estructurarse la Cuarta Internacional al margen de la experiencia de las luchas nacionales, que resumen las enseñanzas de los aciertos y errores que conforman la acción de las masas. No se trata de forjar la Internacional partiendo de las especulaciones abstractas de algunos que ocasionalmente se consideran teóricos o sobre la base de combinaciones y maniobras puramente cupulares. No puede ser olvidado que el Partido Obrero Revolucionario de Bolivia ha acumulado una experiencia excepcionalmente rica y única en el plano internacional. Esta experiencia constituye el cimiento irremplazable sobre el que se levantará la Internacional cuyo basamento programático fue dejado por Trotsky. Nuestros adversarios, si quieren forjar la Cuarta Internacional, necesariamente tienen que tomarnos en cuenta y nosotros defenderemos nuestras ideas en todos los terrenos.

Gorbachov sostiene que aún existe un movimiento comunista internacional, pese a que los partidos políticos comunistas gozan de una absoluta libertad y autonomía en su actividad política. En este caso se trata de partidos totalmente sometidos a la voluntad de la burocracia del Kremlin, cuya misión no es otra que la de defender la política contrarrevolucionaria de aquella. En este ámbito no puede hablarse del Partido Mundial de la Revolución Socialista, como plantearon Marx, Engels, Lenin y Trotsky.

No pocos sectores que se autotitulan "trotskystas" han abandonado el leninismo-trotskyismo, para desplazarse osadamente hacia el campo del democratismo burgués. Ya no hablan de la dictadura del proletariado y, más bien, se agotan en los trajines y maniobras electorales. Así se profundiza la crisis del trotskismo y le corresponde al POR luchar por la defensa de las ideas de Lenin y Trotsky, de la vía insurreccional

como el único camino que conduce a la conquista del poder político. El trotskismo de todas las latitudes está en el deber de enarbolar la finalidad estratégica de la dictadura del proletariado.

La Primera Internacional -Asociación Internacional de Trabajadores, 1864- estuvo conformada por diversas tendencias ideológicas y políticas, incluidos los bakuninistas, pero en su seno los marxistas, encabezados por Marx y Engels, batallaron con paciencia y tenacidad para imponer su política y los documentos fundamentales fueron redactados por ellos. La Segunda Internacional fue ya marxista y concebida como dirección de los explotados por encima de las fronteras nacionales. La Tercera o Internacional Comunista fue vaciada en la concepción de Partido Mundial de la Revolución Socialista, como Partido único regido por el centralismo democrático. Trotsky para formar la Cuarta, continuadora de toda la experiencia acumulada hasta ese momento, polemizó apasionadamente con el centrismo y combatió de frente a la socialdemocracia y al stalinismo. En cierto momento aconsejó, para ciertos países, la formación del partido obrero, como un paso táctico que podía llevar a la estructuración del partido revolucionario, pero en ningún momento se le ocurrió formar una Internacional obrera o centrista, al margen de la Cuarta o en sustitución de ésta.

A grandes rasgos, esa es la experiencia de la que partimos para estructurar el Partido Mundial de la Revolución Socialista que tomó en sus manos Trotsky. De lo qué hicieron Marx, Engels, Lenin y Trotsky, se desprende que la Internacional marxista es una dirección revolucionaria que tiene que orientar a todas las secciones nacionales hacia la revolución mundial. Una Internacional centrista o puramente obrera, pretendidamente independiente y opuesta a la política burguesa, sería perjudicial para las secciones que ya han recorrido buen trecho en el camino de su organización, de la conformación de su programa y de su lucha desde el seno de las masas explotadas.

Lo anterior permite comprender por qué no puede aplicarse en el plano de la construcción de la Internacional revolucionaria la táctica de poner en pie una organización únicamente obrera. Existe el peligro evidente de que los pequeños núcleos trotskistas concluyan neutralizados y diluidos en una vasta organización obrera, que de ninguna manera podría cumplir el papel de dirección de la revolución mundial.

Tanto el socialdemócrata MAS como el llamado Comité de Reconstrucción Internacional de la IV Internacional, están empeñados en una carrera desbocada tras el propósito de poner en pie una Internacional obrera que aglutine a todas las tendencias políticas imaginables, junto a las organizaciones independientes e inclusive stalinistas. Podemos adelantar que se trata de una aventura más de gentes sin principios, que no podrá menos que concluir en un rotundo fracaso.

No debe acobardarnos la propaganda de los explotadores en contra del internacionalismo, que se les antoja nada menos que una traición a la patria avasallada y superexplotada por la burguesía imperialista. La liberación de la opresión del capital financiero y su definitivo aplastamiento sólo puede materializarse como la obra de

la clase obrera actuando también por encima de las fronteras nacionales. Estamos convencidos que nuestra fuerza radica, precisamente en el internacionalismo. Nos corresponde aplastar a la burguesía y a sus sirvientes también en este terreno, sin temor al calificativo de enemigos del patriotismo.

La burguesía ha montado un descomunal aparato publicitario contra el internacionalismo proletario, que acertadamente considera que es uno de sus grandes enemigos. Al coro antiobrero y anti-revolucionario se suma también la llamada "izquierda nacional", que tan orgullosamente levanta su bandera chovinista, aunque no tiene el menor reparo en embolsillarse la ayuda económica que le envían desde el exterior para que continúe con su prédica abiertamente favorable a la clase dominante.

Pero, al mismo tiempo, advertimos que no nos sometemos, ni nos someteremos, a los dictados de las camarillas revisionistas, burocratizadas y corruptas que se autoproclaman "trotskystas". No precisamos ni aceptamos el envío de dólares que encubren órdenes de carácter ideológico.

Tiene que comprenderse con claridad que la lucha revolucionaria -que es la lucha de las masas- constituye la fuente renovadora y enriquecedora de la teoría marxista. El POR de Bolivia, al traducir ideológica y políticamente lo que han hecho con sus manos las masas ha logrado dilucidar muchos problemas de la lucha internacional, ha enriquecido la teoría de la revolución permanente y ha devuelto su esencia a no pocos planteamientos leninistas. La enorme trascendencia del trotskismo boliviano que es el POR, precisamente, consiste en que en su vida de medio siglo -mucho tiempo para la vida de un hombre y apenas un instante en la existencia de la clase y del país, que es lo que cuenta- ha elaborado la teoría de la revolución boliviana, sintetizada en su riquísimo y sugerente programa partidista. El POR es programa, organización y tradición, y frente a él palidecen, tiemblan y se anquilosan todos los ensayos stalinistas contrarrevolucionarios, los centristas oscilantes y timoratos y aquellos que para servir mejor a la burguesía y al imperialismo utilizan el taparrabos "izquierdista". El POR no solamente es el gran protagonista de la historia y de la lucha revolucionaria cotidiana, sino que es, particularmente, el insobornable testigo y la voz acusadora de todas las bellaquerías de los reformistas y revisionistas.

Los explotados de todas las latitudes tienen que saber que en Bolivia está presente en el campo de batalla la dirección revolucionaria, es decir, el Partido Obrero Revolucionario, cuya capacidad política y coraje en el combate han quedado probados tantas veces. El POR es para los explotados garantía de victoria. Los que se consideran trotskystas y encarnación del internacionalismo tienen la obligación de apuntalar políticamente al POR.

Porque sabe que su responsabilidad es la de conducir a la nación oprimida hacia la conquista del poder, el POR dedica especial atención al problema internacional y a la construcción del Partido Mundial de la Revolución Socialista, capaz de convertirse en factor decisivo para consolidar y proyectar hacia el comunismo la victoria del pueblo boliviano.

## III

Las fuerzas motrices  
de la revolución

*Resumen.* La protagonista: la nación oprimida por el imperialismo. La burguesía nativa. La clase obrera y su papel de dirección política del proceso revolucionario. El campesinado, la nación-clase. La vieja y la nueva clase media.

## Resumen

Lenin enseñó que tiene que comenzarse por distinguir nítidamente entre nación opresora o imperialismo y nación oprimida o país atrasado, estableciéndose la lucha entre ambos. El imperialismo explota económicamente a la nación oprimida, fenómeno que se transforma en opresión política.

El POR no propugna una revolución hecha únicamente por el proletariado minoritario y buscando implantar de inmediato y directamente el socialismo o el comunismo. Dice que la revolución estará protagonizada por la nación oprimida, por varias clases sociales. Toda auténtica revolución es mayoritaria, por eso el proletariado boliviano está obligado a arrastrar a la mayoría nacional -particularmente al campesinado- detrás de sí. Todo esto está determinado por el poco desarrollo del capitalismo.

Aparentemente el planteamiento de la revolución hecha por la nación oprimida se confunde con la política nacionalista, que sostiene que la contradicción fundamental se da entre el imperialismo y la nación, obligando a la desaparición o postergación de los choques entre explotados y explotadores.

La nación viviente está dividida en clases con intereses materiales distintos y contrapuestos, que se traducen en políticas distintas. Tanto el proletariado como la burguesía están interesados en arrastrar a las masas detrás de sí para defender sus intereses, esto se traduce en lucha política, que es la más alta expresión de la lucha de clases.

La burguesía igual que el imperialismo tienen como basamento la gran propiedad privada de los medios de producción, en cierto momento de la lucha ambos se dan la mano contra el proletariado, obligado a destruir esa propiedad. La burguesía boliviana no fabrica maquinaria pesada ni liviana y se limita a comerciar las mercancías extranjeras, por esta razón no choca con el imperialismo, sino que vive de las limosnas que éste le da. El supuesto "antiimperialismo" burgués se limita a

pedirle a la metrópoli que mejore las condiciones de explotación y opresión del país. Únicamente la clase obrera tiene capacidad de luchar y aplastar al imperialismo si se coloca a la cabeza de la nación oprimida, esto porque su tarea central es la de aplastar al imperialismo en el plano internacional.

La decadencia del imperialismo y la debilidad internacional de la diplomacia y economía norteamericanas, abre óptimas perspectivas para la lucha por la liberación nacional, que tiene que apoyarse en la acción de los pueblos y de la clase obrera que pugna por liberarse y no únicamente en las maniobras diplomáticas o gubernamentales.

El nacionalismo burgués ha caducado por la acción, sobre todo, del proletariado amenazante que le empuja hacia las trincheras imperialistas.

La clase obrera y el campesinado constituyen las fuerzas motrices de la revolución boliviana y al margen de ellos no puede concebirse la transformación radical del país. La relación entre ellos y con el resto de la nación oprimida configura las características de la revolución del país.

El proletariado boliviano forma parte de la clase explotada mundial. Es el hijo del imperialismo y aparece muy tarde, por lo que se trata de una clase joven. El atraso del país, el poco desarrollo del capitalismo, determinan su poco número, pero su importancia está fuera de duda. Por mover la producción capitalista y por no ser propietaria de las fábricas es la clase revolucionaria por excelencia, la única que puede acabar, con el capitalismo, esto para ser libre.

Los pobres, los campesinos, los artesanos, los pequeños comerciantes, la mayoría de la clase media, los profesores, estudiantes, etc., defienden a su manera su pequeña propiedad, su porvenir dentro del capitalismo, de la actual sociedad, pero todos los días se rebelan contra la autoridad estatal, contra la explotación, los impuestos y los abusos, luchan contra la miseria. Sería equivocado decir que constituyen una masa reaccionaria; no, son aliados de la clase obrera y ésta se apoya en su lucha, se potencia al proyectar esas acciones hacia la transformación radical de la sociedad. La revolución tiene que ser mayoritaria, por esto el proletariado tiene que encabezar a toda la nación oprimida, tiene que expresar sus objetivos e intereses. Serán los campesinos los que llevarán a los obreros al poder.

La clase obrera minoritaria, joven e inculta, ha logrado dar un descomunal salto adelante en el camino de su politización y así se ha colocado a la vanguardia de los trabajadores latinoamericanos, por ejemplo. Para esto ha sido preciso que acumule la experiencia lograda en su lucha diaria y esté presente el POR, que con la "Tesis de Pulacayo" penetró en las masas y las transformó radicalmente. Ha madurado en la escuela de traiciones y felonía del nacionalismo burgués, que se ha convertido en vendepatria y sirviente de los yanquis. Para cumplir su gran tarea liberadora tiene que convertirse en caudillo de las masas en general, de la nación oprimida.

La clase obrera enarbola ideas y consignas trotskistas debido a la sucia traición del stalinismo, primero del PIR y luego del PCB.

Los campesinos son dueños de las pequeñas parcelas y de las comunidades agonizantes, se distinguen por producir sus alimentos de manera individual y con herramientas primitivas, dentro de una agricultura extensiva. Este panorama ha quedado ensombrecido por el fracaso de la reforma agraria movimientista de 1953, que ha concluido estrangulando a los hombres del agro en el minifundio y en la improductividad, las verdaderas causas de su actual desesperante miseria.

La persistencia y heroicidad de las luchas campesinas a través de los siglos, no pueden opacar la evidencia de que la producción individual ha determinado las características y limitaciones de los objetivos y lucha del campesinado. Por encontrarse en medio de la economía natural o de autoconsumo, está virtualmente al margen de las economías nacionales e internacionales. De aquí arranca la limitación de los objetivos del campesinado, que no ven los nacionales y se detiene únicamente en los locales. En la medida en que no puede expresar esos intereses generales no enuncia una política y por esto no puede constituir partidos políticos, hablando con propiedad, lo que se confirma por el fracaso de los múltiples y minúsculos llamados "partidos indios".

El hecho decisivo radica en que no hay ya lugar para una sociedad campesina de pequeños parcelarios, esto cuando las máquinas, la ciencia, han conocido un colosal desarrollo bajo el capitalismo.

El campesinado no podrá libertarse por sí mismo y tampoco resolver sus problemas fundamentales, como el de la tierra o el de la superación del minifundio. El proletariado abrirá la perspectiva para que esto sea posible, potenciando políticamente la lucha de las masas campesinas. No se debe asumir una actitud paternalista frente a ellas, sino entroncar en su acción y proyectarla políticamente. El explotado del agro es el aliado natural del proletariado.

Los campesinos tienen sus propios métodos de lucha y la gran táctica que les permitirá encontrar el camino de la superación de sus problemas más importantes es la alianza obrero-campesina.

La masa india es también un conjunto de nacionalidades oprimidas (comunidad de cultura, de creencias, de territorio, de formas económicas). Corresponde luchar por la defensa de sus manifestaciones de nacionalidad y desde el momento que se reconoce que son oprimidas ya se plantea su derecho de darse el gobierno que crean conveniente, de permanecer bajo la jurisdicción del gobierno central o no. Todo esto debe ser voluntad de las nacionalidades y no el resultado de una imposición desde arriba.

Las clases medias -las viejas como el artesanado; las nuevas como la burocracia estatal, los técnicos, educadores, periodistas, etc.- no desarrollan una política propia y de largo alcance, como tampoco lo hace el campesinado, sino que se orientan por las ideas de la burguesía o del proletariado. La ancha base de la clase media, artesanos, estudiantes, educadores, constituyen valiosos contingentes en la lucha diaria al lado de los trabajadores. El proletariado está llamado, si quiere vencer en

la guerra de clases a apoyarse y elevar políticamente la lucha de los sectores de la clase media.

## La protagonista: la nación oprimida por el imperialismo

Las fuerzas motrices de la revolución, las que pueden materializarla, están determinadas por el desarrollo de las fuerzas productivas, por la estructura económica y su contradicción fundamental. Equivocadamente se sostiene que el Partido Obrero Revolucionario trotskysta propugna para Bolivia una revolución limitadamente proletaria y puramente socialista, sin tomar en cuenta que aquella clase social es minoritaria y que actúa en un país atrasado, es decir, donde muchas tareas burguesas no han sido cumplidas. Tales afirmaciones violentan lo que se sostiene en los documentos partidistas acerca de las características de la revolución boliviana. Cuando los adversarios se limitan a acumular deformaciones de lo que sostiene el POR, calumnias, y cuando se le atribuyen extremos que nunca ha planteado, quiere decir que sus principios son inmovibles, que la razón está de su parte. Los falsificadores ratifican la veracidad de nuestros planteamientos.

Volvemos a repetir que la revolución boliviana -ya dijimos que como toda revolución tiene que ser mayoritaria- será consumada por la nación oprimida por el imperialismo, compuesta por varias clases sociales. Esta es una de las diferencias fundamentales con las revoluciones socialistas que tendrán lugar en las grandes metrópolis imperialistas. La revolución boliviana será particular por sus tareas y por las clases sociales que la llevarán adelante, por sus fuerzas motrices.

El POR al elaborar la teoría de la revolución boliviana ha tenido que partir de la ley de la economía combinada y concretizar los principios de la teoría de la revolución permanente; así se ha comprendido el desarrollo contradictorio del país, considerado como una unidad y no como dos culturas, dentro de la economía mundial. En este aspecto nos diferenciamos del indigenismo, que tanta influencia ha tenido en la estructuración del marxismo latinoamericano. Cuando nos referimos a la revolución socialista mundial no estamos repitiendo mecánicamente una consigna foránea o cosa por el estilo, sino señalando que las particularidades nacionales y el proceso revolucionario que generan, se dan en ese marco. La política partidista consiste en la concretización de los principios generales del marxismo a través de una determinada realidad. Constituye un gravísimo error, que lamentablemente caracteriza a las enunciaciones políticas y a la conducta diaria de la izquierda proburguesa, la insípida declamación de algunas generalidades. Los revolucionarios, contrariamente, están obligados a descubrir las leyes del desarrollo social y a condicionar su actuación a las mismas.

El poco desarrollo del capitalismo, el atraso del país, que quiere decir la supervivencia, en proporción considerable, de formaciones económico-sociales precapitalistas, determinan que no pueda plantearse una revolución limitadamente proletaria, pese a que el proceso tiene lugar en el seno de la economía mundial capitalista. La exteriorización de este fenómeno se tiene en el poco número del proletariado y, en el caso boliviano, en su juventud -réplica de la tardía incorporación del país a la

economía mundial- y en su carácter marcadamente autóctono.

La estructura económica de la sociedad, tipificada por el escaso desarrollo de las fuerzas productivas si tomamos en cuenta únicamente a Bolivia, el capitalismo atrasado de economía combinada, su sometimiento al imperialismo, determinan que la revolución boliviana sea la revolución de la nación oprimida. Parecería que este planteamiento se confunde con las finalidades estratégicas del nacionalismo de contenido burgués, que parte de la tesis de que la contradicción fundamental es la que se da entre nación e imperialismo. Ambas son, pese a algunas semejanzas formales, cualitativamente diferentes.

No hay que tomar a la nación oprimida como una abstracción -como tal no existe más que en la mente de algunos ideólogos-, sino como la nación escindida en clases con intereses materiales diferentes, que es la que existe en la realidad. La particular mecánica entre las clases sociales es la que determina el destino de la nación oprimida en su lucha por liberarse de la opresión imperialista y por la superación de su situación de atraso, aspectos inseparables del proceso revolucionario. La particular mecánica de clases está determinada por la economía combinada y por la presencia decisiva del imperialismo.

El problema que se plantea y con una agudeza extrema, es el de saber cuál de las clases sociales tiene capacidad para expresar los intereses nacionales, sin entrar en contradicción con sus objetivos clasistas. La respuesta que se dé permitirá comprender si la liberación nacional debe ser considerada como meta última, estratégica, de la revolución protagonizada por la nación oprimida o como parte integrante del programa de liquidación del atraso, de la revolución proletaria. La referencia fundamental de este proceso es obligadamente la propiedad privada de los medios de producción, no en vano vivimos en la época del capitalismo, que genera la opresión nacional. En este época de quiebra del imperialismo no puede concebirse la liberación nacional al margen de la destrucción de la propiedad privada capitalista.

No podemos teorizar alrededor de la revolución en abstracto, se trata de un fenómeno histórico social condicionado por el desarrollo de las fuerzas productivas. La revolución boliviana tendrá lugar en esta época precisa de decrepitud del capitalismo, de su etapa de descenso y reaccionaria. Uno de los aspectos principales, el saber si puede esperarse aún su desarrollo pleno e independiente en el marco del capitalismo y que define su naturaleza y la particular mecánica de clases imperante, define el contenido de la revolución en la atrasada Bolivia. Corresponde mostrar los rasgos fundamentales y diferenciales de la revolución protagonizada por la nación oprimida en la época del imperialismo decadente y, por tanto, estando presente el proletariado como clase, hecho que modifica profundarriente las tendencias que imperaron en el período en el que la burguesía timoneaba los procesos revolucionarios, aunque se trata de cumplir tareas democráticas.

También en los procesos de liberación nacional protagonizados por la nación oprimida, las tendencias empeñadas en preservar el régimen de la gran propiedad privada no pasan de ser reformistas y se empeñan en lograr mejores condiciones de convivencia

con el imperialismo.

La política internacional de Gorbachov, francamente contrarrevolucionaria, es por demás elocuente en este plano. Unicamente la política revolucionaria del proletariado, que puede sintetizarse como la búsqueda del aplastamiento del imperialismo a través de la destrucción de la gran propiedad privada, es capaz de sacar a la nación oprimida del atraso, marco necesario para hacer posible la emancipación del proletariado y de las masas oprimidas y explotadas en la actualidad. De aquí emerge la necesidad de que sea el proletariado la dirección política de la nación oprimida. La frustración de la burguesía como dirección de los movimientos antiimperialistas torna necesaria la revolución proletaria.

La socialdemocracia muestra su rostro contrarrevolucionario en la política que viene desarrollando en Centroamérica, apuntalada en sus propósitos reaccionarios por la burocracia del Kremlin. Presionan sobre el gobierno de Nicaragua para que acepte el democratismo, el pluripartidismo, para que otorgue garantías a la oposición burguesa, para que concluya acuerdos con los contras, que no son más que peones de la política colonialista de Reagan. El canciller Bedregal exclamó "¡Aleluya!, al fin los hermanos se entendieron". Aquí las diferencias sólo son de matices.

La lucha necesaria de la nación oprimida contra el imperialismo opresor, punto de arranque de la unidad de aquella, polo unificador de las clases sociales que la conforman, lejos de atenuar o suprimir la lucha de clases -como sostienen los ideólogos del nacionalismo burgués, Carlos Montenegro por ejemplar- la exagera. La discusión alrededor de la segunda revolución china airó sobre este problema y los revolucionarios bolivianos estamos obligados a tomarla en cuenta, como uno de los antecedentes de nuestro programa partidista. Lo que aparece a primera vista como un contrasentido, debe ser explicado.

La opresión nacional -la existencia de naciones oprimidas y opresoras que domina nuestra época- emerge del capitalismo, particularmente de la época imperialista, que también da nacimiento a la clase social revolucionaria con capacidad para consumir la liberación nacional, como una tarea inexcusable, porque así desbroza el camino hacia el comunismo, esa clase es el proletariado. Esta clase social en la medida en que, para libertarse, tiene como objetivo central y estratégico la destrucción del régimen de la gran propiedad privada de los medios de producción, está obligada a luchar tanto contra la burguesía imperialista como contra la nativa. En otras latitudes, donde está presente una burguesía nacional enfrentándose con el imperialismo, seguramente la clase obrera ajustará cuentas con aquella en último término. Volvemos a subrayar que este no es el caso de Bolivia y esta particularidad nacional no debe ser ignorada al señalar la política revolucionaria a seguirse.

Sintetizando, la opresión nacional en nuestra época es inseparable de la presencia del proletariado que tiene la suficiente capacidad para extirparla de raíz -destruir la gran propiedad privada-, pero no para asegurar el generoso desarrollo de la burguesía nacional, sino para encaminarse hacia la sociedad sin clases. Subrayamos que aún no analizamos el caso de las naciones indias oprimidas.

Planteado así el problema, la liberación nacional de las cadenas imperialistas forma parte, de manera necesaria, del programa de la revolución proletaria. Este es un aspecto fundamental que diferencia al trotskismo de las otras corrientes políticas burguesas u obreristas. Si se tratase de la autodeterminación nacional y de la tarea de constituir el Estado soberano bajo la dirección de la burguesía revolucionaria, se podría argumentar con razón que el proletariado no puede aún enarbolar sus intereses de clase -necesariamente diferentes y opuestos a los de la burguesía, que es su explotadora y opresora- y que corresponde que apunte a la dirección revolucionaria de la nación. Pero, este planteamiento es un anacronismo que corresponde a la época de desintegración del feudalismo. Ahora vivimos dentro de la economía capitalista que ha ingresado a su franca desintegración. La clase revolucionaria es, de manera indiscutible, el proletariado y se trata de destruir o de conservar la gran propiedad sobre los medios de producción. El nacionalismo y el stalinismo consideran que este último planteamiento resulta prematuro en un país rezagado como Bolivia, virtualmente precapitalista. Hemos ya señalado las razones por las que debe rechazarse este criterio por no corresponder a la realidad y por ser anticientífico.

La opresión nacional por el imperialismo plantea inmediatamente el cumplimiento de la liberación nacional, tarea democrática por su filiación pero que ahora en el marco de la economía mundial no tiene posibilidades de permanecer como tal indefinidamente. La particular mecánica de clases que se establece en los países rezagados transforma radicalmente las proyecciones de dicha reivindicación. Esa tarea democrática es, por su propia naturaleza, nacional y sólo puede ser materializada por la nación oprimida. Ya está planteada la cuestión de qué clase dirige a la nación; en la política boliviana este es un aspecto fundamental y decisivo.

La burguesía nativa, para afirmarse como tal, para fortalecerse económica y políticamente -ambos extremos están estrechamente vinculados- se empeña en enarbolar el objetivo de la liberación nacional y en acaudillar a la nación oprimida, a veces bajo la forma de unidad nacional. No nos engañemos, este amplísimo frente democrático es convertido en escenario en el que se imponen los objetivos y la política de la burguesía nativa. Para materializar su finalidad de caudillaje de las masas, tiene que doblegar y someter a sus designios a la clase obrera, que inclusive desde el primer momento en que aparece de manera indiscutible como su sostén y aliada, es ya su peligrosa oponente, su sepulturera, aunque esto en un primer momento se dibuje solamente de manera potencial. La lucha alrededor de la propiedad privada se concretiza como la lucha por el destino de la plusvalía, una lucha irreconciliable en su perspectiva, aunque conozca momentáneos equilibrios de intereses.

El proletariado de los países rezagados, al afirmarse como clase consciente, de manera necesaria se diferencia política, ideológica y organizativamente de las otras clases sociales, particularmente de la burguesía. Esa necesaria diferenciación alcanza también al punzante problema de la liberación nacional, pues el proletariado para fijar sus contornos de clase y liberarse debe convertirse en caudillo de las masas, debe dar su propia respuesta a la liberación nacional, que será una respuesta diametralmente opuesta a la formulada por la burguesía, inevitablemente se proyectará a dilucidar el destino de la propiedad privada.

La pugna entre la burguesía y el proletariado por arrastrar detrás de sí a las masas en el plano de la liberación nacional y otros problemas, se da como lucha política entre las expresiones partidistas de las clases extremas de la sociedad. Está fuera de discusión que la lucha política constituye la expresión más elevada de la lucha de clases, en nuestro caso de la lucha entre el proletariado y la burguesía.

La burguesía nativa se plantea, ni duda cabe, ¡la liberación nacional, pero al hacerlo la subordina a sus intereses vitales de clase -y no puede ser de otra manera- que son los de preservar la gran propiedad privada de los medios de producción y ensanchar sus ganancias, que supone arrancar más plusvalía a los trabajadores, todo esto le obliga a convivir con el imperialismo, tratándose de Bolivia mejorar en algo las condiciones de su sometimiento a la metrópoli imperialista.

El gravísimo error en el razonamiento de los nacionalistas -y en cierta medida del stalinismo- radica en creer que la burguesía puede en el seno de un amplio frente democrático renunciar a sus intereses de clase o esforzarse en no imponerlos, lo que equivaldría al suicidio, contrariamente concluirá por someter al frente a su voluntad y a sus intereses y, de esta manera, su política -supuestamente antiimperialista- se tipificará como conservadora de la opresión nacional, por tanto, antinacional.

A su turno, el proletariado también actuará de la misma manera, impondrá sus intereses a la nación oprimida y lo hará violentando los designios de la burguesía, particularmente. La diferencia con la propietaria nativa de los medios de producción radica en que sus intereses clasistas se identifican con los nacionales y en que, dada su condición revolucionaria, puede expresar correctamente el objetivo de la liberación nacional, además de potenciarla en la perspectiva de la destrucción de la gran propiedad privada, única manera de acabar con el imperialismo. La clase obrera tiene la posibilidad de expresar adecuadamente el objetivo de la liberación nacional. De esta manera la contradicción entre el imperialismo y la nación oprimida se concretiza como contradicción entre el imperialismo y proletariado. Tiene que advertirse que el proletariado de una nación oprimida no puede actuar solo -descaradamente solo- sino que está obligado a encarnar a las masas en general, a la nación oprimida. Cuando decimos que el proletariado lucha contra el imperialismo, estamos diciendo que lo hace la nación oprimida y con eficacia porque sigue la política revolucionaria de la clase no propietaria.

La limitación del pensamiento nacionalista se refleja en los planteamientos que hace la izquierda presuntamente marxista. Olvida que cuando el proletariado enarbola la liberación nacional lo está haciendo como parte del movimiento de la revolución mundial y que señala con precisión que la derrota definitiva de la nación opresora será obra del proletariado mundial.

Hay que añadir que la evolución operada en la política internacional abre la perspectiva de que los movimientos de liberación nacional puedan consolidar su victoria más fácilmente que antes. Esas condiciones favorables están determinadas, en primer lugar por la decadencia del imperialismo, luego por las rivalidades inter-imperialistas y porque en el seno mismo de las metrópolis crecen los movimientos que se oponen

a la política colonialista de gobiernos semejantes al de Reagan. Todo esto ha quedado demostrado en las reacciones que han rodeado a la crisis del Caribe. Es un poco difícil que los ataques del imperialismo a los pueblos rezagados se cumpla en total silencio. No estamos diciendo que es imposible la intervención armada contra movimientos antiimperialistas, pero esas intervenciones se darán en condiciones sumamente desfavorables para la metrópoli opresora. Los que luchan por romper las cadenas de la opresión foránea, es claro que tienen que estar dispuestos a resistir con las armas y la guerra irregular una posible intervención armada imperialista.

## La burguesía nativa

La estructura económica y las clases sociales, entre éstas la burguesía, ni duda cabe, están determinadas por el poco desarrollo del capitalismo, por la economía combinada. De la misma manera que el proletariado boliviano es particular -con referencia al de las metrópolis, sobre todo-, lo es también la burguesía nativa, pues ofrece características diferenciales que no pueden ignorarse.

Pese a que la clase dominante nativa boliviana es la burguesía intermediaria y comercial y que en momento alguno ha llegado al nivel de la industrial o nacional, se tienen que puntualizar sus límites en la lucha contra la opresión imperialista foránea. La pregunta que se plantea de inmediato es la de saber si esa burguesía puede materializar el objetivo democrático de la liberación nacional.

El "Programa de Transición" dice, refiriéndose a los países atrasados: "Los problemas centrales de los países coloniales y semicoloniales son: la revolución agraria, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la independencia nacional, es decir, el sacudimiento del yugo imperialista. Estas dos tareas están estrechamente ligadas la una a la otra". ¿Qué papel cumple la burguesía nativa -que no en todas las latitudes es la misma- en este proceso?

Lo que venimos esbozando está de acuerdo con la concepción de Trotsky acerca de la revolución en los países atrasados: "Los países coloniales y semicoloniales son, por su misma esencia, países atrasados. Pero estos países atrasados viven en las condiciones de la dominación mundial del imperialismo. Es por ello que su desarrollo tiene un carácter combinado: reúnen al mismo tiempo las formas económicas más primitivas y la última palabra de la técnica de la civilización capitalista. Esto es lo que determina la política del proletariado de los países atrasados: está obligado a combinar la lucha por las tareas más elementales de la independencia nacional y la democracia burguesa, con la lucha socialista contra el imperialismo mundial. Las reivindicaciones democráticas, las reivindicaciones transitorias y las tareas de la revolución socialista, no están separadas en la lucha por etapas históricas, sino que surgen inmediatamente las unas de las otras. Habiendo apenas comenzado a edificar sindicatos, el proletariado chino, se vio obligado a pensar en los soviets...

"El peso específico de las diversas reivindicaciones democráticas y transitorias en la lucha del proletariado, su ligazón recíproca, su orden de sucesión, están determinados

por las condiciones propias y particulares de cada país atrasado, en una parte considerable, por su grado de atraso. No obstante, la dirección general del desarrollo revolucionario puede ser determinada por la fórmula de la revolución permanente, en el sentido que definitivamente han dado a esta fórmula las tres revoluciones de Rusia (1905, febrero de 1917 y octubre de 1917)”

Demás está decir que es la burguesía industrial, llamada con propiedad nacional porque es la que mejor puede expresar los intereses de la clase dominante para estructurarse como Estado soberano, la que se ve obligada, por la necesidad de exportar grandes volúmenes de mercancías, particularmente de la industria pesada, a entrar en fricción con la metrópoli opresora buscando el control del mercado internacional, que inmediatamente se convierte en zona de influencia a merced de las potencias económicas.

¿De qué tipo es esta fricción? De una manera general, podría tratarse, en caso extremo, de desplazar a determinado grupo de capital financiero, a fin de ocupar su lugar, si aún hubiera tiempo para ello; generalmente, se busca concluir un acuerdo de coexistencia, de reparto del mercado y de cooperación con la metrópoli imperialista. El análisis de estos roces o encontronazos en el marco de la competencia económica debe partir de la evidencia de que tanto la burguesía irriperialista como la nacional -observación que vale también tratándose de la comercial o intermediaria-, tiene como razón de su existencia la defensa de la gran propiedad privada de los medios de producción. Si se plantease la cuestión de la derrota del imperialismo -punto culminante del capitalismo- en manos de la burguesía nacional, es claro que ésta concluiría convirtiéndose a la larga en potencia imperialista: se trata de una ley del desarrollo capitalista. La burguesía nacional victoriosa sobre la actual metrópoli, al afirmarse y potenciarse, no tendría mas remedio imperialista que sojuzgar a los Estados que encuentre en su paso. Trantándose de Bolivia esta suposición no tiene ninguna posibilidad de realizarse.

Nosotros conocemos únicamente a la burguesía comercial o intermediaria, cuya debilidad económica y política -en ambos aspectos es parcialmente expropiada por el imperialismo, particularmente por el norteamericano- está fuera de toda duda y la ha conducido al parasitismo, virtualmente vive y rept a gracias a las limosnas que le arroja el opresor foráneo. Es claro que esta burguesía, la clase dominante nativa, no tiene ganas ni posibilidades de enfrentarse con el imperialismo, de luchar contra él, agota todos sus recursos en la búsqueda de mayor protección de parte del opresor de la nación. A esto se reduce su “antiimperialismo”. Sin embargo, sus expresiones políticas gozarán de la protección exterior en la medida en que puedan controlar a las masas, sobre todo a la clase obrera, que no bien se incorpora amenaza el basamento del orden social que se levanta sobre la gran propiedad privada, es por esto que el nacionalismo burgués da rienda suelta a la demagogia alrededor de la consigna de liberación nacional.

La burguesía nativa tiene vivo interés en lograr no solamente la unidad de las masas que integran la nación oprimida, sino en dirigitas políticamente, en la medida en que lo logre puede considerarse políticamente fuerte y con vigencia. Ante la verborrea

“antiimperialista” sucumben en los primeros momentos las mayorías nacionales, que no tardarán en inventar una burguesía nativa progresista y hasta antiimperialista, uno de los ejes de la stalinista revolución por etapas. Comprobamos que la burguesía intermediaria es miserable en todos los aspectos: su desarrollo económico es muy limitado -se puede decir que permanece empobrecida-, no ha tenido la suficiente capacidad para forjar una cultura propia o poner en pie al Estado soberano, no desarrolla al capitalismo de manera autónoma, sino que actúa como instrumento de la voracidad colonizadora del imperialismo -su amo en todos los aspectos-, no es socia del capital financiero sino su sirviente incondicional; lleva una vida parasitaria y soporta resignadamente su condición de expropiada por la metrópoli opresora tanto económica como políticamente.

Los nacionalistas están seguros que esta criatura miserable no puede seguir reptando por más tiempo a los pies del amo prepotente, sino que por dignidad y por amor a la patria concluirá rebelándose, para abrir así un anchuroso camino de progreso y de bienestar para Bolivia. Citan, en apoyo de su tesis pletórica de optimismo, el ejemplo de otras latitudes, donde los nativos concluyeron rebelándose contra los colonizadores y crearon las condiciones para la autodeterminación. En ausencia de argumentos incontrovertibles se refugian en el patriotismo de los bolivianos y en las virtudes de la raza. Nadie puede poner en duda la extrema debilidad económica de la burguesía llamada a acaudillar a la nación oprimida contra el imperialismo, queremos decir que no se ve obligada a rebelarse contra el látigo foráneo, que, contrariamente, se acomoda servilmente a él como una forma de vida. Se podrá argumentar que todas las debilidades pueden ser superadas gracias a la gran potencialidad y heroísmo de toda la nación, llamada a fortalecer a los caudillos de la lucha de la emancipación económica, como lo hicieron en la guerra de la independencia. Sin embargo, la debilidad económico-social de la burguesía es remarcable ahora más que nunca debido a la presencia del proletariado como clase, empeñado en arrastrar a las masas detrás de su política. Este factor le obliga a agotar rápidamente sus posibilidades de maniobra y de resistencia frente al imperialismo, a concluir capitulando de manera rápida porque siente que le pisa los talones la clase empeñada en acabar con el régimen social que se levanta sobre la gran propiedad privada. Por otra parte, no hay tiempo ni lugar, en esta época de caída y desintegración del sistema imperialista mundial, para que la burguesía nativa pueda desalojar todos los resabios precapitalistas e impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, de la economía en su conjunto.

En pocas palabras, la total caducidad de la burguesía criolla entronca tanto en sus particulares características nacionales -desventajas insuperables- como en la podredumbre del capitalismo, caracterizada por el hecho de que las superdesarrolladas fuerzas productivas se destrozan al chocar constantemente con la gran propiedad privada. Ya tenemos indicado que Bolivia ya no conocerá un generoso desarrollo capitalista, que en caso de darse sería la base indiscutible de un gran florecimiento de la burguesía.

La burguesía boliviana es una de las más miserables de Latinoamérica, como consecuencia de su propia formación. En el Alto Perú los primeros brotes burgueses que aparecieron en el seno del gremio de los azoqueros se perdieron como consecuencia

del hundimiento de la minería. La república fue consecuencia del predominio y la acción de la aristocracia terrateniente, del gamonalismo, tan interesados en perpetuar el modo de producción heredado de la colonia y el trabajo servil. Fue a través del comercio, particularmente en el Norte del país -sobre todo en La Paz-, que las capas más avanzadas y enriquecidas del gamonalismo buscaron conectarse con el capital extranjero, razón por la que alentaron la política librecambista. El resurgimiento de la minería de la plata, que en la segunda mitad del siglo XIX conoció un grave derrumbe internacional, impulsó a los primeros empresarios -que eran latifundistas y contrabandistas al mismo tiempo-, a lanzarse al encuentro del capitalismo, del que resultaron, en el primer momento socios y fueron ellos los que le abrieron las puertas del país de par en par.

Uno de los grandes rasgos diferenciales del proceso boliviano consistió en que el capitalismo no fue el resultado del desarrollo interno y por eso no generó a una burguesía revolucionaria, sino que se trató de una verdadera invasión. El capitalismo monopolista, el imperialismo, se apoyó en parte de la aristocracia terrateniente para penetrar en el país, establecerse como enclave de explotación económica y concluir dominando políticamente a su semicolonia. A través de la historia, el capitalismo aparece como el polo opuesto, como la negación, del feudalismo, del que la aristocracia terrateniente fue una de sus particularísimas expresiones, sin embargo y demostrando una enorme capacidad de adaptación y de asimilación, se apoyó en el gamonalismo y lo apuntaló políticamente.

Hemos indicado que la forma particular y tardía de incorporación del país a la economía capitalista mundial generó la economía combinada, habiendo sido una expresión de ésta la transformación de la clase dominante de aristocracia terrateniente en feudal-burguesía, que tuvo lugar a través de la revolución política, que eso fue la llamada revolución federal, que movilizó y puso en pie de combate a campesinos y artesanos. Políticamente la feudal-burguesía encontró a su mejor portavoz en el Partido Liberal, cuya actuación contradictoria y limitadísima se explica si no se olvida que tenía un pie en la explotación de los siervos y el otro en el capitalismo foráneo que no pudo menos que transformar y modernizar algunos aspectos de la economía boliviana. Los federales -bien pronto se mostró que el adjetivo se aplicó mal para ponerlo a su servicio. La sede gubernamental fue trasladada de Sucre, la ciudadela de los barones de la plata, que no ocultaron sus ribetes de aristócratas-terratenientes, a La Paz, sede de los enriquecidos comerciantes; se opuso a la práctica del cohecho la promesa del sufragio libre, que nunca fue cumplida. El liberalismo se fracturó y agotó al no poder lograr el desarrollo capitalista pleno y libre y el florecimiento de la democracia formal. Los empresarios de antaño cedieron su lugar a los politiqueros actuando como empleados de los dueños del capital foráneo, que acabaron, como parte del proceso de su potenciamiento, absorbidos por el imperialismo, convertidos en engranajes del capital mundial.

La feudal-burguesía hizo sus ensayos de modernización del país en medio de una indiscutible prosperidad cimentada en la alta cotización de los minerales. Así pudo estructurar una peculiar cultura -transformó la escuela copiando modelos europeos, imitó todo lo producido allende las fronteras-, que en el fondo no fue más que una

adaptación de la cultura capitalista, por cuyos poros no cesaban de irrumpir los brotes de las culturas nativas. Con todo, no ha podido florecer una otra cultura y ya no habrá tiempo para que eso suceda hasta el advenimiento del comunismo.

En 1952 y después, la irrupción de los campesinos armados que ocuparon la tierra fue respondida por el gobierno sustituyendo el latifundismo improductivo con las pequeñas parcelas empantanadas en el primitivismo tecnológico. Todo esto en el marco de la transformación en revolución, por la participación decisiva de los explotados, del golpe de Estado que planeó la dirección movimientista; las masas hicieron la revolución, destruyeron el aparato estatal y las fuerzas armadas, pero lejos de tomar el poder político en sus manos lo cedieron al MNR, que prontamente puso en pie al Estado burgués y a las fuerzas armadas remodeladas directamente por el Pentágono norteamericano. Tuvo importancia que el pequeño-burgués MNR formulase el cumplimiento de los objetivos generales de la burguesía nacional inexistente. La quiebra del movimientismo ha avanzado paralelamente con la frustración de esos objetivos. El proletariado minoritario apareció como la fuerza fundamental del proceso revolucionario y su transformación en clase gobernante sólo podía haberse dado si destruía, junto a las cadenas imperialistas, a la feudal-burguesía y al propio MNR, que ya se perfiló como el germen burgués en medio de la catástrofe de la clase dominante de entonces.

La revolución se frustró, lo que vino a potenciar la afirmación de los brotes de la burguesía intermediaria o comercial que ya se desarrollaron en el seno de la feudal-burguesía. El extremo debilitamiento del pongueaje -obra de las masas, en verdad-importó la postración del gamonalismo, cuyos últimos resabios aún están presentes. La burguesía miserable emergió amparada por la antipatria, por el imperialismo, como su instrumento incondicional para imponer el orden y el trabajo en el país semicolonial. Inmediatamente después de la victoria de abril, los gobiernos movimientistas, siempre desplazándose más y más hacia la derecha, se encargaron de arrinconar y domesticar a las masas levantiscas, lo que en cierta medida se logró gracias a la cooperación prestada en este propósito por la burocracia sindical en proceso de corrupción y por el stalinismo contra-revolucionario. La burguesía comercial al afirmarse en el poder -proceso simultáneo a la transformación del propio movimientismo en el partido de los gerentes empresariales- se fue diferenciando nítidamente de la nación oprimida, de las masas explotadas y, sobre todo, del proletariado. Desde antes y después de 1952, el enemigo principal se encarnó en el imperialismo; si tomamos en cuenta que éste siempre actuó a través de las expresiones políticas de la burguesía nativa, se tiene que concluir que el antiimperialismo se refiere también a la lucha antiburguesa.

La incorporación del proletariado -que ya tenía su historia al llegar a 1952- contribuyó decisivamente a mostrar el carácter reaccionario, en último término, de la burguesía nativa, porque al orientarse hacia la destrucción de la propiedad privada limitó, hasta un punto extremo, la capacidad política del MNR y de las expresiones políticas que entroncan en él. La caducidad de la burguesía nativa para lograr el desarrollo pleno y libre del capitalismo en el país constituye un hecho capital para el porvenir del proceso revolucionario, que sigue teniendo como uno de sus objetivos centrales la liberación nacional.

Lo anterior quedó confirmado por la suerte corrida por las más grandes medidas adoptadas por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, cediendo a la presión de las masas y desvirtuando radicalmente los objetivos de éstas. La nacionalización de la gran minería -dejando en pie a la mediana que no tardó en convertirse en canal del capital financiero-, lejos de contribuir a la liberación económica concluyó entregando la suerte de la Corporación Minera de Bolivia a la voluntad del imperialismo. La reforma agraria como transformación capitalista del agro y destinada a convertirse en el basamento del desarrollo del país en ese sentido, ha concluido empantanada en el minifundio, fuente de la desesperante miseria del campesinado, que, por esto mismo, sigue siendo el aliado natural del proletariado revolucionario.

El tan publicitado voto universal fue más demagogia que realidad porque a los analfabetos, aún considerados como menores que precisan de tutela, solamente se les concedió la semiciudadanía. La escuela confesional e instrumento de la discriminación social y racial, fue impuesta violentando los grandes planteamientos liberales de la enseñanza estatal, gratuita y laica, impuestos a comienzos del siglo.

La burguesía nativa, totalmente agotada en el poder, ya no sueña con la emancipación económica ni con transformaciones radicales, su propósito se limita a seguir medrando bajo la sombra protectora del imperialismo. Las tendencias políticas -MIR, socialistas, stalinistas- que siguen apostando al nacionalismo de contenido burgués se han ubicado voluntariamente en las trincheras de la reacción.

El movimiento revolucionario necesariamente tiene que desenmascarar y combatir al nacionalismo, que para las masas se trata de un traidor a sus más caras aspiraciones. La doctrina de la revolución boliviana parte del análisis crítico de las limitaciones congénitas, de clase, del nacionalismo. Constituiría un crimen no realizar esta tarea a título de contribuir a la estructuración de frentes de izquierda o de la unidad nacional, pues de esta manera se concluye desarmando ideológicamente a la nación oprimida y a los obreros.

## La clase obrera

Las fuerzas motrices fundamentales en el seno de la nación oprimida boliviana, que tiene que realizar la revolución, son el proletariado y el campesinado, en ese orden. Al margen de estas clases sería inconcebible la transformación radical -de la estructura económica- de la sociedad. La particular mecánica que se establece entre ellas y sus relaciones con las otras clases, configuran la fisonomía de la nación oprimida y el carácter inédito de la revolución boliviana.

Tenemos señalado que la clase obrera boliviana forma parte del proletariado mundial; sin embargo, muestra rasgos diferenciales que nos interesa analizar.

Se trata de una criatura del imperialismo, del capitalismo monopolista, de la imposición foránea; aparece muy tarde en la historia del país, en este sentido es una clase social joven y lo es también por la corta duración de la vida de los trabajadores bolivianos y particularmente de los mineros. No tiene que olvidarse que en la rezagada Bolivia los

obreros se incorporan a la producción desde muy temprana edad y mueren también muy pronto.

La juventud le permite al proletariado nativo mostrar una heroicidad y arrojo en la lucha impresionantes, una gran inquietud en la búsqueda de explicaciones y soluciones acerca de las difíciles condiciones de su existencia y de su actividad cotidiana. La generosidad en la guerra de clases distingue al proletariado de todas las latitudes, pero en el joven proletariado boliviano esa característica se acentúa mucho más.

El poco desarrollo del capitalismo determina que la clase obrera sea una pequeña minoría de la población, alrededor del diez por ciento, hecho que tiene una gran importancia sobre el carácter de la revolución y en la actitud que debe asumir esta clase con referencia a la nación oprimida. El escuálido proletariado se ve obligado a actuar en un país capitalista atrasado, es decir, donde importantes tareas democráticas o burguesas permanecen incumplidas, este hecho es capital porque le obliga a agigantarse políticamente al enfrentarse con descomunales tareas de la nación oprimida, de las otras clases sociales -inclusive de la burguesía- y con las suyas propias. No tiene que limitarse a conducir a la sociedad hacia el comunismo, sino que antes tiene que materializar la liberación nacional de las cadenas imperialistas; solucionar el capital problema de la tierra, esto después de la frustración de la reforma agraria movimientista de corte burgués, superar la pequeña parcela e incorporar a la gran producción maquinizada el trabajo basado en la ayuda mutua y heredado del pasado; ensanchar el mercado interno y crear la unidad nacional; desarrollar y superar las culturas autóctonas, etc. Para cumplir tan descomunal misión no solamente tiene que dar un enorme salto político, sino que tiene que trocarse en caudillo de la nación oprimida, tiene que lograr que la transformación profunda del país sea realizada por la mayoría del país.

Aquí tenemos un otro ejemplo de qué manera el atraso en determinadas condiciones, particularmente en la revolución social, puede trocarse en su contrario. La clase obrera minoritaria inculta, que en alguna forma resume el atraso cultural del país, para cumplir su misión histórica, para libertarse, ha tenido que superar políticamente en mucho a la de los países más avanzados. Veremos más adelante que, de una manera general, los trabajadores se fueron formando a la zaga del movimiento sindical y socialista; pero esto solamente hasta cierto momento, cuando tomaron en sus manos la transformación de la historia, partiendo de su atraso para dar un descomunal salto hacia adelante.

Constituye un equívoco el supeditar la naturaleza revolucionaria del proletariado a su número, a su grado de pobreza o de explotación, a su nivel cultural, etc. También en el análisis del papel que cumple la clase obrera en la mecánica de clases y en el desarrollo del país, se tiene que tomar en cuenta que se cumple en el marco del capitalismo mundial. Está indicado que la revolución boliviana, con todo lo de inédito que tiene, forma parte de la revolución socialista mundial. Se puede decir que las aristas revolucionarias del asalariado se ven aguzadas desde fuera, esto sin ignorar que las particularidades nacionales las potencian a su modo.

La clase obrera es revolucionaria -la única consecuentemente revolucionaria- por el lugar que ocupa en el proceso de la producción y no por ninguna otra consideración, esto como sucede en todas las latitudes. De manera más sencilla diremos que tiene capacidad para acabar con el orden social que está cimentado en la gran propiedad privada por no ser propietaria de los medios de producción, precisamente, por no poseer más que fuerza de trabajo. La referencia obligada para comprender la orientación y conducta revolucionarias o no de las clases sociales y de sus expresiones políticas constituye la conservación, reforma o destrucción de la gran propiedad burguesa. Esto que es reconocido como una verdad para las metrópolis del capital financiero no se quiere aplicar de manera consecuente a Bolivia, con el argumento de que se trata de un país poco industrializado y, por tanto, con un proletariado incipiente. Está afirmación implica reconocer todavía a la propiedad burguesa un papel progresista y hasta revolucionario. No es casual que muchas organizaciones socialistas y hasta algunas que se autocalifican marxistas se resistan a tocar la propiedad privada y, al mismo tiempo, niegan capacidad revolucionaria decisiva al proletariado.

Cuando decimos que la clase obrera es consecuentemente revolucionaria, queremos dejar establecido con claridad que es la única clase de la actual sociedad que plantea una política de transformación de la sociedad de largo alcance, sintetizada en su finalidad estratégica de estructuración de la dictadura del proletariado. Inmediatamente se plantea uno de los problemas centrales de la revolución boliviana. ¿Qué son entonces las otras clases sociales mayoritarias -campesinado, clase media, inclusive parte de la burguesía- que conforman la nación oprimida llamada a protagonizar la transformación radical? De la respuesta que se dé emergerá una política y particularmente una táctica, correctas o no. No se trata de algo que se presente recién en el campo marxista. Los clásicos ya dieron en su momento la respuesta adecuada y que nos sirve de valioso antecedente.

Por el canal de los partidarios de Lassalle llegó a la socialdemocracia alemana una burda contraposición entre el proletariado y el resto de la sociedad. En Bolivia pequeñísimos grupos ultristas repitieron esa postura; lo común es el planteamiento contrario: disolver a la clase revolucionaria en el seno de la gran masa democrática.

Engels, al comentar el Programa de Gotha -carta a Bebel, marzo de 1875-, dice sobre este tema: "En primer lugar se acepta la frase tan altisonante, pero históricamente errónea de Lassalle: frente a la clase obrera, todas las demás clases no son sino una masa reaccionaria. Esta proposición sólo es cierta en casos excepcionales muy particulares, por ejemplo en una revolución del proletariado como la de la Comuna (de París), o en un país en el que no haya sido la burguesía sola la que haya conformado el Estado y la sociedad a su imagen y semejanza, sino en el que también después de ella, la pequeña-burguesía democrática haya conducido esa conformación hasta sus últimas consecuencias".

La llamada "Crítica del programa de Gotha" fue enviada por Marx, junto a la carta de 5 de mayo de 1885, a W. Bracke. En dicho documento leemos:

En el 'Manifiesto Comunista' se dice: 'De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar'.

"Aquí, se considera a la burguesía como una clase revolucionaria -vehículo de la gran industria- frente a los señores feudales y a las capas medias, empeñados, aquellos y éstas, en mantener posiciones sociales que fueron creadas por modos caducos de producción. No forman, por tanto, juntamente con la burguesía, sólo una masa reaccionaria.

'Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar. Pero el 'Manifiesto' añade que las 'capas medias... se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inmediato al proletariado'.

Por tanto, desde este punto de vista es también absurdo decir que frente a la clase obrera 'no forman más que una masa reaccionaria', juntamente con la burguesía, y, además -por si eso fuera poco- con los señores feudales.

"¿Es que en las últimas elecciones se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales y a los campesinos: Frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?"

Concreticemos. El proletariado es consecuente y verdaderamente revolucionario porque tiene como finalidad la destrucción del capitalismo. Pero, las otras clases sociales mayoritarias que conforman la nación oprimida, muchas de ellas devienen del pasado -campesinado y clase media antigua- y otras aparecen ahora como la nueva clase media, no pueden soportar el estado de cosas imperante, debido a la explotación y opresión económica, política, nacional, cultural; etc., que sufren y se rebelan contra la autoridad estatal, el ordenamiento jurídico, en fin, contra el régimen social imperante, las más de las veces no para destruirlo, sino para modificarlo simplemente. Esta rebelión, que varía de matices y de intensidad, forma parte de la lucha de la nación oprimida por liberarse y también del proletariado contra la explotación burguesa.

Es indiscutible que campesinos y sectores de la clase media asumen actitudes revolucionarias contra el gobierno burgués, la opresión imperialista, en fin, contra el hambre, aunque es cierto que no se plantean la destrucción de la gran propiedad privada burguesa. El proletariado se apoya en esas actitudes revolucionarias, las potencia políticamente y las dirige. Hay algo más importante y que es una de las claves que explica la peculiar mecánica de clases en el país. El proletariado por ser revolucionario, por encarnarse a trastocar el orden social imperante y porque para efectivizar este objetivo tiene que acaudillar a la nación oprimida, está llamado a expresar los intereses nacionales, los intereses de las otras clases sociales. Por su lado, los objetivos de la clase obrera no son la negación de los nacionales o

de la búsqueda de mejoramiento de las condiciones de trabajo de las otras clases sociales, contrariamente, entroncan en ellos y los engloban. Si ocupase otro lugar, si necesariamente -para afirmarse como proletariado- tendría que aislarse o reconocer la dirección política de otra clase social, habría que concluir que no es revolucionario. Lo que dejamos señalado explica cómo la clase obrera deviene dirección de la nación oprimida, precisamente como consecuencia del desarrollo y profundización de la lucha de ésta por su liberación y por la satisfacción de las necesidades más premiosas de las masas en general. Es la lucha de clases -clase contra clase o lucha política- la que conduce a la unidad de la nación oprimida bajo la dirección política del proletariado.

Lo que se ha apuntado arriba se confirma plenamente con el ejemplo de la clase obrera altiplánica. Volvamos a recordar que Bolivia es uno de los países más atrasados del continente, donde menos se ha desarrollado el capitalismo, donde la clase obrera es extremadamente poco numerosa, sobre todo con referencia al campesinado y al artesanado y en cuyo seno el analfabetismo tiene un enorme peso. El choque entre las clases sociales adquiere una extrema virulencia, siendo una de sus causas la extrema pobreza de la clase media, que, por esto mismo, no juega el papel de colchón amortiguador de la lucha del proletariado contra la burguesía. A esta altura nos encontramos ante la evidencia de que el proletariado boliviano ha logrado elevarse políticamente muy por encima del de los países económicamente adelantados.

Se tiene que comenzar señalando que esto -que a muchos se les antoja un milagro o algo imposible- se ha dado gracias a las particularidades de la historia de su formación y, sobre todo, por la presencia del Partido Obrero Revolucionario, del trotskismo, que ha cumplido la función de levadura que ha logrado la maduración de la clase y así ha ayudado a su transformación en consciente, a su paso de clase en sí a clase para sí. La burguesía y el imperialismo proclaman a los cuatro vientos que su peor enemigo es el partido de la clase obrera, llamado por ellos como extremista y comunista. La izquierda proburguesa ha quedado alelada ante la politización y capacidad creadora demostrada por el proletariado y menospreciando el método marxista parece creer que todo ha caído del cielo. Cuando sostiene que se plantea la necesidad de poner en pie al partido revolucionario e inclusive cuando llega al extremo de sostener que ese partido será nada menos que un determinado frente de izquierdas, ignora la realidad del país y demuestra un total desconocimiento de lo que es el proletariado boliviano. ¿La conciencia de clase -su manifestación más importante y palpable radica en el grado de politización alcanzado por las masas- brota de manera espontánea del seno de las masas? Los planteamientos y las actitudes asumidas por esa "izquierda", obligan a concluir que ésta considera que es así. Entonces no hay para qué perder el tiempo construyendo al Partido revolucionario.

En numerosas oportunidades hemos señalado que la acelerada y sorprendente evolución política de la clase obrera fue posible gracias a la presencia y actuación del Partido Obrero Revolucionario en su seno: los ejes ideológicos y políticos que permitieron a los explotados organizarse y movilizarse y que actualmente concentran toda la discusión sobre los problemas emergentes de la realidad, han sido fijados por dicho Partido. Políticamente hablando, el proletariado boliviano es criatura de la "Tesis de Pulacayo", documento sobre cuya significación -no acerca de su validez o

falsedad- no existen discrepancias. La experiencia enseña que revolucionar a la clase obrera, que es la fundamental en todos los aspectos de la vida nacional, importa revolucionar a todas las masas, a todo el país, dejar profunda huella en el proceso histórico. El POR con la "Tesis de Pulacayo" ha contribuido decisivamente a proyectar a las masas explotadas, a toda la nación oprimida, hacia la materialización de la dictadura del proletariado. Lo que ayer parecía una locura y una utopía, ahora se presenta como el problema fundamental de la actualidad; si se observa atentamente la orientación que sigue la lucha de las masas se tiene que llegar a la conclusión de que la revolución llamada a acabar con el ordenamiento social vigente, es algo palpable. El trabajo y lucha cotidianos de los explotados preparan la revolución y es incorrecto plantearla como algo que deba cumplirse en determinados plazos. El POR ha penetrado profundamente en las masas, de manera que nadie puede extirparlo de la tierra en la que está enraizado, se ha tornado indestructible porque su programa -que es el programa sembrado entre los explotados- conserva su vigencia y esto será así hasta tanto no se conquiste el poder y no se instaure el gobierno obrero-campesino. Mientras esto sucede en el campo de los explotados, los "izquierdistas" e intelectuales a la violeta están empeñados en descubrir una nueva teoría revolucionaria, una nueva clase social -diferente al proletariado- que transforme al país, un novedoso "discurso", como gustan decir, y al hacerlo están perdiendo el tiempo, en esta época en que debe trabajarse ahora para la victoria de la revolución.

¿Por qué la "Tesis de Pulacayo", el trotskismo, el Programa de Transición, la teoría de la revolución permanente, pudieron penetrar en el seno de las masas y apoderarse de ellas? Por las siguientes razones:

a) La experiencia acumulada por los obreros en su lucha diaria por el logro de mejores condiciones de vida y de trabajo, les obligó a plantearse la actitud que debían asumir frente a los patrones y al gobierno.

b) Al comprobar que el nacionalismo burgués era contrario a sus intereses y que carecía de capacidad para libertar al país de la opresión imperialista y satisfacer las necesidades más premiosas de la mayoría nacional, fueron empujados a buscar nuevas orientaciones políticas, retornando la experiencia del pasado al respecto.

c) El vacío de dirección dejado por la izquierda stalinista -PIR, madre del PCB-, que no tuvo el menor reparo en aliarse con la rosca minera y con el imperialismo "democrático", planteó a los explotados la necesidad de encontrar, de manera inaplazable, a su Estado mayor que timonee la lucha ya emprendida.

La "Tesis de Pulacayo", el joven y débil POR, dieron la respuesta adecuada a las interrogantes planteadas por la realidad nacional y por la marcha ascendente de la clase obrera. Fue dada la inter-relación entre la idea y la realidad que precisaba ser interpretada por .aquella. El tono panfletario, la profundidad teórica, en fin, la inspiración del documento sindical, arrancan de tal inter-relación. Lo dicho ya no es materia de polémica, sino que se ratifica por la permanencia y vitalidad indiscutibles de la "Tesis de Pulacayo" y será así hasta el momento de la destrucción del capitalismo.

Los poristas pueden describir -y así lo han hecho- las grandes dificultades que tuvieron que vencer para llegar hasta el seno de las masas, para poner en pie los primeros núcleos trotskystas, para lograr que su prédica se tornase comprensible para los obreros condenados a agotarse en largas jornadas de trabajo. Con todo, lograron penetrar en las filas sindicales y ganar para sus ideas a los mejores elementos, a una minoría de la vanguardia de la clase. Para el observador superficial e inclusive para no pocos que pasan de marxistas, la aprobación de la "Tesis de Pulacayo" fue algo inesperado, cosa del azar o de la imposición despótica de los dirigentes. Como no podía ser de otra manera, se esmeran por ignorar que fue precedida por largas campañas y por la lucha en el seno del congreso minero extraordinario anterior, en el tercero que tuvo lugar en Catavi-Siglo XX, en marzo de 1946.

Lo notable fue que los trabajadores bolivianos, que hasta ese momento se vinieron moviendo con mucho atraso con referencia al movimiento socialista y sindical del exterior, enarbolaron a fines de 1946, en el mes de noviembre, la avanzadísima teoría de la revolución permanente. En el ámbito de la discusión marxista, el trotskismo constituye un punto muy elevado. Todos se preguntaron: ¿los obreros analfabetos hablando lenguaje trotskysta? Este fenómeno debe ser explicado.

De una manera general, la clase obrera reproduce el atraso del país, su atraso cultural. Sin embargo, en el proceso viviente, dialéctico, esta evidencia fue radicalmente trastrocada. El atraso del proletariado se expresó, en cierto momento, por la no presencia de la socialdemocracia -Segunda Internacional-, por la extrema debilidad ideológica del anarquismo, en cierto momento numéricamente poderoso, por la primeriza frustración del stalinismo y su posterior identificación con las corrientes políticas reaccionarias.

Se puede decir que se trataba de una clase obrera virgen en el campo ideológico y que venía ya asqueada por la politiquería que la utilizó como a un muñeco. Cuando se puso tensa la lucha de clases, cuando el asalariado se vio colocado ante el desafío de convertirse en dirección revolucionaria de la mayoría nacional -elevada manifestación de la conciencia de clase-, de un salto se apropió de la expresión más elevada del marxismo, se tornó trotskysta ante el asombro de todos. Nuevamente constatamos que en determinadas condiciones el atraso puede convertirse en su contrario.

La evolución de los explotados de las ciudades y de las minas, de la misma manera que la de todo el país, tuvo como telón de fondo la incesante y heroica lucha de los campesinos, de los indios, por la reconquista de la tierra, por la destrucción del gamonalismo, del pongueaje, por la defensa de las culturas ancestrales, etc. El proletariado boliviano, a diferencia de lo que sucede en otros países, es íntegramente nativo y se nutre de manera ininterrumpida en las filas del campesinado y del artesanado. En las minas y en la construcción se percibe una baja diferenciación social: los semiproletarios son también pequeños parcelarios, comunarios o artesanos. La persistencia en la lucha y la belicosidad que se observan vienen del agro. La clase obrera expresa, de una manera natural, los intereses del campesinado. La influencia ideológica del trotskismo ha evitado que se confunda pequeño parcelario o comunario con proletariado.

En la historia del sindicalismo boliviano no encontramos una etapa en la que las organizaciones laborales fueron exclusivamente centros de resistencia de la arremetida patronal. Los primeros sindicatos fueron puestos en pie por el liberalismo y desde entonces realizaron política. En la actualidad es normal soldar lucha sindical con política. Todo movimiento reivindicativo cuando se generaliza, cuando se presenta como lucha de clase contra clase, es político. De esta manera los sindicatos funcionan como poderosos canales de movilización de las masas. Es abierta y aceptada la participación de los partidos políticos en su seno. No podía esperarse otra cosa en un país tan altamente politizado como el boliviano.

La legalización de las organizaciones sindicales, sobre todo para el proletariado, el reconocimiento de la huelga, aunque reglamentada, de la jornada de ocho horas, la implantación de la legislación social, se han dado tardíamente y después de recia lucha. Hasta el momento y en el campo legal, la constitución de 1938 sigue siendo la medida más avanzada. La Central Obrera Boliviana no es puramente obrera, intervienen en su seno otras clases sociales. El sindicato ha sido impuesto por la enorme importancia del proletariado. Los llamados sindicatos campesinos son más soviets que otra cosa. Como no podía ser de otra manera, la burocratización amenaza seriamente la lucha sindical y es utilizada por la burguesía para imponer su política en el seno de las masas.

La clase obrera ha madurado bajo la experiencia negativa, llena de traiciones y felonía del nacionalismo de contenido burgués y de sus gobiernos tipificados como vendepatrias y sirvientes del imperialismo, a los que inicialmente apoyó de manera decidida. Nuevamente tuvo que seguir las vicisitudes de la vida y desintegración del MNR. Las masas desmovimentizadas no marcharon directamente al encuentro de su verdadero partido, sino a través del método de aproximación, cosa que todavía sucede, pese a los grandes progresos logrados por el POR. La actividad partidista, tanto en el campo propagandístico como en el de la agitación, puede contribuir para que los trabajadores desemboquen en su Partido.

## El campesinado

El modo en que los hombres, las clases, producen su vida social, determina su pensamiento, su instinto, sus ambiciones, sus limitaciones. El desarrollo de las fuerzas productivas condiciona los modos de producción. Si no se tomaran en cuenta estas referencias sería imposible comprender qué es el campesinado, mayoría de la población heredada del pasado histórico, permanece inmerso en el modo de producción precapitalista. Dentro del capitalismo atrasado de economía combinada, el campesinado o polo rezagado no debe ser considerado independiente del sector capitalista, extraño a él, ambos se encuentran en inter-relación y conforman una unidad, el primero deja su impronta en todos los fenómenos del país. En este sentido se puede hablar de una Bolivia india. La situación en la que se encuentran los trabajadores del agro demuestra, de manera indiscutible, qué importantes tareas burguesas no han sido cumplidas. La enorme profundidad del atraso del agro convierte a la mayoría de la población asentada en él en uno de los ejes fundamentales del proceso de

transformación revolucionaria del país. No se puede plantear la superación del atraso sin revolucionar e introducir una elevada tecnología en el campo, que no puede menos que ser obra de los indios. La dirección política del proletariado es imprescindible porque, en este terreno, viene a ocupar el lugar de la ausente burguesía nacional y proyecta las transformaciones del agro, que comenzarán teniendo como teatro de su acción a la pequeña parcela, hacia la granja colectiva. Como quiera que no hay tiempo ni posibilidades para el desarrollo capitalista del país, tampoco conoceremos un período de imperio de la gran hacienda burguesa. El POR no ignora a los campesinos y sus problemas, tampoco los subalterniza arbitrariamente; contrariamente, se detiene a analizar el lugar que ocuparán en la revolución proletaria y subraya que su presencia es imprescindible para hacer posible la victoria de la lucha del proletariado y de toda la nación oprimida.

Los campesinos producen su vida social mediante el trabajo individual atomizado. Las familias se encuentran trabajando lado a lado y utilizando herramientas primitivas, inmersas en una agricultura extensiva y de bajísima productividad. No están concentradas en grandes unidades de producción, están al margen del trabajo social y su economía es básicamente de autoconsumo o natural: sus magras cosechas les sirven básicamente para el consumo anual de la familia y solamente venden los sobrantes muy pequeños. La masa campesina está virtualmente al margen del mercado nacional y únicamente conoce la compra venta o intercambio de productos en las ferias anuales o semanales. De esta manera el precapitalismo se convierte en pesada carga que impide una rápida expansión del capitalismo y entraba la industrialización porque le opone la pequeña parcela improductiva, que eleva desmesuradamente el costo en el empleo de la máquina. La producción individual limita el horizonte a los de la comarca, no permite ver y expresar los intereses nacionales.

De una manera concreta se puede decir que los campesinos carecen de posibilidades, determinadas por las características de la estructura económica, para libertarse, de resolver sus problemas básicos, por sí mismos. Para ellos el objetivo central radica en la defensa y ensanchamiento de sus parcelas. Por esta razón fundamental no pueden cumplir el papel de dirección política de las masas en general. Teóricamente no se puede negar la posibilidad de que una insurrección campesina podría capturar el poder, pero esta nación-clase carecería de capacidad para imponer una nueva sociedad a su imagen y semejanza, pues sería una sociedad de pequeños propietarios, lo que importaría un enorme y utópico retroceso histórico.

La política es la expresión de los intereses generales, nacionales; esta es la tarea que no pueden cumplir los pequeños propietarios que vienen del pasado histórico. De aquí se deduce que tampoco pueden formar partidos políticos de proyección histórica, lo que viene a ser ratificado, a su manera, por la frustración de los llamados partidos campesinos, que han concluido como pequeños grupos regionales.

Todos estos aspectos negativos del campesinado no opacan su importancia en la lucha revolucionaria, que entronca básicamente en la reconquista de la tierra, respuesta a su miseria que se acentúa con el transcurso del tiempo. El otro factor que potencia al campesinado se refiere a su número; siendo la mayoría oprimida del país, su

participación en el proceso revolucionario lo legítima como nacional.

La frustración de la reforma agraria de corte capitalista implementada por el MNR ha marcado a fuego el futuro del campesinado. Fue ideada con la intención de oponer al belicoso y subversivo proletariado un poderoso muro de campesinos ricos. Este proceso debía conducir, impulsado por sus propias leyes internas, hacia la gran hacienda capitalista maquinizada e integrada a los mercados nacional e internacional. Entonces se habría podido esperar, por razones económicas y por la larga paz social impuesta desde dentro, un gran desarrollo económico integral y el florecimiento de la democracia formal. Desgraciadamente para los ideólogos de la burguesía y de la izquierda derechizada, no había ya tiempo para la materialización de esta proeza. El hundimiento de la reforma agraria en el minifundio, importó al mismo tiempo, la definitiva caída del MNR, de todas las ramificaciones nacionalistas, incluidos el MNR y ADN, y -esto es preciso subrayar- el stalinismo y la izquierda proburguesa, que se agotan en el intento de apuntalar los ensayos burgueses encaminados a lograr el desarrollo económico global del país.

Los campesinos han sido nivelados por el hambre y por la forma en que producen sus alimentos, lo que acentúa sus rasgos clasistas. Sin embargo, la heterogeneidad en su seno está determinada por la presencia de diversas estratos. Los campesinos hambrientos son los aliados naturales de la clase obrera.

Tiene que dejarse establecido que los campesinos no actúan siempre al lado del proletariado, a veces lo hacen junto a determinadas expresiones políticas de la clase dominante, cegados por la ilusión de que éstos resolverán sus dificultades desde el poder. Cuando son engañados y cuando comprueban que los de arriba no tienen interés en satisfacer sus demandas, se desplazan hasta las trincheras obreras. Nuestra época está marcada por la incapacidad de la burguesía para proporcionar mejores condiciones de vida y de trabajo al grueso de la población. Por esto decimos que el campesinado es el aliado natural del proletariado; inclusive cuando lo vemos moviéndose bajo la dirección de la burguesía podemos estar seguros que, saliendo en defensa de sus propios intereses, acabará sellando su alianza de lucha con los obreros de las ciudades y de las minas.

Debe desecharse toda actitud paternalista frente a las masas campesinas, como lo hacen la burguesía, los intelectuales de la clase media y también los socialistas reformistas. El proletariado no está empeñado en liberar a una masa mayoritaria e inerte, sino en entroncar en la lucha vigorosa y llena de creatividad de los oprimidos del agro; la gran novedad radica en que aquella clase social proyecta las reivindicaciones campesinas hacia el socialismo. El proletariado se realiza como clase revolucionaria al convertirse en dirección nacional. El partido revolucionario tiene que emancipar al campesinado de la nefasta y castradora influencia de la burguesía y de sus sirvientes sobre él, Hay una sola vía para alcanzar este objetivo: convertir al marxismo a los mejores elementos del agro, llegado será el momento en que éstos actúen como caudillos de sus hermanos. El partido revolucionario -el proletariado- le dan a los campesinos su propia estrategia, su política y no ninguna otra cosa. Si los obreros recurriesen a la demagogia para convencer momentáneamente a sus aliados que les

proponen ser dirección de las masas, de la nación oprimida, atentaría seriamente contra el porvenir de la transformación revolucionaria, desarmaría ideológicamente a la clase obrera y no por esto lograrían politizar a los hombres del agro. En realidad, el proletariado impone al campesinado su estrategia, que supone la superación a la larga de la pequeña parcela, porque le arroja como tabla de salvación luego de que ha sido empujado a la desilusión por los engaños y traiciones de los gobiernos y políticos burgueses.

¿Cuál es la política que sigue el campesinado? Se distingue -como consecuencia de sus características de clase- por no tener una política propia, consecuente y de largo alcance. Unas veces sigue la ruta señalada por la burguesía y otras la política del proletariado, es decir, se orienta de acuerdo a los objetivos estratégicos de éste.

En la historia del socialismo y de la cultura, han menudeado las corrientes indigenistas, indianistas, andenistas, etc., algunas de ellas teñidas de utopismo y casi siempre cimentadas en la falsedad histórica de un incario comunista. Estos teóricos se resisten a partir de la evidencia de que el último imperio en los Andes se levantaba sobre la opresión de numerosas nacionalidades y que en su seno ya existían clases sociales. La sentencia normativa que dice: "¡Ama Ilulla, ama kella, ama sua!", ha sido presentada como la expresión de las excelsas virtudes del imperio incaico y no como una imposición ideológica y autoritaria para lograr que los súbditos trabajen esforzadamente y observen una conducta no perturbadora del orden social imperante.

Las tendencias citadas han buscado, en verdad, interpretar y describir las culturas autóctonas y en cierto momento influenciaron poderosamente sobre el marxismo de la primera época. Se llegó a hablar de un comunismo indio o incaico. Se trata de especulaciones de la pequeña burguesía hechas con una visible postura paternalista frente a los campesinos. Las mencionadas teorías están ahí como motivo de la curiosidad de algunos intelectuales europeos, pero no han logrado penetrar en el seno de las masas y transformarlas y nadie tampoco se ha preocupado de hacerlo. Esto hace suponer que la inteligencia pequeño-burguesa considera que su misión más importante es la de liberar a los esclavos del agro. Por otra parte, salta a la vista que esas posturas intelectuales carecen de significación.

Si bien los campesinos no han logrado enarbolar hasta ahora una política propia, diferente y hasta opuesta a las de las otras clases sociales, han demostrado -como todas las masas- una gran capacidad creadora en lo que se refiere a los métodos de lucha y a las formas de organización. Lo que han hecho en estos planos se ha proyectado a través de las otras clases sociales.

La guerra irregular o guerrillas han comenzado siendo utilizadas por los campesinos en su lucha desigual contra los ejércitos regulares del Estado. En la actualidad son utilizadas por las masas en general, incluyendo a las proletarias. Nos estamos refiriendo a una de las formas de la lucha armada de las masas y de ninguna manera al foquismo. Los campesinos vienen utilizando con éxito el bloqueo de caminos, que en determinadas condiciones puede concluir paralizando a todo el país, uno de los

objetivos de los movimientos de masas que buscan acabar con el gobierno burgués. Una de las soberbias lecciones de la historia boliviana se refiere a la victoria de la revolución federal, ocasión en la que las guerrillas campesinas permitieron al Partido Liberal acceder al poder.

Con todo, es la clase revolucionaria la que presiona sobre todas las clases sociales para concluir imponiéndoles sus métodos de lucha y sus organizaciones. La huelga, esa trascendental creación de los obreros en su lucha contra los explotadores capitalistas, ha concluido siendo utilizada por todas las clases sociales, incluyendo a los empresarios. Los campesinos también han puesto en pie sus particulares organizaciones de masas con el nombre de sindicatos, que ciertamente no son tales. Agrupan a toda la población de una comarca y toman en sus manos el conocimiento de todos los problemas de la región y de los pobladores, de una manera general ejercen funciones de gobierno. Son, pues, verdaderos órganos de poder, organizaciones soviéticas. Su verdadera fuerza radica en su capacidad de movilizar a las masas, pero también corren el riesgo de convertirse en simples sellos en los momentos en que se reducen a pequeñas cúpulas, entonces agonizan en manos de algunos burócratas o caciques. No bien crece la agitación social, los sindicatos campesinos surgen con toda su potencialidad de órganos de poder y se colocan a la cabeza de grandes movilizaciones que, de manera natural, desconocen a la ley y a la autoridad central.

Todos gustan hablar de las culturas autóctonas y algunos les atribuyen cualidades que no tienen. Los que vienen marcados por el indigenismo están seguros que se trata de culturas insuperadas y que serán las que imperen en el futuro, por esto su mayor demanda consiste en mantenerlas puras, incontaminadas de toda influencia foránea. Este planteamiento también peca de unilateral e incongruente. La cultura incaica -ya entonces sincrética, que fusionó, encubrió y deformó varias culturas- se proyecta hasta nuestros días a través de conjuntos sociales que la saben suya. Este hecho evidente para el observador menos avisado ya demuestra la existencia de nacionalidades nativas. La poderosa influencia de la ideología de la clase dominante ha enceguecido a políticos, historiadores e ideólogos, al extremo de que para ellos no existe este problema de tan grandes dimensiones. El absurdo se encuentra en los mismos basamentos de Bolivia como Estado, que nace, precisamente, levantándose despóticamente sobre las nacionalidades indias oprimidas, menospreciadas y privadas de los derechos más elementales.

Ahí están quechuas, aymaras, etc., que, tienen el mismo pasado, que ocupan el mismo territorio que inclusive están inmersos en el mismo modo de producción, en una misma cultura, en las mismas creencias, que hablan el mismo lenguaje. ¿Si no son nacionalidades, qué son? No es necesario preguntar si alguien duda de su situación de oprimidas en todos los aspectos, particularmente en el cultural y económico, pues el sector capitalista de la producción nivela sus costos descargando gran parte de su peso sobre la producción agropecuaria primitiva. Y si se reconoce la existencia de nacionalidades oprimidas, independientemente de su número o del grado de miseria o de bonanza económica de sus moradores, se tiene que proclamar que está planteado su derecho a la autodeterminación, a constituirse como Estados

independientes cuando así lo deseen, porque se trata de un principio del programa revolucionario. Sería una estupidez plantear esta demanda de manera artificial, contra la voluntad de las propias nacionalidades. Pero no dar la respuesta adecuada y obligada a este problema, importa proclamar que se busca que el Estado obrero no debe ser independiente, porque desde ahora se proclama que existirá oprimiendo a las nacionalidades nativas, lo que constituye una monstruosidad.

¿Cómo será la revolución boliviana? Se distinguirá por la dirección del joven y minoritario proletariado, convertido en el gigante timoneando una convulsión social que será semejante a la rebelión de las montañas y de la misma tierra. Sin embargo, se verá teñida de la particularidad de la presencia arrolladora e impetuosa de las masas campesinas, adueñadas de las ciudades y de los caminos. Un anticipo tenemos en los alzamientos a lo largo de la historia, de su autoritaria presencia para imponer silencio al gamonalismo durante el gobierno de Belzu. Los revolucionarios de todos los tiempos reproducimos algunos rasgos, los esenciales, de la marcha aplastadora de los siervos de la gleba. Un anuncio de lo que será la revolución proletaria se tuvo en La Paz el día 6 de abril de 1988, cuando los campesinos del departamento se apoderaron de las calles con la manifiesta decisión de pulverizar los insultantes edificios levantados por los potentados. Cuando alguien dijo que no había que apedrear el edificio del periódico "Presencia" -avenida Santa Cruz- porque era propiedad de los curas, otros campesinos respondieron que esos también eran ricos y luego se esmeraron en "catearlo".

## La vieja y la nueva clase media

La revolución social no puede ignorar la presencia de la amplia clase media, de la vieja -artesano, básicamente-, heredada del pasado y de la nueva, creada por el capitalismo como su auxiliar para su funcionamiento -tecnócratas, burocracia sindical, periodistas, educadores, universitarios, estudiantes, etc.-, pues al margen de la clase media no existe la lucha contra el Estado burgués actual y tampoco existirá la revolución.

Todos los días la clase media se levanta contra el orden social imperante, contra la autoridad estatal, buscando mejorar su lamentable situación. El proletariado no solamente se apoya en esa rebelión, sino que concluye convirtiéndose en la dirección de esas amplias capas sociales.

En los países ricos, que ha puesto en pie la democracia formal, la clase media funciona como la amortiguadora de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. En Bolivia la clase media, en sus sectores más vastos, se encuentra extremadamente empobrecida y es el hambre la que constantemente la empuja a la lucha virulenta en el marco de la política proletaria. En no pocas oportunidades se coloca a la cabeza de las grandes movilizaciones masivas. El proletariado resulta insignificante por su número frente a la impresionante amplitud de la clase media, por eso aquel está vivamente interesado en dirigirla políticamente, en canalizar su ímpetu de lucha hacia la dictadura del proletariado. Es preciso reiterar que la ancha base social de la clase media actúa como aliada del proletariado y éste está obligado a enunciar

las soluciones que propone a los problemas más premiosos de la población de las ciudades de la clase media.

El vértice superior de la clase media está identificado con la clase dominante y su mayor ambición no es otra que la de disolverse en el seno de la burguesía. Se trata de las capas de profesionales, tecnócratas, etc. Las masas hambrientas tienen en este sector ambicioso, que no busca más que cumplir su carrerismo económico y social, a su peor enemigo.

En la base se encuentran el artesanado y las capas de pequeños comerciantes, despiadadamente castigados por los impuestos y la competencia de las mercancías producidas por el capitalismo, lo que se traduce en su miseria siempre en aumento y en su supervivencia en difíciles condiciones a costa del trabajo inhumano de toda la familia, más allá de la jornada de ocho horas y al margen de las leyes de protección social. Su incorporación al proletariado importaría la solución de sus problemas diarios más punzantes, sin embargo este proceso se da en escala mínima o se detiene completamente debido al poco desarrollo industrial del país. Económicamente se han visto minimizados, pero su desesperada lucha contra su lamentable situación les permite cobrar significación en las batallas que libran las masas.

El ascenso revolucionario de las masas abre la perspectiva de que el proletariado gane para sus ideas a los mejores elementos de la clase media y a las capas más vulnerables a la presión ejercitada por su ideología, este proceso llega a su punto culminante en una situación francamente revolucionaria.

Los universitarios y estudiantes conforman valiosos sectores en la lucha diaria contra el ordenamiento social y la ideología de la clase dominante. Con mucha frecuencia se convierten en amos de la calle y subrayan con extrema energía la validez y trascendencia de la acción directa. En Bolivia, gracias a la presencia de un proletariado muy politizado y de su partido político que ha formulado una avanzada teoría de la revolución social, el estudiantado, a diferencia de lo que sucede en otros países, proclama que políticamente se orienta conforme a la estrategia del proletariado y que no sueña con ser dirección de las masas explotadas. Por eso mismo, constituye un valiosísimo contingente del ejército revolucionario.

## IV

Los métodos de  
lucha***-Solamente la vía insurreccional conduce al poder-***

*Resumen Los métodos propios de la clase obrera: la acción directa. La huelga general y la lucha armada: foquismo y guerra de guerrillas. La insurrección, la violencia. Los métodos de las otras clases sociales; ¿cómo se determina su uso?*

## Resumen

Los métodos de lucha son creaciones instintivas de las masas, que se ven obligadas a encontrar la mejor forma de superar los obstáculos que les oponen los empresarios y el gobierno. Los explotados crean los métodos de lucha cuando se encuentran tensos y en lucha.

En este plano el paternalismo de los ideólogos y de los políticos está demás: nada se puede enseñar a los explotados en el ámbito de los métodos de lucha, corresponde aprender de lo que hacen las masas con sus manos. De esta manera se contribuye al fortalecimiento de la teoría.

El proletariado tiene sus propios métodos de lucha, distintos y opuestos a los de las otras clases sociales, particularmente a los de la burguesía. Corresponden a su propia naturaleza y a sus objetivos finales. La liberación de los trabajadores no será posible siguiendo cualquier camino, sino utilizando los métodos que le son propios, por eso se llaman métodos de la revolución proletaria, que son los que emplea de manera preferencial el Partido Obrero Revolucionario.

En la base de los métodos de lucha del proletariado se encuentran la movilización y la acción directa de masas: esta última quiere decir que los trabajadores toman en sus manos sus problemas, los nacionales y de las otras clases -por algo el proletariado es revolucionario-, para resolverlos conforme a sus intereses y no a los de la autoridad, generalmente violentando el ordenamiento jurídico, para aplicar sus acuerdos conforme a la fuerza organizada que acumulan.

La clase obrera políticamente independiente es la que aplica sus propios métodos de lucha, además de que cuenta con su propia ideología.

La huelga y los sindicatos han sido las más grandes creaciones del proletariado, esto sin esperar el consejo o la dirección de los intelectuales y de los políticos. La huelga es el más importante método de lucha y consiste en paralizar la producción y las máquinas, una forma de desconocer el derecho de propiedad de la burguesía. La ley al reglamentarla busca su desvirtuación y debilitamiento. La burocracia sindical y la izquierda proburguesa se esmeran en convertirla en inofensiva, esto al debilitar su capacidad de paralizar la producción y a todo el país.

La huelga general, que puede doblegar al gobierno, es ya política porque choca con el Estado que representa y cuida los intereses generales de la burguesía. Lleva en sus entrañas la posibilidad -no decimos que es ya- de convertirse en insurrección, que importa la destrucción del orden social capitalista.

La acción directa se traduce en lucha armada, cuando las masas empuñan los fusiles. No estamos hablando de grupos (focos) especializados que buscan sustituir a los explotados. El proletariado traduce su política en el lenguaje de las armas durante la insurrección y puede utilizar, según las circunstancias políticas, todas las formas de la lucha armada, incluyendo la guerra de guerrillas.

La lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado; esa lucha es irreconciliable porque refleja intereses materiales contrapuestos. La revolución no se limita a la toma del aparato estatal burgués para que el proletariado lo utilice, sino su destrucción y el surgimiento de sus escombros del nuevo Estado obrero, de la dictadura del proletariado.

La evolución pacífica de la sociedad, que importa su gradual crecimiento y perfeccionamiento de las fuerzas productivas, en cierto momento choca con la necesidad de ganancia de los propietarios de las fábricas, minas, etc., y plantea la urgencia de un salto revolucionario que permita el desarrollo de las bases económicas de la sociedad sin clases y que ya existen en germen en el viejo régimen social. El parlamentarismo -soluciona los problemas con ayuda de las leyes- conduce a precautelar el capitalismo, porque no destruye el poder económico de los ricos que se asienta en la gran propiedad privada burguesa. Los que se meten astutamente en el seno de los gobiernos de los explotadores, con la esperanza de transformarlos desde dentro en socialistas, concluyen convertidos en incondicionales sirvientes de los poderosos.

La naturaleza de la lucha de clases, que expresa intereses materiales contrapuestos e irreconciliables, conduce a los explotados a la conquista del poder a través de la vía armada, de la insurrección, que se da como el momento más elevado de la lucha de clases, de los combates revolucionarios de las masas. No se trata de un cuartelazo o golpe de mano; sino de la actividad armada, militar, de la mayoría nacional, bajo la dirección de su partido.

¿Y las armas? Ellas no vendrán desde fuera, enviadas por algún padrino, sino que se encuentran en los cuarteles. Se impone abrir sus puertas para que las masas puedan usarlas, eso será posible gracias a la acción concentrada en uniformados y civiles revolucionarios. Esto se logrará si la propaganda revolucionaria y la acción de las masas penetra en las fuerzas armadas para ganar a sus mejores elementos para las posiciones proletarias. Hay una tendencia militar que ya trabaja en este sentido. Corresponde profundizar esta actividad. Frente a los reformistas y sirvientes de la burguesía y el imperialismo, tan empeñados en defender al capitalismo, corresponde enarbolar con energía la vía insurreccional como la única que nos llevará al poder. Estamos hablando de las masas conquistando el gobierno y no de otra cosa.

La insurrección triunfará gracias a la participación militante del campesinado, de las mujeres y de los jóvenes.

La sociedad dividida en clases diferentes y antagónicas, está asentada en la violencia que brota de todos sus poros. Violencia de parte de los explotadores, de los que administran el derecho con el respaldo de las cárceles y de la policía. Violencia entre los Estados que compiten por el control de los mercados, entre la nación opresora y la oprimida. Violencia de parte de los trabajadores, que solamente usándola pueden defender sus derechos y objetivos. Violencia cuando se trata del destino del Estado y que los oprimidos se liberten y lleguen a ser gobierno. Los que pregonan el abandono de la violencia están planteando que los esclavos remachen sus cadenas.

La clase obrera puede verse obligada a utilizar los métodos de lucha propios de otras clases. En ese caso debe subrayarse que lo hace para aproximarse en algo a su objetivo de conquistar el poder, lo que supone que subordine esos métodos a la acción directa. En el caso del parlamento se concretiza convirtiéndolo en tribuna revolucionaria, que permitirá llegar hasta las masas para politizarlas, organizarlas y movilizarlas.

Los métodos de lucha de los trabajadores son numerosos y su vigencia está determinada por las condiciones políticas imperantes, definidas por el grado de movilización o no de las masas; éstas deben madurar para usar exitosamente determinado método.

## Los métodos propios de la clase obrera

El Partido, los teóricos, los que manejan las ideas, descubren las leyes de la historia y señalan programáticamente la conducta a observarse para que aquellas sean materializadas. Sin embargo, los que expresan conscientemente el comunismo, que es instinto en los proletarios, no pueden imponer a los explotados los métodos de lucha y las formas de las organizaciones de las masas, pues éstos son auténticas creaciones de las masas tensas y en lucha -no de los teóricos, repetimos-, métodos que responden a sus necesidades, adecuados para vencer los obstáculos que se levanten en su camino y que responden al grado de madurez que han alcanzado.

El ámbito de preocupaciones de la vanguardia obrera, de los ideólogos, de la teoría, es la política. El Partido revolucionario es la mejor parte de la clase, pero es ésta la

que realizará la revolución y a la vanguardia le corresponde actuar desde el seno de las masas. El paternalismo es una de las desviaciones más frecuentes en el campo de la política obrera, que considera que todo planifica e inventa el equipo de ideólogos que dirige el Partido, a la masa le correspondería únicamente obedecer de manera sumisa y mecánica las órdenes venidas desde arriba. De aquí a sostener la total incapacidad de la clase, considerada como el conjunto de los obreros, solamente queda un paso, que con mucha frecuencia lo dan los políticos.

La experiencia diaria enseña que las masas no son instrumentos dóciles e inanimados en manos de los políticos, cuyos movimientos se ajusten a las voces de orden que se les da, sino que corresponden a sus propias leyes y que con mucha frecuencia violentan los esquemas partidistas. Para el político, para el teórico, la masa constituye un fenómeno objetivo que no se acomoda a sus caprichos o a sus esquemas. La actitud correcta consiste en ajustar la política partidista a las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad, de esta manera se puede contribuir a la evolución de la conciencia de las masas, de manera limitada, porque el factor básico radica en la experiencia que acumulan éstas gracias a la lucha y actividad cotidianas.

Los paternalistas están seguros que el partido se desarrolla, se transforma, evoluciona, al margen de las masas. No se puede comprender debidamente la estructuración partidista y la evolución de la conciencia de clase, si se ignora la inter-relación entre Partido y masas, que en su proyección conforman una unidad dialéctica. No solamente el Partido logra transformar a las masas en conscientes -desde el momento en que existen son solamente clase en sí-, sino también éstas a través de su lucha transforman a su Partido, le obligan a evolucionar.

Teóricamente no se puede negar la posibilidad de que las masas insurreccionadas, de espaldas a su Partido o si éste no existe, se apoderen del aparato estatal; otra cosa es que esa victoria pueda, en esas condiciones, consolidarse y lograr la transformación estructural de la sociedad. Este hecho contribuiría a comprender en qué consiste la capacidad creadora de las masas, que está enraizada en la gran potencia del instinto clasista, consecuencia del lugar que ocupa el proletariado en el proceso de la producción, de no ser propietario de los medios de producción. La elaboración teórica no es otra cosa que una constante confrontación y polémica del ideólogo con lo que hacen los explotados con sus manos todos los días en el proceso del trabajo y en su lucha contra la explotación, por mejores condiciones de vida y de trabajo. El marxismo, como anotó Trotsky, es la expresión teórica, consciente, de lo que en el obrero es instinto y práctica. El proletariado para afirmarse y para lograr libertarse -dejar de ser proletariado- tiene que soldarse con la ciencia social, con el marxismo, que expresan las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad. Este proceso tiene lugar gracias a la mediación insustituible del partido político, pero en la masa proletaria no desaparece completamente el impulso instintivo.

La clase obrera, como las demás, tiene sus propios métodos de lucha, que corresponden a su naturaleza y a sus necesidades más premiosas. Por esto mismo, esos métodos son originales y espontáneos, que aparecen sin que los teóricos o los políticos puedan percatarse. Se trata de creaciones instintivas y, consiguientemente, de expresiones

auténticas de su voluntad de alcanzar determinados objetivos, de sobremontar las dificultades que encuentra en su camino, sintetizan su capacidad y sus posibilidades, sin que medien esquemas de ninguna naturaleza. Se trata de las respuestas obligadas a las circunstancias de cierto momento. Así se explica que los métodos de lucha de una clase se diferencien con toda nitidez de los creados por otras.

Los métodos de lucha están condicionados por los objetivos que persigue una clase y por el hecho de si ésta es o no propietaria de los medios de producción y en qué medida. Conforman una unidad con la estrategia del proletariado - política revolucionaria-, aunque esta última juega un papel preeminente, ambos se encuentran en inter-relación. Estos aspectos son deliberadamente ignorados por los reformistas, revisionistas o sirvientes de la clase dominante, pues su objetivo es evitar la revolución proletaria por todos los medios.

La clase obrera es tal por ser desposeída de la propiedad de los medios de producción, es solamente fuerza de trabajo, como oprimida prácticamente ha sido privada de los beneficios de la cultura; se levanta desde la capa más profunda de la sociedad, carente del dominio sobre la economía, el poder político, sin posibilidades de convertir sus ideas, sus objetivos, en oficiales, en actitud no herética con referencia al orden social y al ordenamiento jurídico imperantes. Su poderío se encuentra en que le corresponde poner en movimiento las máquinas, en que la fuerza de trabajo es la única mercancía que crea valor, en su número, en su unidad, en fin en ser la criatura del capitalismo, la negación de la gran propiedad privada, su sepulturero. La burguesía, para afirmarse, para potenciarse económicamente, para aumentar su ganancia, se desdobra en su contrario, en el proletariado. Los intereses materiales de las clases sociales extremas son antagónicos, irreconciliables y no solamente diferentes, como cree la burocracia sindical o el colaboracionismo clasista. De esta manera, el proletariado para defenderse de la explotación y opresión de la burguesía, se ve obligado a adoptar particulares formas de organización y de lucha, que necesariamente deben corresponder a su naturaleza, a sus particularidades y al logro de su liberación.

En la base de los métodos propios de la clase obrera -no en el de las otras clases y que puede utilizar ocasionalmente- se encuentran su movilización organizada y la acción directa. Inmediatamente surge la convicción de que la lucha impone paralizar la producción -desconocimiento de la propiedad burguesa, por otra parte- e impedir que los capitalistas se apropien la plusvalía. La lucha entre el proletariado y la burguesía gira alrededor de la apropiación de la plusvalía.

La acción directa importa que los explotados toman en sus manos sus problemas y que los resuelven a su modo, es decir, conforme a sus intereses, imponiendo sus decisiones según la fuerza que logran acumular. A esta altura del desarrollo del proletariado boliviano, esta clase se empeña por resolver los problemas nacionales y los de las otras clases sociales, mediante la acción directa.

Se llama acción directa porque son los obreros los que adoptan e imponen resoluciones de una manera inmediata, ellos mismos, sin necesidad de la mediación de las

autoridades gubernamentales y ni siquiera del ordenamiento jurídico. El que las masas puedan imponer o no sus decisiones depende de la capacidad compulsiva que tengan, pues se trata de una imposición y no de la aplicación de la ley, mediante la fuerza o no. Cuando las masas, pasando por encima de la autoridad gubernamental se orientan a imponer su voluntad, están en la perspectiva de cumplir funciones gubernamentales: adoptan decisiones que interesan a los obreros y las imponen. Esto aparece con toda claridad en el caso de las organizaciones de rasgos soviéticos.

A la larga y después de muchas batallas, el gobierno central ha incorporado a su legislación -busca normar la explotación de los trabajadores- a las organizaciones obreras y a algunas formas de la acción directa, la huelga, por ejemplo, con la expresa finalidad de deformarlas, de desvirtuarlas, de castrarlas, buscando que se acomoden, que se subordinen al ordenamiento jurídico burgués. Se percibe de lejos que de esta manera se persigue la finalidad de que dejen de ser acción directa, porque desde arriba se impone la mediación de la ley y de las autoridades de diversos niveles. En ciertos momentos de la historia la burguesía, dueña de la economía y del Estado, logró imponer a los trabajadores la convicción de que la legislación social -sigue siendo la expresión jurídica de la voluntad de la clase dominante- tenía la finalidad de liberarlos y que, por esto mismo, debían ajustar sus pasos al itinerario marcado por la ley, abandonando la acción directa. Durante décadas y décadas los sindicatos, inclusive el movimiento socialista, se agotaron en la lucha por la dictación de leyes de protección social, al extremo de que la promulgación de la Ley General del Trabajo fue esperada como el anuncio de la liberación de los trabajadores. Se trata de un caso de alienación de la clase obrera. Su independencia frente y contra la burguesía y su Estado, se traduce no solamente en la afirmación de la independencia ideológica, sino en el hecho de que los explotados utilizan, de un modo fundamental, sus propios métodos de lucha. Si los movimientos y vida de los obreros se subordinan al legalismo impuesto por la clase dominante o a los métodos de ésta, es claro que políticamente han dejado de ser libres para subordinarse a las finalidades de sus propios explotadores.

Durante mucho tiempo el sindicalismo boliviano de antes de la guerra chaqueña y de las décadas posteriores, colocó en el mismo plano los métodos de lucha tanto del proletariado como de la burguesía, lo que se traducía en el abandono de la lucha de clases y en su subordinación al legalismo, al colaboracionismo. Esta confusión -una trampa que los propios dirigentes laborales levantaron en su camino- llevó a los sindicatos al sometimiento y colaboración con la clase dominante. Correspondió a la "Tesis de Pulacayo", expresión política de la insurgencia proletaria contra el anquilosado sindicalismo de corte artesanal y proburgués, reivindicar la significación vital que la acción directa tiene para la clase obrera. El gobierno feudal-burgués había logrado maniatara los explotados con ayuda del arbitraje obligatorio, partiendo de la ficción de la imparcialidad del aparato estatal frente a las clases sociales en pugna. En el tercer congreso minero y en Pulacayo (1946) se proclamó la verdadera posición revolucionaria: "Rechazamos la ilusión pequeño-burguesa de solucionar el problema obrero dejando en manos del Estado o de otras instituciones que tienen la esperanza de pasar por organismos equidistantes entre las clases sociales en lucha. Tal solución, enseña la historia del movimiento obrero nacional y también

del internacional, ha significado siempre una solución de acuerdo con los intereses del capitalismo y a costa del hambre y de la opresión del proletariado. El arbitraje obligatorio y la reglamentación legal de los medios de lucha de los trabajadores es, en la generalidad de los casos, el comienzo de la derrota.

“En lo posible, trabajamos por destrozarnos el arbitraje obligatorio. ¡Que los conflictos sociales sean resueltos bajo la dirección de los trabajadores y por ellos mismos!”

En otro lugar, la misma “Tesis de Pulacayo” reivindica la trascendencia de la acción directa frente a los métodos propios de las otras clases sociales, particularmente de la burguesía:

“Reivindicamos el lugar de preeminencia que corresponde, entre los métodos de lucha proletaria, a la acción directa de masas. Sabemos sobradamente que nuestra liberación será obra de nosotros mismos y que para conseguir dicha finalidad no podemos esperar la colaboración de fuerzas ajenas a las nuestras. Por esto, en esta etapa de ascenso del movimiento obrero, nuestro método preferido de lucha constituye la acción directa de masas y dentro de ésta la huelga y la ocupación de minas...”

“Declaramos que al colocar en primer plano la acción directa de masas, no negamos la importancia de los otros métodos de lucha.”

La acción directa se exterioriza a través de una amplísima gama de acciones de masas, desde las movilizaciones hasta las diversas modalidades de la lucha armada, posando por la huelga general. Existen algunas formas de lucha que aparecen como individuales y extrañas del todo a los explotados, aunque se trata de todo lo contrario. La confusión es consecuencia de que esas modalidades de lucha son utilizadas tanto por individuos -o grupúsculos- como por las masas, eso sucede con el terrorismo y con algunas formas de la lucha armada. La diferencia cualitativa entre ambos casos se explica si esas formas de lucha son puestas en práctica y preparados por las masas o no, que es lo que cuenta desde el punto de vista revolucionario.

En los documentos de la Tercera Internacional se habla de la acción directa, pero no así en los que corresponden a nuestro sindicalismo del pasado. Era creencia generalizada que únicamente los anarquistas, que en Bolivia tuvieron actividad visible hasta los años treinta, recurrían a la acción directa. Corresponía al Partido Obrero Revolucionario devolverle su sentido marxista y recomendar su aplicación en toda su amplitud.

La experiencia histórica y la polémica que actualmente se libra en los campos sindical y político, han convertido a la acción directa en la piedra de toque para la clase obrera y también para los partidos que se reclaman de ella. La burocracia sindical y las agrupaciones políticas proburguesas se resisten a recurrir a la acción directa o a utilizarla profunda y ampliamente con numerosos argumentos, siendo el más socorrido el que se refiere a una presunta derrota de las masas o a la limitada concentración de sus fuerzas, de manera que se concluye sustituyéndola por otras

vías que indefectiblemente conducen al colaboracionismo clasista y a la derrota del sindicalismo. El método preferido por los seguidores de la política burguesa es el del interminable diálogo, con miras a convencer al gobierno -instrumento incondicional del imperialismo y de los capitalistas- para que trueque su política antiobrera, antipopular y antinacional, por otra francamente salvadora de los explotados. Ya conocemos el resultado, la burocracia sindical y los "izquierdistas" proburgueses han concluido cooperando en la ejecución de los planes gubernamentales dictados por los Estados Unidos de Norte América y que buscan descargar el peso de la crisis económica sobre las masas.

Por este camino no solamente se ha contribuido a la derrota de las masas, sino que se ha empujado a los sindicatos a una de las mayores crisis de su historia.

En la guerra de clases -o lucha de clases-, los adversarios, no pueden menos que dialogar entre ellos en determinado momento, no es esto lo que rechazamos. Lo incorrecto consiste en sustituir la acción directa por el diálogo o la vía parlamentaria. Cuando los portavoces de la clase obrera, sus diplomáticos, dialogan deben necesariamente tener como respaldo a las masas combatiendo, únicamente así podrán potenciar los argumentos que esgriman. Lo que impugnamos es la sustitución de la acción directa por el diálogo. Es ya tradicional que los dialogadores son los reformistas y los colaboracionistas.

La defensa y la práctica de la acción directa concentra a las corrientes revolucionarias y a las masas, que casi siempre siguen este camino de manera espontánea. El Partido Obrero Revolucionario es reconocido, por propios y extraños, como el campeón de la acción directa. Este método de lucha y la violencia revolucionaria conforman una unidad, cosa que veremos después.

## La huelga general y la lucha armada

La huelga, juntamente con los sindicatos, constituyen las más grandes creaciones de las masas obreras, creaciones genuinamente espontáneas. Los teóricos tardaron mucho en darse cuenta de su enorme trascendencia para los movimientos obrero y socialista, y al analizarlos incurrieron en no pocos errores y deformaciones. Desde entonces, huelga y los sindicatos son para el teórico fenómenos objetivos.

La huelga se ha convertido en el método de lucha más importante porque supone la paralización de la producción, de las máquinas y es ya el desconocimiento del derecho de propiedad de los capitalistas sobre ellas. Dicho de otra manera, el instinto comunista del proletariado se concretiza en la huelga general.

La huelga al ser ejecutada supone la unidad de la gran masa asalariada, enorme cuantitativamente si se la compara con el puñado de burgueses que monopolizan la gran propiedad de los medios de producción. La masa unida y en combate esgrime a la huelga como a su mejor instrumento. Como se ve, corresponde a las características fundamentales del proletariado o es su producto. Únicamente esta clase social podía

haber creado la huelga como método de lucha y es la que con mayor propiedad la utiliza.

La huelga supone que los trabajadores se encuentran en lucha, tensos y que, por esto mismo, desencadenan toda la capacidad creativa de las masas. Si normalmente los patronos necesitan, de manera inexcusable, de los obreros para poner en marcha a las máquinas, cuando éstos se lanzan a la huelga demuestran de que son capaces de prescindir de los capitalistas, pues por sí mismos deciden acerca de la suerte de las empresas. En esta acción está ya contenida en germen la expropiación de los explotadores. La legislación burguesa ha logrado distorsionar muchos aspectos de la huelga, pero no ha podido borrar su esencia frente a la propiedad burguesa.

Paralizar la producción supone perjudicar -deliberadamente o no- a los empresarios y a su Estado. En este hecho radica su capacidad de presión. Si la huelga general quiere decir paralizar la producción, importa que se dirige a detener la marcha del país; el logro pleno de este objetivo puede permitir que la clase obrera doble la columna vertebral del gobierno en su calidad de representante y guardián de los intereses generales de la clase dominante. Aquí radica el carácter político de este método de lucha.

La legislación ha reglamentado cuidadosamente el uso de la huelga, tanto por los explotados como por los explotadores, buscando así desvirtuar su naturaleza. Debe ser largamente tramitada y la ley busca que no atente contra la propiedad privada; se limita su carácter general al excluir de su ámbito a ciertos sectores de la actividad social, catalogados como de servicio público; la autoridad castiga a los que usan la huelga violentando la ley, privándoles el salario, etc. Todos los días las masas, no bien adquieren pujanza, violentan la reglamentación legal y tienden a devolver a la huelga su verdadera esencia de ser una de las elevadas expresiones de la acción directa.

El problema de cómo usar el método de lucha de la huelga coloca frente a frente a los revolucionarios y a los colaboracionistas, que tanto esmero ponen en encadenar a las masas al carro de la burguesía y del legalismo. La burocracia sindical, particularmente la cobista, y los "izquierdistas" rechazados que políticamente se confunden con aquella, satisfacen las exigencias de la clase dominante y pugnan porque las huelgas perjudiquen lo menos posible a los capitalistas, a la producción en general, a las actividades nacionales, al gobierno: se esmeran en ampliar el ámbito de los servicios de emergencia, al extremo de que resulta sumamente difícil darse cuenta que se desarrolla una huelga. De esta manera se debilita hasta extremos insospechados la fuerza de las huelgas. Así los trabajadores son privados de la posibilidad de imponer sus demandas a través de la paralización total de la producción, que no otra cosa es una verdadera huelga. Son las masas y, desde el seno de éstas, los trotskystas (militantes poristas), los que se empeñan por devolver a la huelga su verdadero sentido, son los únicos que se preocupan por paralizar a todo el país para así doblegar a un gobierno que sirve los intereses antinacionales y antipopulares. La huelga volverá a florecer en toda su pujanza cuando los explotados rebasen a las direcciones sindicales contrarrevolucionarias o cuando las expulsen de las organizaciones laborales. Cuando las

masas se movilizan profundamente la huelga ocupa un lugar preferente en la orden del día.

Los burócratas sindicales y los reformistas, cuya preocupación central es la de concluir acuerdos de colaboración con la burguesía y con el gobierno, han acuñado una curiosa teoría acerca de la caducidad de la huelga como método de lucha y todos los días nos informan que están empeñados en descubrir otras formas de lucha más eficaces y menos dolorosas para los trabajadores. En realidad, la preocupación de estos enemigos del movimiento obrero no es otra que la de encontrar la manera de suavizar la lucha de los explotados contra la burguesía y su gobierno. Abandonar la huelga como método de lucha fundamental sería tanto como abandonar el objetivo de destruir la gran propiedad privada burguesa. La huelga tendrá vigencia hasta tanto permanezca en pie el capitalismo. Se tiene que recalcar que el recurso más poderoso que tiene el proletariado en sus manos es la paralización de las máquinas.

La huelga general quiere decir que la clase obrera en su conjunto se enfrenta con la burguesía como clase, es decir, personificada en su Estado. Estamos en uno de los momentos tensos de la lucha de clases, del enfrentamiento de clase contra clase, es decir, de la lucha política. La huelga general convierte al gobierno en el centro de la pugna de las clases extremas entre sí. Esto se quiere decir cuando se sostiene que la huelga general lleva en sus entrañas la insurrección, no se dice -hay que subrayar- que es tal desde el primer momento en que estalla. La huelga general, en su desarrollo y profundización, puede llevar a las masas al convencimiento de que para vencer y no ser aplastadas deben tomar el poder, que se convierte en un objetivo de vida o muerte. Entonces aparece un otro escollo que es preciso vencer: para tomar físicamente el poder debe superarse la capacidad de fuego de los que garantizan a la burguesía su permanencia en el gobierno.

La acción directa, que es tal porque las masas escogen ese camino para expresar su voluntad, puede adquirir también la forma de lucha armada en sus diferentes manifestaciones. Nos estamos refiriendo a las masas empuñando los fusiles y no, es preciso recalcar, a los grupos organizados exprofeso para sustituir a aquellas, a fin de que los caudillos puedan cumplir más fácilmente sus planes. Entre las diversas formas de la lucha armada tenemos la insurrección, la guerra civil, la guerra irregular o guerrillas, la actividad de los grupos de autodefensa de los sindicatos y de los partidos populares. El rasgo común de todas ellas radica en la actividad armada de las masas y que pueda adquirir las formas más diversas. Tratándose de los métodos de lucha no puede establecerse un catálogo definitivo de ellos, pues las necesidades del momento pueden obligara la clase obrera, a los campesinos, etc., a crear nuevos métodos de lucha, nuevas formas de lucha armada.

Es en el campo de la amplia gama de la lucha armada donde florece generosamente la multifacética capacidad creadora de las masas. No solamente crean formas particulares e inéditas de lucha, sino que inventan armas y las fabrican caseramente, de manera rutinaria, sacando ventaja de lo que aprenden los obreros en las fábricas, etc.

De una manera general, los explotados tienen que enfrentarse con el ejército regular y las fuerzas policiales, adecuadamente organizadas y pertrechadas para garantizar la estabilidad política y social, partiendo de una situación de extrema inferioridad en este terreno. Colocados en esa situación recurren, en su afán de superar su manifiesta desventaja inicial, a su ingenio, a sacar ventaja de las peculiaridades del terreno en el que actúan, de la experiencia acumulada en su actividad diaria en el proceso de la producción.

Si las masas empuñan las armas quiere decir que están maduras para usarlas, para emplear ese método de lucha. Su fracaso, su derrota, pueden deberse a muchas causas, pero no a una imposición venida de fuera de ellas. Esta forma de lucha es legítima, como lo es también el recurso del terrorismo.

Las consideraciones anteriores pueden aplicarse a la guerra irregular, a la guerra de guerrillas. En oposición, se debe repudiar el foquismo, porque se trata de sustituir a las masas por un pequeño grupo, destinado a actuar a nombre de ellas. De la misma manera, el terrorismo individual es totalmente extraño a las masas. La invasión imperialista buscando aplastar a la revolución victoriosa puede imponer el uso de las guerrillas.

La guerra civil, en la que con tanta frecuencia se han visto involucradas las masas, quiere decir que éstas se enfrentan con el gobierno central, que el país se ha dividido en territorios diferentes, en dos posiciones enfrentadas. En su desarrollo, los de abajo buscan constituirse como gobierno asentado en territorios liberados. Para el proletariado la guerra civil puede presentarse antes de la insurrección encaminada a conquistar el control del poder total o después de ésta y debido a la resistencia que opongan los efectivos de la burguesía.

## La insurrección, la violencia

¿De qué manera la sociedad capitalista -madura al extremo de que ha comenzado a descomponerse- se transformará en socialista? ¿A través de pequeños y graduales remiendos, rectificaciones, introducidos en el envejecido cuerpo del capitalismo? ¿Siguiendo el camino de la gradual y constante evolución, mediante leyes dictadas por el parlamento, o bien a través de la brusca transformación del aumento cuantitativo en otra cualidad, en otra sociedad? El aumento cuantitativo se refiere, como demuestra la historia, al crecimiento gradual de las fuerzas productivas hasta cierto nivel, momento en el que comienzan a chocar con las relaciones de producción o forma de propiedad imperante, y no a otra cosa. ¿Será posible que el proletariado se convierta en clase gobernante como recompensa de su cooperación con la burguesía, del cogobierno con ella? Es preciso responder a estas preguntas para tener idea de qué caminos nos conducen al poder.

Marx señaló que la existencia de las clases sociales con intereses diferentes ya fue estudiada por los historiadores que le precedieron, particularmente por los burgueses de avanzada. A él le correspondió puntualizar que la lucha entre la clase obrera y la

burguesía conduce a la dictadura del proletariado. La lucha entre las clases extremas de la sociedad, que conforman una unidad dialéctica, es irreconciliable debido a que proyectan intereses materiales contrapuestos.

La dictadura del proletariado no quiere decir que el actual aparato estatal burgués pase a manos de la clase obrera, para que ésta se limite a utilizarlo. La revolución destruirá ese Estado y, consiguientemente, sus soportes fundamentales: el ordenamiento jurídico, el parlamento, las fuerzas armadas, la policía, etc, para levantar sobre sus escombros el nuevo aparato estatal, la dictadura del proletariado, partiendo de las organizaciones de masas, de los órganos de poder que aparecen durante la lucha revolucionaria liberadora; los explotados llegarán a ser gobierno después de haberse entrenado en el ejercicio de las funciones gubernamentales en el seno de los órganos de poder, que aparecen de manera necesaria en la lucha opositora.

La revolución interrumpe violentamente, de un salto, el proceso evolutivo normal, de crecimiento de las fuerzas productivas, que al chocar con el régimen de propiedad vigente plantean la necesidad de resolver radicalmente esa contradicción estructural, a través de la transformación de la cantidad en calidad. Se trata de la negación dialéctica: destruye todo lo caduco, lo reaccionario, la propiedad privada, el Estado y todo el edificio superestructural que se levantan sobre ella; conservando y desarrollando, al mismo tiempo, los gérmenes revolucionarios, socialistas, contenidos en la vieja sociedad: la producción social, la economía mundial, la máquina, los órganos de poder. La nueva sociedad y el período de transición hacia ella no caen del cielo, han venido madurando y desarrollándose en el seno de la vieja sociedad, de la capitalista, esto tanto en el aspecto económico, objetivo, como en lo que se refiere a la capacidad y entrenamiento de las masas para llegar a ser gobierno, es decir, del factor subjetivo.

El reformismo -los parches en el envejecido traje capitalista- no conducen al socialismo, su objetivo es mantener en pie el orden social vigente basado en la gran propiedad privada burguesa, introduciendo algunas reformas que lo conviertan en aceptable para las masas explotadas. El reformismo se pierde en la menuda lucha por algunas mejoras de las condiciones de vida y de trabajo y olvida totalmente el objetivo estratégico de la conquista del poder o lo posterga para un futuro indeterminado.

Otros formulan la transformación del capitalismo en socialismo mediante la acción parlamentaria, a través de la dictación de una ley que declare la propiedad estatal de los medios de producción. Los que así razonan cuando menos están caminando patas arriba. La ley es la consecuencia de las transformaciones que se operan en la estructura económica de la sociedad y no a la inversa. Marx escribe en "El Capital": "Originariamente el derecho de propiedad nos pareció basado en el trabajo propio... Ahora, la propiedad aparece, por parte del capitalista, como el derecho de apropiarse trabajo ajeno no pagado o su producto; por parte del obrero, como la imposibilidad de apropiarse su propio producto. La separación entre la propiedad y el trabajo pasa a ser la consecuencia necesaria de una ley que arrancaba aparentemente de su identidad". La transformación social tiene que comenzar operándose, para no trocarse en una ficción, en la estructura económica. El verdadero poder radica en la gran propiedad

burguesa y no depende de una disposición jurídica, pues es aquella la que genera a ésta. En el parlamento lo más que puede hacerse es limitar la propiedad y gravarla con impuestos. La cuestión radica en destruir la propiedad privada burguesa.

Revisando a Marx, stalinistas, y socialdemócratas dicen de toda la potencia de las masas alrededor del haber descubierto que la vía parlamentaria, el de la conquista del poder. Son las masas las que colaboracionismo clasista, el cogobierno con la burguesía, so la insurrección, mejor si dirigidas por su partido los nuevos caminos que llevarán a la clase obrera al poder político, por esto no debe confundirse con los golpes de mano, socialismo, todo porque la democracia formal -según Lenin los cuartelazos y ni siquiera con el blanquismo. una verdadera dictadura clasista- ha conocido un gran las masas comienzan a ganar las calles, cuando desarrollo. No faltan los que aconsejan que lo inteligente consiste en meterse astutamente al vientre de los gobiernos la patronal y la autoridad gubernamental, se dice que se burgueses populacheros e izquierdistas, para desde allí dado una situación pre-revolucionaria osadamente transformarlos en socialistas. Todo este espejismo trueca en francamente revolucionaria cuando se dan conduce a las masas a convertirse en sostenes y sirvientes de operaciones de masas desconociendo el ordenamiento la burguesía. El problema no radica en ubicarse en tal o cual y a la autoridad gubernamental. Los equipos que sector del aparato gubernamental, sino en arrancar a la clase manejan el aparato estatal comienzan a desmoronarse, las dominante la propiedad de los medios de producción realmente reside el poder y la posibilidad de dictar tales o la poderosa presión de las masas en ascenso y por la cuales leyes. Lo último solamente puede lograrse a través de la revolución.

Si el candidato porista fuese elegido electoralmente a la lleva a las masas a llegar al convencimiento de que presidencia de la república no podría transformar radicalmentetomar el poder para castigar a sus opresores y para la economía, todavía le faltaría encabezar la revolución. Hay ser aplastadas. ejemplos al respecto.

El cogobierno entre burguesía y proletariado está muy lejos idea revolucionaria se convierte en fuerza material y se de ser el cogobierno entre dos potencias iguales. Se trata de la acción. Será el Estado mayor del ejército gobierno de la burguesía, apoyado por los políticos que dicen (su partido político) el que señale representar a la clase obrera y que ofician de incondicionales cuidadosamente el momento de la insurrección, que dura sirvientes de los poderosos.

El propio frente popular -la Unión Democrática y Popular, por ejemplo- conduce al gobierno burgués respaldado por las expresiones políticas obreristas.

Por la propia naturaleza de la lucha de clases, únicamente vía insurreccional conduce a las masas hacia la conquista del poder. La insurrección constituye el punto culminante de la movilización general de los explotados, de la situación revolucionaria esto mismo no puede darse en cualquier momento, cuando se les antoja a los cudillos o dirigentes políticos. Estamos hablando de la insurrección como el punto más elevado de la lucha de clases, de la lucha política de la concentración de toda la potencia de las masas al rededor de los objetivos de la conquista del poder. Son las masas las

que materializan la insurrección, mejor si dirigidas por su partido político, por esto no debe confundirse con los golpes de mano, con los cuartelazos y ni siquiera con el blanquismo.

Cuando las masas comienzan a ganar las calles, cuando plantean sus reivindicaciones y se levantan para enfrentarse con la patronal y la autoridad gubernamental, se dice que se ha dado una situación pre-revolucionaria.

Se trueca en francamente revolucionaria cuando se dan grandes operaciones de masas desconociendo el ordenamiento jurídico y a la autoridad gubernamental. Los equipos que manejan el aparato estatal comienzan a desmoronarse, las fuerzas armadas y la policía muestran las fisuras producidas por la poderosa presión de las masas en ascenso y por la propaganda revolucionaria. Grandes sectores de la clase media comienzan a oscilar hacia las trincheras proletarias. Este proceso lleva a las masas a llegar al convencimiento de que deben tomar el poder para castigar a sus opresores y para evitar ser aplastadas.

Entonces ha sonado el momento de la insurrección. La idea revolucionaria se convierte en fuerza material y se traduce en acción. Será el Estado mayor del ejército revolucionario (su partido político) el que señale cuidadosamente el momento de la insurrección, que dura solamente días. Una acción prematura puede convertirla en un aborto y una tardía en segura derrota. La insurrección tiene sus leyes y debe ser preparada conforme a ellas, pues se trata de un arte.

Lenin escribe: La insurrección, para poder triunfar, no debe apoyarse en una conjura, en un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el entusiasmo revolucionario del pueblo. Y en tercer, lugar, debe apoyarse en el momento crítico de la historia de la creciente revolución en que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo, en que sean mayores las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, inconsecuentes e indecisos de la revolución. Estas tres condiciones al plantear el problema de la insurrección, son precisamente las que diferencian al marxismo y el blanquismo”.

La insurrección obrera tiene similitudes y diferencias profundas con la conspiración. Son similares porque también la insurrección debe ser cuidadosamente preparada, debe ser el producto de la conspiración dirigida por el partido del proletariado. La diferencia fundamental se refiere a que la pura conspiración actúa a espaldas de las masas, como actividad individual y propia de una minoría selecta y debidamente entrenada, esmerándose por ignorar lo que ocurre en el serio de aquellas.

La insurrección , producto de un plan y de una conspiración, es la acción dirigida por el partido político y la única que puede asegurar al proletariado la victoria, porque permitirá que tome el poder político y se convierta en clase gobernante. Nosotros luchamos de manera permanente para asegurar la victoria de esta insurrección, nos preparamos para cumplir satisfactoriamente nuestro papel en el momento preciso. La férrea estructuración y el fortalecimiento partidistas se convierten en la clave del triunfo insurreccional. La insurrección triunfará como una acción esencialmente

política.

Pueden citarse algunas reglas del arte de la insurrección, que tienen que ser estudiadas atentamente por los revolucionarios. No tiene que olvidarse que se trata de un combate que busca expulsar a la burguesía de su última guarida, que aunque acorralada y moribunda no abandonará el escenario de buena gana, sino que agotará todos los recursos de que disponga para quedarse como dueña del poder. Esto obliga, en primer término, a concentrar en los puntos vitales la mayor capacidad de fuego: no perder de vista la evidencia de que nos corresponde imponernos ganando la batalla. Toda dispersión de efectivos, como sí se tratase de un juego, la no utilización de toda la capacidad de que pueda disponerse, contribuirán a desencadenar el descalabro de los insurrectos. Son los efectivos armados de las masas los que atacan y en su iniciativa en la ofensiva radica una de sus ventajas; tiene que agotarse todos los recursos para que el enemigo no nos obligue a pasar a la defensiva, que bien puede convertirse en la causa de la derrota. Los que se lanzan a conquistar el poder se apoyan en la ansiedad de todo el pueblo, aquí radica su fortaleza, en último término, pero en la lucha insurreccional ese apoyo se traduce en el vigor de los efectivos armados, en el entusiasmo con el que apoyan las acciones las fracciones revolucionarias militantes: una inteligente organización y dirección de los mismos constituye uno de los factores de la victoria.

En Bolivia, no es posible que la clase obrera -reiteramos que es minoritaria- triunfe en la lucha insurreccional sola y si no combina sus movimientos con los de la masa campesina en el ámbito rural y con los de las capas belicosas y politizadas de la clase media de las ciudades, sobre todo con los de los estudiantes. Hay que reiterar que la insurrección armada no puede menos que seguir siendo la acción armada de la mayoría de la población.

Corresponde tomar las providencias necesarias para ocupar o controlar los centros vitales o estratégicos de las ciudades, de las minas, de las fábricas, del campo (aquí se trata principalmente de inmovilizar al país, bloqueando los caminos y cortando la provisión de alimentos a las ciudades). Se tiene que estudiar las particularidades que adquirirá la lucha callejera en las ciudades caracterizadas por la ausencia de grandes y anchas avenidas y rebosantes de recovecos y callejones: la táctica, los movimientos y las armas deben corresponder a estas particularidades; las de corto alcance y con el envío de pertrechos bélicos por alguna potencia rapidez de fuego, las granadas y bombas cobran importancia, extranjera, por amigos foráneos inciertos aún, así como etc. Todas las acciones armadas se potencian cuando cuentan con el seguro que la revolución llegará debidamente con el apoyo entusiasta y militante de la población, aquí se encuentra la fuente de su fortaleza.

No se puede descartar la participación importante de las mujeres que estamos seguros, como demuestra la historia nacional e internacional, combatirán igual o mejor que los hombres; ya en la militancia partidista no se percibe diferencia entre ambos sexos. Sin embargo, hay un elemento que no es siempre considerado con la debida atención nos estamos refiriendo a la participación importante de capas de combatientes muy jóvenes conformadas por casi niños. El entusiasmo pletórico, la

desbordante imaginación, el heroísmo sin paralelo dejará su marca indeleble en las luchas insurreccionales.

La insurrección es una operación armada, militar, lo que plantea la necesidad de ganar políticamente a una parte, a la mejor, de las fuerzas armadas (ejército y policía) para las posiciones revolucionarias, de dividir las, de neutralizarlas, todo a fin de anular su capacidad de fuego. Como se ve, no estamos planteando la organización preciso de un ejército similar o superior al regular que sirve de sustento al aparato estatal de la clase dominante, sino de luchar con parte del ya existente contra el poder burgués. Este problema puede también ser planteado como el del armamento de las masas, sin cuya solución no puede soñarse en el triunfo de la insurrección. ¿Cuándo se hará este trabajo? Ahora mismo, como parte de la actividad cotidiana del Partido revolucionario, como una de las consecuencias del ascenso de las masas, de su paso de una situación pre-revolucionaria a una francamente revolucionaria.

En el campo de la izquierda multicolor se discute incansablemente el problema crucial del armamento. La pregunta más acuciante de todos se refiere a saber de dónde se sacarán las armas para poder doblegar y expulsar del poder a la burguesía. La izquierda pequeño-burguesa sueña con el envío de pertrechos bélicos por alguna potencia extranjera, por amigos foráneos inciertos aún, así como está segura que la revolución llegará debidamente empaquetada de no se sabe dónde. Estos sueños no pasan de ser tonterías. Las armas están en los arsenales de los cuarteles, lo que hace falta es abrir sus puertas, lo que harán los uniformados y civiles revolucionarios, actuando mancomunadamente.

No estamos delirando. Las fuerzas armadas bolivianas, carentes de ideología y criaturas de una burguesía incapaz y caduca, han sido penetradas profundamente por la politización de las masas, que en gran medida es trotskismo. La política militar del proletariado consiste en que esta clase gane políticamente a parte de las fuerzas armadas, en que se dirija con su propaganda y acción educativa tanto a su ancha base social de soldados, como a sargentos, suboficiales y jóvenes oficiales. Esto significa que se combata el gompismo tan difundido entre los elementos uniformados, consecuencia de la presión que sobre ellos ejerce la política burguesa, que nunca cesa en su empeño de sacar ventaja del caudillismo y la politiquería.

Hay que convencer a la mejor parte de las fuerzas armadas que le corresponde formar filas detrás del proletariado, orientarse conforme a la estrategia de esta clase social. Para felicidad del movimiento revolucionario sabemos que ha logrado estructurarse una tendencia revolucionaria dentro de las fuerzas armadas y que enarbola en alto la estrategia del proletariado, esto es alentador. Podemos decir que está planteada la posibilidad de neutralizar la capacidad represiva de los elementos uniformados, esto siempre que se preste mucha atención en el desarrollo tenaz de la política militar del proletariado.

Confirmando todo lo expuesto tenemos el ejemplo del reformismo criollo, que de manera tan empecinada ha seguido los caminos extraviados del parlamentarismo, del pacifismo, del colaboracionismo, soñando con alcanzar fácil y cómodamente el

reino socialista, el resultado ha sido el obsecuente sometimiento a la clase dominante y la indiscutible traición a los intereses fundamentales de Bolivia y de los explotados. Es por esto que consideramos que debe subrayarse con toda energía la urgencia de seguir el camino revolucionario que nos lleve a la conquista del poder y a la construcción de la dictadura del proletariado.

Cumpliremos con nuestro deber si en este período inmediato, que aparece como el de preparación de las próximas elecciones generales (1989), señalamos a todo el país la urgencia de prepararnos para el adecuado uso del método insurreccional que permita expulsar del poder a la corrupta y podrida burguesía nativa, sirviente incondicional del imperialismo. Estamos empeñados en armar ideológicamente a los explotados para que sean capaces de cumplir exitosamente su misión histórica.

Los "izquierdistas" de derecha dicen que plantear la insurrección es incurrir en el ultrismo, en posturas terroristas. No tiene que olvidarse nuestro planteamiento de que el momento insurreccional llega como punto culminante de la lucha de clases, de la lucha revolucionaria de las masas.

La violencia domina a la sociedad y es absurdo esperar que sea eliminada con ayuda de las potencias celestiales, que a su modo reflejan y distorsionan la que palpamos y soportamos en la tierra. No es ella el origen de la propiedad privada, sino a la inversa; las transformaciones que se operan en la estructura económica de la sociedad determinan las transformaciones en las manifestaciones de la violencia, como escribe Engels en su "Anti Duhring".

La lucha de clases es ya violencia y se puede decir que en las sociedades clasistas se encuentra en el mismo fundamento de ellas. Es tonta la preocupación maniqueísta de buscar entre los diversos sectores sociales al inventor de la violencia, el primero que arrojó la piedra, generalmente obedece al afán de desarmar ideológicamente a los explotados, de empujarles a soportar estoicamente su desgracia, muchas veces a cambio de promesas de bienestar en la otra vida; en Bolivia, la prédica en este sentido ha sido y es profusa.

La acción directa, el método empleado por el proletariado en la lucha de clases, es violencia y no hay razones para disfrazarla como forzada, distorsionando la naturaleza de un fenómeno histórico. Los explotados razonan de manera diferente, en sus movilizaciones dicen que oponen la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria como expresó la multitudinaria reunión del pueblo potosino el 15 de abril, por ejemplo.

Se ha señalado que la revolución aparece concentrada en la insurrección, una acción violenta, militar. Con mucha razón señalaron los clásicos que la violencia es la partera de la nueva sociedad, únicamente la partera y no la que engendra a esta última. La insurrección, la violencia, tienen la finalidad de expropiar los medios de producción detentados por la minoría burguesa: "Pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción, su sumisión a la clase obrera asociada, y por consiguiente la abolición

tanto del trabajo asalariado como del capital y sus relaciones mutuas" (Marx, "Las luchas de clases en Francia").

Está señalado que la transformación de la sociedad está determinada por la rebelión de las superdesarrolladas fuerzas productivas contra las relaciones de producción -forma de propiedad dominante-, ese choque es violencia y se traduce en la destrucción de aquellas, exteriorizada en las crisis de sobreproducción, en las guerras internacionales y en la misma revolución. Hablar de revolución pacífica es el mayor de los contrasentidos.

Sobre la obra de la revolución, de la violencia, y su acción transformadora de la sociedad, se levantarán la nueva propiedad, el nuevo Estado, las nuevas leyes y, en fin, la nueva superestructura. No pasa de ser un contrasentido la especie de que la revolución puede consumarse por mandato de la ley. "Cada constitución política es el producto de una revolución. En la historia de las clases la revolución es el acto de creación política, mientras la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ha surgido ya. La lucha por las reformas no genera su propia fuerza independientemente de la revolución. Durante cada período histórico, la lucha por las reformas se lleva a cabo sólo en el sentido indicado por el ímpetu de la última revolución; y continúa en tanto que el impulso de ella sigue haciéndose sentir. O, para decirlo más concretamente, en cada período histórico la lucha por las reformas se lleva a cabo solamente dentro del marco de la forma social creada por la última revolución" (Rosa Luxemburgo).

La base económica de la sociedad hace posible su transformación, la violencia es el instrumento insustituible que maneja la clase obrera para consumir la revolución. Engels -carta a K. Schmidt, 1890- dijo: "¡La violencia (es decir, el poder del Estado) es también una potencia económica!"

Hay una violencia reaccionaria, la utilizada por la clase dominante envejecida para preservar por todos los medios el orden social burgués y buscando arrinconar y acallar a las masas, a fin de que se dejen explotar pacíficamente. Pero también hay una violencia revolucionaria, que es la empleada por el proletariado y por las mayorías hambrientas y oprimidas. El proletariado usa la violencia revolucionaria porque es parte fundamental de las fuerzas productivas y porque encarna las leyes de la historia.

Los revolucionarios y los obreros no son pacifistas ni adictos de la democracia formal. Usan de manera consciente la violencia porque están seguros que únicamente por ese medio se logrará destruir la gran propiedad privada burguesa, estructurar la dictadura del proletariado y encaminar todos los recursos de la sociedad hacia el comunismo.

## Los metodos de las otras clases sociales, ¿como se determina su uso?

Aunque el proletariado -como se tiene indicado- impone a la nación oprimida sus métodos de lucha, esto por ser clase revolucionaria, también es cierto que, en determinadas situaciones, usa los de otras clases sociales. Se da este caso porque la lucha de los explotados tiene lugar dentro del régimen capitalista, que a veces adopta la forma de gobierno democrático, Si bien se marcha a la conquista del poder por la vía insurreccional, este objetivo impone aprovechar todas las ventajas y fisuras que se den en la sociedad capitalista. También con frecuencia el proletariado se ve obligado a utilizar los métodos que han ideado otros sectores obligados a medirse desventajosamente con las fuerzas represivas de Estados poderosos, como la guerra irregular, por ejemplo.

A veces las masas, incluyendo a las proletarias, viven inmersas en las ilusiones acerca de las bondades de la democracia burguesa, se abandonan a ella, confían ilimitadamente en esa forma de gobierno de los explotadores y opresores, pero que ellas la consideran como suya. Los revolucionarios están obligados a luchar en ese terreno junto a las mayorías, aguzando su crítica de la democracia burguesa y contraponiéndole la estrategia obrera de la dictadura proletaria, a fin de que asimilen debida y rápidamente su experiencia negativa vivida bajo los gobiernos burgueses y de esta manera eleven su grado de politización.

En todos los casos, la clase obrera toma en sus manos los métodos de lucha propios de las otras clases sociales y los transforma en sus proyecciones porque los subordina a la acción directa, esto para no apartarse de su finalidad estratégica. Un fenómeno similar tiene lugar cuando los métodos del proletariado son adoptados por sus compañeros de lucha e inclusive por la burguesía: suficiente recordar la suerte que corre la huelga en manos de quienes no tienen patrón explotador o de este último.

Refiriéndonos al método más importante de la actual clase dominante, a su más elevada creación, al parlamentarismo, debemos puntualizar que en manos del partido del proletariado está llamado a convertirse en tribuna revolucionaria, si quiere permanecer fiel a sus intereses históricos o estratégicos. Estamos siguiendo el ejemplo dejado por los bolcheviques y por el Bloque Minero Parlamentario (1947). Quiere decir que los revolucionarios usarán el parlamento para atacar vigorosamente al parlamentarismo, para demostrar con hechos que no ofrece la solución a los agudos problemas que plantean la explotación y opresión de los trabajadores y mucho menos los generados por el aplastamiento que sufre el país por parte de la nación opresora. Desde esa tribuna se dirigirán a los explotados, pasando por encima de la cabeza de los "honorables" legisladores (fabricantes de leyes), para señalarles el camino revolucionario, para organizarlos, politizarlos y movilizarlos contra el Estado burgués y "su" democracia que no llega hasta la mayoría nacional. La conducta de los reformistas y de los izquierdistas proburgueses es diametralmente opuesta: capitulan totalmente ante el democratismo de la clase dominante, ante "su" Estado, en espera de que le arrojen algunas migajas. Corresponde desenmascarar sistemática y enérgicamente a los que luego de rasgar su disfraz "comunista" se dedican ahora a

defender la constitución y las leyes burguesas, habiéndose convertido en los mejores guardianes del oprobioso orden social imperante. Estos canallas nada tienen que ver con los oprimidos y explotados.

La democracia representativa, cuya viga maestra es el electoralismo, constituye la criatura más preciada de la burguesía. Según esta clase, todos los problemas sociales y el constante mejoramiento de los trabajadores, el perfeccionamiento incesante de la democracia, la amortiguación de las contradicciones clasistas, etc., deben darse en el marco de la ley y del parlamento. La clave de la democracia -nos dicen- radica en la libre y universal expresión del pueblo soberano, mecanismo mediante el cual elige periódicamente a sus representantes para que gobiernen a nombre de él. Toda esta ficción legal y superchería sirven para encubrir la dictadura de la burguesía sobre la mayoría nacional. Los revolucionarios combatimos semejante palabrería como parte fundamental de nuestra propaganda diaria.

Sin embargo, cuando las masas atraviesan un período de derrota, desintegración o bien cuando se encuentran lejos de la insurrección, cuando son empujadas al campo del democratismo, el Partido revolucionario tiene la obligación de intervenir en los procesos electorales, con la finalidad básica de agruparlas y educarlas políticamente. Para que esto sea posible se debe tener mucho cuidado en no endiosar al electoralismo ni a la democracia, sino que debe señalarse con toda energía los objetivos estratégicos de la clase obrera, es entonces que tiene que recalcarse que los explotados y Bolivia sólo podrán libertarse por el camino insurreccional. Si se logra dejar firmemente sentada la perspectiva revolucionaria se habrá cumplido con los trabajadores. Penetramos obligadamente en el cieno del electoralismo, pero, gracias a nuestra firmeza ideológica y programática pasamos por él sin mancharnos, ocupamos nuestra trincheras seguros de que los explotados no tardarán en encontrar en nosotros a su verdadera dirección.

Aprovechamos las ventajas que otorgan los períodos electorales para difundir profusamente el programa revolucionario y nuestros análisis sobre el democratismo burgués, sus limitaciones, las frustraciones que acarrearán para los sectores mayoritarios del país.

Cuando a la clase obrera le corresponda utilizar la guerra irregular, las guerrillas, las potenciará políticamente y las proyectará hacia la conquista del poder y la estructuración de la dictadura del proletariado, desechando todas las desviaciones democratizantes que generalmente rodean a este método de lucha.

Hay que recalcar que los explotados crean los métodos de lucha sin precisar del asesoramiento de los políticos, pero éstos, partiendo de la experiencia histórica y de la propia teoría, pueden contribuir en la elección del método que mejor convenga en determinado momento.

Los métodos de lucha están en el arsenal de la clase obrera y seguramente se añadirán otros nuevos en el porvenir. No existen métodos de validez permanente y universal, muchos que antes no fueron de gran importancia pueden saltar a un primer plano bajo el imperio de circunstancias políticas que le sean favorables. Son estas circunstancias las que determinan qué método de lucha debe emplearse con

posibilidades de éxito. Dicho de otra manera, las masas deben madurar, gracias a su movilización y grado de evolución política, para el manejo satisfactorio de determinadas formas de lucha. El partido revolucionario puede, desde el seno de la clase, contribuir a una satisfactoria elección

## V

## La alianza obrero-campesina política frentista

*Resumen ¿Qué es la alianza obrero-campesina? El frente antiimperialista: la unidad de la nación oprimida. La política frentista de la izquierda proburguesa; frente y partido.*

### Resumen

El problema de la alianza obrero-campesina es uno de los fundamentales de la revolución boliviana, porque debemos actuar en un país capitalista atrasado de economía combinada. Se trata de la forma que adquiere la acción revolucionada de la nación oprimida. No hablamos de una limitada alianza de obreros y campesinos, aunque éstos adquieren una trascendental importancia en la mecánica de clases, sino de la marcha de las masas explotadas, también de las de la ciudad, bajo la dirección de la clase obrera. Tenemos apuntado que el proletariado no puede tomar el poder al margen o contra los campesinos, sino que serán éstos, precisamente, los que lo conviertan en clase gobernante, en caudillo, dirección, del gobierno obrero-campesino, que también así designamos a la dictadura del proletariado.

De una manera general, podemos distinguir a una capa radicalizada de los campesinos y otra muy atrasada, no olvidemos que estamos frente a una gran masa de pequeños propietarios, incluidos los comunarios. En el seno de la primera capa se encuentran los activistas sindicales, los que buscan politizarse y los pocos elementos que asisten a las universidades y colegios, sobre ellos actúa la vanguardia revolucionaria y busca ganarlos ideológicamente. Esta avanzada le permite a la clase obrera actuar sobre el campesinado y también dirigirlo políticamente en determinadas circunstancias.

Es explicable que los pequeños propietarios oscilen constantemente entre las propuestas y promesas hechas por los partidos burgueses y por los izquierdistas. Ellos buscan poner a salvo sus intereses económicos e inclusive ensancharlos; cuando se sienten engañados por la burguesía se radicalizan y alcanzan las trincheras obreras. El proletariado dirige a los campesinos en su lucha por resolver sus problemas más apremiantes: se mueven alrededor de éstos y no de consignas socialistas, nacionalistas o de otra naturaleza. Pero, la clase revolucionaria proyecta la lucha campesina hacia la conquista del poder político.

Cuando nos referimos a los campesinos también incluimos en esa expresión a las nacionalidades autóctonas oprimidas, que llevan dormida la lucha por la

autodeterminación.

La alianza obrero-campesina será el cimiento de la dictadura del proletariado, del gobierno obrero-campesino. La clase obrera no engaña a los campesinos con falsas promesas, sino que los llama a luchar por su liberación de la miseria y del estrangulamiento que supone la pequeña parcela, desde el poder se orientará a forjar la granja colectiva.

El programa porista sostiene que la revolución proletaria será protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo, por esto la liberación nacional se incluye en la propuesta trotskista y dicha revolución puede ser calificada como nacional con toda propiedad.

Inmediatamente surge la necesidad de estructurar el frente, la unidad -si se quiere la alianza-, de las clases sociales, de las masas, que conforman la nación oprimida y en cuyo seno el proletariado es minoritario. También el nacionalismo de contenido burgués y el stalinismo contrarrevolucionario -Partido Comunista de Bolivia, etc.-, hablan de esa unidad, pero la propuesta porista es de otra naturaleza: busca la unidad de las masas y de sus expresiones políticas, bajo la dirección política de la clase obrera, es decir, dentro de sus objetivos estratégicos (la revolución y dictadura proletarias).

Se trata de forjar un frente político para hacer posible la revolución proletaria, para que se convierta en el instrumento fundamental manejado por la clase obrera en este proceso de transformación radical. Con toda propiedad se lo designa como frente antiimperialista, haciendo alusión a una de las tareas fundamentales, de rasgos democráticos, de la revolución social proletaria.

No se trata de conformar este frente como un simple agrupamiento (o amontonamiento) de las organizaciones de masas, sino de obligar a los partidos con militancia obrera, a someterse a la estrategia y métodos de lucha propios de la clase obrera, como sucedió con la constitución del Frente Revolucionario Antimperialista (FRA), inmediatamente después de la experiencia soviética de la Asamblea Popular y dentro de los lineamientos políticos señalados por esta organización, una rica experiencia que es necesario seguir asimilando.

El frente antiimperialista, al afirmar el programa de la revolución proletaria, no puede menos que fortalecer al Partido revolucionario, al POR, y permitirle ganar a gran parte de la militancia, particularmente de la obrera, de sus compañeros de ruta para sus proposiciones políticas. De esta manera se contribuye a asegurar la victoria proletaria.

Así queda planteada la táctica frentista más importante y más permanente de esta época. El frente antiimperialista tendrá vigencia mientras la clase obrera no sea gobierno. Pueden formarse otros frentes limitados e inclusive compromisos circunstanciales, pero cuando se trata de forjar el instrumento adecuado para proyectar la lucha de toda la nación oprimida hacia la conquista del poder, necesariamente tendrá

que ponerse en pie un frente de contornos antiimperialistas, importando poco que lleve o no este nombre. La izquierda proburguesa, el stalinismo -PCB- y la burocracia sindical, en su gimnasia frentista siguen ajustadamente los lineamientos fijados por el nacionalismo: buscan la unidad de la nación oprimida, lo más amplia posible, incluyendo a sectores burgueses considerados antiimperialistas y progresistas, con planteamientos tan flojos y con, una dirección indefinida, de manera que la dirección queda en manos de los agentes directos de la clase dominante y del imperialismo. Como ejemplos tenemos la UDP, al Eje y la Alianza Patriótica. No hablan de la revolución sino de la democracia, es decir y en el mejor de los casos, de un gobierno burgués con inclinaciones izquierdistas.

El Partido Obrero Revolucionario es, de manera necesaria, frentista, pero busca un frente masivo que sirva para materializar la revolución social. Los otros hacen gimnasia frentista para desviar a los explotados del camino que conduce a la conquista del poder político. No puede esperarse otra cosa de indomables reformistas.

El Partido constituye el elemento clave para la conformación de un poderoso y revolucionario frente antiimperialista, pues en la práctica será su dirección política. Los reformistas creen que los frentes que idean todos los días reemplazarán al partido que no supieron ni pudieron poner en pie.

### ¿Qué es la "alianza obrero-campesina"?

Lenin, al analizar al campesinado ruso, planteó una concepción aplicable a nuestra realidad: por asentarse en el precapitalismo se trataba de una clase-estamento. Los poristas, de manera concreta, hablamos de la nación-clase, concepción en la que juega un papel de importancia decisiva la "miseria extrema". Hasta 1953 la ley determinaba el lugar que ocupaban en la sociedad los aborígenes sumidos en la servidumbre, fueron catalogados como menores de edad y privados de muchos derechos democráticos. Después de la fracasada reforma agraria movimientista de contenido burgués y que ha concluido imponiendo la pequeña parcela en manos de los ex-siervos no ha logrado liberarlos plenamente, la costumbre -es también ley- los mantiene relegados en un segundo plano y sus dirigentes, muchos de ellos corrompidos por los dineros del Estado y de otras potencias económicas de dentro y fuera del país, disponen de ellos a su antojo, los negocian, hasta el momento en que se rebelan de manera airada, feroz, y acaban con toda autoridad que les es extraña o contraria a sus intereses. Lo anterior no importa desconocer que la masa campesina está conformada por nacionalidades nativas oprimidas y que "en este aspecto su situación no ha sido modificada después de la revolución de abril de 1952. Los regímenes movimientistas, de la misma manera que la aristocracia terrateniente, se limitaron y se limitan a ignorar este punzante problema.

Durante el imperio del gamonalismo, el campesinado tenía a éste como a su enemigo fundamental y luchaba contra él utilizando sus propios métodos, particularmente el alzamiento y el gallo rojo. Actualmente su enemigo es el Estado burgués, que carece de capacidad para acabar con el precapitalismo y consumir la liberación nacional,

vale decir autodestruirse, y choca con él buscando resolver sus problemas y en este ámbito encuentra a la clase obrera, de la que toma muchos de sus métodos de lucha.

El Partido revolucionario, si realmente quiere acaudillar a toda la nación oprimida, de la que el campesinado es la fuerza más importante, tiene que tomar en cuenta los anteriores rasgos diferenciales de esta clase-estamento-nación y el hecho de que está conformada por pequeños propietarios, que le obliga a oscilar entre las clases extremas de la sociedad.

Apasionadamente se polemiza acerca de lo que debe plantearse a los campesinos, lo que se les ofrece, cuestión que siempre ha preocupado al movimiento marxista de todas las latitudes. Al referirse al problema, Lenin creyó oportuno mencionar la discusión entablada al respecto entre Kautsky y Rosa Luxemburgo. Esta última sostuvo, en 1896, que la independencia polaca "estaba fuera de lugar en el programa práctico de los social-demócratas polacos, pues esa reivindicación era irrealizable en la sociedad contemporánea". Kautsky -la opinión de éste fue compartida por Lenin- planteó que cuando se dice que algunas reivindicaciones son irrealizables se las está refiriendo exclusivamente a las condiciones económicas y políticas existentes en cierto momento y no a los intereses del desarrollo social. La lucha revolucionaria no se limita a un determinado momento, sino que debe engranar con las perspectivas del desarrollo social, mirar hacia el futuro. Un ejemplo: la lucha revolucionaria no puede limitarse y acabar dando respuesta a una huelga o a alguna elección parlamentaria sino que se proyecta al mañana, su finalidad es la liberación nacional y social. En el programa de Erfurt de la socialdemocracia alemana se planteó la necesidad de la elección de los funcionarios por el pueblo, irrealizable en ese momento, pero que necesariamente debió formularse como exigencia socialdemócrata. Hay un exceso de oportunismo, de abandono del programa del proletariado, en la especie de que solamente se puede pedir lo que puede dar la actual sociedad o su Estado, necesariamente debemos decir qué hará la futura sociedad, la lucha actual se proyecta o debe hacerlo a ese objetivo final.

"Nuestras reivindicaciones prácticas... deben estar de acuerdo, no con el hecho de si son factibles bajo la actual correlación de fuerzas, sino con el de si son compatibles con el régimen social existente, si su realización puede aliviar la lucha de clase del proletariado, impulsar su desarrollo y desbrozar para el proletariado el camino de la dominación política. Aquí no tomamos en cuenta para nada la actual correlación de fuerzas. El programa socialdemócrata no está hecho para un momento dado, sino que, en la medida de lo posible, debe ofrecer orientaciones para todas y cada una de las situaciones que puedan darse en la sociedad contemporánea. No sólo debe servir para la acción práctica, sino también para la propaganda. Con sus reivindicaciones concretas debe señalar, más claramente de lo que puedan hacerlo las disquisiciones abstractas, la dirección que deseamos seguir en nuestro avance. Cuanto más remotos sean en este caso los objetivos prácticos que podemos plantear sin perdernos en utópicas especulaciones, tanto mejor, tanto más claramente verán las masas -incluso aquellas que no están en condiciones de comprender nuestros razonamientos teóricos- cuál es la dirección seguida por nosotros. El programa debe

mostrar lo que nosotros exigimos a la sociedad actual o al Estado actual y no lo que esperamos de ellos" (Kautsky).

El Programa de Transición -para nosotros un método- permite superar la anterior discusión. La lucha por los objetivos inmediatos, por mejores condiciones de vida y de trabajo, está unida indisolublemente con la finalidad estratégica de la conquista del poder, de manera que aquella lucha, que contiene una gran dosis de espontaneidad, impulsa a las masas a ser gobierno. La reivindicación realizable, tangible, se integra a la lucha por la dictadura del proletariado. Las demandas que se formulen para el movimiento campesino -no pago de impuestos, construcción de caminos, por ejemplo- deben necesariamente soldarse, llevarnos, a la propaganda y agitación acerca de la necesidad de expulsar al gobierno burgués movimientista del poder porque ya no tiene capacidad para satisfacer las demandas de la mayoría del país. Defendemos la pequeña parcela frente a las amenazas de los latifundistas que aún quedan porque es progresista con referencia al régimen de la servidumbre, pero señalamos inexcusablemente, sin temor a la impopularidad, que es reaccionaria frente a la granja colectiva de enormes dimensiones y que planteará de manera inexcusable el uso de la máquina y de la electricidad. Los campesinos tienen que saber que el Partido Obrero Revolucionario lucha por la granja colectiva en el camino hacia la sociedad comunista.

El último decreto del gobierno adeno-movimientista sobre los impuestos en el agro constituye un paso dado con astucia para incorporar a la considerable masa campesina al universo tributario (exprimir aún más el sudor del hombre del agro para transformarlo en oro), un objetivo caramente ambicionado desde hace tiempo por todos los gobiernos de la clase

dominante y por los organismos internacionales dependientes del imperialismo. Por ahora se elimina de la carga impositiva a los pequeños propietarios y se incluye a los medianos y grandes. La medida tiene una gran dosis electoralista: el maltrecho Movimiento Nacionalista Revolucionario capitalista busca desesperadamente acumular votos en las próximas elecciones.

Los campesinos se encuentran en una situación de extrema miseria, ya sean pequeños o medianos parcelarios, razón por la que deben luchar por conquistar el derecho a no tributar. Según los gobernantes el impuesto creado obligará a los medianos agricultores a deshacerse de sus tierras que no trabajen, la verdad es que se busca que esa pesada obligación ayude a concentrar la propiedad en manos de grandes hacendados capitalistas, finalidad que ciertamente ya no tiene tiempo para cumplirse. No será el capital financiero el que concentre la tierra en el agro, sino algunos elementos parasitarios y deseosos de medrar del trabajo servil. Cuando decimos a los campesinos que sigan luchando por la no tributación no abandonamos la perspectiva de proyectarla hacia la creación de la granja colectiva, verdadera respuesta a la miseria extrema de los indios. La maniobra temporal del Poder Ejecutivo es la consecuencia de las amenazas campesinas contra la creación de impuestos sobre la tierra.

¿Qué es la alianza obrero-campesina? La movilización de los campesinos bajo la dirección del proletariado -de su Partido- a fin de expulsar del poder, mediante la insurrección, a la burguesía y poner en pie el gobierno obrero-campesino o dictadura del proletariado. Esto no sería posible sino se logra que los oprimidos del agro se emancipen ideológicamente de la clase dominante y la combatan. ¿Para que luego elaboren una ideología propiamente campesina? No. Los oprimidos del agro están llamados a soldarse en la lucha con la clase obrera y levantar en alto el estandarte de esta clase. Los pequeños propietarios no pueden ser comunistas, pero, traicionados por los partidos y gobiernos burgueses se agarran como de una tabla de salvación de la clase revolucionaria que encarna el comunismo. Tal es la mecánica de clases que distingue al país. Como se ve, no nos encontramos ante un acuerdo formal de dos clases sociales o más, sino de una identificación al seguir un camino que conduce a la transformación radical de la sociedad.

Si la revolución proletaria -esto por la naturaleza de clase de su dirección política- no puede prescindir de la lucha del campesinado, no de un apoyo formal o electoral, es claro que no podrá encontrarse otra forma de unidad que en el campo de batalla. La alianza obrero-campesina proyecta toda su esencia y sus posibilidades hacia las grandes movilizaciones de masas que desconocen el imperio de la ley y de las autoridades legales y se proyectan hacia la insurrección. En el seno de la Central Obrera Boliviana se da tanto el frente único elemental de la clase obrera como la coordinación de movimientos de ésta con el campesinado y los sectores mayoritarios de la clase media, pero no hay que olvidar que se trata de una acción sindical, en el limitado ámbito de los problemas emergentes de la necesidad de lograr mejores condiciones de vida y de trabajo, es decir, de las necesidades inmediatas. En el transcurso del tiempo la COB-soviet ha sido sustituida por el sindicato de perfiles nítidamente definidos. Cuando se trata de la lucha política, que necesariamente tiene como centro el destino del Estado burgués -se lo conserva o destruye-, el sindicato pierde capacidad para actuar como dirección de la nación oprimida, por su naturaleza de frente único que supone la coexistencia de diversas tendencias ideológicas y partidistas, junto a la gran masa indiferente. Entonces aparece con nitidez que el sindicato cumple la función de canal de movilización de las masas. La alianza obrero-campesina permite que el Partido obrero cumpla su función de dirección política de la nación oprimida llamada a consumir la revolución.

Los que pretenden sustituir al Partido y a la alianza obrero-campesina por el sindicato, no solamente plantean una tontería, sino que contribuyen a la derrota de las masas, que al no contar con un Estado mayor capaz pueden concluir en un descalabro. El Partido revolucionario es una de las claves para la configuración de la alianza obrero-campesina; por otro lado, los llamados partidos indios se verán minimizados en un frente político básicamente masivo, que tiene como eje al proletariado.

En la rica experiencia boliviana encontramos múltiples casos en los que los explotados del agro concluyen acuerdos -firmados o de hecho- con los sindicatos; no tiene que olvidarse que las organizaciones gremiales actuaron de esa manera siguiendo la orientación política de las tendencias partidistas e ideológicas dominantes en su seno.

La alianza obrero-campesina existe, en la medida que constituye, una movilización masiva, sino es así carece de sentido. Muchas de sus características, que las distinguen de otras experiencias frentistas, enraízan en esta realidad. Hay que aplicar las líneas maestras que sigue la movilización y lucha de las masas en general, el Partido, actuando desde su seno, se encarga de ligar esa lucha cotidiana con la necesidad histórica de derribar a la burguesía y expulsarla del poder. De esta manera la lucha multitudinaria -la incorporación a su seno del campesinado es la finalidad de la mencionada alianza- es potenciada políticamente y se expresa en el marco estratégico del proletariado. Sería un absurdo esperar que la alianza obrero-campesina enarbole como bandera las bondades del comunismo, sino que, de manera necesaria, comenzará dando respuestas a los problemas diarios de las masas, particularmente de los campesinos, coordinando los que se plantean a todos los sectores sociales, que al ser expresados por la clase obrera se transforman políticamente y se incorporan al programa de la revolución proletaria. Dicho de una manera sintética y general: la lucha diaria de los explotados y oprimidos se proyecta hacia el comunismo.

Hay que subrayar que la alianza obrero-campesina utilizará, según las circunstancias políticas imperantes, los métodos de lucha de las masas en general, pero subordinándolos a la acción directa, esto gracias a la presencia de la dirección política del proletariado.

La alianza obrero-campesina y sus luchas multitudinarias, llamadas a definir la situación política de determinado momento, se convierten en el marco apropiado para el surgimiento de los órganos de poder, como necesaria respuesta a los obstáculos que se levantan ante ellas. Esas organizaciones no solamente orientarán la lucha diaria, sino que tomarán en sus manos la solución de los problemas de la vida social, imponiendo autoritariamente sus decisiones. De esta manera los explotados arribarán a la dictadura del proletariado -desarrollo de los gérmenes gubernamentales incubados en los órganos de poder- con mucha experiencia sobre las tareas gubernamentales. La alianza obrera-campesina será cimiento y potenciamiento de la dictadura del proletariado o gobierno obrero-campesino.

La alianza obrero-campesina, presionada por las necesidades de la lucha, no podrá menos que organizar grupos armados de autodefensa o milicias obrero-campesinas, llamados a rechazar la acción de grupos para-policiales, fascistas, a preservar la integridad de las organizaciones populares, a jugar un rol importante en la lucha insurreccional y en la organización del ejército que pondrá en pie la dictadura del proletariado. El armamento de estas milicias se nutrirá con los recursos que pueden disponer los trabajadores y la fabricación de armas caseras. Reiteramos que constituye una tarea impostergable desarrollar una acción encaminada a ganar a lo mejor de las fuerzas armadas y de la policía para los objetivos planteados por la alianza obrero-campesina. Está dicho que esta política constituye la verdadera respuesta al descomunal problema del armamento de las masas.

La acción y la política desarrolladas por la alianza obrero-campesina, tienen que empeñarse a incorporar a la lucha a las capas más vastas de las masas de la nación oprimida, pues aquí se encuentra la clave para la victoria de la revolución y la

destrucción del capitalismo, objetivos garantizados por la dirección del proletariado. No olvidemos que planteamos la alianza obrero-campesina como el medio que debe conducir a la revolución proletaria y garantizar su victoria.

La existencia de la alianza obrero-campesina y el constante ensanchamiento de su acción no podrán menos que fortalecer al Partido Obrero Revolucionario, a condición, de que éste tenga la capacidad de adecuar sus ideas, su programa y su actividad diaria, a los cuestionamientos políticos planteados por las masas en lucha. La revolución y sus problemas son siempre inéditos, cuya solución exige el adecuado manejo del método marxista; es esto lo que tienen que hacer los revolucionarios profesionales (por estar debidamente preparados para cumplir sus tareas y no por percibir sueldos). Los partidos "izquierdistas" pro-burgueses pueden aparecer, integrados en la alianza obrero-campesina, pero la práctica diaria demostrará que su política es contraria a los intereses históricos de las fuerzas motrices de la revolución, lo que no podrá menos que traducirse en la minimización de esas fuerzas. La alianza obrero-campesina no puede menos que convertirse en el escenario de la polémica política acerca de las propuestas que den los diferentes partidos políticos como respuesta a los problemas de las masas y de la misma revolución.

### El frente anti-imperialista: la unidad de la nación oprimida

La alianza obrero-campesina se inscribe dentro de las más grandes tácticas que emplean los explotados en esta época: el frente antiimperialista. La movilización de los campesinos bajo la dirección política del proletariado constituye su verdadero basamento; pero, no son la misma cosa, el frente antiimperialista significa una forma particular de la unidad de la nación oprimida por el imperialismo. La alianza obrero-campesina sirve de cimiento al frente antiimperialista gracias a la orientación revolucionaria que imprime a este último el proletariado.

Ha sido ideado como táctica subordinada a la estrategia de la clase obrera, actuando como caudillo nacional, es decir, de la conquista del poder. No es una pequeña maniobra o la respuesta a un limitado problema coyuntural, sino la táctica fundamental utilizada en la política revolucionaria de la clase obrera. No excluye otras maniobras tácticas o compromisos políticos menores, pero los supera a todos ellos y no puede ser sustituido por éstos.

Esta táctica se aplica solamente a los países atrasados, a las colonias y semicolonias, donde la revolución tiene que ser realizada por la nación oprimida. El frente único proletario puede incluirse en él únicamente bajo la forma de sindicato. No es correcto sostener que primero debe estructurarse el frente único proletario para luego pasar al antiimperialista, como si se tratase únicamente del ensanchamiento de aquel. Si se procediese de esta manera se concluiría aislando a la clase obrera del resto de las masas, es decir, se cerraría a todos el camino hacia el poder. Para comprender que se trata de dos frentes políticos totalmente diferentes no se tiene que olvidar la diferenciación que plantearon Lenin y Roy, en el segundo congreso de

la Internacional Comunista, que tuvo lugar en 1920, entre nación oprimida y nación opresora, entre país rezagado y metrópoli imperialista. Para la Tercera Internacional de la primera época se trataba de cuestiones vitales porque teorizó, organizó y dirigió los movimientos nacionalistas de la época.

Se le plantearon nuevos problemas que no existían con anterioridad para el marxismo, por esto mismo impulsó enormemente el avance de la teoría revolucionaria. No es casual que retornemos esta fuente para enriquecer nuestras ideas programáticas y nuestra misma actividad diaria.

Como el movimiento marxista de las metrópolis del capital financiero (imperialismo) chocaba con el obstáculo de la socialdemocracia y su enorme influencia sobre los trabajadores, la Internacional Comunista formuló la táctica del frente único proletario con el reformismo y con otras organizaciones políticas influyentes en el ámbito sindical, con la finalidad precisa de convertir a los Partidos Comunistas en reales direcciones de las masas, lo que solamente podía lograrse si los comunistas concluían arrancándoles su clientela obrera a los partidos socialdemócratas. En este camino constituyó un grave escollo la conformación de sindicatos puramente comunistas.

Se trataba de un frente único desde arriba -las direcciones influyen decisivamente acerca de la orientación partidista- y también desde abajo, porque era preciso contar con la presión de los elementos de base sobre sus dirigentes, a fin de que aceptasen la propuesta frentista de los comunistas. El frente debía conformarse alrededor de un programa anticapitalista, elaborado después de amplias discusiones al respecto. Los comunistas descontaban que en la lucha diaria los reformistas concluirían traicionando el programa frentista. Para denunciar al grueso de los obreros esa inconducta y discutir ampliamente sobre ella, se reivindicó el derecho de crítica dentro del frente. Se esperaba que esta táctica permitiría a los comunistas ganar al grueso de los trabajadores para sus posiciones.

Cuando los grandes partidos socialdemócratas se negaron a conformar el frente único proletario desde arriba, la Internacional Comunista lanzó la consigna del frente desde abajo, que solamente podía servir como pretexto propagandístico entre las bases socialistas, resultando sumamente difícil la constitución del frente, lo más que podía esperarse era ganar a algunos elementos para el programa comunista.

La réplica del frente único -como táctica para ganar a las masas para el partido obrero- aplicada a los países atrasados fue el frente antimperialista, analizada y forjada por la Tercera Internacional en su cuarto congreso, realizado en 1922, y que aparece en el documento titulado "Tesis generales sobre la cuestión de Oriente".

En la época del imperialismo la expansión -del capital financiero hasta los últimos rincones del planeta y según sus propias leyes, en busca de elevadas tasas de plusvalía, crea inevitablemente la división del mundo en un puñado de naciones opresoras y una mayoría de naciones oprimidas, esto en el marco de esa unidad superior que es la economía capitalista mundial. En las naciones oprimidas, incorporadas desde fuera a la economía mundial, se da un limitado desarrollo del capitalismo su consecuencia:

escaso número del proletariado-, está presente el precapitalismo bajo la forma de economía combinada; siendo una de sus expresiones el gran peso demográfico del campesino pequeño propietario, cuya baja productividad está marcada a fuego por el primitivismo tecnológico. Estas características se traducen en el campo político en la revolución proletaria realizada por la nación oprimida, por las masas mayoritarias de varias clases sociales. Así resulta obligatoria la no aplicación de la táctica del frente único proletario y la necesidad de utilizar el antiimperialista, que, por encontrarse timoneado por el proletariado, proyecta el obligado carácter combinado de la revolución en los países rezagados. Desaparece la división entre países maduros y no para la revolución proletaria, que en el pasado se convirtió en el cepe de campaña de movimientos de masas y en la rendija por la cual se colaban las direcciones políticas burguesas.

Se tiene que tener presente que la opresión imperialista (explotación económica y opresión política) es nacional, que no se ejercita únicamente sobre el proletariado, al que le extrae directamente plusvalía, sino sobre todas las clases sociales de la nación oprimida. La burguesía comercial nativa, pese a su obsecuencia ante la metrópoli, se ve impedida de desarrollarse plenamente, su Estado concluye privado de soberanía, lo que determina el carácter semicolonial del país; se puede decir que acaba siendo parcialmente sustituida por el opresor foráneo tanto en los aspectos políticos como económicos.

El capital financiero no se plantea en ningún momento el desarrollo global de la economía del país, sigue las orientaciones de los intereses de la metrópoli y se encarga de que se ajuste a la división internacional del trabajo. De esta manera la opresión imperialista constituye un colosal muro que impide que Bolivia en su integridad se incorpore a la civilización. La división entre ciudad y campo adquiere contornos dramáticos por la excesiva miseria que impera en el agro. Los campesinos, que no tienen trato directo con el capital financiero, soportan también la opresión imperialista.

El frente anti imperialista está constituido por las masas de la nación oprimida bajo la dirección política del proletariado, lo que imprime una orientación revolucionaria a su lucha. La liberación nacional, que se plantea a toda la nación, es incorporada al programa de la revolución proletaria. No se trata solamente de expropiar a las empresas de manos del capital financiero que opera a través de la gran banca, de recuperar la soberanía del Estado, sino de derribar el obstáculo que impide el desarrollo global del país. De esta manera la lucha anti-imperialista se proyecta hacia la dictadura del proletariado.

Las masas campesinas tienen vivo interés en la actividad del frente anti-imperialista, que por seguir la estrategia proletaria formula la urgencia del desarrollo global de Bolivia, siendo uno de sus ejes fundamentales la transformación radical del agro y la superación de la pequeña propiedad. Para los oprimidos del agro su liberación pasa también por la lucha anti-imperialista.

El tremendo atraso del país exige la respuesta concreta al cuestionamiento de cómo salir de esa lamentable situación. La burguesía en sus diferentes expresiones políticas formula su propia política de liberación nacional y de desarrollo global de la economía, de industrialización con miras a la exportación. Esto es el nacionalismo de contenido burgués, que no constituye ningún hecho sorprendente: se diría que la burguesía muy tardíamente pretende cumplir su misión de encabezar una revolución burguesa, bautizada corrientemente como nacional y democrática. El nacionalismo en nuestro país aparece como el movimiento político que logra aglutinar a grandes sectores masivos y éstos maduran políticamente gracias a la experiencia acumulada en esta tienda política.

Es la presencia de la clase obrera la que define el destino del nacionalismo burgués. No bien aparece el Partido del proletariado y plantea su propio programa de liberación nacional y de desarrollo global de la economía, pasando por la destrucción de la gran propiedad privada burguesa, el nacionalismo criollo, al ver en peligro su basamento económico, se desplaza hacia las posiciones imperialistas, en busca de apoyo material y político para aplastar físicamente a su aliado de la víspera, al proletariado. Tal es el ciclo del nacionalismo, que, habiendo comenzado como furiosamente anti-imperialista conc!uye postrado de hínijos ante la metrópoli opresora.

La táctica del frente antiimperialista, subordinada a la estrategia de la conquista del poder, tiene como uno de sus, objetivos fundamentales convertir al proletariado en caudillo, en dirección política, de la nación oprimida. Este frente de varias clases sociales permitirá, partiendo de un programa antiimperialista revolucionario, demostrar la incapacidad congénita de la burguesía nativa y de sus sirvientes para consumir la liberación nacional, la discusión pondrá en evidencia ante las masas las constantes y sistemáticas traiciones del nacionalismo a dicho programa. Y no sólo del nacionalismo burgués, sino también del stalinismo conservador, atrapado en las redes de la revolución democrática o burguesa. Por este camino, el Partido obrero, fortalecido con la incorporación de la militancia hasta la víspera de los otros partidos, podrá cumplir satisfactoriamente su papel de dirección nacional del frente antiimperialista.

En esta lucha se pondrá en evidencia que nacionalistas, pecistas y trotskystas hablan de la liberación nacional, sin embargo su contenido es diferente para cada uno de ellos. Los nacionalistas no buscan expulsar al imperialismo y menos expropiar sus empresas, que importaría el desconocimiento de la gran propiedad privada, sino mejorar las condiciones de convivencia con la metrópoli, que significa consagrar el dominio imperialista y el atraso. El stalinismo, sobre todo ahora siguiendo la línea de la perestroika (o restauración capitalista), sueña con el definitivo entendimiento con las grandes potencias del capital financiero. Únicamente el trotskysmo plantea la derrota del imperialismo en Bolivia y su definitiva destrucción en escala internacional.

Entre nosotros existe una amplia experiencia en la construcción del frente antiimperialista; sin embargo y no por casualidad, la izquierda criolla y el nacionalismo no hablan ya del frente anflimperialista. La burguesía se limita a formular, de tarde en tarde, un movimiento reformista nacional, esto para no alarmar y no perder la

confianza del imperialismo. El PCB y los otros grupos "izquierdistas" proburgueses están empeñados en conformar frentes entre ellos, los partidos democráticos y los de la burguesía supuestamente no enfeudada al imperialismo, con miras al establecimiento de gobiernos democráticos, populares y antiimperialistas, es decir, burgueses.

En las discusiones habidas en el campo de la izquierda se sostiene que el frente antiimperialista, sería nada menos que la finalidad estratégica de los explotados y no una táctica. Nos encontramos frente a una intencionada distorsión encaminada a justificar la política al servicio de la burguesía. Añaden que debido a la inmadurez de las masas sólo está permitido luchar por pequeñas reformas y realizar maniobras tácticas. Toda esta argumentación puede resumirse en la especie de que la constitución del frente anti-imperialista debe postergarse hasta que sea llegado al momento de la revolución socialista, vale decir, hasta un futuro indeterminado.

El trotskismo, en cierto momento, se limitó a rechazar por principio y de manera global la táctica del frente antiimperialista. Se formó en lucha contra las ligas antiimperialistas -tuvieron importancia en Latinoamérica- que manejó el Kremlin y contra el frente popular. El frente antiimperialista llegó a ser arbitrariamente identificado con el stalinismo. Durante el "tercer período" (1928-34) el Kremlin se empeñó a fondo para poner en pie la llamada Liga Antiimperialista, como planteamiento de validez mundial. El Buró Sudamericano señaló que en los países latinoamericanos las fuerzas sociales fundamentales de la lucha antiimperialista eran el proletariado y el campesinado y puso todo su empeño para ganar a la pequeña-burguesía, particularmente al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) de Haya de la Torre. Se aconsejó cooperar con la Alianza Continental y la Unión Latinoamericana, organizaciones reformistas de intelectuales pequeño burgueses. El stalinismo catalogó también a la burguesía industrial como fuerza anti-imperialista. En la práctica la dirección de la Liga Anti-imperialista quedó en manos de la pequeña burguesía, lo que se acomodaba a la teoría de la revolución por etapas. Durante el "tercer período" de la Internacional Comunista, se manejó el planteamiento de que la crisis estructural del capitalismo debía llevar directamente al hundimiento de la burguesía, esto en las grandes metrópolis y a la victoria de los movimientos nacionales en las colonias y semicolonias.

Esos intelectuales pequeño-burgueses eran, sobre todas las cosas, demócratas, es decir, sus lineamientos ideológicos correspondían a la política burguesa. El stalinismo propugnaba la vigencia de la revolución democrático-burguesa -planteamiento que en lo fundamental no ha variado hasta ahora- y la vigencia del gobierno obrero-campesino, como repetición del sentido que tenía la fórmula en Rusia, antes de 1905. Si la clase obrera estaba destinada a ser el soporte izquierdista del futuro gobierno democrático, en la etapa de la lucha por el poder solamente podía jugar el papel de principal protagonista del frente de clases, que de ninguna manera se encaminaba a destruir la propiedad privada. El stalinismo siguió una línea centrista y de constante oscilación entre las posiciones francamente derechistas y ultristas.

Si se pretendía que los desplazamientos aventureros hacia posiciones ultristas constituían rectificaciones de la política stalinista francamente proburguesa observada durante la segunda revolución china, la Liga Antiimperialista no fue más que el ensayo de sometimiento de las masas en general y del proletariado en particular, a la burguesía a través de las expresiones políticas e intelectuales de la pequeña burguesía, apartándose en esta medida de las resoluciones de la Internacional Comunista de la primera época y en ese entonces ya totalmente estrangulada por la burocracia moscovita.

No debe olvidarse que los países latinoamericanos fueron clasificados como feudales, semif feudales y campesinos. El stalinismo se declaró la izquierda de las Ligas Antiimperialistas de entonces.

En Bolivia, correspondió al Partido Obrero Revolucionario reivindicar el sentido revolucionario del frente antiimperialista. Una áspera polémica con no pocos grupos trotskystas del exterior generalizó en parte esta adquisición para la política revolucionaria.

Actualmente no pocos "izquierdistas" consideran que el frente anti-imperialista es nada menos que el producto del sectarismo trotskysta y el instrumento de una revolución imposible por ultimata. Sin embargo, casi todos estos críticos tienen su propia historia en este campo táctico. Los parlamentaristas -todos los reformistas lo son- se escandalizan porque se pretenda sustituir los métodos democráticos y evolucionistas por la violencia de los explotados.

A fines de 1971, poco después de la admirable experiencia de la Asamblea Popular y en el destierro, se organizó el Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA), fue llamado así para diferenciarlo de todos los ensayos stalinistas anteriores. Hay que advertir que ya entonces esta táctica fue ensombrecida por la política del frente popular, que tuvo éxito en algunos países. El ensayo adquiere enorme importancia para los movimientos revolucionarios de Bolivia y del continente: se logró que la nación oprimida y sus expresiones políticas más dispares, se aglutinasen en el marco de la estrategia del proletariado. El FRA, como la Asamblea Popular, nacieron bajo el impulso y la presencia ideológica del POR trotskysta.

Los críticos del Frente Revolucionario Anti-imperialista tal vez hubieran variado de criterio si en su seno se hubieran concentrado exclusivamente los marxistas pequeño-burgueses, excluyendo intransigentemente a toda manifestación nacionalista. El objetivo del frente era el de meter en su seno a las expresiones políticas con popularidad para que el partido revolucionario les arrancase su militancia en la lucha, por eso la discusión y adopción de sus principios programáticos adquirió enorme importancia. Toda la gama política de izquierda, incluyendo al foquista ELN, se incorporó al frente, no debido a sus principios revolucionarios o su identificación con el POR, sino por la presión de las masas y porque quedar al margen del FRA importaba quedar al margen de las masas, cosa que ya se observó durante la Asamblea Popular.

El nacionalismo de corte movimientista, vale decir burgues, estuvo representado, aunque no con extrema fidelidad, por el PRIN (lechinismo); por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), -entonces difícilmente se podía establecer si eran una realidad o una ficción-, entidad conformada por nacionalistas uniformados y vinculados con el gobierno derrocado el 21 de agosto de 1971, entre los que se contaban, al menos por breve tiempo, el mismo general Tórres; por VALOR timoneado por Luis Sandóval M, en ese momento una escisión por la izquierda de las huestes movimientistas encabezadas por Hernán Siles, que rechazó todo contacto con el Frente con el argumento de que a él le interesaba tomar el poder rápidamente y no apostando al socialismo en fecha indeterminada. Sandóval retornó al MNR, volvió a escisionarlo para dar nacimiento al MIN y demostró ser un verdadero aventurero; el frente antiimperialista puede englobar a elementos de esta calaña, pero en el transcurso de la lucha sabrá deshacerse de ellos y convertirlos en piltrafas. El MIR, que venía del PDC y entonces usaba vestimenta foquista, al menos en una de sus alas, no era todavía el partido nacionalista burgués a ultranza que es ahora y que se derechiza día que pasa, más bien se debatía en las garras del ultraizquierdista ELN. Se incorporaron el ELN, los diferentes sectores trotskystas, el Partido Socialista de Quiroga Santa Cruz, los maoistas. Estaban presentes la COB. la Federación de Mineros y los campesinos.

No pocos críticos -inclusive algunos que se autotitulaban trotskystas- no tomaron en cuenta el programa del FRA y llegaron a la arbitraria conclusión de que por su composición importaba una capitulación frente a la burguesía. No tuvieron en cuenta que los partidos y grupos presentes en la organización frentista adoptaron, después de áspera batalla, la estrategia y los métodos de lucha de la clase obrera. ¿Habrá que deducir que todos se volvieron revolucionarios? De ninguna manera. Conservaban su característica de organizaciones reaccionarias, pero por una serie de factores políticos del momento y, sobre todo, por la presión de sus bases, se vieron obligados a ir mucho más allá de sus propósitos consagrados, mucho más a la izquierda de todos sus planes iniciales. El FRA, de la misma manera que antes la Asamblea Popular y la COB-soviet, constituyeron palestras de una generosa discusión sobre los principios que debían guiar la acción y sobre las emergencias de ésta. La experiencia enseña que si no se consagra en la actividad trentista el derecho a la más amplia crítica de lo que se hace o se planifica no sería posible educar políticamente a los elementos de base. Lo que se ha hecho en el FRA se incorpora al capital ideológico de la clase obrera boliviana.

El frente antiimperialista es necesariamente un amplio movimiento de masas, lo que supone que se desarrolla en un ambiente de garantías democráticas, existentes o que se las impone. Las circunstancias le pueden obligar a vivir clandestinamente cuando la represión le obliga a ello, pero esto sólo por un momento. El FRA boliviano no logró arrancar las garantías del caso al gorilismo y por esto no alcanzó a timonear a las masas cuando comenzaban a oponer resistencia al banzerismo. Sin embargo, casi de inmediato logró importante resonancia en los movimientos de masas de los sectores claves del país, como los mineros, por ejemplo, lo que probó su viabilidad.

Cuando el frente antiimperialista choca con la menor dificultad en su desenvolvimiento o en su intento de penetrar en el seno de las masas -como enseña la experiencia

dei FRA- inmediatamente las tendencias reaccionarias demuestran abiertamente que son las enemigas de la existencia del frente antiimperialista. Las organizaciones nacionalistas, stalinistas, ultristas, se esforzaron por ganar la dirección del frente para colocarlo al servicio de sus propias organizaciones e intereses. Los del ELN, actuando en bloque con los elementos castristas, agotaron todos los medios para que el FRA les sirviese de instrumento en su política abiertamente foquista. Esta pugna se tradujo en la crisis interna del FRA, esto cuando se perfiló ante él el problema de su traslado al interior de Bolivia. La corriente identificada con el programa del movimiento obrero y aglutinada alrededor del POR, batalló por defender y efectivizar las bases programáticas del frente, por soldarlo con el movimiento de masas que comenzaba a aglutinarse alrededor de la defensa de las garantías sociales y el logro de mejores condiciones de vida y de trabajo.

Fue decretada la fractura del FRA cuando se evitó que la ultraizquierda fuertemente soldada con el nacionalismo y otras corrientes, lo redujesen a servir de cobertura de sus aventuras. Se procedió así porque el frente debía funcionar como dirección y canal de movilización de las masas, esa era su misión y no otra. Tal experiencia y la vivida posteriormente, demostraron que el ultrismo foquista no es otra cosa que la expresión radicalizada del nacionalismo. Lo sucedido con el ELN, el ERP, los tupamaros del Uruguay, en fin, con el foquismo cubano, puso en evidencia que cuando los hijos de papá retornan al hogar querido, lo hacen dócilmente, arrepentidos, dejando atrás toda la palabrería acerca de la transformación de la sociedad y de la guerra prolongada. Esta inconducta permite al partido revolucionario ganar a importantes capas de la pequeñaburguesía de las ciudades y de la intelectualidad subvertida para las posiciones del proletariado.

Está demostrado que el FRA puede fortalecerse no por el simple hecho de enunciar su programa revolucionario -acto de vital importancia-, o por el amontonamiento de siglas; su verdadera fortaleza únicamente puede darse en la medida en que entronca en las masas movilizadas, proceso en el que debe demostrar su capacidad de ser dirección.

Diremos en resumen que la debilidad del FRA residió en haber nacido en el exilio, en no haber podido ambientarse rápidamente en el país, pues en ese momento se precipitó su crisis interna; no logró soldarse con las masas que despertaban, y, por esto, no ligó ni generalizó los brotes de resistencia a la dictadura en los centros de trabajo y en el seno de las organizaciones populares. La lección: existe un frente antiimperialista poderoso -se llame FRA o no- en la medida en que se convierta en expresión política y organizativa de las masas en pie de combate.

La mayor enseñanza dejada por el Frente Revolucionario Antiimperialista consiste en que prueba que ese es el camino táctico que tienen que utilizar los explotados para llegar a la revolución proletaria, a la conquista del poder. Es claro que en el futuro, dependiendo de la intensidad de la movilización de los explotados y oprimidos, volverá a ser puesta en pie una organización frentista similar al FRA.

La COB-soviet que aparece en el mes de abril de 1952 tiene también los rasgos de frente antiimperialista. Más tarde, la Asamblea Popular, a tiempo de constituirse declara que su estructura obedece a este tipo de frente político.

El FRA permite el amplio desarrollo de los rasgos de órgano de poder de los explotados.

Hemos indicado que la unidad de la nación oprimida bajo la dirección revolucionaria del proletariado es el frente antiimperialista, en cuyo seno y destino juega un papel decisivo e irremplazable el partido de la clase obrera, en el caso boliviano el POR trotskysta.

La burguesía cuando logra la unidad nacional quiere decir que somete a las masas a su política, es decir, a la defensa de sus intereses de clase explotadora capitalista. La izquierda reformista se convierte en el gran instrumento que permite imponer este objetivo antinacional y antipopular.

### Política frentista de la izquierda reformista; frente y partido

El ascenso revolucionario de las masas puede proyectarse en la constitución del frente antiimperialista, en este caso tiene que vencerse, entre otros obstáculos, la acción desviacionista que realiza la izquierda reformista y proburguesa en el mismo seno de los explotados. Uno de los más grandes obstáculos con los que choca la política revolucionaria es el colaboracionismo clasista. Los partidos y grupos llamados de izquierda se unen en frentes, de manera ocasional o permanente, buscando arrastrar a la nación oprimida hasta las trincheras de la clase dominante, de la clase dueña de la economía.

La izquierda proburguesa es totalmente extraña al fenómeno de la revolución y su preocupación básica es la de encontrar los medios para integrarse en los gobiernos del enemigo de clase, tener acceso al parlamento, lograr algunas ventajas sociales o económicas. Está empeñada en la conservación del orden social vigente, o, en el mejor de los casos, en su reforma. Su política frentista tiene que corresponder necesariamente a estas ideas programáticas.

No puede haber la menor duda acerca de que el Partido Obrero Revolucionario es frentista, busca la unidad de los explotados, de la nación oprimida; sin embargo, tiene que subrayarse que plantea esa unidad, la coordinación en la lucha, para hacer posible la revolución social, no para frenarla o para desviar a los explotados de este objetivo.

El frente que propugnan los reformistas tiene la finalidad central de maniatar a las masas y llevarlas al redil burgués, para concluir preservando la integridad del orden social que se levanta sobre la gran propiedad privada.

Es fácil comprender que no hay posibilidad de entendimiento en este terreno entre la política que desarrolla el Partido Obrero Revolucionario y la que practican los partidos reformistas. Con todo, el frente antiimperialista, que es el frente revolucionario, tiene que incluir en su serio a los partidos reformistas y proburgueses que arrastran alguna militancia, con la finalidad concreta de arrancarles su clientela de militantes, particularmente la obrera y campesina.

La política frentista de los reformistas es parte fundamental de su electoralismo, que consiste en creer que los problemas vitales del movimiento obrero, de la nación oprimida y saqueada por el imperialismo, de los explotados en general y del proletariado en particular, pueden resolverse satisfactoriamente a través del camino parlamentario. También sostienen los reformistas que por esa vía el país capitalista se transformará nada menos que en socialista. El electoralismo es inseparable del fetichismo democrático.

El gobierno de Víctor Paz Estenssoro ha demostrado en los hechos que es una dictadura policiaco-militar, que cancela las garantías democráticas toda vez que se le ocurre y que prácticamente concentra en sus manos la suma de poderes, pese a que formalmente existe un Poder Legislativo, cuya misión no es otra que la de repetir mecánicamente todo lo que dice el Poder Ejecutivo y legalizar sus actos, aunque violenten las normas constitucionales; los reformistas llaman a esto democracia, que ciertamente no ha llegado a la altura de las democracias formales de otras latitudes, la consideran la máxima conquista lograda por todo el país y se agotan en los esfuerzos que hacen por perfeccionarla. Los más radicales prometen el establecimiento de una democracia popular o de masas, esto en el marco capitalista. Olvidan que para que los beneficios de la democracia lleguen hasta el grueso de la nación oprimida se precisa antes que se consume la revolución social y se instaure la dictadura de] proletariado, vale decir, el gobierno obrero-campesino.

Las fracciones disidentes del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, del Partido Socialista-1, Alianza Patriótica, algún partido indio, los falangistas disfrazados de MAS, etc., se agotan en el empeño por poner en pie un frente estrictamente electoral, que no por eso deja de ser político. El gran objetivo que se señalan: acumular una montaña de votos para lograr algunos escaños en el parlamento y sí fuera posible para llegar a la presidencia, su sueño dorado. ¿Qué harán si sus ambiciones se materializan total o parcialmente? Introducirán algunas reformas en el putrefacto capitalismo, que para la mayoría nacional se traduce en hambre y en todas las calamidades que ésta conlleva, siempre que logren la suficiente fuerza para imponer algunas leyes. En el caso extremo de que llegase al Palacio Quemado no irían más lejos de esas reformas, porque el poder de la burguesía, que reside en su poder económico, y los organismos de compulsión por ella creados no les permitían barrer la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción, que por otro lado no tienen la menor intención de destruirla.

El cretinismo parlamentario les obliga a adoptar plataformas encaminadas a no asustar a nadie, a engatuzar y a complacer en lo posible a todos, utilizando generosamente la demagogia para tales fines. Eliminan toda referencia a la revolución, al aplastamiento

del Estado burgués y del remedo de democracia formal; en cambio ofrecen pequeñas reformas, buen comportamiento, no turbar la paz social, respetar religiosamente a la constitución y a las leyes. Se presentan como serviles agentes de la burguesía, como perros cancerberos de la gran propiedad privada.

Todo frente que se esmera en cerrar a las masas el acceso al poder, que da las espaldas a la solución radical de los males sociales, de la desocupación, de las bajas remuneraciones, en fin, del hambre, no puede menos que estar al servicio de la clase dominante y debe ser combatido enérgicamente por los poristas, por las masas de explotados y oprimidos.

Un frente de izquierdas -imposible hablar de antiimperialista- inofensivo y capaz de aglutinar la mayor cantidad posible de gente, con todos sus prejuicios, sus ideas discordantes, etc., no nos sirve en nuestro propósito de acabar con el capitalismo podrido, sólo puede ser útil a los electoreros; es esto lo que corresponde desenmascarar.

La Política del MIR Nueva Mayoría ilustra los alcances del frentismo que comentamos. Ese partido dice que a la "Nueva Mayoría" pueden ingresar todos, importando poco las ideas que tengan y los propósitos que persigan. Ese enorme globo que pretende inflarse estallará al chocar con la menor dificultad, como lo ha demostrado el caso de las elecciones municipales en La Paz. Para realizar grandes tareas, inclusive importantes reformas sociales, se precisa que las organizaciones políticas tengan un mínimo de coherencia ideológica, en caso contrario se desmoronarán el momento menos pensado.

Nuestra actitud es por demás clara. En caso de llegarse a elecciones, nos corresponderá movilizar a las masas detrás de una clara perspectiva revolucionaria, de destrucción del capitalismo, de su Estado y de su democracia. Diremos esto y organizaremos y armaremos ideológicamente a la nación oprimida, de manera que no se detenga nuestro trabajo encaminado a materializar la estrategia del proletariado.

Alguien dirá que un frente de izquierda democrático, que corresponda al momento presente, puede luego transformarse en uno antiimperialista o estratégico, como sostienen algunos "socialistas". Eso es imposible porque una política contrarrevolucionaria al servicio de la burguesía no puede trocarse en revolucionaria y que guarde conformidad con los objetivos estratégicos de la clase obrera. Lo más que puede suceder es que algunos elementos que actualmente están enlodados en los frentes electoreros puedan evolucionar hasta llegar a posiciones revolucionarias.

Nos parece incorrecto sostener que si por ahora no existe un frente antiimperialista no queda más camino que ir a engrosar los frentes electoreros, sobre todo teniendo en cuenta que la derecha se organiza y constituye bloques con miras a ganar las elecciones. Nuevamente vuelve a surgir la trampa del mal menor. Ayer nos dijeron que siguiendo esta regla habla que apoyar a Paz Estenssoro para impedir la victoria del gorila Hugo Banzer, pero resulta que el NMR se dio modos para convertir en cogobernante a la fascista ADN. Sería de desear que la lección sea asimilada.

Lo correcto, sobre todo teniendo en cuenta que las masas están en las calles y pugnan por generalizar sus movilizaciones, es prepararlas para que impulsen la constitución del frente antiimperialista, medida táctica que asegurará la victoria de la revolución.

Creemos haber demostrado que es la presencia del Partido Obrero Revolucionario en el escenario político, como probada dirección de las masas, la que permitirá la constitución del frente antiimperialista, la política revolucionaria que éste realice será la política del trotskismo y no otra, como ha demostrado la experiencia histórica.

Es el Partido el que impulsa la estructuración del frente y éste no puede ser considerado como sustituto de la organización política del proletariado. Se puede resumir este planteamiento diciendo que si no existiese el Partido Obrero Revolucionario no podría esperarse la puesta en pie del frente antiimperialista. Por otro lado, la dirección política del proletariado prueba su capacidad al lograr la unidad de la nación oprimida bajo una dirección revolucionaria

## VI

## ¡Vencer al atraso y el hambre! el objetivo: desarrollo global de la economía y superar el precapitalismo

*Resumen: Reactivación y desarrollo movi imperialista. ¿Qué debe entenderse por desarrollo económico global? Superar el precapitalismo. Pan, trabajo, techo, educación, salud. Acabar con la inmoralidad. Direcciones sindicales. El futuro de Bolivia.*

### Resumen

El bloque Movimiento Nacionalista Revolucionario-Acción Democrática Nacionalista pretende superar la actual crisis económica y preparar el terreno para un nuevo auge de los negocios, a esto llama reactivación económica, a través de mayores cortes al gasto público, convertir en rentables a las empresas públicas y privadas, rescatar la deuda externa a fin de incentivar nuevas y mayores inversiones, con esta finalidad se anuncia la constitución de empresas mixtas entre las estatales y el capital financiero. Ya sabemos que las consecuencias palpables de esta política privatizadora son una impresionante desocupación, la caída de los salarios reales, la paralización de gran parte de las empresas, la restricción del mercado interno en gran parte copado por mercancías extranjeras gracias a la libertad de comercio, lo que también perjudica seriamente a los campesinos.

En otras palabras, se pretende "reactivar la economía" destruyendo masivamente la energía física de los trabajadores, y paralizando las fábricas, minas, etc, es decir siguiendo el clásico camino del desastre, como tantas veces hemos indicado. Los economistas burgueses dicen que esa política económica es parcialmente buena, porque su precio social es muy elevado. ADN y también el MIR-NM con fines electorales y para no perder el apoyo empresarial e imperialista, señalan que en lo fundamental coinciden con lo que está haciendo el Movimiento Nacionalista Revolucionario desde el poder y que ellos en el futuro seguirán el mismo camino, en el mejor de los casos prometen elevar un poco los salarios y crear algunos puestos de trabajo. No debemos olvidar ni un solo momento que todos los partidos nacionalistas y burgueses apoyan política económica tan desastrosa, al servicio del imperialismo -que es impuesta por éste- y contraria a los intereses nacionales y populares.

Los partidos de izquierda tampoco escapan a esta maldición movimientista. Hablan igualmente de una verdadera reactivación, de crear lugares de trabajo, de elevar los salarios conforme a la capacidad de los empresarios y del Estado, del trabajo dentro del respeto a las leyes dictadas por la burguesía, de entendimiento y cooperación con el gobierno burgués si muestra comprensión y hace algunas concesiones. Esto quiere decir que los explotados deben esforzarse en producir más si se les da un pedazo más de pan, como siempre en provecho de los explotadores. En pocas palabras: los obreros y los pobres deben pagar el precio de la crisis económica capitalista que ellos no han producido.

El Partido Obrero Revolucionario, que proclama la finalidad estratégica trotskysta, no está de acuerdo con las propuestas del gobierno burgués proimperialista ni con las que hace la izquierda reformista y sirviente de los capitalistas; propone una salida revolucionaria a la crisis económica y a la imperiosa necesidad de arrancar al país de su atraso, de su miseria. Así se explica que el trotskismo actualmente batalla de manera incansable tanto contra el imperialismo, la burguesía boliviana -MNR, ADN, MIR-NM- y la amplia gama de la izquierda proburguesa. Nos dicen que actualmente somos pocos, no importa, mañana estaremos a la cabeza de toda la nación oprimida y pasaremos por encima de las cenizas de nuestros enemigos, de los enemigos de Bolivia.

Cuando MNR y ADN hablan de reactivación, de convertir a Bolivia en exportadora, de impulsar la iniciativa privada, están hablando de favorecer en gran medida -rebaja de impuestos, de tarifas de transporte, concesión de préstamos, privatización de las empresas públicas- a ciertos sectores burgueses, inclusive en perjuicio de algunos de sus compadres. Básicamente quieren entregar todo el país al imperialismo y los préstamos que se logran preparan días negros para el país, porque esa deuda se tiene que pagar. Pero, la famosa reactivación se limita a pretender hacer marchar las pocas empresas que existen. Todo esto no es posible. porque la libre importación cada día mata más y más industrias dedicadas al mercado interno. No buscan sacar a Bolivia de su atraso y menos libertarla de la opresión imperialista.

Para el POR el objetivo es el desarrollo global de toda la economía, incluyendo al campo. Necesitamos acumular la poca grasa que hay en el país -empresas, banca imperialistas- y trasladarla a determinadas ramas de la economía según un plan nacional. De esta manera sacaremos a Bolivia de su atraso y a los bolivianos del hambre. No es ninguna utopía, se realizará cuando los pobres, los explotados, se decidan a actuar vigorosamente. ¿Cómo se hará esto? Expropiando las empresas en manos de los grandes capitalistas, de la banca. Esta tarea cumplirá la dictadura del proletariado, que será el gobierno de todos los bolivianos.

El gobierno actual debe ser expulsado del poder porque no da pan, trabajo, techo, escuela ni hospitales, todo esto será proporcionado por la dictadura del proletariado. Los bolivianos tomarán sus problemas en sus manos y los resolverán conforme a sus intereses y a sus objetivos.

El podrido gobierno burgués está destruyendo su esqueleto con la sífilis de la inmoralidad, del narcotráfico, del robo. No se trata de cambiar a un cacique burgués por otro, a Paz por Banzer o por el MIR, sino de enterrar a toda la burguesía corrupta, incapaz y de levantar sobre su sepultura un nuevo gobierno, a un nuevo Estado y a una nueva sociedad, para esto tenemos que hacer la revolución y poner en pie la dictadura del proletariado.

La corrupción e inmoralidad no es sólo de algunos individuos sino de toda la clase dominante, de la burguesía limosnera y vendepatria, por esto la cuestión no se reduce a meter a la cárcel a los más pequeños narcotraficantes y rateros, para que los grandes cayos ofendan la pobreza de los bolivianos, sino de acabar con toda la clase corrupta.

Uno de los grandes obstáculos para que las masas, cumplan su gran tarea salvadora está en la burocracia sindical, criatura mimada de la burguesía, de los capitalistas. Los hombres de las bases, los que quieren liberarse, los revolucionarios, deben organizar a sus compañeros desde abajo, para así concluir arrojando de las filas sindicales a los agentillos de la antipatria y de los chupasangres.

Hay que luchar tercamente para imponerla vigencia de la escuela estatal, única, gratuita y laica, de la salubridad bien atendida y gratuita, del transporte eficaz y barato, todo esto se logrará si se impone la estatización de estos servicios.

La burguesía quiere destruir a las empresas estatizadas, el POR dice en alta voz que corresponde luchar por preservar y profundizar el estatismo para así defender al país, sus recursos naturales, su soberanía, de la rapacidad avasalladora y colonizadora del imperialismo.

## Reactivación y desarrollo movi-imperialista

Los decretos 21060 y 21660 definen la política económica del gobierno, su razón de ser y consagran el sometimiento total y deliberado del bloque AND-MNR al imperialismo, a sus organismos internacionales y a la gran banca mundial, razón por la que son contrarios a los intereses nacionales y de los sectores mayoritarios de la población. Esta política, diseñada por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, será afirmada, profundizada y proyectada hacia el porvenir por el anunciado plan económico de largo alcance, que puede sintetizarse en los objetivos de incentivar la iniciativa privada, ofreciendo convertir en mixtas a las empresas estatales con participación del capital financiero al mismo fin apunta la recompra de la deuda externa.

El imperialismo dirige la política general boliviana y particularmente la económica -difícil poner en duda el carácter semicolonial del país- que utiliza al gobierno no solamente para que ejecute una política económica orientada a coadyuvar para que la metrópoli opresora salga de la crisis a costa del hambre de la mayoría de la nación sino inclusive para que ejercite tareas policiales, para que le saque las castañas del fuego,

como en el caso de pretender solucionar el problema del narcotráfico destruyendo los cocales y hundiendo en la miseria y en la desesperación a los campesinos. El actual gobierno burgués de derecha -verdadera dictadura policiaco militar- ha entregado el país a la voracidad imperialista. Lo fundamental, y no solamente tal o cual aspecto de la política económica adeno-movimientista, es contrario a los intereses nacionales y de las masas, es antipopular. En la lucha política de nuestros días, la piedra de toque radica en la actitud que toman las agrupaciones políticas con referencia a lo esencial de la política del gobierno.

Algunos observadores solamente se detienen ante el hecho de que el Fondo Monetario Internacional periódicamente revisa la marcha del plan económico adeno-movimientista y ante los pedidos de aquel organismo internacional de mayores cortes al gasto público. Todo esto existe y hay algo más que no ha sido publicitado: se ha adelantado que las fuerzas armadas -Ministerio de Defensa- debe reducir sus ya diminutos efectivos, a fin de ahorrar dinero y teniendo cuidado de lograr efectivos debidamente entrenados para su óptima actuación. Lo último seguramente desorientará a la izquierda chirle, tan seriamente preocupada de coadministrar la miseria con el Poder Ejecutivo; quiso probar su talento para gobernar intentando un nuevo reparto del presupuesto nacional. Pareciera que para ella no existen los problemas de la excesiva pobreza del país y de la manera cómo la clase dominante pretende salir de la crisis económica capitalista.

¿Cuál es el meollo de la política económica del gobierno? Volver a una etapa de prosperidad a través de la destrucción masiva de las fuerzas productivas, que es la ya clásica salida por el desastre que practica la burguesía. No se quiere comprender que en el marco de la gran propiedad privada no puede darse una radical superación -supresión- de la crisis, sino únicamente su periódica repetición. Destrucción de las fuerzas productivas quiere decir paralización de parte de la producción -recesión-, desocupación en masa, estrechamiento del mercado debido a la caída de la capacidad de compra de la población. Los bolivianos en general saben que todo esto es sinónimo de hambre, pero no que la causa última está en la gran propiedad privada, en el tremendo retraso sufrido por la revolución proletaria que tiene la misión histórica de sepultar al capitalismo agotado y en descomposición. Es sobre esto que deben obligadamente pronunciarse los partidos y grupos que se autotitulan de izquierda, si no lo hacen quiere decir que están al servicio de la burguesía, que también ellos siguen el camino de la destrucción de las fuerzas productivas por miedo a tocar a la gran propiedad privada de los medios de producción. No son defensores del proletariado como pregonan, sino quinta columna de los explotadores.

El gobierno y los que apuntalan al régimen capitalista -franca o encubiertamente- cifran todas sus esperanzas de reactivación en una masiva inversión de capital financiero, que es la sangre del imperialismo y el vehículo mediante el cual la metrópoli explota económicamente y somete al país a su voluntad. Este es el camino del endeudamiento de Bolivia a la metrópoli y una bomba de tiempo colocada en la base de nuestra economía, pues una abultada deuda externa, como demuestra la experiencia última, puede concluir estrangulando la vida nacional. El gobierno carece de capacidad de maniobra en materia económica, lo que agrava su sometimiento al imperialismo. Se

confía poder cubrirse la contraparte boliviana de las inversiones con el pago puntual del importe de la venta de gas a la Argentina, que debido a sus dificultades financieras se torna en hipotético. Colocado ante esta realidad, el gobierno tramita el soporte del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Es tan estrecho el espacio en el que se mueve. el oficialismo, que una obligada revisión del presupuesto porque determinados recortes al gasto público no pueden materializarse, haría tambalear la posibilidad de proseguir con el programa de reactivación.

¿Dónde van a parar las inversiones de capital financiero? Podemos responder observando la suerte corrida por las que ya han tenido lugar: sirven para apuntalar y potenciar las actividades de cierto sector burgués, del dedicado a la exportación y que prácticamente domina al gobierno, operación que se ejecuta a través de la gran banca. Ese sector burgués exportador no es más que un tentáculo del capital financiero, del imperialismo. Obedeciendo a las propias leyes del capitalismo tal grupo burgués tiende a concentrar en sus manos las mejores ramas de la economía, las más rentables, las que pueden florecer en un futuro inmediato.

La reactivación adeno-movimientista no pretende hacer marchar todo el aparato productivo nacional, pese a su limitada dimensión, sino únicamente a una parte de él. La obligada economía de mercado, la política de puertas abiertas a la invasión de mercancías baratas, inevitablemente paralizan a las fábricas cuya producción se destinaba al mercado interno e inclusive agravan la situación de los campesinos. Los bajísimos salarios y que incesantemente van perdiendo su capacidad de compra y el constante aumento de desocupados, en un país que no conoce el bono de cesantía, agravan la recesión y a esto no puede llamarse reactivación de todo el aparato productivo. Los empresarios que son duramente castigados por este flagelo no cesan de denunciar que la política de reactivación no les alcanza.

El gobierno se esmera en ensanchar el campo de las inversiones de capital financiero en el sector que puede ser interesante para los intereses metropolitanos, siempre dentro de la división internacional del trabajo y del lugar que desde afuera nos han impuesto. No obedece a otra finalidad la oferta de convertir en sociedades mixtas a las empresas estatizadas con la participación de inversionistas foráneos. La tan bullada recompra de la deuda externa contribuye a facilitar la materialización de tal finalidad. Los Sánchez de Lozada y compañía, que tendrán decisiva influencia mientras la burguesía nativa sea gobierno -es la hora de los empresarios y no de los ideólogos del nacionalismo- serán los ejecutores e intermediarios de la política colonizadora del imperialismo. ¡Bolivia feudo de los yanquis! No es otra la perspectiva que abre la política del nacionalismo burgués de nuestros días.

A los inversionistas no solamente hay que ofertarles las minas, el petróleo y otros recursos naturales, sino también un clima de estabilidad política y de firme paz social, únicamente en este ambiente pueden los capitalistas acumular plusvalía y exportarla con toda comodidad. Por eso el saltimbanqui Bedregal y todos los prohombres del movimientismo, del MIR, de ADN, secundados por los "izquierdistas" de derecha y por la burocracia sindical, pregonan y hacen lo imposible por convenir una concertación social. ¿Un acuerdo de cese el fuego cuando la mayoría nacional está sumida en un

estado de extrema miseria? No. Lo que corresponde ahora es acentuar la lucha de clases, los métodos de lucha, a fin de imponer desde las calles mejores condiciones de vida -salario que permita llenar la canasta familiar- y de trabajo. No queremos morir de hambre, ver destruida nuestra energía física en un país reducido a la miserable condición de hacienda de los yanquis, Nos levantamos y levantamos a las masas contra esta política al servicio de nuestros verdugos.

Esos planes económicos dictados por la antipatria serán profundizados y proyectados hacia el porvenir, como garantía para que una Bolivia reactivada se convierta en potencia exportadora. Ya los movimientistas empresarios y los técnicos de los organismos internacionales dependientes del imperialismo, han anunciado la "buena nueva" de que han sido tomados los acuerdos iniciales al respecto. El maltrecho Movimiento Nacionalista Revolucionario que ha perdido a casi toda su clientela electoral, pretende utilizar lo que considera una proeza técnica como panfleto de propaganda en las próximas elecciones generales, espera que la promesa de convertir al país en exportador próspero, juntamente con las decenas de millones de dólares que podrá utilizar en la propaganda y compra de votos, pueden convertir su actual ruina política en victoria electoral. ADN tiene mayores posibilidades de triunfo, que, en caso de materializarse el fascista Banzer no hará más que imponer el actual plan económico del gobierno con ayuda del garrote.

El famoso esquema económico para el porvenir no busca más que apresurar la entrega al capital financiero de lo que todavía queda en manos del Estado tambaleante, de utilizar las inversiones foráneas para apuntalar la actividad de los capitalistas privados. Acabar totalmente con el estatismo parece ser la meta soñada por el imperialismo y por sus sirvientes criollos.

La ya declarada crisis del petróleo, pues oficialmente se ha declarado que hay déficit en la producción de gasolina y que tiende a acentuarse, tiene como causa la poca inversión de capitales estatales en Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, a fin de poder ampliar sus operaciones, le sirve al gobierno para impulsar su proyecto de entregar la riqueza petrolera a las grandes transnacionales. El espantapájaros de que en el futuro inmediato habría que importar carburantes viene siendo utilizado como lubricante para hacer tragar al país la especie que la única solución del problema radica en la presencia decisiva en el país de las empresas imperialistas. Este panorama se ensombrece por la decisión oficial de disminuir el ya esmirriado presupuesto de operaciones de Yacimientos.

El gobierno cede con obsecuencia a las exigencias del Fondo Monetario Internacional de recortar en mayor medida el gasto público, pero la ejecución de tal esquema le crea descomunales problemas políticos y sociales. No solamente hay resistencia de los propios jefes movimientistas de reducir aún más los miserables presupuestos de educación, salud e inclusive defensa, sino que esa resistencia amenaza con trocarse en convulsión social cuando se apodera de la mayoría nacional. Si el Movimiento Nacionalista Revolucionario -desesperado por recuperar por lo menos en parte el apoyo popular- no cumple aplicadamente el mandato del Fondo Monetario Internacional es claro que perderá su sostén económico, por tanto del imperialismo.

Si se da un gobierno de ADN sucederá lo mismo.

En la base de la sorprendente conducta de los gobiernos burgueses se encuentra su incapacidad como clase. El fenómeno no es exclusivamente boliviano, sino que también se da en otras latitudes. Los Estados Unidos de Norte América, buscando derribar al actual gobierno de Panamá y colocar en su lugar a uno de su agrado, interviene cínicamente en la vida política cotidiana de este país. El equipo gobernante nativo, víctima de agresión tan monstruosa; ha declarado que es capitalista y que no tiene la menor intención de expropiar las empresas controladas por los norteamericanos y mucho menos de adoptar medidas socializantes. Está claro que busca únicamente la clemencia del amo imperialista, entenderse y cooperar con él. La estatización de las empresas manejadas por las transnacionales no es propiamente socialismo ni comunismo, sino una medida defensiva de la soberanía nacional, de resistencia a la prepotencia metropolitana. Por este camino una burguesía nativa podría -si todavía hubiera tiempo-, potenciarse y recuperar la soberanía nacional.

Siguiendo las grandes líneas de su política, el Movimiento Nacionalista Revolucionario planteó la llamada descentralización de la educación y de los servicios de sanidad, así buscaba matar dos pájaros de un solo disparo: disminuir el gasto público y eliminar los conflictos sociales que periódicamente desencadenan los combativos sectores de educadores y de sanitarios. Semejante medida amenazó seriamente con empujar a la escuela y a los hospitales a la total inoperancia, dañando de esta manera a gran parte de la población. La cuestión no varía cuando la cavernaria medida movimientista la quieren disfrazar de regionalización o cuando plantean que debe integrarse a la descentralización administrativa global, formulada desde hace tiempo por diversos sectores políticos y organizaciones populares.

Se ha pretendido responder así, de manera administrativa, al atraso y miseria de las diversas regiones del país, que son la consecuencia dei poco desarrollo capitalista y del enorme peso dei precapitalismo. La pobreza, que se refleja en la escasez de recursos económicos del Estado, cuyo reparto, casi siempre hecho de manera arbitraria y nada honesta, ocasiona graves problemas entre los departamentos y zonas del país. La miseria generalizada potencia el regionalismo, que es una tendencia centrífuga que obstaculiza la efectivización de la unidad nacional. El remedio no puede consistir en la descentralización administrativa, que lo más que puede lograr es el mejoramiento relativo en el reparto de la miseria. La solución efectiva dei problema radica en la superación de la miseria, en el ensanchamiento del mercado interno, en el desarrollo integral de la economía nacional.

Cuando los movimientos regionales se entrecruzan con el levantamiento de las naciones autóctonas oprimidas, debe plantearse atrevidamente no solamente el federalismo, sino el derecho regional y las nacionalidades nativas a la separación del Estado central. La timidez en las formulaciones al respecto convierte a las tendencias federalistas de hoy en inocuas.

La descentralización en materia educativa debe ser rechazada, inclusive tratándose de la descentralización administrativa y política globales, porque atenta contra la

eficacia de la escuela como auxiliar en el planteamiento de planes de desarrollo nacionales.

No es necesario subrayar que la educación, de la misma manera que el servicio de salud -fundamentales y primarios para toda la población- sufren las consecuencias destructivas de la quiebra económica del Estado, irremediable en el marco burgués, consecuencia de la política entreguista en favor del imperialismo del bloque adeno-movimientista. Lo primero que tiene que apuntarse es que la llamada regionalización, la entrega a las municipalidades y a las corporaciones de desarrollo de dichos servicios importará por lo menos su inmediato empeoramiento, particularmente en lo que se refiere al campo: se puede decir que en este ámbito dejarán de existir las escuelas y los ya precarios y reducidos servicios sanitarios. La medida impulsará la acelerada privatización de la enseñanza y de la sanidad.

La proposición gubernamental, cuya naturaleza antinacional no varía cuando los parlamentarios oficialistas le colocan el marbete de desconcentración, nos obliga a salir en defensa de la escuela estatal, única, gratuita y laica, considerada como una unidad manejada por el gobierno central. La lucha por la enseñanza estatal nos permitirá ver con nitidez que la basada en la unidad entre teoría y práctica, que permitirá humanizar al hombre en el futuro, solamente podrá darse cuando se destruya al capitalismo, que administra con cuentagotas la alfabetización de las masas y se esmera en embrutecerlas. Luchamos por lograr un servicio de sanidad eficiente y gratuito, lo que supone que cuente con el presupuesto adecuado.

¿Qué es la educación y por qué debe ser estatal y nacional? Pertenece al campo de la superestructura, quiere decir que responde a las relaciones de producción -forma de propiedad- imperantes. Se trata de una criatura de la clase dominante, que aparece totalmente fisonomizada, como el resto de la cultura, cuando un sistema social ha logrado florecer, es un fenómeno simultáneo al impulso del desarrollo económico.

A la clase dominante le sirve para materializar los planes nacionales, no locales, en el campo de la escuela, que, de manera general, está destinada a la formación de una eficiente fuerza de trabajo, a fin de que sea explotada de manera óptima, y también de los auxiliares de la producción capitalista. La escuela constituye el instrumento en manos del Estado concreto de hoy para el cumplimiento, en su sector, de la política nacional que busca determinados objetivos: reactivación, desarrollo industrial, imperio de la libertad de comercio, desestatización de la economía, transformación del agro, unidad nacional, creación de una cultura propia del país, defensa de las bases ideológicas del Estado, de la gran propiedad, etc. Todos estos son objetivos nacionales, destinados a imponerse en todo el país, como una forma de preservar el orden social imperante y que de ninguna manera pueden ser considerados limitadamente regionales.

En la desvertebrada Bolivia uno de los grandes objetivos consiste en lograr la unidad nacional, que supondrá la derrota del localismo, del regionalismo, y que como objetivo del país debe profundizarse cuando se dé la descentralización administrativa. La llamada descentralización de la enseñanza atenta contra ese importante objetivo.

Están en lo cierto los que señalan que el proyecto gubernamental no puede ser tomado como una verdadera descentralización. Esta caricatura demagógica no es otra cosa que un acto que le permitirá al gobierno deshacerse de una de sus funciones fundamentales. Otro tanto puede decirse en el caso del servicio de sanidad.

El Ministro de Educación, para justificar su "teoría" de la obligada descentralización de la enseñanza en todos sus niveles, ha denunciado, a través de la prensa, que las escuelas y colegios engañan a las autoridades colocando carteles para su no funcionamiento y que el control de estos excesos no pueden cumplir las actuales autoridades, razón por la que la educación debe correr a cargo de las municipalidades.

Debido a que la educación tiene que cumplir planes nacionales, seguir la misma orientación a lo largo y a lo ancho del país, no puede ser descentralizada, regionalizada, fracturada. De la misma manera que las fuerzas armadas, que tienen la misión de preservar la seguridad del Estado, de realizar la política nacional en su campo, generalmente proyectada hacia el exterior, no pueden ser regionalizadas, a riesgo de que su desintegración las empuje a su ruina total. Algunos críticos del proyecto movimientista han recordado que la constitución política señala que la educación es una de las más altas funciones del Estado, razón por la que éste no puede delegar sus atribuciones a las municipalidades o a las corporaciones. No sabemos si los constitucionalistas tuvieron en cuenta que la actividad educativa es esencialmente nacional y no regional o localista.

A las críticas ha respondido el gobierno sosteniendo que busca entregar a las municipalidades y a las corporaciones regionales solamente la administración y atención económica de la educación y que el Ministerio de Educación seguirá reteniendo la elaboración de planes y programas, en fin, de la política educacional de alcance nacional. La argumentación olvida que la política educacional es la unidad entre los planes y los recursos económicos que le permiten ser realizados, La descentralización o regionalización en el manejo del dinero concluirá desvirtuando los mejores planes educacionales. Las regiones financiarán de manera preferente los aspectos educacionales que les interesa, saboteando así a la política educativa nacional.

Se puede argumentar que la descentralización de los servicios sanitarios puede transformarlos en más eficaces. Sin embargo, ninguna descentralización hará aparecer como por ensalmo los recursos que ahora escasean y que son la causa fundamental de la ineficacia extrema de esos servicios.

Cuando escribimos estas líneas, el congreso extraordinario de abril de 1988 ha postergado el estudio de la descentralización de la educación y de la salud, hasta el próximo período legislativo, lo que ciertamente no es más que una maniobra dilatoria. Posteriormente, cuando se incluya el problema en el debate sobre la descentralización política y administrativa general, volverá a asomar el peligro de la destrucción de la escuela fiscal y de los servicios sanitarios. Se pretende esquivar la extrema pobreza del país con maniobras administrativas.

La discusión ha sido postergada, pero nada permite esperar que mejoren las escuelas y los hospitales y, más bien, puede asegurarse que empeorarán porque está ya anunciado el mayor recorte del presupuesto en los rubros de inversión de las entidades públicas y de funcionamiento de los ministerios. El Fondo Monetario Internacional exige que ese recorte se haga en la proporción de cien millones de dólares. Al mismo tiempo deberá devaluarse la moneda hasta alcanzar la paridad de 2.50 bolivianos por dólar, lo que también significará un achicamiento real del ya miserable presupuesto nacional.

Las respuestas burguesas a los problemas económicos y a todos los demás del país, se reducen a la urgencia de encontrar la forma de evitar su total paralización, a fin de que por lo menos funcionen a media máquina. No se plantean una mayor expansión del aparato productivo y menos la transformación de los sectores precapitalistas. Este estancamiento del desarrollo del país, la carencia de ambiciosos objetivos para el futuro, se convierten en el muro que impide el progreso y profunda transformación de la educación, desde la escuela hasta la universidad. Nos movemos en medio de las expresiones superestructurales de una burguesía miserable y parasitaria. En estos estrechos límites no corresponde plantearse el surgimiento de una cultura auténticamente boliviana. Tanto la derecha como la izquierda de la clase dominante y de sus sirvientes obreristas, tienen en el horizonte como perspectiva únicamente la no paralización total del país y no su desarrollo global, para ellos no se plantea la necesidad de luchar por la profunda transformación de la educación, de los servicios de salud, en fin, de la economía en su conjunto.

La demanda de 156 millones de bolivianos para la universidad, ha sido planteada buscando simplemente que siga funcionando, que pueda pagar sueldos a docentes y administrativos, no para la ampliación de sus actividades y particularmente de las de investigación.

La escuela -incluyendo a la universidad- necesitan rectificar profundamente su orientación, de manera que su preocupación fundamental sea conocer la realidad nacional y la solución de sus problemas más importantes. Se habla de soldar la escuela con la ciencia. Si se trata simplemente de repetir los conocimientos que llegan desde el exterior, la tarea no tiene la trascendencia que se le quiere atribuir, la alta misión de la escuela es la de crear ciencia, vale decir, cultura. Esta altísima finalidad sólo puede lograr asimilando todo lo que hace la mayoría nacional en su trabajo cotidiano de transformación del país, asimilación que supone el manejo del método científico y su ensamblamiento con las adquisiciones logradas en otras latitudes.

Para que esto sea posible necesariamente se tiene que volver a unir teoría y práctica, rectificar radicalmente la separación entre ciudad y campo y la extrema división del trabajo que lleva a la superespecialización. La lucha por lograr estos objetivos nos llevará a la necesidad de acabar con el régimen capitalista, de manera que la nueva escuela y el hombre nuevo serán el resultado de una sociedad también nueva, de la sociedad que sepulte la explotación del hombre por el hombre, la división clasista, etc. Estamos luchando ahora por alcanzar esa escuela nueva.

## ¿Qué debe entenderse por desarrollo económico global?

Nuestra posición frente a los problemas fundamentales del país es diametralmente opuesta a la que asumen la burguesía y los partidos que desarrollan la política de esta clase social, que es la causante de toda la ruina que actualmente observamos.

Rechazamos la política económica general del bloque Acción Democrática Nacionalista Movimiento Nacionalista Revolucionario y todas sus emergencias, que, no tiene que olvidarse, busca la preservación del orden social que se levanta sobre la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción. La falsamente llamada izquierda se limita a pretender introducir algunas reformas a la política burguesa. Se muestra conforme con que debe descargarse el peso de la crisis sobre las espaldas de los sectores mayoritarios, solamente exige que se lo haga con algunas atenuantes y se limita a pedir que también los potentados lleven parte de la carga.

Denunciamos a los mal llamados planes de reactivación como contrarios a los intereses nacionales y populares, por estar destinados a permitir la invasión irrestricta del capital financiero y a favorecer a ciertos sectores de la burguesía nativa. Se puede decir de manera resumida que los planes movimientistas se limitan a llevar hasta la mayoría nacional y al país, hambre y postración. Todo es consecuencia del empeño de salir de la crisis capitalista por el camino de la destrucción masiva de las fuerzas productivas.

Bueno, no estamos de acuerdo con esta catástrofe, la criticamos de manera severa, pero no nos detenemos ahí, sino que damos respuesta a los grandes problemas del país y señalamos cómo puede superarse la crisis actual permitiendo el desarrollo de las fuerzas productivas, asegurando que el atraso y el hambre sean vencidos. No le pedimos al gobierno burgués que entregamos plan alguno con la esperanza de que pueda salvarse de su inevitable hundimiento. Nuestra actitud consecuente parte de la evidencia de que nuestra misión es la de aplastar al régimen capitalista imperante, de nuestra convicción de que carece de capacidad para resolver a fondo los más agudos problemas nacionales. No se trata de una discrepancia con determinadas personas o partidos, sino con la burguesía como clase. Nos delimitamos con nitidez de ella y decimos que la clase obrera, las masas, que nosotros, nada tenemos que ver con el malbarato al que han sometido al país los diferentes gobiernos de la clase dominante; ejemplos, los bolivianos no debemos nada a la banca o a los gobiernos extranjeros, no nos hemos prestado ni un solo centavo de ellos, por tanto desconocemos la deuda externa que la clase dominante pretende descargar sobre nosotros; los usurpadores del poder han desarrollado una política internacional de espaldas al pueblo y nunca le han consultado acerca de su orientación e implicaciones, por esto tiene que ser desconocida, el gobierno obrero no cumplirá lo que consignan como una obligación los tratados firmados con otros gobiernos.

Sin embargo, la revolución proletaria victoriosa solamente podrá resolver los problemas que genere y transformar el país -impulsar su desarrollo global- con ayuda de la palanca de la economía mundial, esto supone que puede utilizar el

crédito internacional. Los empréstitos variarán cualitativamente en su contratación y destino con relación a la política económica que actualmente desarrolla la burguesía. Únicamente el Estado obrero-campesino podrá contraer empréstitos que los destinará al desarrollo de la economía de los sectores que decida el plan nacional, destino que será señalado por las organizaciones populares, basamento del futuro gobierno.

La burguesía nativa y sus gobiernos -de derecha, centro o izquierda-, todos ellos condenados a desarrollar una política supeditada básicamente a los intereses de la metrópoli foránea, están totalmente agotados en el campo de la gran política y no pueden plantear ni impulsar el desarrollo total y acelerado de la economía. Es esta realidad, dramáticamente subrayada por la historia de los últimos tiempos, la que obliga a plantear, por constituir una necesidad histórica para que Bolivia pueda superar su tremendo atraso y vencer a la miseria, la expulsión de la burguesía del poder, es decir, de sus gobiernos, encarnados por Paz Estenssoro, por Banzer, por Jaime Paz o quién sabe por qué otro. Dicho de otra manera, corresponde acabar con la política burguesa, que equivale a acabar con la barbarie y el descalabro del país. El Partido Obrero Revolucionario no busca cooperar con los regímenes burgueses ni integrarse a los gobiernos de la clase dominante, como plantean los "izquierdistas" que siguen el camino del frente popular, sino acabar con ellos, así se traduce la consigna central de la conquista del poder por las masas.

A los planes adeno-movimientistas de reactivación de la economía y de privatización de las empresas estatales, que, volvemos a subrayar, se traduce en hambre de la mayoría nacional, oponemos la urgencia no solamente de defender el estatismo, sino de profundizarlo. Solamente un Estado obrero que maneje centralizada y planificadamente la economía puede defender la soberanía del país frente al imperialismo y orientar todos los recursos hacia el desarrollo de la economía en su conjunto, apuntalando con preferencia a los sectores fundamentales. En otras circunstancias, una burguesía deseosa y capaz de transformar a todo el país a su imagen habría actuado así, comprobamos que ahora no hay lugar para esta experiencia. Hay que recordar que el estatismo constituye una política defensiva ejercitada por los países atrasados ante la prepotencia de las metrópolis opresoras y saqueadoras. No es casual que, arrancando de las consecuencias destructoras de la crisis capitalista, el imperialismo se esmere en imponer en sus semicolonias una política liberal de puertas abiertas, mientras tanto, los Estados Unidos, por ejemplo, se esmeran en esgrimir un secante proteccionismo fronteras adentro, a fin de apuntalar a ciertas capas de su burguesía y en perjuicio de la producción de otros países.

El antiestatismo del MNR y de ADN es marcadamente antinacional y corresponde ser enérgicamente rechazado porque está destinado a destruir al país y a convertirlo en un feudo, en una verdadera colonia de la metrópoli.

Rechazamos los planes económicos del gobierno porque plantean, a costa del sacrificio de todos los bolivianos, únicamente la reactivación de ciertos sectores del aparato productivo, de determinadas actividades, con la manifiesta finalidad de enriquecer más a una capa de la burguesía que es cabeza de puente del imperialismo. Las facilidades que se conceden actualmente a los exportadores, la aplicación de

gravámenes iguales a todas las fortunas y a las capas sociales inmersas en extrema miseria, son perjudiciales al país y buscan que los ricos se vuelvan más ricos y los pobres más pobres. El Partido Obrero Revolucionario considera que ha llegado el momento para que los bolivianos acaben con este vergonzoso estado de cosas.

El desarrollo económico del país que proponemos nada tiene que ver con planes económicos de reactivación del actual gobierno, se trata de dos planteamientos cualitativamente diferentes. El bloque MNR-ADN, de la misma manera que el MIR, buscan exclusivamente que vuelva a operar parte del aparato productivo, en cooperación y sometido a los dictados del imperialismo, es decir, sometido a los intereses de la metrópoli, a la antipatria, para expresar en un término el contenido antinacional de tal política. Es esto lo que repudiamos y por eso convocamos a toda la nación oprimida a acabar con el gobierno burgués. Nuestra concepción del desarrollo de la economía boliviana es diferente al de los teóricos de la burguesía intermediaria o comercial. Planteamos como la base de la superación del atraso, de la miseria, en fin, de la postración nacional, el desarrollo de las fuerzas productivas, que solamente puede concebirse como un desarrollo global, no de segmentos de ellas. En otros términos, buscamos el desarrollo coherente -un sector avanza apoyándose en otro y viceversa- y total de la economía. El desarrollo de las fuerzas productivas se traduce en el grado de dominio que se alcanza sobre la naturaleza, por eso la tecnología tiene gran importancia. Se ha indicado que las fuerzas productivas tienen necesariamente dimensión internacional y, por esto mismo, deben ser consideradas cuando menos como nacionales y no si fueran de pequeñas regiones. Es dentro de esta perspectiva que se tendrá que afrontar el desarrollo de las fuerzas productivas desencadenado por las medidas que tome la revolución victoriosa; es entonces que habrá que enfatizar el desarrollo más o menos acelerado de ciertos sectores de la economía.

Entendámonos, ¿qué se tiene que hacer para que sea posible ese desarrollo de las fuerzas productivas tan indispensable para el progreso de todo el país? En la actualidad es la gran propiedad privada burguesa sobre los medios de producción y el minifundio pre-capitalista, los que obstaculizan ese desarrollo: estas propiedades privadas se han convertido en los obstáculos que impiden el progreso total de Bolivia. Hay que advertir que nos estamos refiriendo sobre todo a la gran propiedad privada burguesa -sobre las máquinas, en una palabra- y no a la propiedad individual sobre algunos objetos y bienes, indispensables para la vida familiar. De aquí se desprende que la revolución victoriosa debe proceder, de manera imperiosa, a la expropiación de los medios de producción, que actualmente mantiene monopolizados la burguesía. Es la nación oprimida, que en su mayoría es pequeña propietaria pero que está políticamente dirigida por la clase no propietaria que es el proletariado, estructurada en el futuro en el nuevo Estado la que tiene que proceder a esa expropiación -no compra-, en su empeño de resolver sus problemas cotidianos y de liberarse del estado de miseria que soporta.

Se tiene que comprender con toda claridad que este acto liberador y que en manos de la dictadura del proletariado juntamente con la planificación de la economía se convertirán en la gran palanca que impulsará el desarrollo global de la economía, solamente puede ser consumado por la revolución proletaria victoriosa y no por

el parlamento burgués, ni por ninguna forma de cogobierno entre capitalistas y proletarios. Por otro lado, no existe ningún otro camino para lograr el desarrollo de las fuerzas productivas, para arrancar al país de su atraso. Toda forma de cooperación con el imperialismo, obsesión común de burgueses y de reformistas disfrazados de socialistas, no podrá alcanzar ese objetivo, por la sencilla razón de que no le interesa a la metrópoli sojuzgadora. La miserable burguesía nativa no tiene tiempo ni posibilidades de lograr un alto nivel de engrandecimiento, lo que le alentaría a sacar a Bolivia de su atraso, perecerá como vulgar sirviente del imperialismo. No es la primera vez que decimos todo esto, tal vez no de manera tan rotunda, sin embargo nuestros adversarios políticos no han refutado nuestras afirmaciones. El desarrollo político del país, su desintegración que ha comenzado, la extrema tensión de la lucha de clases, nos demuestran que ya no es el momento de las discusiones de tono bizantino, sino de la acción, por eso decimos. que todos los hombres y mujeres de este país deben ponerse en pie de combate para acabar con el capitalismo y abrir las puertas de un total y generoso desarrollo a toda la economía.

Esta obligada expropiación de la gran propiedad privada burguesa -bancos, minería mediana, empresas capitalistas, grandes haciendas en el Oriente, etc.- la materializará la dictadura del proletariado a nombre de toda la nación oprimida, será pues una estatización de los medios de producción. Como se puede comprobar, no sostenemos que de manera inmediata se pasará a la propiedad social, será preciso que antes la dictadura del proletariado impulse el enorme desarrollo de las fuerzas productivas, lo que significará salir del atraso y liquidar el precapitalismo.

La estatización que formulamos será muy diferente de la decretada a fines de 1952 por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de las pertenencias de la gran minería, por ejemplo, y de las que han tenido lugar inclusive en las metrópolis del capital financiero. Se trató de estatizaciones al modo burgués: las propiedades fueron compradas -las condiciones cuentan poco- y virtualmente la clase obrera fue marginada de la operación, inclusive en el caso boliviano, donde se aprobó el famoso control obrero individual con derecho a veto. El movimientismo, que agotaba todos los recursos para ganar la confianza del imperialismo, se dio modos para llenar de contenido conservador la cobertura de algunas consignas revolucionarias que habían movilizadado a las masas durante el sexenio. En el futuro serán los trabajadores, con su gran experiencia y capacidad creadora, los que impriman una particular fisonomía a la administración de las empresas orientada hacia la autogestión.

Esta estatización, que permitirá la eliminación de los empresarios capitalistas en el proceso de la producción, inseparable de la apropiación individual de la plusvalía, permitirá que sea planificada la economía. El Estado obrero utilizará el monopolio del comercio exterior para defender la economía y los fundamentos de aquel Estado frente a las presiones capitalistas. Estatización de los medios de producción, economía planificada y monopolio del comercio exterior, constituyen los elementos materiales que harán posible la sociedad del futuro.

Este es un programa radical porque toca la contradicción fundamental en la base económica de la sociedad y, por tanto, solamente puede materializarse a través de

la revolución social. Será por esta ruta que se liberrarán Bolivia y los bolivianos, incluidas las nacionalidades nativas oprimidas. Tal solución solamente puede materializarla la clase revolucionaria consecuente de nuestra época, la clase obrera. Los que no tienen más finalidad que la de apuntalar a los gobiernos burgueses, los que proclaman que resulta imposible destruir la gran propiedad privada de los medios de producción, por tanto, al imperialismo, son reaccionarios y se han convertido en los peores enemigos de los explotados. Debemos decir en voz alta que en caso de no consumarse la transformación revolucionaria, la instauración de la dictadura del proletariado, la miseria y el trabajo forzado acabarán destruyendo físicamente a la mayoría nacional; Bolivia concluirá como una piltrafa manejada a su antojo por el imperialismo norteamericano; la barbarie acabará con el país. Estamos convencidos que únicamente los poristas, los trotskystas, señalamos el camino revolucionario, el camino de la liberación; comprendemos que, en este momento en el que las grandes acciones de masas no se generalizan, violentando el ordenamiento jurídico y la voluntad gubernamental, en el que todavía la lucha de los explotados no ha desembocado en una situación francamente revolucionaria, el Partido Obrero Revolucionario aparezca solo, levantando en alto y desafiadoramente su bandera de combate, como el faro que ilumina el camino que debe recorrer la nación oprimida para acabar con la vergüenza y podredumbre capitalistas. Los explotadores, los imperialistas, los llamados "demócratas", nacionalistas y sus lacayos disfrazados de "izquierdistas", han sellado una santa alianza, un "frente patriótico", contra ese partido honestísimo, heroico, imbatible, acerado, incorruptible y capaz, que se llama Partido Obrero Revolucionario. Mañana, cuando la tenaz y valerosa lucha de las masas se acentúe, no pocos de nuestros detractores de hoy nos seguirán servilmente por la huella que vayan dejando nuestros pasos.

Mientras los otros, los stalinistas y sus seguidores, no se cansan de buscar a capas burguesas progresistas, antiimperialistas y hasta revolucionarias, los poristas le decimos a toda la nación oprimida, que la burguesía parásita e incapaz ha ingresado a un acelerado proceso de descomposición, que, como en todos los tiempos, es síntoma de la aproximación de la revolución que la llevará al sepulcro.

La podredumbre también llega a los lacayos de la burguesía nativa. La crisis de los años se proyecta inmediatamente en la "izquierda" burguesa, que está atrasando su período de aguda quiebra ideológica y organizativa. Es la política de los capitalistas que está en total bancarrota y tal fenómeno tiene también su versión "izquierdista", que se traduce en el abandono inclusive de toda referencia a los intereses históricos del proletariado, a la necesidad de consumir la liberación nacional, a utilizar la acción directa como método fundamental de lucha, todo para aparecer y actuar como vulgares electoreros, para sustituir el marx-leninismo por el vulgar democratismo burgués.

La burguesía de todos los tiempos ha amasado su poderío económico utilizando el asesinato y la delincuencia: los mayores infractores de la propia ley burguesa son los empresarios capitalistas y los más poderosos son los que cometen los mayores delitos, casi siempre con la complicidad y la ayuda de las autoridades gubernamentales. La historia de la formación de la clase dominante boliviana constituye un buen ejemplo

de lo que decimos. La capa de la aristocracia terrateniente que se dedicó a la minería, amasó sus fortunas con el contrabando y la violación de las disposiciones legales estatistas de la época. Sin embargo, los delincuentes aparecieron como los grandes capitanes de empresa, esto fue posible porque la bonanza económica y las promesas de transformación del país opacaron esa conducta delincidental.

En esta época de decadencia de la clase dominante todos sus delitos tienden a ganar el plano de la publicidad y aparecen como prueba de su disgregación acelerada. Esta descomposición se refleja en la "izquierda" que está muy lejos de observar una conducta honrada.

En este país extremadamente empobrecido los supuestos "marxistas" han convertido la política en el mejor de los negocios, que les sirve para satisfacer su sed de vivir sin trabajar y gracias a la ayuda que llega del extranjero: algunos cínicamente llaman "dietas" a la mesada que les cae de arriba. Si bien la burguesía se pudre aceleradamente en medio de los dineros mañosarriente logrados, sus sirvientes de "izquierda" no pueden soportar la función corrosiva de las ayudas y limosnas que les arrojan por sus servicios con olor a excremento.

El desarrollo global de la economía que planteamos supone la tendencia a superar la abismal separación entre la ciudad y el campo y en este proceso jugará un papel decisivo el curso que sigan las economías mundial y nacional. No se trata de señalar un calendario de realizaciones, que siempre sería arbitrario sino de partir de la evidencia de que el desarrollo acelerado del país depende en gran manera de la suerte que corra la revolución internacional. La revolución proletaria se justifica si alcanza este objetivo.

La propia estatización de los medios de producción no se realizará de un plumazo y el primer día de la constitución del gobierno obrero-campesino, la necesidad de no paralizar el aparato productivo puede aconsejar imponer primero la medida a las grandes empresas controladas por el capital financiero., que de todas maneras tienen que concentrarse en manos del nuevo Estado. Lo cierto es que la estatización tiene que cumplirse más tarde o más temprano. Las empresas de capitales nacionales también seguirán la misma suerte, pero puede ser que las circunstancias inesperadas que aparezcan aconsejen que se estaticen después.

La pequeña propiedad -parcelas campesinas, talleres artesanales, fábricas y minas pequeñas-, no se estatizarán, sino, que deben encontrar formas intermedias -las cooperativas, por ejemplo- que los lleven, en el marco de la nueva economía, hacia la gran producción maquinizada y autogestionaria. Se tiene que dejar claramente establecido que la pequeña producción únicamente basada en la fuerza de trabajo y con maquinaria limitadísima y anticuada se caracteriza por su baja productividad.

¿Por qué la estatización? Tiene que responderse a esta pregunta, sobre todo ahora cuando parece haberse impuesto la propaganda interesada y manejada por los sectores capitalistas en sentido de que el Estado en general es mal administrador. La explicación se torna impostergable porque la crisis actual ha permitido que las

grandes metrópolis impongan a los países rezagados el liberalismo económico a fin de acentuar su predominio sobre éstos -apropiarse de las empresas, ganar mercados y zonas de influencia- y así obligarles a pagar gran parte del descalabro económico. Los ideólogos del gran capital y sus seguidores "izquierdistas" nos dicen que debemos remozarnos mentalmente y abandonar las primitivas y ya viejas concepciones del marx-leninismo, que el día de hoy corresponde apostar a la democracia, al socialismo democrático, sobre todo cuando se recibe el aliento del burócrata contra-revolucionario ruso Gorbachov. La iniciativa y capitales privados deben convertirse, según la propaganda dominante, en los factores determinantes y la propiedad estatizada debe servirles para su potenciamiento. Es esto lo que rechazamos porque supone alentar la superexplotación de los trabajadores por los capitalistas y de Bolivia por el imperialismo, particularmente norteamericano.

Decimos con toda claridad que desde el gobierno los actualmente oprimidos y explotados comenzarán concentrando los medios de producción en manos de su Estado, del gobierno obrero-campesino. Esta medida, que ahora parece nadar contra la corriente, que choca con la opinión de los reformistas y socialistas demócratas no es el resultado del capricho o de la ocurrencia de tal o cual ideólogo, sino que aparece como una necesidad para permitir el desarrollo global de la economía, porque constituye el puente que obligadamente tiene que pasarse para llegar a la propiedad social.

Dos objetivos obligan a tomar esa medida y de la manera más completa: la urgencia de liberar a la mayoría nacional de la explotación y opresión, ejercitada por los actuales dueños más poderosos de los medios de producción y por el imperialismo; la necesidad impostergable de lograr el desarrollo de las fuerzas productivas, que se convertirá en el basamento de la nueva sociedad. La experiencia histórica y la teoría enseñan que no puede esperarse se materialice la verdadera liberación nacional en el marco actual del capitalismo, que la destrucción de las metrópolis opresoras es inseparable de la destrucción de la propiedad privada burguesa. Las leyes de la historia al concretizarse obligan a adoptar la estatización de los medios de producción como una medida primordial para hacer posible la transformación de la sociedad. La estatización planteada no quiere decir que genere de manera inmediata y automática la sociedad sin clases, ésta será el producto del descomunal desarrollo de las fuerzas productivas, que depende, en gran medida de cómo se utilice la palanca de la economía mundial y del desarrollo de la revolución internacional. Con todo, se trata de un proceso contradictorio, de avances y retrocesos y en el que una etapa será el resultado de la superación de la contradicción que actúe como fuerza impulsora en la etapa anterior.

Para orientar este proceso, que necesariamente será largo, se precisa que el Estado obrero establezca un plan de la economía y pueda orientar los recursos existentes hacia determinados sectores, muchas veces sin esperar beneficios inmediatos. Obligadamente los avances tanto en el agro como en la industria de las ciudades tienen que lograr cierto equilibrio de la economía de manera que los avances en uno de ellos sirvan de apoyo al otro.

El avance de la economía tiene que resolver, de manera prioritaria, el problema de las necesidades de vida y de cultura de los sectores mayoritarios. Es la etapa de asimilación de todo lo logrado por la sociedad hasta entonces en este ámbito cultural, que se convertirá en basamento de la futura cultura comunista.

Hemos esbozado lo que entendemos por desarrollo global de la economía, base del progreso y de la superación del atraso. Hay que volver a recalcar que este planteamiento no tiene nada que ver con los planes desarrollistas de los gobiernos burgueses, es de diferente calidad.

El Estado obrero no solamente demostrará ser el mejor administrador de la economía, sino que es el único que puede darse en esa etapa. La planificación de la economía y su concretización en la producción diaria, en el funcionamiento empresarial, estarán determinadas por las organizaciones de masas -integrantes de la dictadura del proletariado- y sabrán encontrar las soluciones a los cuestionamientos que se presenten partiendo de la experiencia y de la capacidad creadora de los trabajadores. Las grandes transformaciones tecnológicas y administrativas, como ha sucedido a lo largo de la historia, serán la obra de esos trabajadores. El proletariado, al libertarse, transformará profundamente la sociedad, ¿entonces, por qué no podrá dirigir la economía en la época de transición?

## Superar el precapitalismo

Superar el atraso del país quiere decir superar los modos de producción precapitalistas (la economía combinada) que tanto peso tienen en la economía boliviana y obstaculizan su avance. La liberación nacional consumada por el proletariado supone la lucha contra el imperialismo, el punto más elevado del capitalismo. El imperialismo será vencido por la revolución proletaria que apunta más allá del sistema capitalista más avanzado. No se puede soñar con construir una nueva sociedad sin explotados ni explotadores, si no se supera de manera total y profunda el precapitalismo, que es, precisamente, el atraso.

No todas las expresiones precapitalistas son iguales, unas tienen mayor importancia y peso que las otras. La atención preferente tiene que concentrarse sobre las que mayormente obstaculizan el desarrollo del conjunto de la economía. Seguramente las formas esclavistas de trabajo desaparecerán bajo la influencia de los sectores avanzados de la economía. Pero, el gran peso que tiene la pequeña producción obligará al Estado obrero a concentrar su atención sobre ella para superarla de manera radical, esto es imprescindible para lograr el desarrollo global de la economía y para impedir que se siga obstaculizando el avance de los sectores más avanzados.

Los pequeños talleres y las diminutas parcelas, que utilizan herramientas rutinarias, no serán estatizadas, pero su persistencia en las condiciones actuales en las que vegetan se convertirá en un freno para el desarrollo y transformación del conjunto de la economía. Esa pequeña producción -taller artesanal y minifundio agrario- son expresiones del precapitalismo. A su lado está también la empresa diminuta que es resultado del poco desarrollo capitalista del país. Una aplastante mayoría de estas

pequeñísimas empresas emplea menos de diez obreros. No se las puede prohibir, ni se las puede estatizar, pero el futuro gobierno tendrá presente que son tremendamente antieconómicas, por su producción insignificante y su bajísima productividad, que se traducen en los altos costos y en la superexplotación de los trabajadores con salarios de hambre. No se puede estar de acuerdo en liquidar a los artesanos, comerciantes con pesadas tributaciones, como el doble impuesto, que debe ser rechazado con energía. Lo que hace el gobierno burgués es emplear el garrote para liquidar los problemas que plantean artesanos y pequeños comerciantes. Nosotros proponemos superar la miseria de estos sectores.

Entre las muchas referencias para evaluar los avances de la economía, se tiene que tener presente que es el mercado mundial el que da su veredicto acerca de la capacidad económica de los diversos países con relación a los costos y a la productividad. La dictadura del proletariado tiene que lograr que aumente la productividad, por esto tendrá que transformar a fondo todo el aparato productivo. Un salto en este terreno le permitirá lograr un ritmo acelerado de desarrollo, con miras a alcanzar los niveles del país capitalista más avanzado, no para detenerse ahí, sino para superarlo, pues solamente así se puede esperar que se estructure el comunismo.

La liquidación de los modos de producción precapitalistas abrirá las posibilidades de superar esa especie de maldición que pesa sobre el país de que siempre se mueva por detrás y muy lejos de la metrópoli opresora, que sea siempre atrasado y que esté condenado a imitar con retardo y servilmente lo que se hace afuera, entonces estará planteada la perspectiva de que se coloque más allá que los países actualmente más desarrollados en el sentido capitalista. En la época de ascenso del capitalismo, en su etapa librecambista, se dieron no pocos casos de descomunales saltos hacia adelante de algunos países semicoloniales, debiendo citarse entre éstos a los propios Estados Unidos de Norte América con referencia a Inglaterra. En nuestros días, en los que tiene lugar la desintegración del imperialismo, el atraso puede convertirse en factor de progreso si se instaura la dictadura del proletariado, se estatizan los medios de producción y se planifica la economía, vale decir, si la clase obrera, a la cabeza de la nación oprimida, conquista el poder político.

De una manera general, la pequeña producción primitiva será superada mediante formas que le permitan integrarse en grandes unidades que hagan posible la aplicación, de la máquina, de la tecnología avanzada. Esto será posible gracias a la intervención estatal y a la economía planificada que destinarán a este sector parte de los recursos nacionales.

Las grandes haciendas agropecuarias del Oriente boliviano serán expropiadas y convertidas directamente en granjas colectivas. Como vemos, inclusive en el primitivísimo agro la revolución reflejará los rasgos de la economía combinada: tareas típicamente socialistas junto a las democráticas. El necesario e impostergable desarrollo del campo, al ensanchar el mercado interno planteará la urgencia de realizar un amplio plan de comunicaciones, una forma de contribuir a la disminución de los costos. De esta manera puede alcanzarse la efectiva unidad nacional. Estas grandes líneas de la política futura no agotan todas las nuevas formas que puede adquirir bajo

el impulso de la capacidad creadora de las masas. Los campesinos, particularmente, volverán a actualizar -acaso redescubrir- muchos de los adelantos en la agricultura que conocieron sus antepasados. No solamente esto, sino que también se potenciarán las formas de trabajo de cooperación, hoy casi del todo olvidadas.

¿De qué manera el secular atraso nos permitirá dar un colosal salto hacia adelante? De una manera general, el atraso se convierte en carga pesada que impide la marcha del país, pero también significa que no se han recorrido todas las curvas del desarrollo capitalista y no se ha acumulado el peso pesado de la tradición, del utilaje que a diario se torna obsoleto. Cuando las circunstancias son favorables, en nuestro caso la revolución proletaria, el país puede de manera inmediata y rápida -de un salto- apoderarse de todos los adelantos logrados por la sociedad, particularmente en el aspecto tecnológico. Serán la estatización de los medios de producción y la economía planificada los que permitirán este descomunal salto dentro de la perspectiva de colocarnos en el mismo nivel que los países más avanzados.

Si no se lograra superar el precapitalismo, éste entraría el desarrollo de las fuerzas productivas, pero tiene que tomarse en cuenta que el proceso tiene lugar dentro de la revolución y de la dictadura políticamente dirigidas por el proletariado, que tiene como su objetivo fundamental liberarse, dejar de ser proletariado. En el ámbito del precapitalismo las tareas centrales a tomarse serán democráticas o de contenido burgués. El proletariado no puede quedarse en ese nivel, en el democrático, pues esto importaría sentar los cimientos de una sociedad capitalista que necesariamente importa la explotación del proletariado, tiene que proyectarse el proceso hacia la sociedad sin clases. La dictadura del proletariado, en un proceso continuo, sin detenerse, utilizando todos sus recursos y al aparato estatal, trocará las tareas democráticas en socialistas, proceso que no puede cumplirse de manera inmediata y en un instante, por decreto, sino que dependerá de la marcha del conjunto de la economía nacional y mundial y también de la revolución en los otros países.

Se habrá llegado a la conquista del poder gracias a la alianza obrero-campesina, etapa en la que los intereses de obreros y campesinos -pese a ser clases diferentes- aparecen totalmente identificados, pues se trata de sepultar al gobierno opresor. Sin embargo, durante la dictadura del proletariado, esta clase irá afirmando sus contornos y mostrando su diferencia con la masa pequeño propietaria. El porvenir del nuevo gobierno depende de que se logre preservar la alianza de las dos fuerzas motrices de la revolución. La contradicción existente entre la pequeña parcela y la granja colectiva, se proyectará como contradicción política, como forma de lucha de clases, en el seno mismo del aparato gubernamental.

Los dolores para pasar de la pequeña parcela a la granja colectiva se atenuarán gracias al logro del poderoso desarrollo industrial. La demostración práctica de que el cultivo maquinizado de la tierra en grande permitirá a los campesinos salir realmente de su miseria extrema puede ayudar en mucho a esa evolución. Esperemos que suceda así.

La reacción se esmera en difundir la especie de que las masas, particularmente las campesinas y de la clase media empobrecida, serán empujadas por la revolución proletaria a soportar la privación de todos sus derechos y de su propiedad. Así se busca levantar un muro entre el proletariado y el resto del país. En los últimos días el fascismo adenista he, tenido la ocurrencia de difundir un pronunciamiento de sus parciales "campesinos", en sentido de que la minoría proletaria pretende enseñorearse sobre la mayoría asentada en el campo. No es ninguna novedad, mucho antes algunos "indigenistas" se agotaron en el esfuerzo por separar a los indios de los obreros, postura que solamente podía complacer a la reacción criolla y al imperialismo.

Ya tenemos indicado que la dictadura del proletariado será y por primera vez, un régimen de democracia obrera, que llevará los beneficios de ésta hasta las más vastas capas de la población.

El comunismo no será la supresión de la propiedad en general y en abstracto, sino la sustitución de la gran propiedad privada burguesa sobre los medios de producción por la propiedad social, que quiere decir que todos los que trabajan serán dueños de esos medios de producción en su condición de miembros de la sociedad, en la medida en que participen en la producción. Se eliminará únicamente a los propietarios capitalistas que impiden que las máquinas produzcan según todas sus posibilidades y para satisfacer las necesidades de la sociedad, y para permitir el pleno desarrollo del hombre.

Uno de los grandes problemas de la revolución boliviana radica en saber cómo los campesinos, partiendo de su situación actual de atraso, de su modo de producción individual, de su batalla por reivindicaciones que tienen relación con su miseria, podrán proyectarse y llegar al gobierno obrero-campesino o dictadura del proletariado y a la granja colectiva.

Si recordamos que la masa campesina -igual que otros sectores de la población- atraviesa una situación de miseria extrema y que aquella es obligada a vender sus productos por debajo de su costo (valor) para favorecer al capitalismo, se comprenderá fácilmente que lucha desesperadamente por sobrevivir, por reivindicaciones del momento sumamente imperiosas. Esa es su situación presente y el proletariado no puede ignorarla, si realmente quiere apoyarse en esa lucha y proyectarla hacia la sociedad sin clases.

Tampoco se puede olvidar que la sed de tierra no ha sido saciada, una agricultura extensiva, precisa de mucha tierra, sobre todo porque ésta se empobrece paulatinamente y porque se sigue usando el sistema de hacerla descansar por varios años para que el hidrógeno del aire le devuelva parte de su fertilidad. De una manera general, los lotes que poseen los campesinos no producen siquiera lo suficiente para el autoconsumo anual de la familia. La respuesta inmediata -se refiere a la supervivencia- debía haber sido la entrega de toda la tierra labrantía a los campesinos, por ser éstos quienes la trabajan. De una manera elemental e incoherente reflota esta reivindicación cuando, de tarde en tardé y de manera caótica, las agrupaciones indígenas asaltan las propiedades medianas o grandes de algunos hacendados. No

debe olvidarse que al amparo de la Ley de Reforma Agraria, algunos gamonales conservan sus latifundios bajo el marbete de empresas capitalistas. Curiosamente la Confederación Unica de Campesinos, en su proyecto de Ley Agraria, sale en defensa de la gran propiedad capitalista, al mismo tiempo que reivindica la reintegración de las comunidades.

Sectores de campesinos del departamento de La Paz han repudiado el último decreto de tributación sobre la propiedad agraria porque consideran que gran parte de la catalogada como obligada a pagar impuestos no produce lo suficiente para la alimentación de una familia.

Todo esto obliga a la alianza obrero-campesina a pelear porque los campesinos conquisten la propiedad de toda la tierra labrantía. Pero, además, debe rechazarse la tributación decretada sobre la propiedad parcelaria, porque los trabajadores del agro atraviesan una situación de extrema miseria.

Los campesinos, en la medida en que se relacionan con el mercado, sufren las consecuencias de la política liberal de libre comercio implantada por el gobierno burgués, siendo una de ellas la caída vertical de los precios de los productos del agro debido a la competencia de los traídos del exterior. Tiene que lograrse la protección estatal en favor de los trabajadores del agro.

Resulta obligatoria la defensa de los derechos y objetivos de las naciones nativas oprimidas. Bolivia es un país donde inclusive la lucha de clases muestra ciertos rasgos de discriminación racial, nos damos cuenta que es una de las consecuencias del tremendo atraso del país. No podría hablarse de la dictadura del proletariado si mantuviese por la fuerza a cualquier nación o grupo social dentro de su jurisdicción. Existiendo la cuestión nacional le corresponderá garantizar la autodeterminación, vale decir la conformación política de las nacionalidades en Estados soberanos.

En la actualidad es imperiosa la lucha por la reconquista de la tierra, por el reconocimiento de los derechos de las nacionalidades: respeto a su cultura, a su lengua, a sus creencias, a su vestimenta, a su arte, etc. Todo lo que se haga por lograr que las naciones oprimidas se pongan en pie de combate contra la minoría opresora permitirá avanzar al movimiento revolucionario. Al respecto tenemos un buen ejemplo en la campaña realizada por el Partido Obrero Revolucionario contra la llegada del Papa a Bolivia, por considerarlo cabeza del catolicismo, que históricamente aparece como la religión de los opresores, de los destructores de las culturas nativas, etc. Lo que a muchos les pareció un contrasentido o una actitud demagógica, ha calado profundamente en la mayoría nacional y ha sido respondida de manera positiva, pues ha logrado despertar a los oprimidos.

La lucha campesina por la supervivencia le permitirá sellar la alianza obrero-campesina y así proyectarse hacia la dictadura del proletariado y la granja colectiva. La política revolucionaria debe comprender todos los aspectos de la vida social y entre ellos las necesidades y objetivos de los trabajadores del agro, de las nacionalidades oprimidas. La presencia del proletariado como clase, organizado como partido político, constituye

la clave para la liberación de las nacionalidades nativas. A lo largo de los siglos, en la perspectiva histórica, se perfila una descomunal rebelión india, con dimensiones tan gigantescas que parecerá la insurgencia de las montañas, encontrará a su verdadera dirección revolucionaria en las ciudades y así asegurará la victoria. Los Kataris serán vengados y los conquistadores de ayer, hermanos en la espada y la cruz, morderán el polvo de la derrota.

### Por el pan, el trabajo, el techo, la educación, la salud

Las masas en general, la nación oprimida, todos los días ganan las calles buscando arrancar a la burguesía nativa, cuyos líderes no tienen más preocupación que la de amasar fortunas recurriendo inclusive al delito, un pedazo más de pan, trabajo -cerca de un tercio de la fuerza de trabajo está paralizada-, escuelas gratuitas y hospitales eficientes y accesibles para todos. Los derechos más elementales no están en vigencia. La constante movilización, que va siempre en crecimiento, levanta como bandera la concesión de fuentes de trabajo y un salario que permita por lo menos comer. Tales reivindicaciones muestran la delicada situación en la que apenas sobrevive gran parte de la población. Los bolivianos se ven cada día más amenazados de perecer por inanición, por hambre. Este panorama es dantesco, consecuencia del tremendo atraso del país, de su total sometimiento, por voluntad de una clase dominante sugerente.

Los hechos, no la especulación teórica, demuestran que la burguesía -importando poco su matiz- carece de capacidad, de posibilidades materiales, para solucionar las demandas más elementales de los hambrientos, no ya para plantear y realizar el desarrollo global de la economía, lo que se traduce en su impotencia política.

Estamos obligados a referirnos al gobierno de Víctor Paz Estenssoro, porque es contra él que vienen luchando los bolivianos. Este gobierno se declara impotente para dar de comer a los sectores mayoritarios, de proporcionarles trabajo, techo, escuelas fiscales gratuitas y servicios de salud eficientes. La inutilidad gubernamental se exterioriza cuando ni siquiera puede asegurar, para el grueso de la población, servicios de transporte, de energía eléctrica, sanitarios, de agua. El tremendo atraso económico se traduce en una vida primitiva en condiciones subhumanas para los sectores mayoritarios.

Los bolivianos chocan violentamente con el gobierno burgués, truecan sus demandas de reivindicaciones de tipo salarial y pequeñas, en lucha política, no precisan formular un programa socialista o de transformación del Estado, la lucha elemental se convierte en lucha contra el Estado, cuestiona su porvenir, debido a la extrema caducidad y agotamiento de la burguesía. El oficialismo expresa esta realidad a su modo y dice que no existen condiciones materiales para satisfacer las pequeñas demandas de la mayoría, esto equivale a declarar que no puede seguir alimentando a los que trabajan, es decir, gobernando a la sociedad porque ya no puede dirigir el proceso de la producción. En numerosas oportunidades hemos recordado que cuando estos casos se han dado en la historia, se ha planteado la necesidad de expulsar a la clase

dominante del poder; el desarrollo social, la supervivencia del país y del Estado así lo exigen.

Es esto lo que no comprende la izquierda reformista y es comprensible que tampoco vean así el problema los sectores políticos de la burguesía y los "nacionalistas". Todos ellos alientan la esperanza de que la burguesía puede no solamente satisfacer todas las demandas que se refieren a las condiciones de vida y de trabajo, a las exigencias de las nacionalidades nativas, sino que llegan al extremo de abandonarse en brazos del propio gobierno y de la clase gobernante que sirve al imperialismo para el logro del desarrollo económico nacional, para salir del atraso, de la actual crisis capitalista. Esta convicción es la que empuja a la "izquierda" y a la burocracia sindical a cooperar con el gobierno y con los capitalistas. Por otro lado, partiendo de esta premisa concluyen que la revolución no puede ser planteada ahora y que debe ser relegada hasta un futuro indeterminado. Hablan de manera formal, de la revolución en general, pero nunca de la revolución proletaria.

Como puede comprobarse, nuestros planteamientos son diametralmente opuestos a los realizados por los partidos burgueses los pecistas, nacionalistas, reformistas y los burócratas sindicales. El Partido Obrero Revolucionario dice, de manera clara, inconfundible, que la burguesía y, en la actualidad, su gobierno adeno-movimientista, se han agotado totalmente, al extremo de que ya no pueden proporcionar pan y trabajo a la mayoría nacional, es decir, lo más elemental, lo vital, para que el país siga existiendo y trabajando. La conclusión política obligada radica en proclamar la revolución proletaria para salvar a Bolivia de su desintegración, de la muerte. El resto de la izquierda, siguiendo aplicadamente la prédica de los partidos burgueses del más diverso matiz, rechaza ese planteamiento y se limita a presionar al bloque MNR-ADN para que cambie de actitud, para que se convierta en defensor de los intereses populares y nacionales. Las posiciones extremas en la política boliviana están planteadas y el porvenir del país depende de cuál de ellas pueda imponerse, es decir, ganar a las masas en lucha.

Los sectores que ganan las calles no comprenden desde el primer momento que están luchando para expulsar del Palacio Quemado al gobierno de Víctor Paz Estenssoro, lo que hacen es exigir de manera enérgica que se les proporcione trabajo y pan, para que sus hogares no sean destruidos por el hambre y todas sus desastrosas consecuencias. Los poristas, que saben que la solución a los fundamentales problemas nacionales y de las masas radica en la expulsión del poder de la burguesía y de su gobierno, ya se encarne en Víctor Paz, en Banzer, en J. Paz, etc, es decir en la revolución proletaria, sin embargo, encabezan la lucha de las masas por pan y trabajo y gana las calles con ellas, buscando imponer esas reivindicaciones mediante la acción directa. ¿No se puede descubrir en esta conducta una contradicción e inclusive una postura demagógica? También en nuestro país hay algunas variantes de ese planteamiento infantilista en sentido de que todo aumento salarial es perjudicial porque posterga la fecha del estallido de la revolución, que la suponen motorizada por el exceso de miseria. No deja de ser, una posición extremadamente cómoda esa de esperar pacientemente que se desencadene la insurrección impulsada por la acentuación del hambre. La verdad es que las masas se movilizan y luchan únicamente tras el objetivo

de la conquista de sus reivindicaciones que tienen relación con sus condiciones de existencia diaria.

El Partido Obrero Revolucionario lucha junto a las masas y, precisamente, centrando su atención en las necesidades de éstas, por comprender que únicamente de esta manera puede educarlas políticamente, organizarlas y potenciar su movilización, solamente por este camino los explotados comprenderán, luego de comprobar que sus demandas más premiosas chocan con la terca resistencia gubernamental, que no les queda más remedio que expulsar del poder al gobierno burgués, esto si no quieren ser aniquilados por el hambre y la desocupación.

El aumento progresivo del precio de los carburantes, del impuesto creado sobre las pertenencias agrícolas, la doble tributación que se pretende descargar sobre los pequeños comerciantes y artesanos, consecuencia obligada de la política antinacional, antipopular y proimperialista del gobierno MNR-ADN, encuentra inmediatamente resistencia y respuesta en las masas. El Partido revolucionario está obligado a participar en esas movilizaciones, a sustentar las demandas populares, a fin de utilizarlas en la aceleración del proceso de maduración política de aquellas. Por este camino se tiene la posibilidad de ayudar a los explotados a convencerse de que deben acabar con el gobierno burgués y considerarlo un problema de la actualidad y no una promesa utópica.

Los revolucionarios tienen la obligación de participar en la vida cotidiana de los sindicatos y de las organizaciones de masas, participar decididamente en la lucha de todos los días que emprenden aquellos, de ocupar el primer lugar en la batalla, para demostrar en el campo de los hechos que los trotskistas son los mejores y más leales luchadores, que por eso constituyen la dirección que puede asegurar la victoria de la revolución.

Únicamente participando en la lucha que emprenden los sectores mayoritarios se puede desenmascarar, desde el seno de las organizaciones de base, a los "izquierdistas" que sirven a la burguesía; esta demostración no sería convincente ni llegaría hasta los trabajadores, si solamente fuera el producto de un análisis teórico, tiene que ser una constatación de los hechos. De esta manera se logrará el fortalecimiento del Partido revolucionario del proletariado, del POR.

Podemos tomar como ejemplo lo sucedido durante la huelga masiva que protagonizaron los bolivianos rechazando la llamada descentralización de los servicios de educación y salud, el aumento salarial y la concesión de un determinado monto de millones de bolivianos como presupuesto universitario. La burocracia de la Central Obrera Boliviana adoptó la medida cuando las masas habían ganado las calles y su intención fue la de desmovilizarlas y utilizar el ayuno voluntario como medida de chantaje ante el gobierno en vista de la proximidad de la llegada del Papa. Todo esto fue denunciado oportunamente por el Partido Obrero Revolucionario, pero cuando estalló dijo pública y oportunamente que debía trabajarse para potenciarlo, convertirlo en masivo, en un verdadero ayuno y que las bases debían velar porque no fuese traicionada desde arriba, particularmente que se materializasen todos los puntos planteados.

La burocracia fue mostrada de cuerpo entero cuando no atinó a endurecer la huelga de hambre cediendo así a las presiones que soportó de parte de la Iglesia, de la prensa, la radio y la televisión controladas por la burguesía y el imperialismo y por el mismo gobierno. Cuando se precipitó la traición ya anunciada por el trotskysino, todos los bolivianos afirmaron su repudio y su desconfianza frente a la conducta de la burocracia.

Cuando se participa en las batallas que libran las masas movilizadas es mucho más fácil asimilar la experiencia de éstas y generalizarla, esta es la forma en que se potencia el movimiento revolucionario. Durante las grandes batallas libradas durante los meses de abril y mayo, eso hizo el POR. Le correspondió mostrar lo que verdaderamente había sucedido, por ejemplo, durante esa verdadera insurrección que protagonizó el grueso de la población potosina, esto cuando la "izquierda" y la burocracia no se cansaban de propagandizar la especie de que las masas se encontraban en pleno retroceso. Esa izquierda comienza cometiendo el error de no tipificar debidamente el momento político que se vive, olvida deliberadamente que éste está tipificado por las grandes movilizaciones de masas.

A los sirvientes de la burguesía no se les ocurre que el pueblo boliviano recorrerá la senda abierta por el pueblo potosino. Así, usando la insurrección, concluirá expulsando del poder a la burguesía. Esta perspectiva revolucionaria se la puede descubrir y enunciar si se está inmerso en las batallas, en las dificultades y en las creaciones de las masas tensas y en lucha sostenida.

No se trata solamente de que los explotados aprendan en la lucha, sino de que el Partido revolucionario puede templarse si participa de esa lucha, si en ella prueba la validez o el error de sus ideas políticas, de sus consignas. Las batallas que libraron los explotados, de manera paralela a la huelga de hambre, partieron, como nadie ignora, de la búsqueda de satisfacción a planteamientos directamente relacionados con la vida cotidiana de los bolivianos.

## Acabar con la inmoralidad

La burguesía, el gobierno del MNR, los partidos burgueses, la "izquierda" reformista, en fin, la politiquería, se desmoronan roídos internamente por la inmoralidad, por las actividades delincuenciales. El narcotráfico, los coca-dólares rezuman por todos los poros del régimen burgués. Muchos dirán que la inmoralidad y la delincuencia siempre acompañaron a la burguesía como su sombra. Pero, pocas veces se ha tornado tan evidente y visible como ahora, al extremo de que el hombre de la calle palpa la corrupción y puede darse cuenta que le gobiernan traficantes y ladrones. Mientras la mayor parte del país se muere materialmente de hambre, un puñado de burgueses recurre a actividades ilegales para aumentar sus fortunas.

La podredumbre abarca todo el cuerpo de la clase dominante, al extremo de que unos burgueses acusan a los otros, destrozados por la fratricida guerra de las mafias; unos pandilleros cobran venganza colgando en el gancho del escarnio a sus compadres de la víspera. Siempre bajo la mirada vigilante y cómplice de la OEA norteamericana,

que saca millonarios recursos que son canalizados hacia objetivos políticos. ¿Por qué todo esto? Es la consecuencia de la extrema putrefacción de la burguesía nativa e internacional, de su total decadencia, de su disgregación. El cadáver insepulto infesta el ambiente con sus miasmas.

De la misma manera como el capital financiero concluye absorbiendo a los pocos burgueses bolivianos que logran éxito en sus negocios, de manera que actúan en el territorio nacional como agentes de la antipatria, frecuentemente violentando en sus trajines el ordenamiento jurídico, el narcotráfico irradiado por la metrópoli ha acabado transformando a los más atrevidos empresarios nativos en sus títeres. Ante la actividad delincencial de la burguesía los pocos "honrados" capitalistas aparecen como pigmeos embobecidos por la rutina.

Hace ya algún tiempo que los líderes burgueses criollos comenzaron a emporcarse en el narcotráfico, que la politiquería vino nutriéndose con los narcodólares. Pero solamente ahora, cuando la desintegración de los usurpadores del poder -aunque la usurpación sea "constitucional"- se hace evidente, el pus del cadáver pútrido salta a la luz del día. La nación oprimida se incorpora impulsada por el imperioso llamado de arrojar improrrogablemente a la fosa los restos descompuestos de la clase dominante. Los lacayos se esmeren en copiar de sus amos sus taras y vicios. De la metrópoli imperialista vienen el alcoholismo, la prostitución, el narcotráfico, así como el negocio de armas bélicas. Estas actividades, una vergüenza para la humanidad, han sido sucesivamente legalizadas y bendecidas por los gobiernos burgueses, ahora le espera el turno a la cocaína. "Negocios son negocios", exclaman los gringos y sus sirvientes altioplánicos y se lanzan osadamente a amontonar fortunas traficando con la cocaína. Organizados en pandillas de delincuentes, erigen sus imperios con los huesos de sus contendores: el crimen aparece como símbolo del talento empresarial. Los trabajadores, la mayoría explotada y oprimida nacional, no pueden enlodarse en el narcotráfico, por esto tienen la obligación impostergable de expulsar del poder a las bandas de delincuentes.

En las grandes capitales imperialistas no está perseguido el consumo de cocaína y sus gobiernos buscan eliminar los problemas que crea actuando sobre sus semicolonias, usando a los "estadistas" nativos como a vulgares policías.

En las metrópolis se busca "legalizar" el consumo de la cocaína, pero en Bolivia la DEA, la embajada norteamericana y sus sirvientes criollos que fungen de "gobernantes", agotan todos los recursos para destruir los cicales, lo que importa obligar a los campesinos a pagar las consecuencias del narcotráfico y borrar la cultura de la mayoría nativa, algo que pocos ven.

En los Estados Unidos, los grandes de las mafias y de la política sueldan sus actividades, de manera que la capital del imperialismo ha concluido siendo gobernada por políticos delincuentes, o a la inversa. En la semicolonia sucede algo similar, pero sus consecuencias adquieren contornos trágicos.

Inesperadamente ganó el primer plano un casete-video que muestra a políticos y personajes de importancia pertenecientes a ADN en una reunión juntamente con "Tío" Suárez, timonel de una banda de narcotraficantes. En realidad- las escenas que todos vieron no son nada excepcional, forman parte de la, vida rutinaria del partido fascista, que en momento alguno ha dejado de alimentarse con los cocadólares, otro tanto puede decirse también del MNR.

Todos consideraron que se trató de un certero golpe bajo para restarle votos al adenismo que ya se sentía seguro de llegar electoralmente al Palacio de Gobierno. Al día siguiente se registró en los medios de publicidad la denuncia de que el canciller Guillermo Bedregal, desesperado de ser el candidato oficialista a la presidencia de la república, el alto dirigente A. Pérez del Castillo, el mismo Guillermo Fortún, fueron quienes idearon y dirigieron el secuestro del entonces presidente Hernán Siles Zuazo. El objetivo no era otro que el de hundir en la ignominia al ambicioso Bedregal.

Se tiene la impresión de presenciar cómo las pirañas se devoran mutuamente. A esto nos ha conducido la politiquería delincidencial.

Las cárceles están llenas de pequeños portadores de la droga, de pisacocas, etc., pero los grandes capos del narcotráfico gozan de libertad y realizan a sus anchas sus negocios astronómicos. Los policías y los jueces forman parte de las pandillas y coadyuvan a que los negociados sucios fluyan con regularidad. Los negociantes con drogas, los políticos burgueses, los gobernantes, los policías, aparecen en las altas cumbres como las mismas personas, que se consideran dueñas del país, de sus riquezas y de sus habitantes.

La descomunal propaganda norteamericana, secundada por la burguesía nativa y su gobierno, ha logrado convencer a los bolivianos que la represión del narcotráfico es tarea de todos incluidos los campesinos que cultivan la hoja de coca, como una actividad tradicional. El gobierno títere presenta la tarea represiva como un principio moral al servicio de la humanidad, etc. La opinión pública está distorsionada y la urgencia de acabar con el negocio de la cocaína es presentada como la máxima tarea nacional. Todos los días se escucha decir que se trata de una cuestión genuinamente boliviana y que también interesa al conjunto de la humanidad. Ya nadie se extraña que el gobierno actúe como organismo policial a órdenes de la DEA y que exija al gobierno, norteamericano más y más dinero por los servicios que le presta. La burguesía nativa carece de posibilidades para defender la soberanía del Estado y nadie se extraña de que los norteamericanos metan las manos en la política interna, en la fijación de la línea gubernamental y en las actividades de la policía boliviana.

Los bolivianos e inclusive el gobierno burgués que respete al país y se respete a sí mismo, no deberían permitir que los yanquis usen el territorio nacional como si fuera su hacienda. Ha llegado el momento de decir no a esta vergüenza. Este es un planteamiento revolucionario que coincide con la política revolucionaria del proletariado.

El narcotráfico es un problema propio del imperialismo y resulta obligado, por la defensa de la soberanía nacional y el repudio que merece la opresión ejercitada por los yanquis sobre Bolivia, decir que corresponde a la metrópoli foránea resolverlo como crea conveniente, con sus propias fuerzas. Debemos rechazar con toda energía la pretensión de que seamos nosotros, los hombres esclavizados por el imperialismo los que le saquemos las castañas del fuego. No se puede permitir que los campesinos cocaleros sean sacrificados, que se acentúe la opresión sobre las nacionalidades nativas, para que los yanquis solucionen los embrollos y dificultades que les ocasiona el narcotráfico. Si somos leales a nuestra tierra, a nuestra tradición, no podemos permitir la quema de los cicales, la esterilización de nuestro suelo, el olvido de la tradición que hemos heredado del pasado histórico. Un elemental sentido de dignidad, de lealtad a la patria humillada, nos impulsa a plantear una cuestión de importancia trascendental: que los Estados Unidos resuelvan las emergencias del fenómeno del narcotráfico que ellos han creado o que lo hagan en convivencia con las otras metrópolis del capital financiero; Bolivia debe proclamar que ese pleito no es de ella.

El Partido Obrero Revolucionario tiene una posición clara sobre la cuestión del narcotráfico, que coincide con la obligada defensa que debe asumirse tanto de la nación oprimida como de las nacionalidades indias: no debemos convertirnos en carne de cañón de la guerra que el imperialismo ha desencadenado contra el narcotráfico más allá de sus fronteras, guerra en la que Washington se lleva los laureles y Bolivia todos los dolores y las heridas en su piel india. Los éxitos que los gringos cosechan en esta guerra sucia les sirve hasta en sus luchas electorales, en las que se evidencia la identidad entre el gangsterismo y la politiquería burguesa.

Al mismo tiempo y sabiendo que los cultivadores de la hoja de la coca obtienen relativamente buenas ganancias, exigimos la libertad de su cultivo, de su comercialización y de su industrialización, inclusive su transformación en cocaína. La represión del narcotráfico en el territorio boliviano es una cuestión policial, que no puede mezclarse con el cultivo de la hoja de la coca. Somos enemigos de la industria de armas para la guerra, pero sería tonto que por esto nos opongamos a la explotación de los minerales que pueda utilizar aquella.

El capitalismo imperialista no solamente nos ha impuesto el uso de las drogas y el narcotráfico, sino también la prostitución, el alcoholismo, el tráfico de armas, que constituyen ingredientes inseparables de su cultura. Así contribuye decisivamente a la degradación de la sociedad humana. Sabemos que para sepultar esta vergüenza hay que acabar con el imperialismo, con la sociedad capitalista. Nuestro objetivo es derrotar al imperialismo y no destruir los cicales, que son parte de la riqueza y de la tradición bolivianas.

La defensa de los cicales es, para nosotros, inseparable de la liberación nacional. Que el narcotráfico es inherente al capitalismo queda demostrado también por el hecho de que la economía de no pocos países -principalmente de Bolivia- está alimentada en gran medida por los cocadólaires, cuyo lavado, manejo, etc., integran esa actividad contra la ley. Este es el caldo de cultivo en el que individualmente

prosperan los capitalistas, largamente entrenados en las operaciones ilegales. No se debe olvidar que la doble contabilidad, destinada a estafar al Estado y a los trabajadores, constituye una norma empresarial. El burgués se guía por la regla que dice: "Hecha la ley, hecha la trampa".

La corrupción que corroe las entrañas de la sociedad burguesa se proyecta a la política, que en la empobrecida Bolivia adquiere los contornos de descomunal farsa. Democracia formal no existe y el Poder Ejecutivo ejerce, de manera invariable, su dictadura de tal o cual matiz. Sin embargo, periódicamente se realizan elecciones basadas en el voto universal y supuestamente "libre", que no tienen más finalidad que la de "legalizar" la usurpación del poder por parte de tal o cual pandilla de políticos delincuentes. Entran en pugna no los programas ideológicos o el apego de los partidos al civismo, sino su capacidad para engatuzar, hacer trampas o comprar los votos del "pueblo soberano". Entonces salen a relucir los cocadólares y el soporte monetario de parte de las empresas y gobiernos imperialistas. Luego del sainete reluce el garrote para obligar a trabajar a los obreros en silencio y disciplinadamente, en beneficio de los burgueses nativos y del imperialismo. La dictadura demuestra, de manera invariable, que los sucesivos gobiernos se especializan en violar el ordenamiento jurídico y se convierten en la sombra protectora de la delincuencia en grande y, sobre todo, del narcotráfico.

La podredumbre emponzoña también a la "izquierda" derechizada, no en vano es la sombra y la sirviente de la corrupta burguesía. El Partido revolucionario tiene el deber elemental de poner al desnudo la conducta inmoral y corrupta de los que pretenden pasar como defensores de los explotados.

Detrás de las masas, de gran parte de los bolivianos que luchaban apasionada y heroicamente en la huelga de hambre, que rápidamente se tornó masiva y que contó con el apoyo de una impresionante movilización que por momentos se apoderó de las calles, los "izquierdistas" y los nacionalistas se consumían en los ajetreos electorales. Esperaban el aplastamiento de los explotados para sacar ventaja partidista y hasta personal con miras a las próximas elecciones generales.

El Eje de conveniencias de ayer -un forzado frente de grupos aventureros y proburgueses- resolvió trocarse en partido y ordenar la eliminación de las siglas de sus componentes, en medio de una descomunal crisis organizativa e ideológica. La explicación de lo que busca semejante "partido" se encuentra en la confesión de que en su seno persistían las diferencias principistas, si de principios pueden hablar los que convienen en dar paso tan oportunista. El ahora llamado Eje Patriótico es una bolsa de gatos desesperados de dar la mayor mordida a la torta burguesa. La carrera oportunista del MIR Nueva Mayoría ha quedado opacada con el atrevimiento de los "izquierdistas" del Eje. Hay que decir con toda claridad que semejantes volteretas no tienen más finalidad que la electoral. Se cometen actos de extrema inmoralidad, si tomamos en cuenta la política revolucionaria del proletariado, con miras a poder ganar algunos votos. El programa, la ideología han sido echados por la borda y su lugar fue ocupado por el amontonamiento en un cine de alguna gente pagada. Una propaganda millonaria en televisión, radios y periódicos, demuestra que esta

gentuza recibe mucho dinero de fuentes inconfesables. Nuevamente exigimos a los "izquierdistas" que nos digan de dónde sacan la plata que dilapidan y de la que viven tan holgadamente.

No podemos aceptar en silencio tanta impostura y tanta corrupción en el campo de la izquierda.

La llamada Izquierda Democrática, una escisión del MNRI de Siles Zuazo, fue inicialmente timoneada por Rueda Peña y Cardona, en ese momento unidos en una empresa comercial. Cuando los socios se pelearon alrededor de saber quién se embolsillaba la mejor parte de las ganancias del consorcio, se precipitó la escisión del poderoso partido. Esta es la inconducta vergonzosa de quienes dicen representar a los pobres y a la honestidad revolucionaria.

## Las direcciones sindicales

Si tomamos como ejemplo la huelga de hambre podremos comprender claramente el papel contrarrevolucionario que juega la burocracia sindical y la necesidad de expulsarla, esto por la salud del movimiento obrero. En la lucha revolucionaria esta burocracia se ha convertido en un obstáculo y en un freno que deben ser superados. La victoria de la revolución supone el aniquilamiento de la burocracia por las masas en lucha y por las organizaciones de masas actuando como las verdaderas direcciones de los explotados desde abajo, desde las bases.

La huelga de hambre de abril-mayo logró, en cierto momento, vencer sus limitaciones propias y apoyarse en la belicosa movilización de las masas, de esta manera se convirtió en un arma de gran poder y, debido a circunstancias particulares, invencible. Se podía imponer al gobierno todas las reivindicaciones que se habían planeado. Lo menos que podía aconsejarse era persistir en la medida, radicalizándola mucho más.

Sin embargo, la burocracia sindical, timoneada por el contra-revolucionario Partido Comunista de Bolivia y otras organizaciones políticas al servicio de la burguesía actuó en sentido contrario, buscando por todos los medios la suspensión del ayuno voluntario. No se trepidó en colocar frente a frente a los sectores proletarios y a los de la clase media, hasta ese momento actuando en bloque. Ampliado tras ampliado se fueron postergando las soluciones en espera de que las poderosas presiones de la clase dominante y de la iglesia lograsen quebrantar la firmeza de los huelguistas y de las propias bases sindicales. Los burócratas comenzaron a predicar que la medida tendía a perjudicar seriamente a los asalariados y no así los hijos de papá que no corrían el riesgo de perder el año o de ser echados de sus ocupaciones.

Los burócratas conspiraron seriamente contra la huelga de hambre porque así les ordenaron la reaccionaria jerarquía eclesiástica y la clase dominante. El gobierno se esmeró en sacar ventaja de la llegada del Papa: Bolivia debía demostrar que está conformada por pacíficos cristianos que saben amar desinteresadamente a sus semejantes, aunque éstos sean angurrientos explotadores.

La huelga de hambre, por momentos encarnada en el movimiento universitario, pero que no por esto perdió su orientación proletaria, adquirió un inconfundible carácter político al cuestionar el destino del Estado burgués, al hacerlo tambalear. En los primeros días del mes de mayo, estalló el amotinamiento de los carabineros solicitando una serie de reivindicaciones, lo que vino a demostrar que la disgregación de los organismos gubernamentales de la burguesía había adquirido un ritmo acelerado. La prosecución del ayuno abría insospechadas perspectivas y en el horizonte comenzó a perfilarse la posibilidad de acabar con el gobierno adeno-movimientista, por eso se imponía no solamente proseguir con este movimiento, sino ampliarlo, generalizarlo y profundizarlo. La alta dirección de la universidad, tan reaccionaria y estúpida, acordó que la huelga era "institucional" y que, por esto, no debía permitirse que se aprovecharan de ella los partidos políticos. La verdad era que únicamente el nítido liderazgo partidista revolucionario podía conducir a la victoria el movimiento, que se proyectaba más allá del logro de un determinado presupuesto universitario.

Si en esta agitada etapa la dirección del movimiento de masas fuese abandonada a la burocracia sindical proburguesa es evidente que estaría condenado al fracaso. La nación oprimida radicalizada tiene que darse la dirección que merece. ¿Cómo lograrlo? No se trata de esperar los cambios de dirección por la vía electoral, sino de superar y aplastarla en el calor de la lucha, estructurando desde las bases a la nueva dirección.

La burocracia stalinista se jugó íntegra a la carta del cuarto intermedio de la huelga, bajo el pretexto de que así lo imponía la presencia de su "Santo Padre". La verdades que el cuarto intermedio importaba la derrota del movimiento, su frustración por culpa de la burocracia sindical y de los grupos izquierdistas proburgueses.

La burocracia sindical también es electoralista y no podía ser de otra manera dada su orientación partidista y política. Por eso se empeña en estrangular y desarmar la movilización de masas, a fin de que la democracia formal pueda demostrar todas sus bondades y permitir a los políticos proburgueses llegar al parlamento para fabricar minutas de comunicaciones y otras nimiedades.

Los revolucionarios comprendemos que debemos permanecer con firmeza en las trincheras de lucha, esforzándonos por potenciar todas las tendencias transformadoras que lleva en sus entrañas el movimiento huelguístico. Esto no quiere decir que no discutamos el problema electoral en este momento de apasionada lucha de las masas. Realizamos las explicaciones del caso para desenmascarar a la luz de los acontecimientos la naturaleza reaccionaria de los electoreros. Ponemos en claro las perspectivas electorales para elevar el nivel político de la mayoría nacional, para ayudar así a la lucha revolucionaria.

La burocracia es jurada enemiga de la acción directa y del camino insurreccional, por eso se empeña tan tercamente en aplastar la lucha revolucionaria de las masas, porque así puede abrirse el camino de las pugnas puramente electorales. Esta inconducta se explica porque la burocracia sindical, el stalinismo y otros sectores que le son afines, son incondicionales defensores del orden social burgués.

Lo anterior explica por qué el trotskismo ha sido y es el mayor enemigo de la burocracia sindical y por qué lucha tan tercamente por eliminarla de las filas sindicales.

## El futuro de Bolivia

La burguesía y sus sirvientes de izquierda se afanan en retocar a la maltrecha "democracia" boliviana, a fin de que pueda ingresar al siglo XXI con apariencia nueva. Este sueño de los explotadores y de los reformistas no podrá materializarse debido a la extrema caducidad de la clase dominante.

La Bolivia del futuro florecerá vigorosa si logra encarnarse en la dictadura del proletariado, el punto más elevado de la lucha de la nación oprimida bajo la dirección política de la clase obrera. No tiene ninguna otra alternativa de efectiva superación, esto porque la radical obra renovadora sólo puede ser emprendida por la clase consecuentemente revolucionaria de la sociedad, el proletariado.

A la nación oprimida, a los explotados en general, a las agrupaciones de izquierda y también a los electoreros, les decimos que solamente la dictadura del proletariado impondrá, por voluntad de las organizaciones de masas y a través de ellas, una verdadera democracia, que alcance al grueso de las masas, que eso será la democracia proletaria, pero para esto tenemos que consumir la revolución protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo que acabe con la gran propiedad privada burguesa.

Reiteramos una vez más que no estamos hablando de la revolución proletaria, de la revolución de la nación oprimida por el imperialismo, como si se tratara de un sueño utópico, sino de la transformación de nuestra época. Actualmente y en las calles estamos luchando porque sea posible el triunfo de esa revolución. Las últimas grandes batallas libradas por el pueblo boliviano contra la clase dominante, contra su gobierno y sus órganos de represión, la imponente huelga de hambre masiva, etc., ratifican nuestra concepción en sentido de que estamos marchando hacia la victoria de la revolución proletaria.

Para que Bolivia salga de la barbarie, para que se superen el hambre y el atraso, se tiene que luchar con terquedad a fin de lograr el fortalecimiento del Partido Obrero Revolucionario. La vía insurreccional precisa de una dirección acerada, probada en los combates y con una férrea ideología revolucionaria, proletaria.

Los demagogos pretenden engatuzar a la gente con ayuda del señuelo de que ellos ofrecen para el siglo XXI una Bolivia paradisiaca sin luchas, con una eterna paz, algo semejante al "reino de los cielos". Los revolucionarios, que tenemos como escudo la verdad, decimos que en el futuro inmediato viviremos un período de grandes luchas, de grandes transformaciones, de grandes convulsiones sociales y políticas, ese es el camino que conduce a la construcción de la sociedad comunista partiendo de los escombros del capitalismo.

Este escrito aparece en medio del ajeteo electoral y, por esto, estamos obligados a plantar en medio del pantano nuestra bandera revolucionaria, para que se convierta en el faro que ilumine el camino de liberación de la nación oprimida. Si se llega a elecciones y éstas se realizan, seguiremos aferrados a nuestro programa revolucionario, porque sabemos que en caso de instalarse un nuevo gobierno burgués las masas no tardarán en movilizarse contra él y en su lucha encontrarán al Partido Obrero Revolucionario como a su dirección con capacidad para conducirlos a la victoria revolucionaria. Si el precio por propagar nuestro programa es la momentánea impopularidad, eso no nos asusta, sabemos que los nuevos desplazamientos de los sectores mayoritarios hacia la izquierda nos convertirán en la dirección de las masas, capaz de conducirlos hasta la victoria.

Estamos demostrando prácticamente cómo se educa a los explotados en la escuela de su lucha cotidiana. Volvemos a decir que no sirve el argumento de que los bolivianos no pueden consumir la revolución que tanto necesita el país por su inmadurez o incapacidad políticas. La politización es el resultado de la acción conjunta de la actividad diaria de las masas por el logro de reivindicaciones más sentidas y de la labor educadora de su Partido político.

Todos pueden estar seguros que los poristas seguiremos manteniéndonos firmes en nuestras posiciones y propuestas, leales a nuestro programa, que equivale a mantenernos leales a nuestra clase y a la nación oprimida, con la misma firmeza inquebrantable que demostramos en la lucha junto a las masas, como en la última huelga de hambre, por ejemplo.

Marchamos con firmeza junto a los explotados, rechazando toda aventura, hacia la victoria. Bolivia será dictadura del proletariado o perecerá en medio de la barbarie. La historia nos señala el camino de la revolución y nos conmina a contribuir decisivamente a su materialización. Sabremos cumplir nuestra misión. Esperamos que este libro lean todos los bolivianos, ha sido escrito como un mensaje revolucionario para ellos.

**¡COMUNISMO O BARBARIE!**